

Viajes Rutas y Encuentros 1502-1838



Jaime Incer





Nicaragua
Viajes, Rutas y Encuentros
(1502-1838)



Serie: Raíces

**Nicaragua:
Viajes
Rutas y
Encuentros
1502-1838**

*Historia de las exploraciones y descubrimientos,
antes de ser Estado independiente, con
observaciones sobre su geografía, etnia y naturaleza.*

Jaime Incer



San José, Costa Rica, 1990



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACION
www.enriquebolanos.org

972.850.2

136n

Incer, Jaime

Nicaragua: Viajes, Rutas y Encuentros (1502-1838)

Jaime Incer; prólogo Pablo Antonio Cuadra.

-1 ed.- San José, C. R.: Asociación Libro Libre, 1989

p. 640 (Colección Quinto Centenario; Serie Raíces).

ISBN 9977-89-000-5

1. Historia. 2. Nicaragua. 3. Viajes.

I. Título. II. Serie.

ISBN 9977-89-000-5

©Libro Libre
Apartado 1154-1250
Escazú, Costa Rica

Impreso por: Litografía Lil. S.A.

INDICE

Prólogo <i>Pablo Antonio Cuadra</i>	9
Reconocimientos	13
Presentación por el autor	15
Introducción	17
<i>Capítulo I</i>	
Primera visión geográfica de Nicaragua	23
<i>Capítulo II</i>	
Almirante de la Mar Dulce	39
<i>Capítulo III</i>	
Asalto al Paraíso	61
<i>Capítulo IV</i>	
Etno-geografía de la región conquistada	87
<i>Capítulo V</i>	
Crónica sobre volcanes, erupciones y terremotos	119
<i>Capítulo VI</i>	
La subida y la bajada al infierno	147
<i>Capítulo VII</i>	
El país de la zoología fantástica	161
<i>Capítulo VIII</i>	
El amargo Desaguadero de la Mar Dulce	179

<i>Capítulo IX</i>	
Tres frailes en el camino real de Nicaragua	209
<i>Capítulo X</i>	
Misioneros en la boca de la montaña.....	247
<i>Capítulo XI</i>	
Cronistas-aventureros en la Costa del Caribe	285
<i>Capítulo XII</i>	
Los bucaneros invaden Nicaragua	327
<i>Capítulo XIII</i>	
Incendio en la frontera	363
<i>Capítulo XIV</i>	
Inventario de los pueblos a mitad del siglo XVIII	403
<i>Capítulo XV</i>	
Las historias de tres tristes trotamundos	435
<i>Capítulo XVI</i>	
Exploraciones científicas, botánicas y volcánicas	467
<i>Capítulo XVII</i>	
Reconocimiento oficial de la Costa de los Mosquitos.....	489
<i>Capítulo XVIII</i>	
Las aventuras de Orlando Roberts, el inglés independentista	513
<i>Capítulo XIX</i>	
Viajeros y pueblos en la época post-independiente	543
<i>Capítulo XX</i>	
Cosigüina: un ensayo del juicio final	563
Bibliografía	607
Índice de referencias	619

Prólogo

Goethe opina que cada generación debe escribir de nuevo la historia.

En Nicaragua la opinión de Goethe se ha impuesto porque nuestra historia ha sido tan dramática que cada generación se ha sentido como quien se salva de una catástrofe: entre un pasado más o menos en escombros y una historia que hay que fundar de nuevo. En realidad, hemos tenido historiadores pero —salvo intervalos fugaces— los nicaragüenses no hemos hecho historia sino que la hemos sufrido. Nicaragua es el centro de América, el vértice de todas sus corrientes: rosa de vientos y huracanes geológicos, telúricos, políticos, culturales. Sus figuras claves —sus próceres y héroes— asumen este “umbiculus mundi” lleno de cambios, reacciones y convulsiones. Rafaela Herrera, una niña de quince años, heroína que defiende su patria de la incursión de un imperio extranjero. José Dolores Estrada vencedor de un filibustero que quiso fundar en Nicaragua un imperio esclavista. Rubén Darío que completa la órbita independentista de Bolívar en la literatura. Sandino, guerrillero contra una intervención extranjera. La historia de Nicaragua ignora la privacidad patria: se hace como contra-historia, como el perfil de ciertos peñones que esculpen en el océano vientos, olas y mareas.

Cada generación ha tenido un cronista polémico. Ortega Arancibia: de los primeros y agitados 40 años de vida independiente. Jerónimo Pérez, de la Guerra Nacional. Ayón, que intentó una recapitulación —bajo la paz de los Treinta Años— de la historia nicaragüense. José Dolores Gámez que hizo otra fogosa recapitulación de los años dictatoriales y radicales de José Santos Zelaya. Pedro Joaquín Chamorro Zelaya durante los 18 años conservadores. José Coronel Urtecho, de la generación de vanguardia. Un historiador brotó en la primera mitad del siglo XX que quiso integrar —reparar las rupturas, encontrar el espíritu de continuidad, tejer en diálogo la polémica historia de Nicaragua: Carlos Cuadra Pasos. Pero rompió de nuevo la

tormenta y otra vez la historia se vivió (y se escribió) como guerra civil. Otra vez los escombros.

Jaime Incer es el historiador de nuestro año 2.000. Acarrea las piedras útiles del pasado destruido para una nueva Patria. Ante los ojos de su generación lo que se ve es un país desolado por un triple sismo: la dictadura de los Somozas, la dictadura del Frente Sandinista y el terremoto que redujo a polvo nuestra capital. Panorama que pide —más que nunca— revisar las fuentes, aclarar los orígenes, poner la verdad como cimiento del posible nuevo edificio republicano de la historia nicaragüense.

Incer integra todo lo positivo de los anteriores cronistas de nuestro drama: el sentido de lo nacional abierto a la universalidad, la información formativa; el espíritu de ahorro y conservación —incluso ecológico— contra el derroche de las utopías; la confianza en la creación humana contra el humillante dirigismo y control de los estatismos; el ojo científico —que en Jaime Incer abarca un extensísimo horizonte— y, sumado a esa *patria-visión*, las visiones del extranjero, que nos despiertan de cualquier reincidente provincialismo y nos alertan como pueblo asediado.

Para Incer el problema es por qué seguimos haciendo historia con antítesis cuando ya llegó la hora de la síntesis. Eso también lo intuyó Darío y lo pensó Cuadra Pasos, pero nos faltaba el huracán de mayor retórica que ha soplado sobre el Continente después del Descubrimiento: Colón creyó entonces que la tierra descubierta era la del Paraíso Terrenal. Los revolucionarios del marxismo-leninismo creen hoy lo mismo que creyó Colón y ofrecen —envuelto en “materialismo científico”—, otra vez el mito del Paraíso en esta tierra. Y el Paraíso se conseguirá repitiendo, no creando, en suelo americano, el experimento fracasado de la revolución rusa que no llevó a ningún Edén sino a la dura realidad del mundo y del hombre finitos cuando no, “en intermitentes espantos”, a verdaderos infiernos. El hombre no llegó a un Paraíso sino a un Estado monstruo y la pobreza no fue superada sino sustituida, por una forma más feroz y total, de sumisión.

Pero ese engaño ha costado a América el olvido (o el entumecimiento) de la dialéctica del amor que puso en movimiento el cristianismo, no sin dolorosos confrontamientos, en el original y sin par proceso de mestizaje de América. Estábamos venciendo la lucha de razas y acercando las distancias sociales cuando la última utopía anacrónica nos envenenó con la lucha de clases. Y la legitimidad democrática —acatada, después de la Independencia, por todas las conciencias incluso por los más retobados dictadores— fue sustituida por la legitimidad revolucionaria de las armas y del terror. Por eso dije arriba que faltaba el huracán del marxismo-leninismo. Su moral ho-

micida—que ha llevado a Hispanoamérica al nivel más bajo de su historia—ha apagado casi, no sólo la dialéctica del amor, que es el hilo conductor de su historia, sino hasta el elemental derecho a la vida.

Incer retoma ese hilo, o lo busca entre olvidos y escombros porque América es otra cosa. Y la pobreza de América, su tenaz pobreza tiene un mundo de dignidad y otro mundo de posibilidades de liberación que no se descubrirá con recetas de ideologías de un Viejo Mundo. Incer está haciendo la historia de nuestra identidad: huella tras huella va detrás de ese hombre real, sangre-mezclado, cultura mezclada, asediado pero terco, el obstinado nicaragüense, Sísifo de América, que ha sufrido mil veces el peñón de su nacionalidad para edificar en su cresta la ciudad que anhela su historia y mil veces ha sido derribado por fuerzas extrañas o propias o telúricas.

Incer es el historiador del *"conócete a tí mismo"*.

*Pablo Antonio Cuadra
Managua, 1989.*

Reconocimientos

La investigación para escribir este libro fue posible gracias a una Beca Fulbright otorgada por el *Council for International Exchange of Scholars*, de Washington, D.C. bajo recomendación de Charles L. Stansifer, Director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Kansas y con el valioso apoyo de Leslie C. Hunter, Directora del Programa CIES para México y Centroamérica, a quienes extiendo mi especial agradecimiento.

También quiero agradecer al profesor William V. Davidson de la Escuela de Geografía y Antropología en *Louisiana State University* por haber revisado gran parte del manuscrito en su etapa inicial, gestionado las facilidades bibliográficas y contribuido con sus valiosos conocimientos sobre Centroamérica a la estructuración del mismo.

En Washington D.C., a Tom Simkin, Director del *Global Volcanism Program*, *National Museum of Natural History-Smithsonian Institution* y sus colaboradores, por el apoyo brindado en la investigación histórica relativa a los volcanes de Centroamérica, así como también a Dolores Martin y personal de la División Hispánica en la Biblioteca del Congreso por su orientación al respecto.

Otras personas que contribuyeron con orientación bibliográfica sobre el tema fueron Tom Niehauss, de *Latin American Library, Tulane University*; Fernando Cruz Sandoval del Instituto de Antropología de Honduras; Manuel Rubio Sánchez de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala y el personal de la Biblioteca del Banco Central de Nicaragua.

Mi especial agradecimiento en Nicaragua y Costa Rica a:

Pablo Antonio Cuadra, Director de *La Prensa Literaria* de Managua, poeta, escritor y divulgador de la auténtica cultura nacional.

Xavier Zavala Cuadra, Editor de *Libro Libre* y de la *Revista del Pensamiento Centroamericano*, quien puso todo su interés y brindó el apoyo para la publicación de la obra.

A través de los últimos años he recibido ilustración, relacionada con las investigaciones geográficas, históricas o científicas tratadas en el libro, así como también aliento, de las siguientes personas:

Dan Stanislawski, James J. Parsons y Bernard Nietschmann, del Departamento de Geografía de la Universidad de California en Berkeley; Peter Raven y Douglas W. Stevens del *Missouri Botanical Garden*.

El apoyo de los geólogos Stanley Williams y Debbie Reid, al igual que el del zoólogo Jaime Villa, actualmente en la División Educativa de la *National Science Foundation*, han sido decisivos en la consecución de oportunidades para realizar los estudios bibliográficos al respecto.

También han contribuido aportando sus facilidades el Instituto de Estudios Interamericanos de la Universidad de Miami, a través de su Director Jaime Suchlicki y de Arturo J. Cruz, Director del *Nicaraguan Research Program* con su Grupo de Apoyo Cultural, (José Antonio Alvarado, Alvaro Jerez, Carlos Mántica, Ricardo Parrales, Maurice Pierson y Aaron Tuckler). Alentaron también mi entusiasmo: Jorge Eduardo Arellano, Mario Cajina Vega, Lorenzo Cardenal, Julio C. Castillo, Fidel Coloma, Raúl Elvir, Carlos Alberto Espinosa, Jorge Espinosa Estrada, Judith Hancock Sandoval, Armando y Roberto Incer, Carlos Alberto Marín, Roberto Parrales, Franco y Ian Carlos Peñalba, Guillermo Rothsschuh Tablada y Carlos Tünnermann.

Y por su generoso apoyo familiar a: Jorge Incer, en Managua, quien puso a la disposición una computadora con procesador de palabras; Ernesto y Vicky Brown, en Washington, D.C. descifrando los embrollos técnicos en computación y fotografía, y a Francisco Pérez Somarriba, con sus dibujos y mapas.

Tengo que agradecer y reconocer además a mi esposa Velia y a nuestras cinco hijas por las mil y pico de horas que sustraje de su atención, pegado a un teclado, en las más aflictivas situaciones de sobrevivencia peregrinando por Louisiana, Washington D.C. y Florida.

Y a los muchos amigos, alumnos y lectores de Nicaragua, que me acompañaron en múltiples expediciones geográficas y naturalistas cuando vivimos aquel paraíso.

A todos mi agradecimiento.

Jaime Incer

Junio 24, 1989

*450 aniversario del descubrimiento de la desembocadura del Río San Juan,
puerta histórica de Nicaragua*

Presentación por el autor

Este libro trata sobre la historia de los descubrimientos geográficos efectuados en Nicaragua desde el Cuarto Viaje de Colón, a través de las épocas de la conquista y la colonia, hasta el tiempo de su constitución como estado independiente.

Describe el escenario físico y cultural del país siguiendo la evolución de su historia. Interpreta el relato de diversos viajeros: navegantes, conquistadores, cronistas, exploradores, frailes, corsarios, traficantes, aventureros y otros personajes que visitaron Nicaragua o recorrieron sus costas, país donde la geografía parece haber sido la gran determinante de su convulsa historia.

Los testimonios fueron tomados con preferencia de fuentes primarias, así como de ciertos documentos poco conocidos, o escritos en otros idiomas. La información, analizada en detalle, ofrece nuevas interpretaciones sobre aspectos interesantes del territorio y sus pobladores en los siglos pasados. El historiador, etnólogo, filólogo, geógrafo, cartógrafo, naturalista —aún el estudioso de la cultura nicaragüense— encontrará atractivo el conocimiento de la historia del país a través de curiosos relatos dejados por los diversos viajeros que lo visitaron.

El desarrollo del tema no está enfocado a la presentación de sucesos oficiales, casi siempre carentes de escenario y ambiente. Trata en cambio de ofrecer una visión más integrada donde se combinan las observaciones cotidianas que atrajeron la atención de los viajeros y escritores con la interpretación de hechos científicos y culturales descritos en los viajes, estudiados hoy en día a la luz de un territorio con cartografía más exacta, etnología mejor conocida y explorado en su fascinante geografía y naturaleza con mayor detenimiento.

Cada capítulo conforma un tema monográfico en sí. No obstante algunas digresiones al campo descriptivo de la geografía, se ha procurado escribirlos en una prosa que imprima a las narrativas el sabor y seguimiento de novela histórica, sin caer en la fantasía que suele a veces falsear esta clase de presentación.

En los tiempos en que vivimos, cuando las primeras visiones del país están casi borradas, sirva esta obra para despertar interés por las investigaciones históricas sobre Nicaragua, donde existe cierto empeño por desconocer el pasado pero, no obstante los reveses políticos que la afligen, aún está llena de posibilidades y esperanzas.



*Figura 1.-
Paisaje típico
de la región
del Pacífico.
(Ilustración
de Ephraim
G. Squier).*

Introducción

La celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, ofrece una inestimable oportunidad para dar a conocer e interpretar las observaciones sobre territorios y culturas del Nuevo Mundo, como contribuciones que fueron al conocimiento de las ciencias geográficas en España en particular y en Europa en general durante el período colonial. Gracias a la curiosidad de los cronistas se conocieron nuevas plantas, animales, paisajes, tribus y costumbres, algunas veces revestidos por las concepciones fabulosas que persistieron en Europa más allá del Medioevo. De Nicaragua surgen el cacao como bebida y moneda, abejas sin ponzoñas, peces que roncan, plantas dormilonas, perritos comestibles, noches de sesenta temblores, ríos de agua hirviente, una mar dulce con tiburones y un volcán cuyo fuego nunca se extinguía.

Hablando en forma literal, el “descubrimiento” de América debería tener una connotación geográfica, naturalista y etnológica específicas, aspectos que constituyeron novedades excitantes de un mundo desconocido e insospechado hasta entonces. Estos temas, por lo general, han sido tratados con poca suficiencia en el decurso de la historia. La mayoría de los escritores se han interesado más en la narración de sucesos oficiales, o se muestran inclinados a enfatizar las hazañas de los conquistadores en confrontación con los indígenas, cuyo exótico ambiente y rica cultura dan por descontados. De ahí resulta un desequilibrio al destacar lo español sobre lo indio, la vida del pueblo sin el escenario geográfico, la legislación impuesta sobre el fenómeno natural, la meta más que la ruta. Conviene pronunciar los nombres de Popocatépetl, Tequendama o Momotombo junto a los de Nueva España, Nueva Granada, o Nueva Segovia. Es necesario dar vuelta atrás para “redescubrir” el Nuevo Mundo.

Cuando en 1523 y 1524 los conquistadores españoles se internaron por primera vez en el territorio de Nicaragua, sometiendo por consenti-

miento o fuerza a los caciques, una nueva geografía se abrió ante sus ojos: el territorio se presentaba con más exuberancia que el correspondiente a las islas del Caribe o al altiplano mexicano. El escenario tropical era semejante al observado en Castilla del Oro, pero Nicaragua contaba con destellantes lagos y volcanes fumantes, junto a los cuales prosperaba la sociedad indígena con una cultura más avanzada que la descubierta por los conquistadores en el istmo del Darién.

No poseía Nicaragua la imponencia monumental de la capital azteca, ni la riqueza áurea de los Incas, pero su territorio producía con mayor prodigalidad que los de México y Perú, como para sustentar una población indígena de casi el millón de habitantes a lo largo de un corredor de fértiles y renovables suelos volcánicos. El incansable viajero y acucioso fraile Bartolomé de Las Casas, quien visitó el país en tres ocasiones, escribía al respecto: *“Es esta Nicaragua un paraíso del Señor. Es uno de los deleites y alegría para el linaje humano... todo cumplimento y provisión para vivienda y recreación y suavidad de los hombres”*.

Desde el punto de vista del temperamento indígena, el cacique de Nicaragua lució prudencia y sagacidad ante los españoles, con aquella respuesta que diera a la demanda del primer conquistador para que jurase vasallaje al rey de Castilla y fidelidad a la religión cristiana: *“que aceptaba la amistad por el bien de la paz, y aceptaría la fe si le parecía tan buena como se la elogiaban”*. El diálogo que luego sostuvieron ambos jefes sobre cuestiones cósmicas, religiosas y políticas, puso más en relieve la agudeza y sensibilidad del cacique: *“ciertamente fue un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio alguno, a lo que alcanzo, habló como él a nuestros españoles”*, comentaría después el cronista López de Gómara.

Nicaragua, como puente y como istmo

La angosta tierra centroamericana, uniendo dos continentes y separando dos mares, ofreció a los exploradores españoles un exuberante escenario de volcanes, lagos y serranías, rica variedad de especies tropicales y fenómenos climáticos y telúricos que representaron un significativo aporte de la región al limitado conocimiento de las ciencias naturales en la Europa renacentista.

En el aspecto humano, por otra parte, los cronistas y viajeros de los siglos XVI y XVII descubrieron en la América Central toda una gama de manifestaciones culturales novedosas sobre las cuales escribir. En el territorio nicaragüense de aquel entonces se encontraban dos amplias co-

rrientes étnicas perfectamente adaptadas a la contrastada geografía: en la región occidental, en medio de planicies secas, habitaban grupos indígenas con raíces históricas e influencias culturales ligadas a las notables civilizaciones de México; por el oriente, entre selvas pluviosas y ríos caudalosos, vagaban tribus de clara procedencia y costumbres circuncaribes.

Por este contraste de escenarios y de orígenes Nicaragua resultó ser en realidad dos países en uno, que compartían el mismo puente ístmico, donde lo natural y lo cultural se entretrejieron para dar paso, desde épocas remotísimas, a migraciones biológicas y étnicas que se desplazaron de Norte a Suramérica y viceversa.

Pero Nicaragua también ofrecía un tránsito de este a oeste -es decir de un mar a otro- antes que Cristóbal Colón buscara en vano por esa latitud el Estrecho Dudoso, un pasaje que supuestamente abriría el comercio de España a las legendarias islas de Las Especierías. El Almirante pasó frente a las bocas del San Juan, en su derrota a lo largo de la costa caribe de Nicaragua, sin sospechar que el río, remontable en carabelas, daba acceso a un amplio lago de agua dulce que a su vez distaba una jornada del otro océano, a través de un istmo más angosto todavía.

Es casualmente la istmicidad de la América Central -que en Nicaragua resulta más estrecha por la interposición del río y del lago- la que configuró al país como paso estratégico, pretendido por las naciones entonces rivales de España que intentaron acciones osadas para controlarlo. Corsarios ingleses y franceses asaltaron las poblaciones de Granada, León, El Realejo y Segovia durante el siglo XVII. En la siguiente centuria se llevaron a cabo frecuentes incursiones de bandas Zambo-Misquitas, apoyadas por colonos ingleses, para hostigar a los pueblos fronterizos. La rivalidad anglo-hispana llegó a su clímax en 1780 cuando los ingleses invadieron el río San Juan, (donde tuvo destacada participación el entonces novel alférez Horace Nelson), con el objeto de partir en dos, por el cuello vulnerable de Nicaragua, el amplio territorio y la orgullosa hegemonía española en América.

Desde el tiempo de la conquista se remonta la posibilidad de abrir una ruta interoceánica a través del lago de Nicaragua, *“ese Mar Dulce que antaño tuvo funciones de corazón en nuestro cuerpo patrio”*, como dice el más nicaragüense de todos los poetas, Pablo Antonio Cuadra. En 1551 el cronista López de Gómara propuso la idea al emperador Carlos V, *“para mayor gloria de España”*. A favor de la magna empresa insistieron también los cronistas Antonio de Herrera en 1601 y Pedro Mexía de Obando en 1639. La primera medición de la ruta fue emprendida por

el ingeniero real Manuel Galisteo en 1781. Tanto el geodesta francés La Condamine como el geógrafo alemán Humboldt favorecieron la idea como plausible y deseable. Sin embargo, la construcción del canal por Nicaragua tuvo que esperar un siglo adicional, pero la obra pronto se vio abandonada por falta de financiamiento.

Riqueza testimonial de crónicas y viajes

Nicaragua, vergel de unas Indias recién descubiertas, el “*Paraiso de Mahoma*” como la nombrara el cronista Andagoya, gozó de la envidiable oportunidad de ser visitada, durante los primeros cien años de la conquista, por varios cronistas, frailes y viajeros españoles tales como Gonzalo Fernández de Oviedo, Pascual de Andagoya, Bartolomé de Las Casas, Alonso Calero, Toribio Benavente, Antonio de Ciudad Real y Antonio Vázquez de Espinosa. También pasaron por el país el italiano Girolamo Benzoni, el holandés Jan Huygens y el inglés Thomas Gage.

Otros celebrados cronistas, como Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gómara, Juan López de Velasco, Antonio de Herrera, Juan de Torquemada y Antonio de Remesal, a pesar de no haber visitado Nicaragua, estaban bien enterados de sus características y circunstancias. Escribieron sobre el país con el mismo interés y admiración que se advierten en las relaciones atestiguadas. De igual valor son las referencias ocasionales dadas por personajes que vivieron en la provincia en su calidad de capitanes, gobernadores, alcaldes y obispos; en informes oficiales dejan entrever situaciones interesantes sobre el territorio y la población indígena.

El testimonio del renombrado Cronista de Las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, relativo a los aspectos geográficos y étnicos de Nicaragua es, sin lugar a dudas, el más valioso aporte que da a conocer a la posteridad el espectacular escenario y la rica cultura indígena de Nicaragua al tiempo de su descubrimiento y conquista. Oviedo vivió en el país alrededor de 1528; describe importantes eventos sucedidos en la época de los primeros contactos entre ambas culturas, sin dejar de elogiar las bondades del territorio: “*Nicaragua es un gran reyno, de muchas é buenas provincias... Es de las más hermosas é aplacibles tierras los llanos de Nicaragua que se puede hallar en estas Indias...*”

El Cronista fue pródigo en describir las especies de la tierra: la flora y la fauna, así como las formas cultivadas y domesticadas que los indígenas aprovechaban en sus menesteres y rituales. Quedó sorprendido por el deslumbrante paisaje volcánico y lacustre que el país ostentaba,

el cual ilustra en su obra. Escaló el misterioso volcán Masaya, considerado por los frailes de la conquista como “*la boca del infierno*”, no obstante que un dominico osado descendió al profundo cráter, ¡tomando la lava incandescente por oro derretido...!

Fernández de Oviedo no olvidó citar las creencias y supersticiones de los indígenas. Describió y dibujó sus viviendas, producciones, costumbres y ceremonias. Sus ilustraciones -como las de Benzoni- representan esfuerzos pioneros del cronista para mostrar a los eruditos de Europa las imágenes del Nuevo Mundo.

En el siglo XVII misioneros franciscanos –en especial los dedicados a la evangelización de tribus salvajes en remotos territorios de Nicaragua– aportaron relatos de gran valor etnográfico. Se refirieron a grupos periféricos con modelos de cultura desconocidos hasta entonces por los celosos misioneros en la América Central. Entre las crónicas se destacan las de Francisco Vázquez, Fernando Espino y Antonio Margil de Jesús. Sus testimonios fascinantes son fuentes de primer orden para el estudio de varios grupos tribales, algunos de cuyos descendientes todavía sobreviven al amparo de los mismos ambientes selváticos donde los misioneros encontraron a los antepasados.

A las relaciones escritas en el lenguaje de Castilla deben agregarse los relatos de viajeros extranjeros. No obstante las acciones adversas a los intereses de la corona española, algunos cronistas como Thomas Gage y corsarios como William Dampier, John Esquemeling, Raveneau de Lussan y el misterioso firmante M.W., mantuvieron el ojo siempre abierto a las curiosidades de la tierra nicaragüense. Recorrieron las costas, asaltaron León, Granada y Segovia, navegaron por el río Coco, marcharon a través del istmo y dejaron escrito algo más que el relato trágico de sus incursiones vandálicas.

Algunas autoridades españolas del siglo XVIII –civiles, militares y religiosas– escribieron sobre sus viajes de reconocimiento al interior del país, motivadas por las frecuentes incursiones enemigas procedentes de la Costa de la Mosquitia. Entre ellas figuran: el gobernador Lacayo Briones, el corregidor Matías de Oropesa, los obispos Garret y Arloví y Morrel de Santa Cruz y los ingenieros navales Díez Navarro y Porta Costas. También se encuentran los relatos de ciertos marineros ingleses: Cockburn, Penrose, Roach, y Kemble, escritos en el mismo siglo, que agregan nuevos conocimientos de la geografía, naturaleza y habitantes del país, e información sobre contactos con los habitantes de la selva y litoral del Caribe, cuyas costumbres fueron descritas por algunos de ellos como indómitas y bárbaras.

Menos conocidos son los estudios y colecciones científicas que realizaron en Nicaragua las expediciones de Sessé-Mociño y de Alejandro Malaspina en las postrimerías del siglo XVIII. Se trata de los primeros intentos españoles para describir las especies zoológicas, botánicas y medicinales colectadas entre México y Nicaragua, además de medir costas y escalar volcanes. Ambas expediciones se anticiparon de este modo al espíritu humboldtiano que recorrió el velo de la ciencia en algunos países de América en el umbral de su emancipación de la Corona española.

Finalmente, se encuentran los libros de Orlando Roberts, Jacobo Haefkens y Edward Belcher, escritos en las primeras décadas del siglo pasado. Además de la riqueza informativa que encierran, ilustran el estado de agitación y anarquía que imperaba en Nicaragua en la época de sus dos independencias.

Interés por la geografía histórica

Existe una extensa documentación relativa a Nicaragua colonial —y a la América Central— todavía sin procesar en los archivos de Guatemala y de España. Las historias relativas a viajes y descubrimientos en el istmo no parecen estar agotadas. Sin embargo, la investigación bibliográfica sobre el país o la región ha puesto casi todo el énfasis en los aspectos formales de la intervención española, con escasa atención a la descripción de su gea, etnia y natura, tan ricas como impresionantes; éstas constituyen, precisamente, materias de especial interés en el continuo descubrimiento de América.

En el intento de enmarcar los viajes y descubrimientos de los europeos dentro de la dimensión y circunstancias geo-políticas de Nicaragua durante el período colonial, el investigador advierte un estrecho paralelismo entre los lugares donde se escenifican los sucesos y aventuras relatados por los viajeros ocasionales y los hechos históricos más relevantes del país, al extremo que los unos no pueden ser comprendidos si no se entienden los otros. Con justa razón otro poeta nicaragüense, José Coronel Urtecho, advertía sobre ese determinismo simbiótico que parece existir entre el territorio y su acontecer:

“Lo esencial para Centroamérica -la clave de su Historia- es su destino geográfico. Historia y Geografía, que siempre fueron juntas, en Centroamérica se identifican. Forman un solo ser, como el alma y el cuerpo. Siguiendo el juego de palabras, se podría afirmar que nuestra historia es el alma de nuestra geografía y nuestra geografía el cuerpo de nuestra historia”.

CAPITULO I

Primera visión geográfica de Nicaragua

—Reconstrucción y rectificación de la ruta del descubrimiento de la costa de Nicaragua seguida por Cristóbal Colón en busca del famoso Estrecho Dudosó. —Nombres originales de los accidentes litorales. —Características y singularidades que observó. —Cambios que se han operado desde entonces.

Todos los años, entre setiembre y octubre, el lluvioso clima de la Costa Atlántica de Nicaragua hace un alto que dura de siete a diez días —a veces hasta dos semanas— para dar paso a un corto veranillo. Las mañanas se tornan soleadas, el mar sereno, liso como un espejo, la brisa leve. El oscuro verdor de la tierra firme y el azul plomizo del mar parecen confundirse a lo largo del litoral. La playa corre casi sin interrupción de norte a sur por quinientos y tantos kilómetros. Es la misma costa y el mismo clima que marcaron el derrotero de Cristóbal Colón durante su cuarto viaje, en 1502, cuando el Almirante buscaba —sin jamás encontrar— el Estrecho Dudosó que supuestamente abriría el paso a los bajeles españoles hacia las legendarias Islas de las Especierías.

Existen tres documentos testimoniales que hacen referencia al descubrimiento de la costa caribe de América Central: la llamada *Lattera rarissima*, carta que el mismo Colón enviara a los reyes de España, escrita en Jamaica diez meses después de haber pasado frente a aquella costa; la relación y el itinerario anotado por el escribano de la expedición Diego de Porras y la historia de Fernando Colón, quien también acom-

pañó a su padre cuando apenas contaba trece años de edad. Otros detalles sobre el viaje le fueron referidos a Pedro Mártir de Anglería, quien los dio a conocer en sus *Décadas del Nuevo Mundo*. Bartolomé, hermano del Almirante, también participó en la expedición; más tarde ofrecería a los cartógrafos italianos algunas referencias y nombres de las loca-



Figura 2.- Ruta de Colón por la Costa Caribe de América Central en 1502.

lidades bautizadas en el transcurso del viaje, los cuales aparecen en el mapa del Código Zorzi.¹

La carta de Colón está llena de lamentaciones y reclamos; es muy pobre en la descripción de la costa descubierta. Por el contrario, la relación de Fernando, escrita varios años después de la aventura, aporta observaciones interesantes que el mozalbete supo grabar en la memoria durante aquella expedición llena de accidentes y contratiempos, que de seguro constituyó la más grande experiencia de su vida.

En busca de un refugio

El lunes 12 de setiembre, (21 del presente calendario), Colón doblaba y bautizaba el cabo Gracias a Dios, situado en el extremo nororiental del territorio que más tarde sería llamado Nicaragua, después de cuarenta días de luchar contra los vientos y corrientes a lo largo de la tormentosa costa norte de Honduras. Una vez volteando el cabo el tiempo mejoró, “y allí me dio nuestro Señor, próspero viento y corriente”, anota en su carta el Almirante. Fernando señala el 14 de setiembre como la fecha del cambio de rumbo y de las condiciones meteorológicas:

“Después, cuando el 14 de setiembre llegamos a dicho cabo, viendo que la tierra daba vuelta hacia Mediodía, y que con los vientos levantes que allí reinaban y que nos habían sido tan contrarios, podíamos continuar cómodamente nuestro viaje, todos en general dimos gracias a Dios. En memoria de ésto el Almirante le dio el nombre de cabo de Gracias a Dios”.²

En el informe de Bartolomé, en cambio, el referido cabo es llamado *Consuela*, lo cual puede ser interpretado en forma similar, puesto que representa el punto donde la navegación —hasta entonces hartamente difícil— se tornó más apacible y segura para tranquilidad de la tripulación.

Bajaban por la costa oriental de Nicaragua las cuatro carabelas, (*Capitana, Santiago de Palos, Gallega y Vizcaína*), con velas destrozadas,

¹ Las principales fuentes primarias y referencias relativas al Cuarto Viaje de Colón son las siguientes:
a) *Carta de Colón a los Reyes de España informándoles de lo relativo a su Cuarto y Ultimo Viaje*. DHN. Tomo I. p. 2-3.

b) *Relación del Cuarto Viaje realizado por Cristóbal Colón, escrita por Diego de Porras*. DHN. Tomo I. p. 14-27.

c) *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón, escrita por su hijo Hernando Colón*. DHCR. Documento No. LXVI. Capítulos XC-XCI. p. 152-157.

d) Pedro Mártir de Anglería: *Décadas del Nuevo Mundo*. Tercera Década. Libro IV. p. 317-330.

e) *Informazione di Bartolomeo Colombo della navigazione di ponente et garbin di Beragua nel Mundo Novo*. DHCR. p. 72-74. El mapa lo presenta Morison en el Tomo II. p. 335.

² DHCR. p. 154. La vuelta por el cabo Gracias a Dios, como acontecida el 12 de setiembre, la indica Colón muy categóricamente en su carta, quien obviamente iba anotando fechas y leguas recorridas en la tarea de reconocer las nuevas tierras descubiertas.

anclas y jarcias perdidas y la tripulación —unas 140 almas— hambrienta y enferma. Colón se condolía de tan lastimera situación. Buscando el Estrecho Dudoso no se alejaban mucho del litoral, manteniéndose a no más de media legua de la costa, donde habían dos brazas de fondo, según Fernando. Navegaban con precaución, atentas a los escollos y bancos sumergidos que pudieran aparecer en esas aguas desconocidas.

“Nunca de la costa desta tierra se apartó de día, e todas las noches venía a surgir junto con tierra”, afirma Diego de Porras al referirse a la trayectoria que el célebre navegante siguiera junto a la costa caribe del istmo centroamericano.³

Costeaba, en efecto, frente a un litoral bajo, surcado por muchos ríos y pantanos, sin avistar bahía ni península donde guarecerse, reparar las naves averiadas y buscar alimento. Desde una camarilla que mandó levantar sobre cubierta el Almirante oteaba sin esperanzas un horizonte llano, que se perdía entre las brumas de la lejanía. La costa rectilínea y monótona era dibujada por la mano vacilante de un Colón enfermo y entrecano, no obstante sus 51 años de edad.⁴

“Tierra muy baja, de gente muy salvaje y de muy poco provecho”, describía Porras la costa misquita de Honduras y Nicaragua y a sus rudos habitantes, cuya costumbre de alargar y perforar los lóbulos de las orejas —a tal extremo que se podía poner un huevo de gallina adentro— mereció dar a la región el nombre de Costa de las Orejas.⁵

Cañas, tortugas y saurios

El cronista Pedro Mártir de Anglería, (quien aparentemente mantuvo contacto epistolar con el Almirante a su regreso del cuarto viaje), ofrece sin embargo, una descripción más consoladora de la costa caribe de Nicaragua, aunque su relación es de segunda mano: “En el espacio de ocho leguas, escribe que halló tres ríos grandes de agua cristalina, en cuyas orillas se criaban cañas más rescias que el muslo de un hombre, y abundancia grande de peces y grandes tortugas, y en varios lugares muche-

³ *Relación hecha por Diego de Porras, del Viage e de la Tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristóbal Colón*. DHCR. p. 43—44.

⁴ Durante el recorrido por la costa centroamericana el Almirante rara vez bajó a tierra, enviando en su lugar al hermano Bartolomé para reconocer la costa y tratar con los indígenas. Aparentemente ya venía padeciendo de gota, enfermedad que lo postró al regresar a España y lo llevó poco después a la tumba, el 20 de Mayo de 1506. En la carta de Colón referente al cuarto viaje, durante el penoso tránsito por la costa de Honduras, exclama: “yo había adolescido y llegado hartas veces a la muerte”.

⁵ Según Fernando Colón, los habitantes de la Costa de las Orejas, (posibles antecesoras de los actuales Misquitos, que vivían entre los cabos Camarón y Gracias a Dios), eran de piel oscura y de feo aspecto; andaban desnudos, comían pescado crudo y carne humana. Ver DHCR. p 153.

dumbre de cocodrilos que en la arena tomaban el sol, abriendo grandes bocas”.⁶

Dicho sea de paso que los únicos tres ríos grandes que desembocan al sur del cabo Gracias a Dios en el trecho de ocho leguas son Wawa, Kukulaya y Prinzapolka, cuyos sedimentos han modificado notablemente el sector de sus desembocaduras en los últimos siglos. Las cañas a las que se refiere la crónica corresponden, sin lugar a dudas, a la *Bambusia guadua*, especie de caña brava muy parecida al bambú; crece en manojos y es frecuente en las riberas de los grandes ríos de la Costa Atlántica. Fernando Colón menciona que las vio junto al río del Desastre. Las grandes tortugas obviamente eran de la especie *Chelonia mydas*, la tortuga verde del Caribe. Por ese tiempo suelen regresar del sur, hacia los bancos submarinos alrededor de los archipiélagos de Perlas y Misquitos, una vez concluida la estación de desove en las playas de la presente Costa Rica. Los lagartos, *Crocodylus acutus*, se observan todavía en las playas arenosas de la costa caribe y tierra adentro junto a los ríos que drenan la vertiente.

La visión de los saurios así como la de otros animales cuyos nombres —según el cronista Anglería— no consignó, revela un curso muy cste-ro y explica por qué Colón dejó atrás, sin descubrir, el amplio archipié-lago de los Misquitos, que están apartados unos 40 a 50 kilómetros del litoral nicaragüense.

Las carabelas pernoctaban aguas afuera a falta de buenos fondeaderos; el mar estuvo tranquilo en aquel veranillo; las noches eran frescas y calmas, con una brillante luna rielando en el mar.⁷

“Poco más allá pasamos por algunos bajos peligrosos, que salían del mar por cuanto podía alcanzar la vista”, prosigue Fernando en su relación. Navegaban entonces junto a la barrera que actualmente separa Pearl Lagoon del mar, donde el agua es poco profunda y el lecho marino está sembrado de bajíos que emergen en algunas partes a la superficie, dando origen al vecino archipiélagos hoy conocido como Pearl Cays. La amplia península Caribe, o Set Net, que actualmente se proyecta hacia el sur cerrando casi la entrada de la laguna, estaba siendo consolidada en ese entonces por los sedimentos acarreados por el río Grande de Matagalpa. En esa época, según parece, el río desembocaba en la ribera norte de la laguna. Semejante configuración del litoral —antes no sospechada— obliga aquí a responder la siguiente pregunta:

⁶ Anglería, P. M. de, *Décadas del Nuevo Mundo*. Década III. Libro IV. Ver también DHCR. p. 132.

⁷ La fase llena de la luna ocurrió en la noche del 15 al 16 de Septiembre. La epacta para 1502 fue 22. Entonces resulta: $22 + 8 + 15 = 45$. $45 - 29.5 = 15.5$

¿Dónde quedaba el Río del Desastre?

Según el relato de Fernando —único testigo en describir la tragedia— llegaron a la desembocadura de un río, y:

“[...] como teníamos necesidad de tomar agua y leña, el sábado 16 de setiembre, envió el Almirante los bateles a un río, que parecía profundo y de buena entrada. Pero no fue tal para la salida, porque habiéndose enfurecido los vientos del mar y estando ésta muy gruesa, rompiendo contra la corriente de la boca, embistió a las barcas con tanta violencia que zozobró una y pereció toda la gente que en ella iba. Por lo que le llamó el Almirante río del Desastre”.⁸

La fecha de la tragedia señalada por Fernando Colón corresponde realmente al sábado 17 de setiembre de 1502 del antiguo calendario juliano. Así también la confirma Diego de Porras cuando se refiere a la gente y navíos de la expedición; en el rol de la tripulación señala los nombres de Martín de Fuenterrabía y Miguel de Lariaga, (que eran el contra-maestre y grumete de la *Vizcaína* respectivamente), como los únicos miembros fallecidos el 17 de setiembre. Esa fue, pues, “toda la gente” que pereció en el naufragio.

Vale aclarar, a manera de información, que los ríos de la vertiente caribe de Nicaragua echan sus aguas al mar en dirección contraria a los vientos alisios que predominan en el litoral. Como resultado, el oleaje marino confronta la salida de las aguas obligándolas a depositar sedimentos y formar barras arenosas en las propias bocanas, donde es fácil encallar. Al peligro de una zozobra hay que añadir el horror de los tiburones que merodean por las desembocaduras.

Según las medidas de Porras, el río del Desastre estaba ubicado a 70 leguas, (350 kilómetros), al sur del cabo Gracias a Dios. Siendo el derrotero de los barcos casi rectilíneo en este sector, a favor de la corriente y con el viento en popa, la estimación de esa distancia por parte del escribano no podía andar lejos de la realidad. En cinco días las carabelas habían avanzado a razón de unas 14 leguas diarias con proa al sur.⁹

La fecha del naufragio y la distancia mencionada son importantes para rectificar un error muy difundido —aún por serios historiadores— en el cual se identifica al Grande de Matagalpa como el río del Desastre,

⁸ DHCR, p. 154.

⁹ La legua marina comúnmente empleada en España era legua de cuatro millas “como acostumbamos en la mar”, según lo refiere Colón en su tercer viaje. En tierra era sólo de tres millas. La legua legal española medía cinco mil varas. Ver Guillermo Esteves Völkner: *Tarjetero Histórico*. p. 529.

cuya peligrosa barra es temida hoy en día. Sin embargo, las 70 leguas anotadas por Porras, (ratificada en 1790 por el ingeniero español Porta y Costas como la distancia que media entre el cabo Gracias y la laguna de Bluefields), llevan a los barcos justamente frente al antiguo delta del caudaloso río que hoy se llama Escondido. Por otra parte: sólo tomando como cierta esa distancia geográfica se pueden acomodar las 12 leguas que según el mismo Porras necesitaron luego para alcanzar Punta Roas, (hoy *Monkey Point*), más las restantes 55 que tuvieron que recorrer seguidamente para arribar a Cariay, (actual Puerto Limón, Costa Rica), donde el Almirante se detuvo finalmente el domingo 25 de setiembre.¹⁰

Antes de continuar con la narración, es necesario abrir un paréntesis para comentar un poco sobre la paleogeografía de la costa caribe de Nicaragua, en relación con la posible ubicación del río del Desastre.

Una línea costera cambiante

No existe relieve en el presente territorio de Nicaragua que haya sufrido más de extensos y rápidos cambios morfológicos —aun en escala histórica— que la costa frente al mar Caribe. Se trata en efecto de un litoral en proceso continuo de emersión, expuesto en los últimos milenios a las alternadas transgresiones y recesiones del mar, según se infiere de los estudios que sobre la evolución de la costa realizara Jeffrey Radley en 1959.¹¹

El efecto más notable del proceso es, sin embargo, la rápida acreción y avance del frente litoral debido a la constante deposición de sedimentos terrigenos acarreados por los ríos hacia el mar. Los materiales son devueltos a la costa por la corriente litoral bajo el empuje de los vientos contrarios. El volumen de sedimentos que los ríos nicaragüenses aportan al mar Caribe ha sido estimado entre 25 y 30 millones de metros cúbicos por año, según Owens y Roberts. Esta deposición es causada por la fuerte erosión de las montañas del interior, la abundante lluvia y el notable caudal de los ríos que drenan la vertiente caribe del país. A manera de comparación los mismos autores afirman que, en términos de unidad de longitud de costa, la plataforma submarina de Nicaragua recibe alrededor

¹⁰ En el otro sentido: Cariay distaba según Porras 57 leguas de la isla del Escudo, que estaba frente a la costa de Veragua, lo cual puede ser verificado cartográficamente como correcto. El cabo Gracias a Dios y la isla del Escudo, cuyos nombres originales aún persisten, son los dos importantes jalones que confirman la notable exactitud de las distancias intermedias presentadas por Porras.

¹¹ Radley, Jeffrey: *The Physical Geography of the East Coast of Nicaragua*. (A Thesis submitted to the Department of Geography, University of California, Berkeley, 1960). p 9—15.

de tres veces más agua dulce y quince veces más sedimentos, por descarga de los ríos, que la plataforma atlántica frente a los Estados Unidos.¹²

Como consecuencia de los procesos de emersión y acreción se ha formado una serie de barreras arenosas, paralelas a la costa litoral, las cuales interceptan el flujo de los ríos en sus propias desembocaduras obli-gándolos en algunos casos a formar deltas, (como sucede con el San Juan, Escondido, Prinzapolka y Coco), o explayar las aguas en amplias lagunas costaneras de escasa profundidad, (en Páhara, Karatá, Wounta, Perlas y Bluefields).

Posiblemente en épocas pasadas algunos de estos ríos descargaban su contenido directamente en el mar, sin la interposición de barreras o lagunas litorales que en la actualidad bifurcan la corriente o empozan las aguas. Una nueva serie de barreras paralelas comenzó a formarse junto al litoral en emersión, encerrando paulatinamente antiguas bahías y atrapando deltas. Las barreras progresaron de norte a sur a partir de la boca de los ríos, debido a la descarga de sedimentos y bajo los efectos de los vientos que empujan la corriente costera contra el litoral.¹³

Ocasionalmente—como sucede después del paso de huracanes y tormentas tropicales— ciertos ríos se desbordan y rompen las barreras interpuestas, abriendo una nueva salida al mar. Tal parece fue el caso del río Grande de Matagalpa, que anteriormente desembocaba en la laguna de Perlas y cuyas aguas pasan hoy sobre una antigua barrera sumergida o “barra”. Radley escribe textualmente al respecto:

“Según parece, por fotos aéreas, el Río Grande fluyó en una época hacia el extremo norte de la Laguna de Perlas, siguiendo un curso al sureste, de modo que cortaba una playa emergida. Dos lagunitas (Srimni y Karaslaya) y un insólito riachuelo en medio de un gran parche aluvial sugieren el antiguo curso”.¹⁴

El Grande de Matagalpa, al parecer, es el único río de la Costa Atlántica que ha logrado abrir una nueva salida directamente al mar en época postcolombina. La hipótesis aquí presentada es reforzada por la esca-

¹² Owens E.H, y Roberts H. H. : “Variations of Wave-energy levels and coastal sedimentation, Eastern Nicaragua”. (Reprinted from Proceedings of the 16th Coastal Engineering Conference. ASCE. Hamburg, West Germany. August 28-September 1, 1978. Roberts H. H. y Murray S.P. : “Control on Reef Development and the Terrigenous—Carbonate Interface on a Shallow Shelf, Nicaragua, Central America”. En Coral Reefs (1983) 2. p. 71-80.

¹³ Algunas de estas barreras son angostas fajas de arena que se interponen entre las lagunas costeras y el mar. Los nativos las llaman “haulover”, pues siendo bajas y estrechas permiten arrastrar (to haul over) los botes de las lagunas al mar y viceversa.

¹⁴ Radley J. p. 74. La traducción de la cita es del autor, así como los nombres entre paréntesis.

sa acumulación de sedimentos en la actual desembocadura, cuyo volumen no parece corresponder a lo estimado de acuerdo con la extensa cuenca que el río drena.

La geografía sepultada

Las medidas de Porras y la geología descartan al río Grande como el *Río del Desastre* de Colón. Antes bien, parecen apoyar la opción a favor del río Escondido, situado más al sur. Este último, en efecto, forma uno de los más extensos deltas en la costa caribe de América Central. Sus ramales se abren en abanico desde el lugar llamado False Bluff hasta el actual puerto de El Bluff. Una alargada barrera arenosa ha evolucionado en los últimos siglos entre ambos sitios y desviado el cauce principal del río hacia el sur, de tal modo que el grueso de las aguas entran hoy en la presente laguna de Bluefields. El antiguo islote de El Bluff ha quedado unido a tierra firme por medio de la barrera. Por otra parte, los sedimentos recientes del Escondido han contribuido al alargamiento de Deer Cay, (la isla del Venado), que en la actualidad cierra la laguna mencionada en casi todo su frente hacia el mar.

La antigua salida del Escondido estaba en proceso de cierre cuando el pirata William Dampier la remontó en 1681 para carenar una tartana: "Tiene en su desembocadura una playa arenosa adecuada para carenar. Su boca es profunda, pero su barra no pueden pasarla barcos de más de 70 toneladas".¹⁵

En tiempos de Colón —dos siglos antes de Dampier— la entrada del río debió haber sido más expedita, aunque peligrosa por la barra que la guardaba. Las drásticas transformaciones en el litoral del Caribe, aun en el breve lapso de dos siglos, sugieren también que —pensando retrospectivamente— el cabo Gracias a Dios doblado por Colón a principios del siglo XVI debe de encontrarse actualmente a varios kilómetros tierra adentro, sepultado por el aluvión del Coco, el río más largo y uno de las más caudalosos del istmo centroamericano, cuyo delta es un verdadero vértice donde se parten vientos y corrientes.¹⁶

¹⁵ *Piratas en Centroamérica, Siglo XVII*. (Traducción de Luciano Cuadra). Colección Cultural del Banco de América. Managua, 1978. p. 148.

¹⁶ Radley hace notar (p. 93) que el delta del río Coco ha venido rápidamente acrecentándose y proyectando el cabo Gracias a Dios hacia el mar. Dicho cabo se desplazó en el siglo pasado de 83° 11' a 83° 09' de longitud oeste, es decir el equivalente a 3.7 Kms. Owens y Roberts explican este avance como debido al gran volumen de sedimentos que el río descarga en su delta, (unos 6.5 millones de metros cúbicos anuales), sin que la corriente litoral tenga la fuerza suficiente para arrastrarlos en la medida que van siendo depositados.

Descubrimiento de Corn Island

Regresando a la narración sobre el Cuarto Viaje, Anglería también se refiere al río Escondido, aunque sin mencionar el suceso del desastre. La ubicación y fecha del descubrimiento del río se infieren fácilmente leyendo el siguiente pasaje: “Ofrecióse luego otro río a propósito para grandes naves, delante de cuya desembocadura había cuatro islitas floridas y arboríferas, que formaban un puerto. Dióles el nombre de Cuatro Témporas”. Luego el mismo autor dice a continuación: “A 13 leguas de las mismas, y marchando siempre en dirección oriental contra la corriente, halló 12 islitas, a las que llamó Limonares por su abundancia de una nueva especie de fruta parecida a nuestros limones”.¹⁷

Ahora bien, la posición y distancia antes mencionadas sólo pueden corresponder a las dos islas del Maíz (Corn Islands), que se localizan exactamente a trece leguas al oriente franco del gran delta del Escondido, en sentido perpendicular a la corriente litoral y en contra de los vientos. La única discrepancia con el texto de Anglería, (antigua edición en latín de 1555), es la mención de doce isletas en lugar de dos, cantidad que se revierte nuevamente a un par en otras ediciones, según lo anota Carl O. Sauer, uno de los mejores biógrafos del Almirante.¹⁸

Otra interesante prueba a favor del río Escondido son las *Témporas*, las cuatro verdeantes islitas a la entrada del río. Aunque el texto de Anglería no menciona fechas, éstas fueron bautizadas, de acuerdo a la costumbre de Colón, el 17 de setiembre, (en el mismo día del desastre), según parece. Tal fecha corresponde en efecto al primer sábado de abstinencia posterior al equinoccio de otoño, que en 1502 cayó el día 14 del calendario juliano. Vale decir que las *Témporas* eran períodos de ayuno observados al inicio de cada una de las cuatro estaciones.¹⁹

En resumen, en la infausta fecha del 17 de setiembre de 1502, cuando perdió a dos hombres de su tripulación, Colón se encontraba frente al

¹⁷ Anglería, P.M. de, *Década* III. Libro IV. p 320.

¹⁸ En relación con las islas Limonares, Samuel E. Morison sospecha que son los cayos Perlas (unos 10 islotes, incluyendo el que se llama Lime), pero el pequeño archipiélago está ubicado a menos de dos leguas de la costa, frente a la península de Set Net, y no a 13 leguas de la desembocadura de un gran río como señala la crónica. El autor coincide con Carl O. Sauer en identificar las Limonares con las islas de Corn Islands, por las razones dadas en el texto.

¹⁹ Samuel E. Morison (1942) y Carl O. Sauer (1969), los dos grandes historiadores de Colón, discrepan sobre la identidad de Las *Témporas*. El primero supone que tales islotes son los actuales cayos Tyara, situados a 3 y 4 leguas al oriente de la actual desembocadura del río Grande; pero Anglería señala que estaban propiamente a la entrada de un gran río. Dichos cayos, por otro lado, son dos pequeños islotes rocosos que apenas emergen de la superficie del mar, imposibles de observar desde la costa. Sauer, por su parte, asumiendo que el río del Desastre era el río Grande, sugiere que los cuatro islotes estaban en su desembocadura, evidencia que ya no existe.

antiguo delta del río Escondido, descubriendo cuatro islotes y percibiendo en lontananza las islas del Maíz.

Corn Island, la grande, puede ser divisada desde la costa bajo las diáfanas condiciones atmosféricas del veranillo de setiembre. Su parte más elevada —Mount Pleasant— se proyecta a un centenar de metros sobre el nivel del mar, en dirección este franco sobre la línea del horizonte. El perfil de la isla se antepone al orto del sol en equinoccio, el mejor punto cardinal para el astrolabio de cualquier marino. Colón navegó a su encuentro, “siempre contra la corriente”, empleando probablemente más de un día en alcanzarla. Con toda seguridad bajó a la isla en busca de comida; de otro modo no hubiera sido posible distinguir unas frutas que le parecieron como limones.²⁰

Al no encontrar habitantes ni provisiones en ambas islas el Almirante retornó a la costa, habiendo perdido unos tres días en su itinerario debido al incidente en el río del Desastre y la visita infructuosa a las islas del Maíz. Solamente así se explica que empleara los faltantes cinco días en recorrer las 67 leguas que le quedaban para alcanzar sin mayores contratiempos la playa de Cariay, donde surgió el domingo 25.

“Tal desviación hacia el este —comenta Sauer, refiriéndose a la visita a las islas del Maíz— explicaría la falta de mención del gran río San Juan, desagadero del lago de Nicaragua. Si tomaron rumbo sur desde la gran Corn Island, habrían dejado el río a un lado para poder luego avistar las altas montañas de Costa Rica y arribar a Cariay, que yace a sus pies”.²¹

Las pruebas a continuación demuestran que Colón, una vez que exploró las islas, volvió en verdad sobre su derrotero, regresando a la desembocadura del Escondido, para continuar junto a la costa nicaragüense en busca del elusivo Estrecho Dudoso.

El Almirante en la península Monkey Point

Siguiendo el curso indicado por Diego de Porras, el viaje hacia el sur debió haberse reanudado el día 20. El escribano anotó que a 12 leguas al sur del río del Desastre encontraron el *cabo Roas*. El único saliente que existe al sur del Escondido y exactamente a esa distancia es Monkey

²⁰ Según Douglas W. Stevens, del *Missouri Botanical Garden*, (correspondencia personal), la planta es probablemente una Rubiácea, *Posoqueria latifoliada* (Rudge), cuya fruta madura y amarilla simula a distancia ser la del limón.

²¹ Sauer C. O. (1969): p. 125. (La traducción es del autor).

Point, (Punta Mona). Está formado por un conjunto de acantilados de basalto columnar, que se introducen en el mar proyectando pequeños cabos entre ensenadas, donde asoman suelos arcillosos rojizos.

Sauer ubica el *cabo Roas* donde hoy es Punta Perlas, (cerca de la presente entrada a la laguna de Perlas), porque está situada a 12 leguas de la boca del Río Grande, que él toma por Río del Desastre. Interpreta Roas como la roda de la proa, lo cual no tiene mucho sentido para justificar el bautizo de un punto saliente. Samuel E. Morison —otro de los conocidos biógrafos de Colón— lo identifica en cambio con Monkey Point, re-escribiéndolo como “*cabo Rojo*”, por el color de los acantilados frente al mar, tal como se observan en la realidad.²²

Monkey Point es además el único promontorio rocoso situado entre el cabo Gracias a Dios y Puerto Limón. Que Colón pasó por ahí lo confirma también Anglería, cuando describe la costa: “El aspecto de aquella tierra es cambiante: peñascoso y defendido por pelados promontorios y escarpadas rocas en unos sitios y de tan fecunda tierra en otros, que a ninguna cedería la palma”.²³

En el mapa del Código Zorzi, atribuido a Bartolomé Colón, aparece el “*cabo de la Sierpe*” como el único saliente entre Gracias a Dios y Cariay.

Es posible que Colón, después de tantos días de navegación infortunada, buscara con desesperación un puerto donde abrigarse, y al descubrir la apacible y segura ensenada junto a Monkey Point, (en realidad el mejor resguardo en todo el litoral abierto de la costa caribe nicaragüense), pernoctara en ella por un día. Sin embargo, tanto Colón como Fernando no mencionan el paso por ese lugar, quizás porque los aborígenes —antiguos indios Ramas— huyeron y se escondieron en la selva vecina al avistar las extrañas naves que se aproximaban. Fue una actitud, de ser cierta, muy diferente a la bienvenida que el Almirante recibió cuando sus carabelas anclaron finalmente frente a Cariay. Los Ramas de hoy en día aún resienten la presencia de extraños en sus dominios.

El río San Mateo y la ensenada de Los Perdidos

Pedro Mártir de Anglería confirma nuevamente el paso de las carabelas por Monkey Point al escribir: “Recorriendo el mismo camino vino

²² Morison S. E. (1942): Vol. II. p. 339.

²³ Anglería, P. M. de, *Década* III. Libro IV. p. 319—320.

a dar, a unas 12 leguas, en un gran puerto que se adentraba en tierra obra de tres leguas con algo menos de ancho y en el cual se vertía un caudaloso río. Allí se extravió poco después Nicuesa, cuando iba en demanda de Veragua, por lo cual los modernos lo han llamado Río de los Perdidos”.²⁴

La cita anterior que describe y dimensiona la amplia acometida del mar al sur de Monkey Point sugiere también la presencia del río llamado actualmente Punta Gorda, el primero en importancia que se encuentra inmediatamente después de pasar la península.

Conviene mencionar aquí que a Diego de Nicuesa se le confió en 1510 la exploración y control de la costa caribe al oeste de Veragua, la cual había sido reconocida ocho años antes por Colón durante su cuarto viaje. Aventurándose 140 leguas al occidente del puerto Nombre de Dios, con la flota dispersa, Nicuesa se perdió frente a la costa de Nicaragua. Ahí zozobró su carabela, con sesenta hombres a bordo—según Anglería—al extremo que tuvo que ser buscado y rescatado, terminando así la segunda exploración española por la costa caribe nicaragüense.²⁵

Refiere Anglería en su crónica que Nicuesa hizo entrar la carabela a un río; cuando trató de salir las aguas habían bajado tanto que la nave quedó varada en la barra de la desembocadura. Este hecho permite sospechar que el río era el Punta Gorda, (o uno de los actualmente llamados Maíz e Indio), los únicos en el sector que presentan amplias variaciones de caudal por tener cuencas relativamente pequeñas y estar localizados en una de las regiones más lluviosas del Caribe. El resto de los ríos, hacia el norte, no sufre de tan súbitas fluctuaciones, lo cual descarta la opinión de algunos historiadores que creen que Nicuesa alcanzó el cabo Gracias a Dios, guiados en la observación de antiguos e imperfectos mapas del siglo XVI que ubican el llamado “*golfo de Nicuesa*” cerca del cabo.

La versión del Punta Gorda como el posible *Río de Los Perdidos* se basa en el itinerario de Colón y también en lo sostenido por el cronista Anglería. El 21 de setiembre—día de San Mateo—Colón bautizaba al río, siguiendo la costumbre de referir las fechas de sus descubrimientos al santoral cristiano. Que el río *San Mateo* de Colón era el mismo río de *Los Perdidos* de Nicuesa, lo confirma Anglería cuando escribe: “Desde Veragua hasta el río llamado San Mateo por Colón, por el cual Nicuesa, perdida su carabela, anduvo errante, como el más desgraciado de los

²⁴ Anglería, P. M. de, *Década III*. Libro IV. p. 320.

²⁵ Anglería, P. M. de, *Década II*. Libro X. p 280—281.

hombres, hallamos en las cartas sólo 140 (leguas)". Pocas líneas adelante vuelve a confirmarlo con la siguiente observación: "[...] la ensenada de San Mateo que dicen de los Perdidos".²⁶

Un gran arco de playa, cóncavo hacia el mar, viene a continuación desplegándose desde el Punta Gorda hasta el río San Juan. A diferencia del litoral hacia el norte que es plano, sembrado de pantanos y bordeado por lagunas costeras, las cuales, según Anglería estaban[...] "infestadas de cocodrilos, dragones, murciélagos y mosquitos", la costa en adelante se encuentra libre de accidentes y está bordeada por una exuberante selva tropical que llega hasta la propia orilla del mar. Limitan el horizonte bajas colinas y algunos montes de la serranía de Yolaina cubiertos de eterno verdor.

El cambio de paisaje reanimó a Colón, según el siguiente comentario de Anglería: "[...] hallaba diversos montes, variedad de valles, ríos y puertos; el ambiente de todos —escribe— era suave; encantaba la naturaleza y ninguno de sus compañeros cayó enfermo antes de llegar a la región que los naturales llaman Quicuri, con acento en la final, en donde está el puerto de Cariari..."²⁷

Algunos autores insisten en ubicar Cariari en Monkey Point, mientras otros piensan que estaba en la desembocadura del Punta Gorda, del río San Juan, o más al sur. Como información interesante —sin ánimo de apoyarla ni refutarla— conviene mencionar al respecto que en 1888 John Crawford, (geólogo asesor del proyecto canalero contratado por el gobierno de Nicaragua), entrevistó a los indígenas de Amerrique en Chontales, quienes le aseguraron que *Cariari* era el nombre original del río Punta Gorda. También supo que los antiguos Amerriques sacaban cierta cantidad de oro de la misma serranía de Chontales. Los indios le refirieron una vieja tradición acerca del primer contacto entre uno de sus antepasados caciques y los hombres altos y de faz rubicunda que arribaron a la Costa Caribe, sobre "el blanco fondo" del mar. Crawford remitió la información al profesor Jules Marcou de la Sociedad Geográfica de París; éste sustentaba la hipótesis que el nombre original de América estaba más ligado a la serranía de Amerrique que al célebre navegante y cartógrafo Alberico (Américo) Vesputio, como generalmente se cree, y que tal vocablo había sido recogido por los primeros navegantes que recorrieron la Costa Caribe de Nicaragua.²⁸

²⁶ Anglería, P. M. de, *Década II*. Libro X. p. 280—281.

²⁷ Anglería, P. M. de, *Década III*. Libro IV. p 320.

²⁸ Crawford J.: "*Notes on Central-American Archaeology and Ethnology*". Proceedings of the Boston Society of Natural History. Vol XXV, p 247—253, 1892. Por otra parte, en el idioma rama (Diccionario Rama-Alemán de Walter Lehmann), los términos combinados de *ami-rik*, significan "pulir oro", metal que se encuentra en forma de figurillas en los ríos Indios y Matz, y no más al norte.

Por ahí, según se pensaba entonces, podía estar el tan sospechado Estrecho Dudoso, porque más adelante lo impedían las altivas montañas de Costa Rica, (*Sinarun Montis*, los Montes de China, de acuerdo con el mapa de Bartolomé Colón). No obstante, Anglería dudaba de la existencia del pasaje marítimo cuando expresó lo siguiente: “Hay quienes creen que un solo valle, por donde corre el río llamado por los nuestros “de los Perdidos”, a causa del infortunio de Nicuesa y sus compañeros, y no muy distante de Cerebaró, (Bocas del Toro, Panamá), corta aquellos montes (que quedan) hacia el sur; pero como sus aguas son potables, piénsase que hablan fabulosamente los que se apoyan en tales argumentos”.²⁹

¿Y el río San Juan?

Parece una explicación improbable la ofrecida por Carl O. Sauer sobre el derrotero que mar adentro siguió Colón, supuestamente entre Corn Island y Cariay, como la razón de no haber podido avistar —ni mencionado— la desembocadura del río San Juan.

Además de las razones antes expuestas en relación con el río de Los Perdidos o San Mateo, conviene recordar que Colón solía costear una vez que tocaba isla, o lo que él asumía era tierra firme. Su meta fue la de explorar por aquellas costas “el estrecho de Tierra Firme, para abrir la navegación del Sur, de la que tenían necesidad para descubrir las tierras de la Especiería”, según lo afirma su hijo Fernando.³⁰

El *aureotropismo* de Colón hacia el sur era bien marcado, pues creía —a decir Sauer— que en esa dirección se podía encontrar oro más fácilmente. Algo del codiciado metal logró obtener, en efecto, por trueque con los indígenas de Cariay y Veragua, costa —esta última— donde dos meses después el célebre descubridor concluyera con el reconocimiento de la margen caribe del istmo centroamericano.

La desembocadura del río San Juan —ayer como hoy— no se verifica directamente en el mar, sino a través de un delta donde se interponen una bahía, varias lagunas entrampadas y barreras litorales, que contribuyen a frenar el caudal y dan salida a las aguas por brazos laterales. Quizás el Almirante no quiso arriesgarse esta vez, fresco el recuerdo del río del Desastre. Tal vez ni la advirtió. En realidad es difícil encontrar “la boca” del San Juan, o la entrada a la bahía, cuando se las busca desde el mar. El sector de la costa es llano e indistinto; muchas veces queda ve-

²⁹ Anglería, P. M. de, *Década III*. Libro IV. p 329.

³⁰ *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*. DHCR. Documento LXVI. Capítulo XC. p. 152.

lado tras las espesas cortinas de lluvia frecuentes en la región, una de las más pluviosas del continente.

El Descubridor de América —cuya epopeya no tiene parangón en la historia de los descubrimientos geográficos— nunca imaginó cuando pasaba frente a la desembocadura del río San Juan que lo hacía ante la propia angostura del istmo. Por un capricho de la Historia —como suelen decir los que la escudriñan y reflexionan— dejó atrás aquella costa donde un río caudaloso, (remontable en las carabelas que llevaba), y un extenso lago de agua dulce a continuación, lo hubiesen acercado al otro mar: el vasto océano Pacífico que se extiende por occidente hasta las orientales Catay y Cipango, como ruta segura hacia las verdaderas Indias.

Capítulo II

Almirante de la Mar Dulce

—La expedición de Gil González. —Circunstancias que la precedieron. Territorios y caciques visitados. —Posesión del Gran Lago. Interpretación de los descubrimientos. —Primeras observaciones sobre las culturas indígenas del país.

Colón recorrió la costa oriental del istmo centroamericano convencido de que lo hacía a lo largo de la costa asiática, por los dominios del Gran Khan. El tan buscado Estrecho Dudoso debía ser para el célebre navegante el *Aureo Quersoneso*, (paso entre Malaya y Sumatra), por donde el veneciano Marco Polo regresó a Europa por la vía de la India Gángetica.

No obstante el reconocimiento que hiciera de la costa de Veragua, (que se continuaba con las de Darién, Urabá y Cartagena, reconocidas poco antes por Bastidas y La Cosa), el Almirante nunca admitió que se trataba del borde de una nueva tierra firme, diferente a la de Asia. Tampoco reparó en las observaciones de los indígenas de Cariay que le dijeron que a nueve jornadas de camino hacia el poniente estaba el rico territorio de Ciguare, junto a otro mar.¹ La dirección y distancia señaladas por los indios a Colón convergen obviamente en Nicaragua; el otro mar pudo haber sido el gran lago de este país, o el vecino Océano Pacífico.

¹ Sauer, Carl O.: *The Early Spanish Main*. p. 139.

Así pues, el descubrimiento del vasto océano quedó reservado —once años después que pasó el Gran Descubridor— para aquellos españoles que lograron cruzar el estrecho, no de agua sino de tierra, que constituye el istmo de Panamá.

Desde una colina, junto al golfo de San Miguel, el capitán Vasco Núñez de Balboa divisó por primera vez, (el 25 de setiembre de 1513), el inmenso piélago brillante que se extendía hasta perderse más allá del horizonte austral. Fue llamado Mar del Sur en contraposición al mar Caribe, o Mar del Norte, situado en dirección opuesta con relación al istmo panameño, que hasta entonces representaba la avanzada principal de los descubrimientos españoles en tierra firme.

Quedaba así abierta la posibilidad de una nueva frontera para la exploración y la colonización. Con la fundación de la ciudad de Panamá en 1519, (por el interés de Pedrarias Dávila, a la sazón gobernador de Castilla del Oro), tal posibilidad se convirtió en realidad y los vientos de la conquista, la fama y la codicia empujaron a los aventureros españoles rumbo al oeste, hacia nuevos descubrimientos por la costa del Pacífico, desde Panamá hasta Tehuantepec, y hacia el sur hasta el Perú. Dirigir esfuerzos en la primera dirección fue un error para el ambicioso Pedrarias quien, atraído después hacia Nicaragua, dejó a Pizarro la opción de descubrir un más rico botín en el hemisferio austral.

Cupo al capitán Gil González de Avila dirigir la primera expedición que lo llevó a Nicaragua por el lado del Pacífico. Existen tres testimonios importantes sobre esta aventura: la carta que el mismo capitán enviara al Rey de España, donde le relata los pormenores de la expedición; el inventario de los sitios visitados y de los logros monetarios y religiosos obtenidos, según la cuenta del tesorero Andrés de Cereceda; y la información que este último brindó a Pedro Mártir de Anglería —que aún vivía en la corte española— sobre el interesante diálogo sostenido entre Gil González y el cacique Nicaragua, además de otros curiosos detalles tocantes a las cosas y costumbres en la corte del jefe indígena.²

Antes de entrar a narrar la aventura de Gil González de Avila conviene, sin embargo, conocer algunos antecedentes.

² Las fuentes citadas se encuentran en el Tomo I de DHN., bajo los siguientes títulos:

a) Carta del Capitán Gil González de Avila a su Majestad dándole cuenta del descubrimiento de Nicaragua". Isla Española, 6 de Marzo de 1524. p 89-107.

b) "Relación de las leguas que anduvo a pie el Capitán Gil González de Avila, número de caciques e indios que bautizó y del oro que recibiera. Firmado Cereceda". p 84-88.

Consultar también las Décadas del Nuevo Mundo. Sexta Década (1524). Libros I al VIII, de Pedro Mártir de Anglería. p. 553-578.

Puerta de entrada a Nicaragua

Enfrascado estaba Vasco Núñez de Balboa en la construcción de unos barcos para explorar las costas del océano, que había descubierto cinco años atrás, cuando el implacable Pedrarias, celoso de la fama y arrojo del Adelantado, le acusó de sedición, pretexto suficiente para mandarle a prender y, usando sus poderes como gobernador, enjuiciarlo manifiestamente para después cortarle la cabeza bajo el cargo de traición. Sin perder tiempo, el gobernador instruyó a su protegido, Gaspar de Espinosa, Alcalde Mayor de Panamá, para que tomase los barcos de Balboa y fuese a descubrir la costa hacia el poniente.

Espinosa navegó hasta la península de Burica, (en el límite actual entre Panamá y Costa Rica); ordenó a su vez a los pilotos Juan de Castañeda y Hernán Ponce de León proseguir con la exploración hacia oeste. Estos llegaron a la entrada de un extenso golfo, al que bautizaron como San Lúcar, donde los indígenas no les permitieron desembarcar.

El descubrimiento del golfo de Nicoya, el 18 de octubre de 1519, es descrito por Bartolomé de Las Casas textualmente así:

"Hallaron un golfo de más de 20 leguas lleno de islas, y es puerto cerrado admirable; llámanlo los indios Chira y ellos lo llamaron San Lúcar; este es el puerto que dicen de Nicoya, que es una provincia muy fértil y graciosa de Nicaragua. Allí cercan los navíos gran número de canoas, llenas de gente armada, y otras muchas gentes que apareció en la costa con sus trompetillas o cornetas haciendo grandes fieros y amenazas; pero tirados algunos tiros de pólvora, no quedó hombre en la mar ni en la tierra que huyendo no volase. Viendo Hernán Ponce que allí no podía ganar nada y que la costa iba adelante, tornose a juntarse con Espinosa".³

El único logro que los exploradores obtuvieron en el golfo fue la captura de cuatro indígenas que llevados a Panamá aprendieron el idioma de los castellanos. Más tarde servirían como intérpretes en la expedición de González de Avila.

Mientras acontecían estos sucesos en uno de los mares, por el otro navegaban rumbo a la isla Española, (hoy de Santo Domingo), el capitán Gil González y el piloto Andrés Niño. El año anterior habían obtenido una capitulación o concesión oficial mediante la cual se les autorizaba explorar la Mar del Sur, hasta 1000 leguas, haciendo rescate de cuanto oro, plata, perlas, piedras preciosas y especierías pudieran conseguir. Venían también autorizados para utilizar los navíos construidos por Balboa, ignorando el destino que ya para entonces Pedrarias hacía de ellos.⁴

³ Las Casas, Bartolomé: *Historia de las Indias*. Vol. III. p 76-77.

⁴ DHN.: *Relación del asiento y capitulación que se tomó con el piloto Andrés Niño para los descubrimientos en el mar del Sur*. Tomo I. p. 65-67.

Arranca la expedición hacia el Poniente

Gil González, un caballero de Avila, (por otro nombre conocido como Egidio Gonzalo Abulense), se había desempeñado con éxito como contador en la Española y era protegido del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, en ese entonces presidente del Consejo de Indias, que tenía el cargo de autorizar y organizar expediciones al Nuevo Mundo. Tales concesiones se hacían mediante “capitulaciones”, otorgadas por la Corona española a los empresarios decididos a probar suerte en las nuevas tierras por descubrir, bajo su propio costo y riesgo, en el entendido que una quinta parte de los beneficios tangibles que resultasen de tales aventuras, pasarían a las arcas reales. Constaba también en el contrato la obligación de los aventureros de bautizar y promover la evangelización de los indígenas en los territorios por conquistar, llevando para tales efectos más de algún fraile.

Una vez provisionados en la Española, González y Niño arribaron a Panamá, donde Pedrarias les negó apoyo. Gastaron no pocos meses y dineros en la construcción de una armada de cuatro barcos, pues los cuatro primeros se les pudrieron. Trabajaron bajo condiciones naturales adversas y contra la voluntad del gobernador, que veía en la pareja a dos competidores no sometidos a su jurisdicción y voluntad. Terminadas las naves en las islas de Perlas, izaron velas en enero de 1522, llevando el contingente de un centenar de hombres reclutados en Panamá.

Alcanzada la costa de Chiriquí, y apenas avanzadas las primeras 80 leguas, se comprobó que los toneles de agua no servían y el casco de los navíos estaba agujereado por la broma.⁵

Mientras se hacían las reparaciones y calafateaban los barcos sacados a la playa, (regresando Niño a Panamá en busca de brea), decidió Gil González continuar con su gente a pie, internándose por tierra desconocida.

Caminaron los expedicionarios, en efecto, más allá de Burica, bordeando el golfo de Osa hasta el río Térraba —en el sureste de la actual Costa Rica— abriéndose paso entre los bosques y las tribus de la región, cuyos caciques no estorbaron la marcha, pero tampoco entregaron suficiente rescate en oro. La naturaleza, en cambio, les fue adversa. Varios meses gastaron en cruzar por las espesas selvas, soportando los calores y aguaceros torrenciales propios de la región. El hambre los acicateaba continuamente, regateando comida entre los indígenas, sin poder disfru-

⁵ Un molusco taladrador del género *Teredo*.

tar de los productos de la selva que por desconocerlos no osaban probarlos.⁶

El capitán, no acostumbrado a los rigores de aquel clima, pronto cayó enfermo, siéndole imposible continuar a pie, al extremo de ser conducido en hamaca a hombro de indios y de cristianos. Durante una gran inundación del Térraba, el palenque arbóreo que le servía de morada fue arrastrado por la corriente y hubiera perecido de no ser rescatado por sus ayudantes a tiempo. En más de una ocasión exploró hasta 10 leguas tierra adentro por desconocidos valles y montañas, tal cuando visitó al cacique de los Güetares, la principal tribu que ocupaba la región central de Costa Rica. Estas incursiones o “entradas” resultaron de poco beneficio en lo económico y en lo evangélico. A principios de 1523 la expedición había recorrido unas 140 leguas en topografía difícil y clima inclemente, conseguido en el rescate del oro el equivalente a unos siete mil castellanos después de varios meses de arduo camino.

En la bahía de San Vicente, (actual puerto Caldera), a la entrada del gran golfo de San Lúcar los esperaba Andrés Niño con las cuatro naves reparadas.

Contacto con los chorotegas y corobicies

El clima, el terreno y la suerte cambiaron de ahí en adelante. Había entrado el verano, las lluvias dejaron de caer y extensas llanuras arboladas se abrían junto al golfo, en cuyas orillas se levantaban numerosas poblaciones que hablaban la lengua chorotega y presentaban una cultura similar a la de México.

Gil González se sorprendió de haber topado aquí “con la lengua de Yucatan”. Los españoles observaron seguramente ciertos actos de canibalismo ritual —propios de las costumbres mexicanas— según cita Cerceda: “El cacique Chorotega está VII leguas adelante, cerca de la costa de la mar en el golfo de San Vte. que es lo postrero do llegaron los navíos del alcalde mayor, (Gaspar de Espinosa), por la mar; es caribe (la gente) y aquí adelante lo son...”⁷

Vale aclarar aquí que los españoles llamaban caribes a los canibales que encontraron en las Antillas Menores y costas vecinas de Suramérica-

⁶ Es interesante advertir la incapacidad que mostraron los españoles para sobrevivir en las selvas tropicales. El ejemplo de Nicuesa, y más tarde de la expedición de Calero y Machuca, pusieron de manifiesto que el hambre cobró más víctimas que los animales ponzoñosos y las fieras que viven en estos ambientes.

⁷ La cita es de Cerceda, (ver 2b).

ca. Por otro lado, la población chorotega que vivía junto al golfo de San Vicente representaba la acometida más austral de toda la gran cultura mesoamericana que avanzó desde el norte. En el golfo se iniciaban las sabanas tropicales secas que aún continúan a lo largo de la costa del Pacífico desde Nicoya hasta México. Este límite ecológico fue también el borde cultural hasta donde llegaron las tribus de origen mexicano en su expansión hacia la América Central.

Retornando a la narración, Gil González decidió que Andrés Niño continuase con dos barcos explorando la costa en adelante; las otras dos naves quedarían surtas en el golfo al cuidado del botín cobrado. El capitán, cien hombres y cuatro caballos incursionarían de nuevo por tierra, donde las perspectivas de encontrar poblaciones más ricas parecían alentadoras.

Los españoles no andaban errados en sus sospechas, pues recorriendo la parte oriental del golfo recibieron como tributo más de 11,000 pesos en oro de los caciques Chorotega, Orotina y Chomes, y cristianizaron a 1,200 indígenas. Atravesaron a continuación el golfo por la parte más angosta y se internaron en la península de Nicoya, pasando por los dominios de los caciques Pocosí, Paro y Canjen.

Nicoya estaba gobernada por un cacique muy principal, a juzgar por los 6,000 súbditos que aceptaron el bautismo y el valioso tributo de 13,000 pesos recogidos en el rescate del oro. Diez días permaneció Gil González aposentado en la corte de Nicoya, a quien convenció tan eficazmente de la necesidad de renunciar a las creencias supersticiosas que el cacique entregó al capitán español seis estatuas de oro, de un palmo cada una, diciéndole: “[...] puesto que ya no he de hablarles más a estos simulacros de dioses, ni nada he de pedirles, llévatelos”.⁸

Estando todavía el capitán en Nicoya supo que a 50 leguas más adelante vivía un poderoso cacique:

“[...] tuve nueva de un gran cacique que se llama Nicaragua y muchos yndios principales que conmigo llevaba me aconsejaban que no fuese allá porque hera muy poderoso y avn muchos de los compañeros que yvan conmigo me aconsejaban lo mesmo, pero la verdad es que yo yva determinado de no bolber atrás hasta hallar quien me estorvase por fuerza de armas de yr adelante...”⁹

Decidido a ir en busca del famoso cacique, cruzó Gil González el río Dirí y dejó atrás el territorio chorotega. Pasando al otro lado del actual

⁸ Anglería: VI Década. p. 559.

⁹ Primera mención histórica del nombre Nicaragua, tal como lo escribiera Gil González. A menos que se indiquen cronistas u otras fuentes, las citas insertadas en adelante son tomadas de la carta de este capitán al rey de España. (Ver 2a).

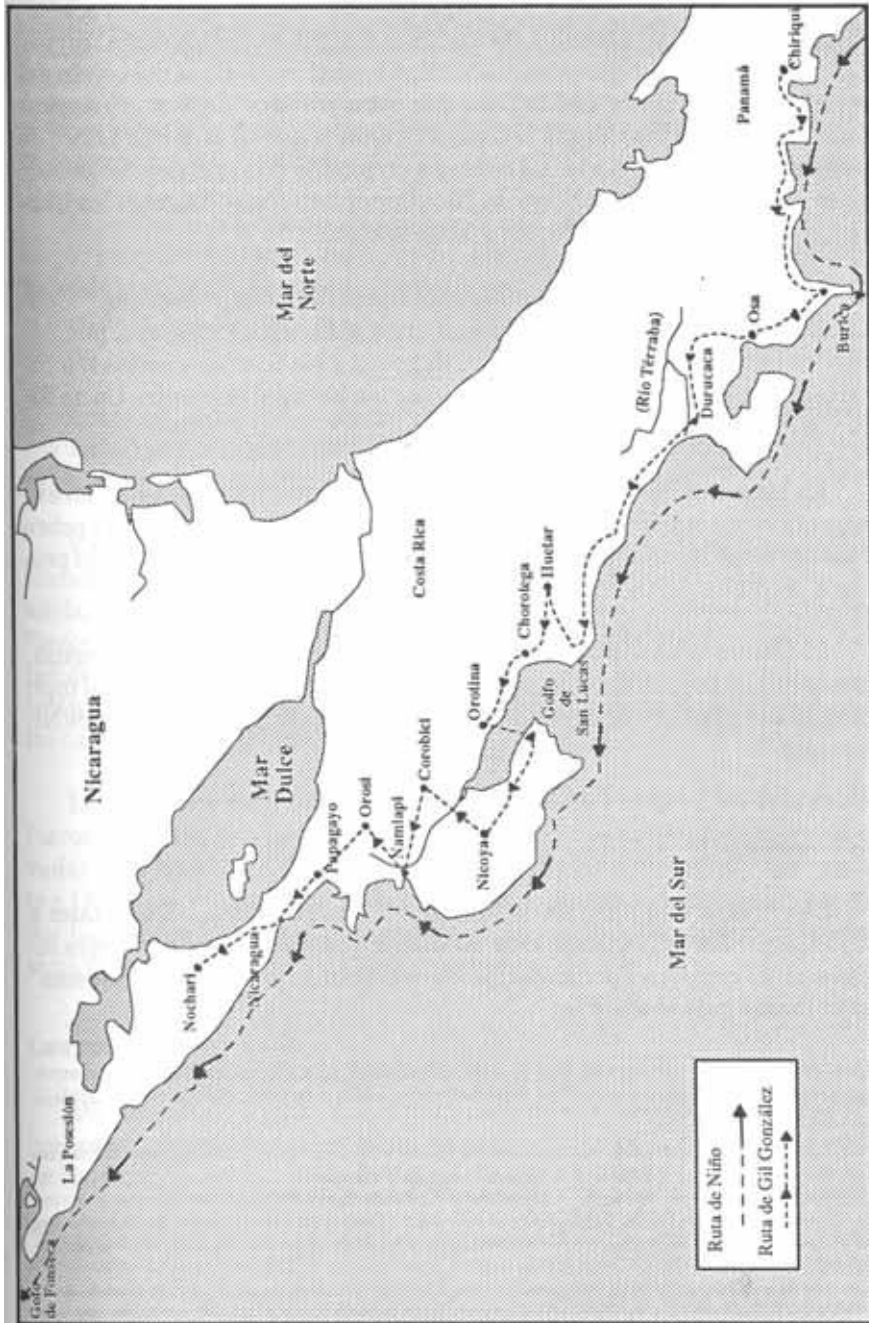


Figura 3.- Expedición Gil González-Andrés Niño por la Costa del Mar del Sur (1522-1523).

río Tempisque visitó los pueblos de los caciques Sabandí y Corobicí. Torciendo hacia la costa llegó a Namiapí, (junto a la bahía de Culebra, al occidente de la actual Liberia), donde obtuvo algunas perlas como tributo. Luego prosiguió en zigzagueante camino hacia Orosí, al pie del volcán del mismo nombre. Dicho sea de paso que estos últimos lugares correspondían al grupo de los Corobicies, cuya lengua según el cronista López de Gómara era muy elogiada. La hablaba un pueblo que antiguamente ocupó la costa occidental del lago de Nicaragua antes que llegaran los Chortegas procedentes de México y lo desalojara.

Enrumbó luego el capitán español hacia la bahía de Salinas.¹⁰ Continuó por la costa de Ostional, donde vivía el cacique Papagayo, nombre que los pilotos españoles aplicaron después a los fuertes vientos tan característicos de ese sector litoral, que soplan hacia el mar entre Costa Rica y Nicaragua.¹¹

La escasa contribución que el cacique ofreció a los españoles, en esa angosta costa sembrada de riscos, indica por cierto una economía pobre y un sustento basado principalmente en los recursos pesqueros tan pródigos en dicha parte del litoral rivense.

Continuó la partida de españoles siguiendo la costa por tres leguas, cortando por angostos valles intercolinos y luego, dando espaldas al mar, caminó tierra adentro por otras tantas, hacia los dominios del cacique Nicaragua.¹²

El encuentro

Llegando a una jornada de la sede del cacique envió Gil González a sus intérpretes con la propuesta de rutina que solía hacer a los jefes indígenas. El cronista Fernández de Oviedo transcribe el “requerimiento” en la forma más elocuente:

“Quél era un capitán del grand Rey de los chripstianos, que por su mandato yba a aquellas partes a hacer saber a todos los caciques principales o señores dellos, que en el cielo,

¹⁰ La bahía de Salinas fue nombrada así desde los primeros años de la conquista. Juan de Salinas era el escribano que levantó el Acta de Posesión del Lago de Nicaragua.

¹¹ Papagayo es posible una corruptela del verdadero nombre indígena del lugar. Refiriéndose a los vientos, Oviedo sostiene que fueron bautizados con tal nombre porque las velas y jarcias de los barcos que por ahí pasaban, agitadas por las fuertes corrientes de aire, producían un sonido semejante al parloteo de esas aves.

¹² La ruta de entrada de los conquistadores al actual territorio nicaragüense puede ser trazada desde la bahía de Salinas a Papagayo (Ostional), siguiendo luego la costa por tres leguas hasta la presente playa de Marsella. Después continuaba en dirección a Rivas, por el curso donde corría la antigua línea férrea que enlazaba San Juan del Sur con aquella ciudad.

mucho más alto del sol, hay un Señor que hizo el sol e la luna e cielos y estrellas, e a los hombres e animales e aves e la mar e los ríos e los pescados e todas las otras cosas; e los que esto creían e lo tenían por Señor, son los chripstianos, e quando mueren, van arriba a donde el está e gozan de su gloria; y los que no son chripstianos, van quando mueren, a un fuego que está debaxo de la tierra a penar para siempre... e qué le diría otras cosas muy grandes deste mesmo Dios, con que avría mucho placer, sabiéndolas; e que si esto no quisiese hacer, ni ser vasallo del grand Rey de los chripstianos, que se saliese al campo de guerra, que otro día sería con él".¹³

Al recibir el cacique aquel doble mensaje, posiblemente más intrigado por su contenido que temeroso del ultimátum, envió a cuatro principales de la corte con la prudente respuesta: "Que aceptaba la amistad por el bien de la paz, y aceptaría la fe si le pareciera tan buena como se la elogiaban".¹⁴

Antes de partir al encuentro ordenó el capitán a 25 de sus más bisoños soldados que se cortasen el cabello y lo suspendiesen como barba, para infundir espanto entre los indígenas en caso de guerra.

Y en aquella soleada mañana del 5 de abril de 1523 el capitán Gil González ordenó la tropa para marchar en orden, con los cuatro caballos adelante y las banderas desplegadas. Al sonido de trompetas y timbales fueron al encuentro del gran cacique Nicaragua. Relata el cronista López de Gómara que: "[...] no cabían los caminos de los muchos indios que salían a ver los españoles, y maravillábanse de sus trajes y barbas, y de los cavallos, animal nuevo para ellos".

Luego de ser bienvenidos por Nicaragua en persona, los españoles fueron conducidos a la plaza y alojados en las casas que estaban reservadas para los nobles. El cacique entregó tributo en oro por el equivalente a 18,500 pesos castellanos, la mayor contribución ofrecida a los extraños huéspedes hasta ese momento. Gil, en cambio, dio a Nicaragua un traje de seda con camisa de lino y una gorra de color rojo.

Las razones del Teyte

Durante dos o tres días cacique y capitán sostuvieron un diálogo sobre cosas terrenales y celestiales, conocido gracias a la crónica de López de Gómara:

"Nicaragua, que era agudo, y sabio en sus ritos y antigüedades, tuvo grandes pláticas y discusiones con Gil González y los religiosos. Preguntó si tenían noticias los cristianos del

¹³ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de las Indias: Oviedo*. III. p. 167-168.

¹⁴ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de las Indias: López de Gómara*. I. p. 113-115. Gómara es el autor de la cita y de las tres que siguen en el texto.

gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, y si había de haber otro; si la tierra se habría de trastornar o caer el cielo; cuándo y cómo perderían su claridad y curso el sol, la luna y las estrellas; por qué eran tan grandes; quién las movía y tenía. Preguntó la causa de la oscuridad de las noches y del frío, tachando a la naturaleza, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor; qué honra y gracias se debían al Dios trino de los cristianos, que hizo los cielos y el sol, a quien adoraban por Dios en aquellas tierras, el mar, la tierra, el hombre, que señorea en las aves que vuelan, peces que nadan y en todo el resto del mundo. Dónde habían de estar las almas, y qué habían de hacer una vez fuera del cuerpo, pues vivían tan poco siendo inmortales. Preguntó asimismo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de los cristianos; y cómo Jesús, siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo; y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban”.

Sobre este suspicaz interrogatorio termina López de Gomara comentando: “Gil González y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fue un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio alguno, a lo que alcanzo, habló como él a nuestros españoles”.

Muy poco podía responder Gil González a las preguntas del cacique. En realidad, en aspectos cosmológicos, la Europa de principios del siglo XVI todavía aceptaba el modelo geocentrista de Ptolomeo. Como una paradoja, el cómputo del tiempo era menos preciso en el viejo continente, que el heredado por los varios grupos mesoamericanos de los sabios astrónomos de Copán. Al referirse a las contestaciones dadas por el capitán al cacique, el cronista Anglería señala que: “[...] aunque Gil es hombre de ingenio agudo y aficionado a la lectura de libros traducidos del latín, no tenía la erudición necesaria para dar acerca de ellos otra respuesta sino que la Providencia se reservaba en su pecho el conocimiento de tales arcanos”.¹⁵

Presionado el cacique para que aceptase las nuevas creencias —previa petición del capitán que abandonase las malas tentaciones— preguntó el indígena si era permitido el comer, beber, cohabitar, jugar, cantar, danzar y tomar las armas en la religión de los recién llegados. La contestación de Gil en favor de la moderación y la templanza parecieron aceptables a Nicaragua y miembros de su corte: “[...] sólo torcieron el gesto al oír lo concerniente a la guerra, preguntando adónde habían de tirar sus armas arrojadizas, sus yelmos de oro, sus saetas, sus arcos belicosos y sus insignes estandartes militares”, para proseguir con la réplica siguiente: “Daremos todo ésto a nuestras mujeres para que ellas lo manejen, y nos consagraremos al huso, a la rueca y al cultivo de la tierra como campesinos”?

¹⁵ Anglería P.M: *Sexta Década*. p. 564. Las citas a continuación se encuentran en la página 568.

Los indígenas también pusieron reparo a todo lo que impidiera el baile y la embriaguez —según comentario del cronista Antonio Herrera— aduciendo que con tales actos no perjudicaban a nadie. En realidad ambas acciones eran parte importante de la propia liturgia indiana.

Finalmente, Nicaragua aceptó ser bautizado junto con su familia y nueve mil súbditos; convino también en erigir una cruz sobre un montículo escalonado, en el *ochilobo*, (posiblemente el altar de sacrificios), lo cual llevó a cabo seguido por su séquito en solemne procesión, acto que conmovió a los mismos españoles y convenció de la sincera conversión del jefe indio.

Correspondió al fraile mercedario Diego de Agüero, único religioso de la expedición, la función de hacer llover agua bendita sobre las miles de cabezas de los nuevos conversos, quienes imitaron obedientes el extraño rito al que se sometió voluntariamente su señor.

¿Dónde quedaba Nicaragua?

Más que el nombre de un cacique, Nicaragua era el señorío indígena junto a un gran lago. El nombre náhuatl así parece confirmarlo: *nic-atl-nahuac*, “aquí, junto al agua”. Los españoles dieron a ciertos caciques los nombres de los territorios donde los encontraron, porque era más sensato para el registro de los descubrimientos referirse a la localidad que a la persona en turno que la regía.¹⁶

En una tierra de lagos este patronímico era común. Juan López de Velasco en su *Geografía y Descripción de las Indias* publicada a finales del siglo XVI, enumera los pueblos indígenas que tributaban bajo la jurisdicción de Granada. Entre ellos figuraban: *Nicaragua*, con cien tributarios; *Nicaraguay* con 114; *Nicaragoa* con 90; *Nicaragica—Anata* con 30 y la isla de *Nicaragua* (Ometepe), con 25; todas posibles variaciones de la misma toponimia.¹⁷

Habría que considerar, además, que para esa época otras poblaciones homónimas ya habían desaparecido por efecto de la reducción demo-

¹⁶ Francisco Vázquez, cronista de finales del siglo XVII, traduce: *nic-Anahuac*, “aquí los del Anáhuac”. Por otra parte, el nombre de *Nicarao* con que generalmente llaman los historiadores al célebre cacique, aparece mencionado la primera vez por el cronista Pascual de Andagoya. Anglería escribió *Nicaragua*, pero Gil González fue muy claro en anotar *Nicaragua*. Los modernos etnólogos aceptan el término *Nicarao* para referirse al pueblo náhuatl, *náhua* o *nahos*, que ocupaba el istmo de Rivas al tiempo de la conquista; equivale a los *Niquiranos* de los historiadores.

¹⁷ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de las Indias: López de Velasco*. I. p. 184-185.

gráfica suscitada a raíz de la conquista, o por la fusión de pueblos durante el sistema de las llamadas “encomiendas”.

La población indígena de Nicaragua —y por extensión la provincia gobernada por el célebre cacique— estaba situada a tres leguas tierra adentro de la costa del Pacífico, junto al gran lago. De las tres leguas, según Gil González, la más próxima al mar corría sobre un relieve quebrado, pero que se podía “carretear”; las dos restantes eran terreno plano. El área cercana al lago poseía suelos fértiles, bien drenados por numerosas corrientes; estaba sembrada de huertos, cacaoales y árboles frutales. El gran lago proporcionaba además una inagotable pesca, todo lo cual contribuía al sostenimiento y prosperidad de la extensa población del señorío de Nicaragua.

La sede del cacique quedaba ubicada en el lugar actual del puerto lacustre de San Jorge. Regía una serie de núcleos en torno de ciertas plazas, (Apataco, Popoyuapa, Nagualapa, Conchagua, Sucuyá, Apompuá, Pansaco, Chacalapa y otras), comunicadas entre sí por caminos—calles en medio de un campo espesamente arbolado y rodeado de variados cultivos. Es interesante observar que los pueblos alrededor de la presente ciudad de Rivas todavía conservan su carácter de pueblos—campiñas, como en el tiempo de la conquista. Un monumento levantado entre Rivas y San Jorge —en el sitio tradicionalmente conocido como “La Cruz de España”— señala actualmente el lugar del primer encuentro del cacique con el conquistador.

Algunas de las plazas antes mencionadas tenían templos y sacerdotes y estaban dedicadas a la veneración de los “*teotes*”, o deidades indígenas.¹⁸

El gran sentido religioso de los Nicaraos, (que en parte se reflejó en las preguntas que formulara el cacique), es confirmado además en el interesante testimonio recogido por el fraile Francisco de Bobadilla cuando entrevistó a ciertos caciques de la región, cinco años después de la conquista. También se puede comprobar en los enterramientos secundarios y *urvas* (ollas funerarias) y, en general, en casi todas los motivos de la alfarería, abundante en los alrededores de Rivas e isla de Ometepe, la cual ha sido atribuida a los Nicaraos.¹⁹

¹⁸ Uno de esos sitios es Popoyuapa donde anualmente se celebra la romería de Jesús del Rescate, una festividad establecida por los frailes españoles para sustituir el culto indígena al dios del Viento—Eh-catl—de los antiguos Nicaraos.

¹⁹ Según los estudios de Samuel K. Lothrop (1925) y los más recientes de Paul Healy (1980).

Descubrimiento de la Mar Dulce

Quizás el descubrimiento más importante de la expedición, o el más significativo para Gil González, fue haber encontrado el gran lago de Nicaragua, cuyas aguas llegaban a las inmediaciones de la plaza del cacique.

Debido al terreno plano que tuvieron que cruzar para arribar a ese sitio, por otro nombre conocido —según el cronista Juan de Torquemada— como *Quauhcapolca*, “lugar de las grandes arboledas”, (artificialmente llamado Nicarao-calli por algunos historiadores), y la exuberante vegetación que los cercaba por todas partes, los españoles no se percataron de inmediato de la presencia del lago. La crónica se refiere al episodio de la siguiente manera: “[...] estando el dicho capitán en la dicha ciudad (de Nicaragua) fue informado de ciertos yndios principales como en fin de la dicha ciudad había una mar dulce”.²⁰

Gil González mandó a confirmar la veracidad de la información y una vez comprobado el hallazgo “se partió ha ver la dicha mar dulce”. La toma de posesión del gran lago revistió especial pompa. Tuvo lugar el 12 de Abril de 1523. Acompañado de los capitanes Juan del Saz, Ruy Díaz, Martín de la Calle y Diego de Castañeda, del fraile Agüero y de una docena de soldados, el capitán español cabalgó rumbo a la costa del lago, enterado de la grandiosidad de su masa y del sabor de sus aguas:

[...] y estando asy a cavallo el dicho señor capitán con su espada en la mano entró en la dicha mar, e delante del alférez de la dicha harmada con la bandera Real en la mano, y asy, estando dentro del agua de la dicha mar, el qual se la dió en un sombrero, e bebiendo el dicho señor capitán della e todos e la mayor parte de los ydalgos e compañeros que con él allí estavan, el dicho señor capitán dixo asy que de Castilla, tomaba e tomó posesión de la dicha mar dulce... e mandando el dicho señor capitán al dicho alférez alzar en alto tres bezes la dicha bandera rreal, diziendo en alta voz tres vezes “biba la muy católica, cesárea magestad del emperador e Rey nuestro señor e rrey natural de toda esta costa e mar dulce descubierta e por descubrir e posehedor della”.

El lago de Nicaragua era llamado por los indios Ayagualo, (en náhuatl: “redondel de agua”), y también Cocibolca.²¹ Su vasta extensión impresionó tanto a los españoles que lo calificaron como “mar”. En verdad, ningún lago de Europa puede rivalizarle en dimensión; tampoco los europeos del siglo XVI conocían otro de magnitud comparable.²²

²⁰ Esta cita y la que sigue en el texto fueron presentadas por el historiador costarricense Carlos Meléndez en: “Seis Documentos Fundamentales para la Historia Centroamericana”, en Revista Conservadora No. 73. Octubre de 1966.

²¹ Ambos nombres son mencionados por Fernández de Oviedo, FPCBA. No 3. p. 32, 106, 248, 303, 365 y 371). Las variadas interpretaciones de la palabra Cocibolca se presentan en las *Toponimias Indígenas de Nicaragua*, de Jaime Incér.

²² La superficie del lago mide actualmente 8264 km².

Contribuía además a su apariencia de mar el cambio diurno de nivel observado en sus aguas. El fenómeno se produce ciertamente en época de vientos, por la recarga de la masa de agua sobre la costa occidental bajo el empuje de turbonadas y alisios, incrementando el efecto la misma forma ovalada del lago. Gil González escribió al rey de España al respecto:

“Vuestra magestad ha de saber que este pueblo de este cacique Nicaragua está la tierra adentro tres leguas de la costa de este mar del sur y junto a las casas de la otra parte está otra mar dulce y digo mar porque crece y mengua y los yndios no saben dezir que por aquel agua vayan a otra salada sino que todo lo que ellos an andado por ella a vna parte y a otra es dulce...”²³

Tratando de averiguar si las aguas corrían hacia una determinada dirección, el capitán mandó a una canoa que se adentrara media legua, la cual no detectó señal de corriente, sin llegar por tanto a ninguna conclusión sobre el caso. Los indios negaban que el lago tenía salida, intentando posiblemente despistar a los españoles, pero los pilotos de Gil le certificaban que salía a la Mar del Norte, según lo expresa el capitán en la carta al rey.²⁴

No escapó de la intuición del capitán español el verdadero significado de este descubrimiento. Si la “mar dulce” desaguaba ciertamente en la Mar del Norte y, por otro lado, distaba tan sólo tres leguas transitables de la Mar del Sur, había aquí una vía más expedita, (que la agreste ruta a través del istmo panameño), para pasar de un océano al otro.

Diriangén les corta el paso

Después de transcurridos ocho días en la corte de Nicaragua partieron los españoles a la provincia de Nocharí, seis leguas al noroeste, donde estaban media docena de pueblos cercanos entre sí. Dos de ellos—Coatega y Ochomogo— eran de filiación náhuatl como los de Nicaragua; quedaban situados entre un río que los españoles después bautizaron como Gil González y otro llamado por los indígenas Ochomogo. El resto: Nandapia, Nandaime, Mombacho y Morati, (al otro lado del último río), estaban habitados por Chorotegas. Los caciques de estos seis pueblos juntaron 33 mil pesos en oro como tributo para los españoles, quienes por su parte consiguieron bautizar a unas doce mil almas, según la cuenta de Cereceda.²⁵

²³ Ver cita 2a). DNH I. p. 100.

²⁴ Es posible que algunos de esos pilotos pertenecieran a la partida de Diego de Nicuesa, quien exploró la costa caribe de Nicaragua en 1510, y que obtuvieran por esa latitud alguna noticia sobre la comunicación del río San Juan con un lago interior.

²⁵ El río Ochomogo, que actualmente sirve de división entre los departamentos de Rivas y Granada, marcaba también el límite entre los territorios de los Nicaraos al sur y Chorotegas al norte.

Estando ahí ocupados en el ministerio del cristianismo y en el negocio del oro, se presentaron algunos caciques de las provincias vecinas, entre ellos uno llamado Diriangén. Para deslumbrar a los españoles éste se hizo acompañar de un gran cortejo: quinientos indígenas, cada uno con un pavo o dos en la mano; portaban además 200 hachuelas de oro bajo. Diecisiete mujeres venían adornadas con pectorales del mismo metal. El cortejo engalanado con banderas blancas marchaba al son de cinco trompetas. El tributo en total ascendió a 19,000 castellanos, la mayor suma hasta entonces ofrecida por un solo cacique.

Preguntado por el motivo de su vista, Diriangén respondió astutamente que quería conocer a los españoles, tocarles y saber si era cierto que eran barbados y montaban en unas alimañas. Mandó Gil a los intérpretes repetir el mensaje de sumisión a la corona española y de conversión a la doctrina cristiana, instando a Diriangén para que aceptase el bautismo con todo su séquito. Prometió el cacique hacerlo en término de tres días y regresar para entonces.²⁶

Al cumplirse el plazo, el sábado 17 de abril, estaban los españoles entregados a la siesta cuando vinieron sobre ellos unos tres mil indios en son de guerra, en medio de una atemorizante gritería. Alertado por un vigía de la presencia enemiga saltó Gil sobre uno de los caballos y pronto puso a la tropa en posición de resistencia, concentrándola en la plaza de Coatega donde acampaba:

“[...] arremetieron a nosotros y nosotros a ellos y como amañera de torneo se dieron los nuestros y ellos tantos golpes que estuvo cosa de un rayo en peso sin que nadie supiera cuya hera la victoria y después de avernos derribado seys o siete onbres en el suelo heridos, llevarnos un onbre en peso bivo sin querello matar a lo que parecía, aviendo ya arremetido con los cavallos y andando entre ellos pusiéronse en huyda y seguido el alcance por los nuestros y acuchilládolos de pie los que podían y los de cavallo alanceando los que topávamos hechamos los fuera del pueblo...”²⁷

Corrieron los indios en desbandada; Diriangén vociferaba contra los invasores, llamando a la guerra. Montado a caballo Gil González alanceaba indios a diestra y siniestra, hasta que se percató que estaba alejándose del pueblo y decidió regresar, no sin antes haber soportado una lluvia de flechas, varas, piedras y garrotes en retribución a su impetuosidad.²⁸

²⁶ La tradición sostiene que Diriangén vivía en las cercanías de la laguna de Apoyo, (posiblemente en Dirimo o en Diríá); desde ese lugar podía ir y regresar en tres días, congregando en el ínterin una gran tropa.

²⁷ Ver cita 2a. DHN I. p. 96—97.

²⁸ Una leyenda señala que Diriangén jamás se sometió al yugo español. Perseguido y acorralado en el cerro Apastepe, (hoy volcán Casita), se despeñó a la muerte cuando los españoles lo instaban a que se rindiera. Esta versión, sin embargo, es muy socorrida; ha sido divulgada repetidas veces, como acontecida a ciertos caciques indómitos de la América Central que desafiaron a los conquistadores hasta el último momento.

Recogiendo a la tropa y en vista de la osadía de los indígenas, de los numerosos pueblos que tenían por delante, del riesgo que tan pocos parecieran en manos de los muchos y ante el temor de perder el oro conseguido tras arduas caminatas, además de la súplica de su gente, decidió el capitán hacer un alto y regresar al golfo de San Vicente en busca de los navíos.

Al siguiente día, al rayar el alba, ordenó la retirada. La tropa formó un escuadrón compacto, con los cuatro caballos en las esquinas, espigaderos y ballesteros a los lados y el resto de la gente —al cuido de los heridos, enseres, bastimentos y el oro— en el centro del grupo.

Pasaban a mediodía por las rondas del pueblo de Nicaragua cuando salió una muchedumbre enardecida en actitud de provocación. Después de varias escaramuzas que duraron por el resto de la tarde, (en las que resultaron heridos algunos indios, en medio de protestas, amenazas y gritos), los insurrectos pidieron la paz y el cacique envió sus excusas al capitán pretextando que era otro jefe el que había amotinado al pueblo. Gil González se las aceptó —no obstante haber visto algunos de los *tapaligües* (capitanes) del cacique dirigiendo a la turba— porque caía la noche y sus soldados estaban muy cansados.

Sabedores los españoles que los indígenas no acostumbraban atacar en las horas nocturnas, descansaron por unas horas; pero temiendo una emboscada en una peligrosa encrucijada del camino adelante, Gil ordenó a la tropa reanudara la marcha a medianoche, guiada por la luz de una luna menguante. Así alternaron el éxodo por los siguientes días y noches hasta alcanzar el golfo de San Lúcar, donde encontraron al piloto Niño de regreso. Embarcando a toda la gente, el capitán puso rumbo a Panamá, donde arribaron a principios de junio de 1523.

A manera de comentario final, sobre la personalidad de los dos jefes indígenas más importantes que intervinieron en la aventura de Gil González, el historiador nicaragüense Sofonías Salvatierra hace la siguiente comparación:

“Los dos caciques mostraron en esa hora trascendental dos aspectos culminantes de la psicología indígena de la tierra de los lagos y de los volcanes: el uno inclinándose ante la fuerza de los razonamientos y de las mejores ideas, y el otro rechazando las imposiciones, sin otro argumento que la fuerza de las armas. El ideal de un gran pueblo sería armonizar la actitud de Nicaragua con la de Diriangén”.²²

²² Sofonías Salvatierra: *Contribución a la Historia de Centroamérica*. Managua, 1939.

Exploración de Andrés Niño

Mientras Gil González se internaba con su tropa por las tierras de Nicoya y Nicaragua, el piloto Andrés Niño con algunos acompañantes exploraba en dos barcos la costa al noroeste del golfo de San Lúcar. Niño hizo uso de la capitulación que le autorizaba recorrer hasta por mil leguas el litoral de la Mar del Sur.

Se conocen pocos pormenores de este reconocimiento costero, salvo los actos de posesión realizados en la actual bahía de Corinto y en el golfo de Fonseca. A finales de marzo los barcos de Niño habían cubierto unas 300 leguas adelante y alcanzado posiblemente el golfo de Tehuantepec, de acuerdo al testimonio de ciertos indios que en dicha época avisaron a Hernán Cortés sobre la presencia de unas extrañas naves por esa costa. No obstante la poca información disponible, es fácil adivinar por donde fueron y deducir que siendo la tripulación escasa no se aventuraron tierra adentro, como lo confirma el hecho de no haber traído ningún oro de rescate a su vuelta.

Niño y su tripulación recorrieron en efecto los cabos, penínsulas y bahías de la costa abierta de Nicoya, nombrando posiblemente al cabo Velas, a la bahía de las Culebras, (así llamada por la abundancia de serpientes marinas que en esa época el mar arroja a la playa), y a la península de Santa Catalina, (hoy de Santa Elena). También tuvieron que enfrentar los fuertes vientos Papagayos que en febrero hacen peligrar la navegación junto a las costas desprotegidas de Nicoya y Rivas. Luego continuaron por la sinuosa costa del istmo hasta alcanzar la ensenada de El Astillero, (llamada Santiago en los viejos mapas). Más adelante alcanzaron el cabo Desolado, (punta Masachapa), y el estuario del río de la Mesa, (hoy Tamarindo), hasta echar anclas en la hermosa bahía de Jagüey, (Corinto), que debió haberles parecido muy apropiada para un futuro puerto.

En un islote a la entrada de la bahía, (El Cardón), desembarcó Antón Mayor —el 27 de febrero— para tomar posesión de la misma en nombre del soberano español. Cinco años más tarde se fundó en la ribera norte el puerto de La Posesión, (El Realejo), así nombrado en memoria de aquel acto.

El cronista Fernández de Oviedo, quien visitó el lugar en los años de su fundación, lo describe de la siguiente manera:

“Este puerto tiene en la entrada de la boca del río una isla alta (*e llana en lo alto della*), que bojará un quarto o algo más hasta media legua en redondo, así que hace el río dos bo-

cas: e por la del Leste pueden entrar navíos pequeños, y por la del Hueste entran las naos e mayores navíos. Yo he estado dos días surto en este embocamiento, e se mataron muchos peces de los que llaman roncadores, porque roncan, e son bien armados de dientes y es buen pescado: llámase este puerto e río de la Posesión, porque allí hizo ciertos autos de posesión el piloto Andrés Niño en este descubrimiento".³⁰

Prosiguiendo en la expedición, los barcos de Niño llegaron al extremo del cabo Feroso, (hoy punta Cosigüina), donde se abre el extenso golfo Chorotega. Nuevamente se renovó el acto de posesión, bautizando el golfo con el nombre de Fonseca en honor al obispo de Burgos, protector de Gil González y Presidente del Consejo de Indias. La isla donde se llevó a cabo la ceremonia, (probablemente Meanguera), fue bautizada como Petronila, en recuerdo de una sobrina del obispo Fonseca.³¹

El reconocimiento de la costa del Mar del Sur continuó a lo largo del litoral de El Salvador y Guatemala y luego hasta Tehuantepec, donde divisaron unas sierras que Niño bautizó con el nombre de su capitán y señor.

Después de recorrer 350 leguas al poniente del golfo de San Lúcar los navegantes decidieron regresar, muy a tiempo para el rescate de la partida de Gil González de la cual se habían separado, sin saber nada de ella, tres meses antes.

Balance de la expedición

El tesorero Andrés de Cereceda hizo la relación de las leguas recorridas a pie por los expedicionarios; del número y nombre de los caciques visitados; cantidad de indios bautizados y la suma del oro que obtuvieron los españoles como tributo.

En resumen, Gil González y su tropa habían caminado 224 leguas, (unos 1,200 km); mojado la crisma a 32,274 indios y colectado como tributo de 55 caciques la cantidad de 112,524 pesos en oro de baja ley, (aleado con cobre), de la cual fue separada la quinta parte convenida. Cereceda viajó a España por orden de Gil González para hacer entrega de la cantidad mencionada en las arcas reales.

El capitán español, en carta que enviara al monarca, resume una serie de logros alcanzados por la expedición a Nicaragua; verbo y gracia:

³⁰ Ver FPCBA. (3). p. 187.

³¹ Los Autos de Posesión de la bahía de Corinto y del golfo de Fonseca pueden leerse en FPCBA (2). p. 112.

que nadie había recorrido antes tantas leguas a pie, internándose en país desconocido y con tan poca gente; que ningún conquistador había logrado cristianizar a tantos y tan voluntarios indios; que ninguno había logrado recaudar tanto oro en una sola “entrada”; que nadie había peleado antes con tantos indios sin que resultase ningún español muerto y, finalmente, que “[...] nunca ninguno ha venido a descubrir que no bolviese perdidos los dineros de la costa, sino yo por lo qual Dios Nuestro Señor sea loado siempre”.³²

Gil olvidó incluir entre los alcances de la expedición las 550 leguas de costa que su piloto Andrés Niño había recorrido, de la cual un sesenta por ciento era litoral antes desconocido.

Lo más importante de la aventura fue, para Gil González, el descubrimiento del gran lago de Nicaragua y la sospecha de su desagüe hacia la Mar del Norte. Aunque el hallazgo no significaba lo mismo que el dar con el tan buscado Estrecho Dudoso, sin embargo podía servir de igual manera para acortar la distancia de un mar al otro y alcanzar las fabulosas Indias Orientales con sus islas bien surtidas en especies. Gil González señalaba la ventaja de tal posibilidad, indicando además la presencia de dos puertos, (La Posesión y el golfo de Fonseca), apropiados para la construcción de navíos por la mucha madera de cedros y encinos, “[...] y los yndios dan nueva de pino y yo vi y tuve mucha tea de ellos”, según comentaba el capitán español.³³

La importancia del descubrimiento del gran lago tampoco pasó inadvertida, una vez conocido el hallazgo, gracias a la información y mapas enviados por Gil a la corte de España con su embajador:

“El qual Zerezeda dice una nueva que tengo yo por muy grande... y es que yendo por la costa del mar del sur hacia el poniente a pie por tierra desviándose de la costa tres leguas halló un mar dulce que cresce e mengua que está en 13 grados: Créese que sale esta mar dulce a la mar del Norte... es camino cierto para que por aquella travesía de tierra pueda travesarse por la mar del sur a la del norte, y de ahí a Castilla donde se hará a el viage tan corto para la especiería que hallá dirán a V. mrd. los pilotos la verdad y seguridad del camino”.³⁴

³² Ver cita (2a). DHN I. p. 106.

³³ Ver cita (2a). DHN I. p. 103. Las astillas de ocote (*Pinus oocarpa*), procedían de los montes de Segovia; eran obtenidas en trueque por Nicaraos y Chorotegas para alumbrar habitaciones y templos, en cuyas tierras cálidas no crecía el pino.

³⁴ DHN I. p. 109-111: “Carta de Pedro Suárez De Castilla al licenciado Acuña refiriéndose al descubrimiento de Nicaragua, Coria 7 de Mayo de 1524”.

Un epílogo y un juicio

A raíz de la exploración del territorio de Nicaragua, de sus recursos y posibilidades, Gil González dirigió una petición al monarca español solicitándole la gobernación vitalicia de la tierra, provincias y costas reconocidas por él y su piloto. La pretensión abarcaba desde la punta Burica, (término de la gobernación de Castilla del Oro, a cargo de Pedrarias Dávila), hasta Tehuantepec, (inicio de la gobernación de Hernán Cortés); y sobre la Mar del Norte desde la costa de las Hibueras (Honduras) hasta la de Veragua (Panamá). También solicitaba aquel capitán español le fuera otorgado el título de “*Almirante de la Mar Dulce*”; y la concesión —para él y sus herederos— de tres islas en el lago de Nicaragua, más un territorio de diez leguas en cuadro a uno y otro lado del lago hacia ambos mares, “[...] para tener salida y entrada a las islas de que su magestad le hiziere merced”.³⁵

Como un triste epílogo de estas andanzas, al año siguiente regresó Gil González al mando de una armada más numerosa para sacar provecho de las tierras que había descubierto. Hizo la entrada por la costa norte de Honduras, tanto para esquivar al celoso Pedrarias como por la idea que tenía que por esa costa hallaría el desagadero de la Mar Dulce. Pero su avance se vio frustrado por la presencia en el lugar de otros competidores.

En efecto, Francisco Hernández de Córdoba —enviado por Pedrarias desde Panamá— se había posesionado en el ínterin de Nicaragua y enviaba contra Gil una tropa comandada por Hernando de Soto. Cristóbal de Olid, capitán de Hernán Cortés, se había sublevado y estaba conquistando para sí el territorio de Honduras. Pedro de Alvarado avanzaba desde Guatemala con el propósito de someter nuevas tierras y Francisco de las Casas —también enviado de Cortés— venía por mar a someter la sedición de Olid. Al mismo tiempo, el propio conquistador de México marchaba hacia Honduras con el objeto de adjuntar este territorio a su gobernación de la Nueva España e imponer el orden y autoridad entre los capitanes subalternos.

Luego de falsas alianzas entre los ambiciosos conquistadores y de algunas escaramuzas y contiendas por la posesión del territorio en disputa, Gil González se vio complicado en la trágica muerte de Olid. Embarcado a México como prisionero fue remitido a España para su juzgamiento. Las influencias actuaron a su favor para exonerarlo de culpa. Le fue-

³⁵ Ver (2a). DHN I, p. 106. Las tres islas eran Ometepe, Madera y Zapatera. Las dos primeras —siendo contiguas— se fusionaron a consecuencia de haber bajado el nivel del lago en los siglos posteriores.

ron devueltos los derechos, el título y nombramiento como Gobernador de Nicaragua, concesiones que desgraciadamente no logró gozar por haberle sorprendido la muerte estando aún en España.

El historiador costarricense Ricardo Fernández Guardia dejó una semblanza muy ajustada del primer explorador de Costa Rica y Nicaragua:

"Gil González Dávila merece un lugar prominente en la galería de los grandes aventureros españoles. La construcción de sus navíos, su marcha de 224 leguas con un puñado de hombres por entre numerosas tribus guerreras, su lucha contra los obstáculos de la Naturaleza, más parecen fábulas que obras humanas. Sin embargo, su nombre no brilla en la historia como lo merece, tal vez por no estar asociado a esos grandes crímenes que han dado al de otros tanta fama. Gran cazador de oro, pero humano, supo llegar a sus fines sin cometer exacciones ni crueldades".²⁰

Hoy en día el río Gil González es un lecho seco, desconocido por la mayoría de los habitantes del país. No existe calle ni monumento que lleve ese nombre o, al menos, una moneda donde se acuñe la efigie del infortunado primer explorador de Nicaragua, el *Almirante de la Mar Dulce*.

²⁰ Ricardo Fernández Guardia: *Historia de Costa Rica*. Librería Lehmann & Cía. San José, C.R., 1941. p. 50.

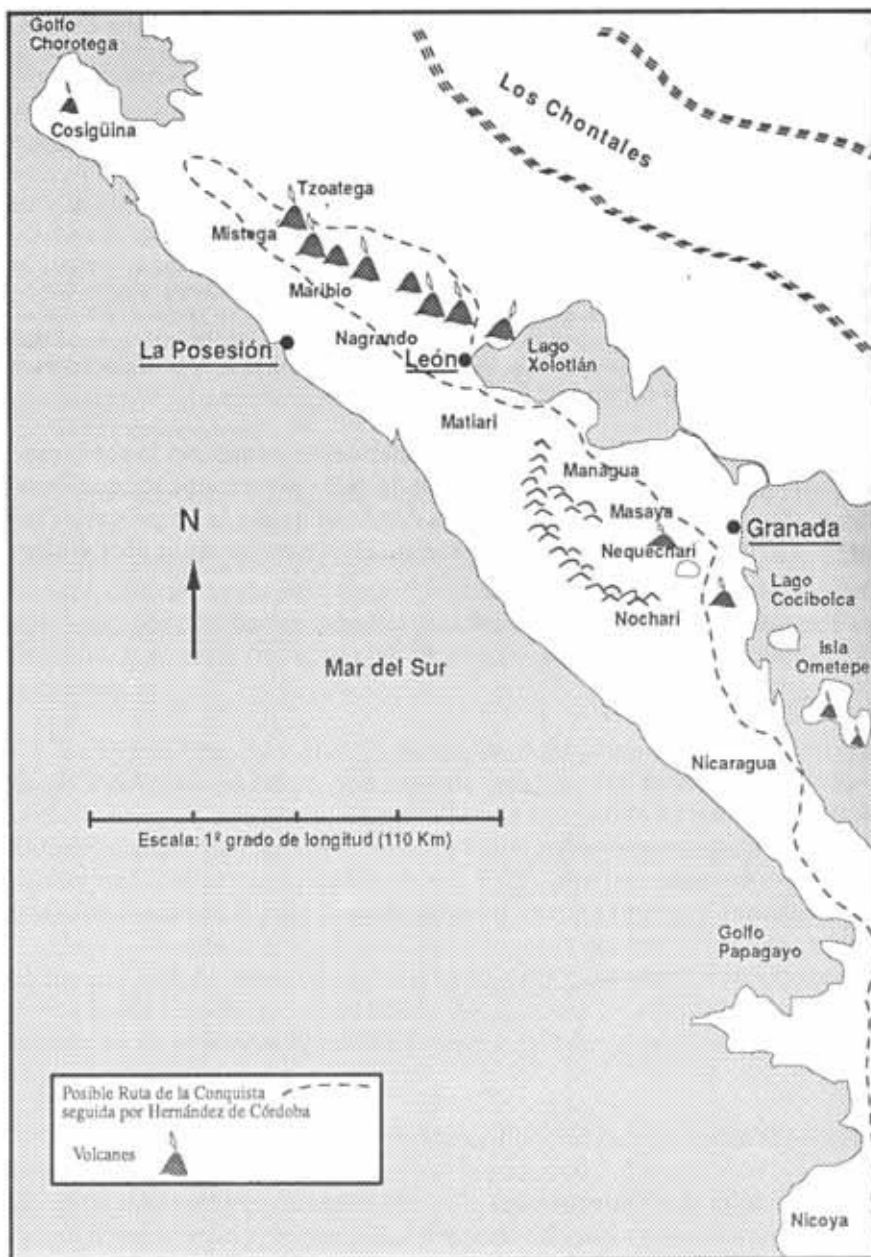


Figura 4.- Provincias indígenas de Nicaragua y pueblos fundados por los españoles en 1524.

CAPITULO III

Asalto al Paraíso

—Narrativa de la conquista de Nicaragua efectuada por Hernández de Córdoba. —Extensión de las exploraciones. —Observaciones sobre la nueva tierra conquistada. —Fundación de pueblos. —Rivalidades entre conquistadores. —La búsqueda del oro.

La región del Pacífico de Nicaragua, especialmente el territorio alrededor de los lagos y volcanes así como las llanuras que se extienden hasta la costa del mar, se han caracterizado por la gran fertilidad de los suelos, la bondad del clima, la variedad de vegetación y la abundancia de fauna acuática y terrestre. Activos volcanes arrojan con frecuencia lluvias de ceniza, que al caer sobre las llanuras contribuyen a fertilizarlas con una renovada dotación de minerales, promoviendo así la riqueza agrícola de la región entera.

Esta benéfica ecología explica por qué los habitantes que vivían en la región antes de la conquista española siempre trataron de establecerse alrededor de los lagos y volcanes, poblando en alta densidad el territorio. Prefiriéndolo así, dieron origen a numerosos asentamientos indígenas cuya delimitación geográfica fue luego motivo de continuas disputas entre ellos. Por la misma razón, ciertas tribus en éxodo resolvieron detenerse en Nicaragua, desalojando por la fuerza a otros grupos que con anterioridad se habían radicado sobre los suelos fértiles de aquel país tan pródigo en recursos.

Los conquistadores españoles, cuyas aventuras antes de 1523 se circunscribían a las Antillas mayores, (de suelos calizos o graníticos), a la seca altiplanicie mexicana o a las selváticas regiones del Darién, tuvie-

ron como muy feliz el hallazgo del territorio nicaragüense. Más elocuente no puede ser el siguiente comentario de fray Bartolomé de las Casas al respecto:

[...] este reino de Nicaragua es la médula y riñonada de todas las Indias, puesto que en todas las Indias estimo por la más opulentísima tierra del mundo, si no es aquella desventurada tierra del Perú. Es esta Nicaragua un paraíso del Señor. Es unos deleites y alegrías para el linaje humano, y dado que la Española isla y todas las otras y otras partes de esta Tierra Firme donde yo he andado, sea tal cual nunca fue oído, éste empero, me tiene admirado más que ninguna en ver tanta fertilidad, tanta abundancia, tanta amenidad y frescura, tanta sanidad, tantos frutales, ordenado como las huertas de las ciudades de Castilla, y, finalmente, todo cumplimiento y provisión para vivienda y recreación y suavidad de los hombres”.¹

La riqueza y fertilidad de la tierra nicaragüense fue igualmente reconocida y elogiada por varios cronistas de la conquista. Andagoya señala que la tierra era muy poblada y fértil, de muchas y buenas frutas “y mucha miel y cera, de que se proveen todas las gobernaciones comarcanas de allí”, además de henequén del que se fabricaban cuerdas y jarcias más fuertes que las españolas y telas de algodón excelentes.²

López de Gómara cita a la provincia de Nicaragua como sana y fértil, con muchos jardines y arboledas. Otro cronista de la época, el milanés Jerónimo Benzoni, refiere que aunque el país no era muy grande, lo era en cambio fértil y agradable; menciona que cuando los españoles sometieron esta provincia “por la abundancia de todo cuanto encontraron, la llamaron el Paraíso de Mahoma”.³

Pero es Gonzalo Fernández de Oviedo, el célebre Cronista de las Indias, quien vivió en Nicaragua en los primeros años de la conquista (1528–1529), el observador acucioso que mejor valoró los recursos naturales del país, según se deduce del siguiente comentario:

“Nicaragua es una gran reyno, de muchas é buenas provincias... Es de las más hermosas é aplazibles tierras los llanos de Nicaragua que se puede hallar en estas Indias, porque es fertilíssima de mahizales é legumbres; de fesoles de diversas maneras; de muchas é diversas fructas; de mucho cacao, que aquella fructa que parece almendras é corre entre aquella gente por moneda... Hay mucha copias de miel é zera, é mucha montería de puercos é venados é otras salvaginas é conexos é otros animales, é muchas é buenas pesquerías, assí de la mar como de los ríos é lagunas: mucha abundancia de algodón, é mucha é buena ropa que dello se haze, é lo hilan é texen las indias de la tierra; y es cadañero, porque cada un año lo siembran é cogen”.⁴

¹ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Bartolomé de las Casas*. Serie Cronistas. No.1. p. 71.

² *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Pascual de Andagoya*. Serie Cronistas. No.1. p. 46–47.

³ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Girolano Benzoni*. Serie Cronistas. No.1. p.133.

⁴ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. Serie Cronistas. No.3. p. 203–204, 302.

La tentación del oro

Todas las amenidades de la tierra parecían estar en Nicaragua, salvo una cosa: el tan codiciado oro, metal que no se encontraba entre los suelos volcánicos de la región del Pacífico y cuya posesión, por parte de los caciques, era asegurada a través de trueque o como botín de guerra contra los vecinos Chontales, un pueblo que había sido desalojado de la región hacia las serranías menos fértiles del centro del país por grupos que vinieron del norte. Los invasores, pueblos de habla mexicana, consideraban a los Chontales como bárbaros o “forasteros”, no obstante ser ellos los usurpadores de la tierra.

La cantidad de oro ofrecida a los españoles, tanto en Nicoya como en Nicaragua y Nocharí, quizás haya representado toda la que los caciques pudieron reunir para presentarla a los hombres barbados en el vano intento de librarse de ellos, siendo como era dicho metal el primer móvil de la expedición capitaneada por Gil González. No fue un tributo arrebatado a la fuerza, sino dado voluntariamente y en algunos casos —como sucedió con Diriangén— ofrecido con ostentación. Más que oro puro era simple *guanín*, de baja ley por la aleación de cobre que llevaba, elaborado en forma de ornamento. El único mérito que tenía fue el haber sido forjado por las manos de hábiles orfebres nativos, arte que los españoles no respetaron y pronto hicieron desaparecer en los crisoles de fundición.

Hay varios lugares de posible procedencia del oro. Hacia el norte estaban los afluentes cabeceros del Yare (actual río Coco) y del Patuka, que arrastraban arenas auríferas desde las serranías graníticas de Dipilto y Jalapa; en el sur las pepitas de oro se encontraban en los ríos de Vera-gua que bajan de la cordillera de Talamanca. Los primeros lugares ciertamente atrajeron la atención de los conquistadores que se establecieron en León. El oro de Costa Rica y Panamá, por otra parte, era transportado hasta Nicoya y Nicaragua usando posiblemente la vía del río San Juan y del lago. Quizás ésa era una de las razones por la cual los indígenas que vivían junto al lago fingieron ignorar la existencia del río desaguadero cuando fueron preguntados por Gil González. En la década siguiente la ruta acuática despertó sospechas entre los vecinos de Granada y dio origen a una cédula real que ordenaba la exploración del San Juan por donde se creía había pasado “el oro de Moctezuma, rumbo a Yucatán”.⁵

Los Nicaraos conocían el arte de fundir el oro y de malearlo en pectorales, yelmos y gran variedad de ornamentos corporales artísticamente elaborados. Mártir de Anglería —informado por Andrés de

⁵ DHN. Tomo III. p. 456.

Cereceda, tesorero de la expedición de Gil González— escribe al respecto de la visita que este capitán hizo al pueblo del cacique Nicaragua:

“La plaza real hállase circundada totalmente por las mansiones nobiliarias, en su centro se alza la que habitan los artifices del oro. Allí se funde este metal, para labrarlo luego en forma de diversas joyas; después, reducido a laminillas o barras se acuña a voluntad de sus dueños y se les da luego las formas apetecidas, admirablemente por cierto”.⁶

Nunca sospecharon los indígenas de esas tierras que aquel oro, presentado como regalo a los extraños huéspedes, sería luego la causa del exterminio de sus pueblos y su cultura.

Tras las huellas de Gil González

El regreso de Gil González a Panamá en junio de 1523, llevando nuevas de las tierras exploradas y del oro rescatado, no pasó inadvertido al ambicioso Pedrarias Dávila quien, a raíz de la exploración realizada por su subalterno Gaspar de Espinosa por la costa del Mar del Sur, se sentía con derecho de incorporar las provincias recién descubiertas a su jurisdicción de Castilla del Oro.

Ni corto ni perezoso organizó Pedrarias una nueva expedición a Nicaragua con carácter de negocio aventurero, haciendo partícipes a otros socios y poniendo al frente de ella a Francisco Fernández de Córdoba, capitán de su guardia personal. Fernández era socio y deudor de Juan Téllez, el principal accionista de la empresa, quien adelantó el dinero para comprar la flota de Andrés Niño, la que trajo de regreso a Panamá a la truncada expedición de Gil González.⁷

Poco se conoce sobre la expedición de Fernández de Córdoba. El único testimonio disponible al respecto es una carta fechada en abril de 1525, enviada por Pedrarias al rey de España. En ella el gobernador informa a Carlos V sobre la campaña conquistadora y la fundación de las primeras poblaciones en el territorio que su lugarteniente Francisco Fernández había sometido.⁸

Estas noticias fueron comunicadas a Pedrarias año y medio después de haber partido la expedición rumbo a Nicaragua. Es lógico suponer que informes anteriores, concerniente a la etapa de la lucha y resistencia de

⁶ Pedro Mártir de Anglería: *Décadas del Nuevo Mundo*. Década VI. Cap. VI. p. 571.

⁷ Una interesante relación de la compañía organizada para la conquista de Nicaragua y del rescate del oro obtenido en la expedición es el estudio de Mario Góngora: p. 44–59.

⁸ DHN, Tomo I. p. 128–133: “Carta de Pedrarias Dávila al Emperador...”, de la cual se ofrecen varias citas más adelante en el texto.

los indios, habían llegado a manos del gobernador desde mayo del año anterior, cuando Fernández de Córdoba despachó en la carabela del maestro Cristóbal Quintero el primer cargamento del oro rescatado, que incluía el quinto real y la parte que correspondía a sus socios en Panamá. Lamentablemente se desconoce el destino de estos primeros informes, (si es que existieron), o bien, Pedrarias no los transcribió a España, perdiéndose para la posteridad uno de los capítulos más interesantes de la historia de Nicaragua.

Por otra parte —como señala el historiador costarricense Carlos Meléndez— el origen posiblemente humilde de aquel capitán, su meteórico ascenso tras la rápida dominación del territorio que fue a conquistar, los recelos que despertó entre los capitanes rivales, (que lo llevaron a un trágico e inesperado fin), parecen no haber recibido la suficiente atención por parte de los cronistas de la época, (salvo Oviedo que lo presenta como hombre rudo, pero buen poblador), como tampoco de los historiadores posteriores.

No obstante la carencia de información relativa a la conquista de Nicaragua por Fernández de Córdoba, no es difícil reconstruir la hazaña de la segunda invasión española al país; basta leer la relación que Pedrarias transmitió al rey, así como otras anécdotas desconectadas que mencionan Oviedo, Benzoni, Andagoya y Herrera. La geografía del país, la localización de las tribus que la habitaban entonces y los pueblos que en ella existían, añaden elementos adicionales para reconstruir el itinerario posiblemente seguido por la nueva expedición.

El grupo conquistador se embarcó en Panamá a finales de 1523. Lo componían más de 200 personas bajo el mando directo de Francisco Fernández, (Hernández de Córdoba en adelante), asistido por los capitanes Gabriel Rojas, Antón Mayor, (ex-compañero de Andrés Niño), Alonso de Peralta, Francisco de la Puente, Juan Alonso Palomino, Sebastián Benalcázar y Hernando de Soto; este último después famoso por sus hazañas en la conquista del Perú, como Gobernador de Cuba, Adelantado de la Florida y descubridor del río Mississippi. Formaba también parte de la expedición cierta gente que había acompañado a Gil González, (incluyendo Ruy Díaz y el fraile Diego de Agüero, esta vez reforzado con dos religiosos más), así como varios sirvientes negros.⁹

Sin lugar a dudas la expedición echó anclas en el golfo de San Lúcar y luego se internó a pie y a caballo por la península de Nicoya siguiendo

⁹ Ver en Anexo No. 3. p. 217 de la obra de Carlos Meléndez la lista o "alarde" de la gente que formó parte de la expedición de Hernández de Córdoba a Nicaragua.

la trayectoria anterior de Gil González, de cuya exploración estaban los nuevos invasores perfectamente enterados, al extremo de cargar con un bergantín en piezas para ser armado y echado en las aguas de la Mar Dulce con el objeto de descubrir su secreto.

Los Chorotegas de Nicoya posiblemente aceptaron amistosos la presencia de estos otros expedicionarios, y quizás hasta engrosaron sus filas, para marchar en contra de sus antiguos rivales los Nicaraos. El propio cacique de Nicoya, (cuyo verdadero nombre era Nambi según Oviedo), sobrevivió a las luchas de la conquista porque se confesó cristiano y amigo de los españoles, consintiéndolos en su territorio.

Refiriéndose al cacique, Francisco de Castañeda, Alcalde de León, escribió pocos años después el siguiente comentario:

“Este cacique porque es muy amigo de christianos nunca allí a avido levantamiento e todos los que se desembarcan en la ysla de chira (golfo de Nicoya) para venir a esta provincia por tierra pasan en canoas y barcas a este cacique de nicoya e allí se proveen de comida para treynta e cinco leguas que ay hasta nicaragua e les dan yndios que les traygan la comida e allí cerca de nicoya desembarcan los cavallos e bestias que de castilla del oro se traen para estas provincias...”¹⁰

La espada se abre paso

Si bien no se tienen pormenores sobre el avance de la tropa conquistadora de Hernández de Córdoba por las tierras de Nicaragua, existen fuertes razones para sospechar que la acción revistió un carácter incruento. Así era de esperarlo por parte de las dos fuerzas contendientes. Por un lado, los españoles procedían de Panamá, de la “escuela” de Pedrarias, donde habían ejercitado sus armas contra los nativos durante las tristemente célebres “entradas” a las provincias de Darién, Cueva y Coiba. Por el otro, los indígenas supieron de la vulnerabilidad de las huestes invasoras que, no obstante las armas y caballos que traían, podían ser numéricamente abrumados, tal como había sucedido en el asalto conducido por Diriangén algunos meses atrás. El lapso transcurrido desde este último encuentro les permitió hacer alianzas y prepararse mejor en espera de la inevitable aparición de los barbados.

El cronista Benzoni tuvo la oportunidad de hablar con el cacique Don Gonzalo, sobreviviente de aquella confrontación, unos veinte años después de acontecida:

¹⁰ DHN. Tomo I. p 493 : “Carta con documentos del Licenciado Francisco Castañeda a S.M., en la que se refiere al estado en que halló aquella tierra y las disposiciones que tomó para su remedio en virtud de órdenes del Gobernador Pedrarias Dávila. León, Marzo de 1529”.

"Tu debes saber, señor, que cuando nosotros oímos como los cristianos venían a nuestros países y nos dimos cuenta de las crueldades que cometían en todo lugar, matando, incendiando, robando, convocamos a nuestros amigos y confederados, y reunidos en consejo decidimos luchar y morir todos combatiendo valerosamente, antes de ser sojuzgados por ellos. Con tal determinación preparamos lanzas, piedras, flechas, y otras armas, y tan pronto como los cristianos llegaron a nuestros pueblos y los atacamos y los combatimos en buena parte del día. Pero al final la mayoría de los nuestros, asustados por el ímpetu de los caballos, se pusieron en fuga. Mandamos luego dos embajadores al capitán de los cristianos a pedir la paz, pero con la intención de renovar nuestras fuerzas; nos aceptó como amigos y buena parte de nosotros, fingiendo, fuimos cantando y bailando a visitarlo, y les llevamos muchas joyas de oro y otras cosas. Regresamos a nuestras casas y en tres días nos reorganizamos y atacamos a los cristianos. Más pronto, como la otra vez, los nuestros huyeron, y así de nuevo, y con la misma intención que antes, volvimos a pedir paz. Habiéndola obtenido, reunimos nuestra gente y después de discutir llegamos a una firme y deliberada determinación: antes morir todos que quedar siervos de los cristianos. Decidimos que si alguno de nosotros diese la espalda para huir, sería muerto por nosotros mismos sin ninguna contemplación, y con esta resolución nos preparamos para ir al asalto de los cristianos. Pero nuestras mujeres, que habían oído tal decisión, se nos acercaron y entre lágrimas nos rogaron y suplicaron que antes de morir de aquella manera sirviésemos más bien a los cristianos; más si nuestra voluntad era realmente poner en acto lo que nos habíamos propuesto, que antes las matásemos, y con ellas también a sus pequeños hijos, para no quedar solas en manos de los crueles y fieros barbudos. Debido a tales súplicas de nuestras esposas, depositamos las armas y nos sometimos a las rapacísimas manos de la nación cristiana..."¹¹

Obviamente quien así hablaba era un antiguo cacique de los Chorotegas, quienes acostumbraban someter sus decisiones al consejo de los *huehues* o ancianos, y entre los cuales la opinión de las mujeres era muy tenida en cuenta. También llama la atención el hecho que las tres poblaciones fundadas por Hernández de Córdoba fueron erigidas en territorios chorotegas, quizás para acogerse a la resignada sumisión de la tribu.

Por el contrario, los Nicaraos y la otra gente de habla náhuatl, más diestros en las artes de la guerra y mejor dispuestos a este tipo de acciones, ofrecieron supuestamente más resistencia a la invasión española. Su única debilidad consistía en que confiaban la victoria enteramente al cacique, o a un *tapaligüe*, (capitán de guerra), cuya muerte en la lucha significaba no sólo la derrota total sino también el resquebrajamiento de toda la pirámide jerárquica que formaba la sociedad de los Nicaraos. Confirmando esta suposición, el poderoso cacique Nicaragua, que estaba "a la entrada de la tierra", debió haber perecido en la primera confrontación pues su nombre no volvió a figurar en las crónicas posteriores a la conquista, perdiendo también hegemonía la población donde habitaba.¹²

¹¹ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Girolano Benzoni. Serie No. 1. p. 131-133*

¹² Dice un autor nicaragüense, sin citar fuentes, que el cacique Nicaragua murió de un tiro de arcabuz, en los enfrentamientos con los conquistadores, exclamando antes de morir: "húndase conmigo los Siete Reinos". No hemos podido encontrar documentos que confirmen tal aseveración.

El modelo de conquista planteado por los españoles consistía básicamente de tres etapas: demanda de sometimiento al rey de España, entrega de tributo en oro y aceptación del cristianismo. No se sabe a ciencia cierta cuántos caciques capitularon frente a estas demandas, ni quiénes las rechazaron. En Managua, pueblo indígena que contaba con diez mil flecheros —según Oviedo— la lucha debió haber sido enconada. El *Cronista de las Indias*, que la visitó cinco años después de la conquista, declara que era “[...] la más hermosa plaza de todas, antes que entrasse allí la polilla de la guerra”.¹³

Oviedo menciona un interesante episodio que sucedió en la provincia de los Maribios, situada entre las actuales poblaciones de León y Chinandega. Estando los españoles batallando en ese lugar, recurrieron los indios a un ardid: desollaron a unos viejos y cubrieron a sus guerreros con las pieles ensangrentadas de los sacrificados, pensando así infundir miedo a caballos y caballeros, a los que tanto temían y sufrían. Los españoles, asombrados, dieron con ellos hasta vencerlos. Desde entonces llamaron a la provincia “*Los Desollados*”. A la luz del ritual indígena ésta era una vieja costumbre tolteca-chichimeca en honor al dios Xipe, ante cuya estatua despellejaban víctimas propiciatorias.

Hernández de Córdoba continuó avanzando sin mucha resistencia hasta llegar a la sierra de Juan a Mostega (hoy sierra de Buenavista, al este de Cosigüina), donde le salieron al encuentro los Chontales y murieron los primeros españoles, según testimonio de Benito Dávila.¹⁴

No encontrando más poblados en adelante, el conquistador decidió volver sobre sus pasos y buscar un lugar donde fortificarse y afianzar lo conquistado hasta entonces. A principios de mayo de 1524 hizo alto, después de varios meses de campaña y de abrirse paso a punta de espada a través de más de cien leguas en territorio enemigo. En la provincia de Tezoatega (El Viejo) los españoles procedieron a repartirse el botín hasta entonces logrado, (unos 260,000 pesos en oro), recibiendo los organizadores de la expedición según lo que habían aportado a la misma, (dinero, caballos, herramientas, sirvientes, etc.), contentándose el resto de los soldados con lo ganado directamente a los vencidos.

Parte del botín fue embarcado rumbo a Panamá, junto con algunos esclavos cogidos en “guerra justa”. Entre las piezas cobradas figuraban las hachas de guanín, así como objetos de oro puro, tales como capacetes,

¹³ *Nicaragua en los Cronistas de las Indias: Oviedo*. Serie Cronistas. No. 3. p. 376–377.

¹⁴ Ver en DHN. Tomo III. p. 180–200 la “Información sobre los méritos y servicios de Benito Dávila”. En ella se confirma también que Gabriel Rojas fue el primer capitán que penetró a Olancho.

patenas, águilas, vasos, collares, estatuillas y otras orfebrerías. Sustrayendo algunas joyas que no se fundieron y que quedaron en manos de Pedrarias y sus compinches, la cantidad de oro fundida en Panamá resultó ser de 6 arrobas y 7 libras como corolario de la lucrativa empresa que significó la conquista de Nicaragua en su primera etapa.¹⁵

Incursiones en busca de oro

Luego de avanzar hasta la región occidental de Nicaragua, aceptando la sumisión de algunos caciques o reduciendo a los otros por la fuerza, decidió Hernández de Córdoba elegir un sitio donde fortificarse, tanto para ejercer un dominio real sobre las tribus conquistadas, como para lanzar desde ahí futuras expediciones en busca de oro y extender la jurisdicción de Castilla del Oro lo más lejos posible.

Volviendo sobre sus pasos, llegó el capitán conquistador a la populosa provincia de Nagrando donde fundó la ciudad de León, junto a la ribera occidental del lago Xolotlán. No se ha podido precisar la fecha de fundación de este primer establecimiento español en tierra nicaragüense, aunque parece estar comprendida entre mayo y agosto de 1524.¹⁶

Una de las razones para fundar el primer asiento español en Nicaragua fue motivada por la presencia de otros castellanos hacia el norte. Por una interesante coincidencia histórica, en el mismo mes de mayo de 1524, el conquistador de Guatemala, Pedro de Alvarado, avanzaba sobre El Salvador tratando de someter a los rebeldes cuscatlecos; Cristóbal de Olid, (otro de los capitanes de Hernán Cortés), desembarcaba en la costa norte de Honduras con instrucciones de asegurar ese territorio que tenía la fama de poseer mucho oro y, finalmente, Gil González de Avila estaba de regreso en su intento por encontrar la salida de la Mar Dulce por aquella costa.

El éxito inicial obtenido en el rescate del oro alentaba a la gente de Hernández de Córdoba a emprender “entradas” en busca del codiciado metal, siguiendo la experiencia desarrollada en Panamá. Por otra parte, el tributo que los españoles extorsionaban de los indígenas de la región del Pacífico, se había agotado y las tierras recién conquistadas, de origen volcánico, no parecían contener el precioso mineral.

¹⁵ Ver Apéndice I, p. 120-121, del estudio de Mario Góngora.

¹⁶ Una tradición sostiene que la fundación de León coincidió con la festividad de la Santísima Trinidad, que en 1524 cayó en domingo 22 de mayo. Ver además el “Comentario Polémico sobre la fundación de León” en la obra de Sofonías Salvatierra. p. 254-259.

La carta de Pedrarias al rey menciona una de tales incursiones en busca de oro. Esta se llevó a cabo siguiendo el rumbo de Segovia y Olancho, distantes 40 y 60 leguas al norte de León respectivamente, donde corrían los ríos de arenas auríferas más cercanos al recién fundado establecimiento español.

Refiriéndose en la carta a las iniciativas de Hernández de Córdoba, Pedrarias cita la incursión de la siguiente manera: “Dice también que ha enviado a buscar minas de oro a la mar del norte y tiénese por cierto que la hay; y para el oro que tiene habido y para los demás en adelante hubiere y sacaren de las minas me envía a pedir fundición la cual le enviaré lo más presto que se pueda”.

Hernández de Córdoba encomendó esta misión al capitán Gabriel Rojas; éste penetró, según parece, bastante adentro en tierras hondureñas, ya que las 80 leguas que recorrió lo llevaron casi a la costa del Mar del Norte. Para tales “entradas” se contaba con la experiencia y apoyo de los indígenas sometidos, quienes guiaban a los conquistadores, cargaban sus pertenencias y les lavaban el oro en los placeres de los ríos.

El cronista Oviedo enumera una serie de lugares y distancias que marcaban el camino a las minas, que permiten reconstruir la ruta seguida por Rojas: de León a la meseta segoviana por el rumbo de Achuapa, luego Limay, Palacagüina, Telpaneca, El Jícaro y Jalapa. Una vez salvado el portillo de Teotecacinte, se alcanzaba la confluencia del Guayape y Guayambre, (afluentes cabeceros del Patuka), ríos que arrastran arenas auríferas de la montañas que rodean al valle de Olancho.¹⁷

Los bosque por donde pasó la expedición eran diferentes de los que existían en las cálidas planicies vecinas a los lagos, aunque algunas especies se parecían a las de España, entre ellas el pino, de cuya resina los conquistadores sacaron brea para calafatear barcos: “Halló la tierra muy poblada —continúa Pedrarias en su relación— é hay muy grandes árboles de sándalo cetrino é de cedros y pinos é de robles é quexigos e alcornoques en gran cantidad y de los pinos se ha hecho y hace mucha pez”.

Citando al capitán Rojas, Diego López de Salcedo escribía más tarde al rey de España: “[...] vino descubriendo hasta una provincia que se llama valle de Ulancho... i ahí supo de los Indios como aquí había Cristianos...”¹⁸

¹⁷ Oviedo (FPCBA, p. 455), señala que entre León y el río Guayape, en Olancho, habían 41 leguas; presenta como lugares intermedios los siguientes: Olocotón (entre Malpaisillo y Larreynaga actuales), los Guanexicos (Limay), Palangagalpa (Palacagüina), Anaguaca (El Jícaro) y Chalan (Jalapa).

¹⁸ DHN. Tomo I. p. 180.

En efecto, en marzo de aquel mismo año, había regresado Gil González Dávila procedente de la Española, buscando como recobrar las tierras que tenía exploradas el año anterior. Pensando que el desagüero de la Mar Dulce se encontraba en el Golfo de las Hibueras, (actual costa norte de Honduras), desembarcó en un lugar que llamó Puerto Caballos, (cerca del presente Puerto Cortés), y exploró la costa vecina fundando el pueblo de San Gil de la Buena Vista, junto al actual golfo Dulce. Mientras tanto, su inseparable piloto Andrés Niño investigaba la costa hacia el este, donde desembocan grandes ríos, como el Aguán, Tinto y Patuka. Llegó hasta la laguna de Cartago (Caratasca), por donde pensaba encontrar la salida de las aguas de la Mar Dulce. Informado indudablemente de esa posibilidad, Gil se encaminó hacia la región de Caxinas, (después Trujillo), y del cabo Camarón. Se internó luego en el valle de Olancho, donde encontró, para su sorpresa y disgusto, a Gabriel Rojas, capitán de Francisco Hernández.

El cronista Oviedo informa que Gil González pidió a Rojas que desalojara aquel territorio y da a entender que éste así lo hizo por carecer de suficientes hombres para trabarse en combate. Rojas regresó a León donde informó lo sucedido a Córdoba.¹⁹

Disputas entre conquistadores

Una segunda incursión a Honduras fue despachada desde León, la cual estuvo al mando de Hernando de Soto. La audacia y valentía de este joven capitán posiblemente influyeron en la decisión de Córdoba para confiarle la misión.

“De esta Ciudad de León —escribe Pedrarias— se fue descubriendo é pacificando hasta la grande Ciudad de Nequepio que decían era Melaca, a donde había llegado Alvarado con su gente de Cortés”.

Soto, por lo tanto, había bordeado el golfo de Fonseca, cruzado Choluteca y Malalaca, (territorio lenca al suroeste de Honduras), y alcanzado Nequepio (El Salvador). Aunque no encontró a Pedro de Alvarado, llegó hasta donde este conquistador había levantado su campamento. Marchando sobre la ruta se abrió paso entre Ulúas, Chorotegas y Lencas, a los que “pacificó”, eufemismo que en lenguaje de conquista simplemente significa que los combatió, subyugó, esclavizó y extorsionó.

¹⁹ Oviedo (FPCBA, p.192).

De regreso a Malalaca, Soto se topó con Gil González en un lugar llamado Toreba.²⁰ Gil González había dejado Olancho y se dirigía a San Gil buscando alianza con Cristóbal de Olid y pensando posiblemente en unir fuerzas para expulsar de Nicaragua a Hernández de Córdoba y su gente.

La carta de Pedrarias narra el encuentro entre ambos capitanes:

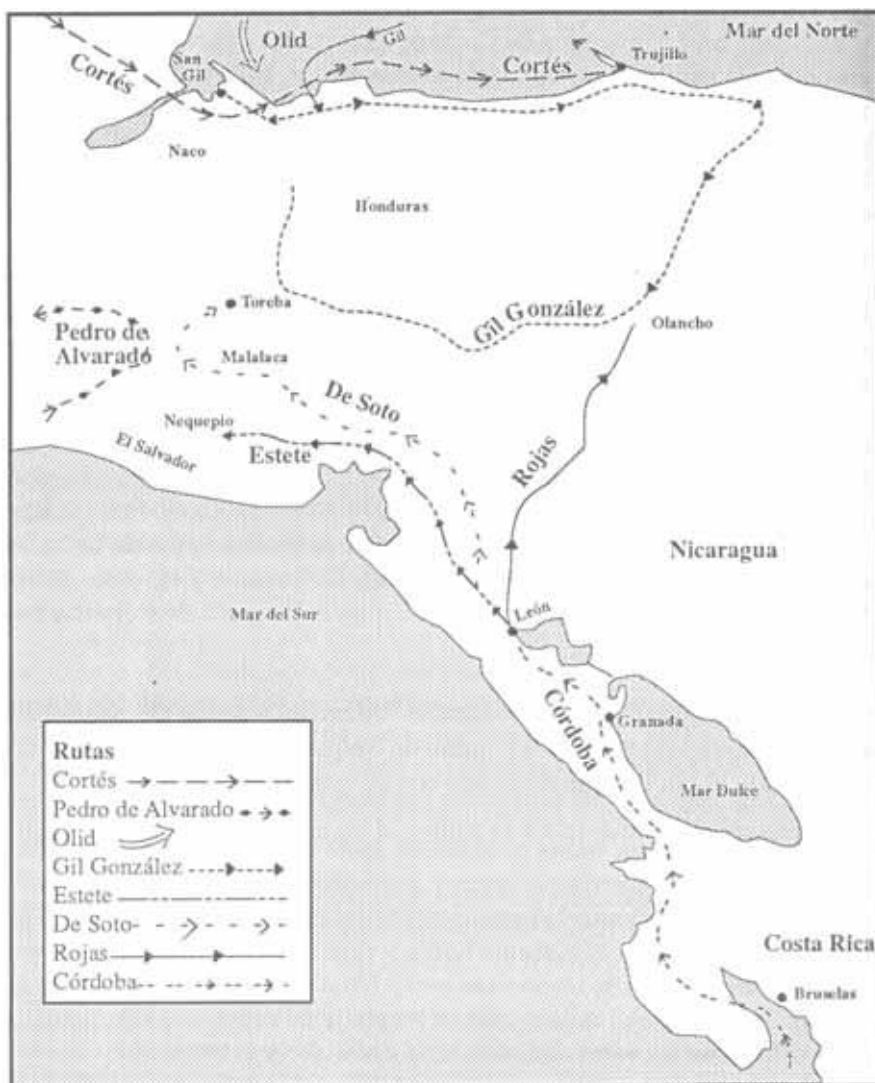


Figura 5.- Rutas de los conquistadores en 1524-1525.

“Llegó Gil González con cierta gente de caballo y escopeteros y ballesteros de pie al cuarto tercio de la noche diciendo San Gil, mueran, mueran los traydores, e al ruido salió el dicho Capitán con la gente que tenía y pelearon sin saber quien eran y murieron algunos caballos e caballeros y en esto Gil González después de la gente y caballos muertos dió grandes voces diciendo, ha señor Capitán paz, paz por el Rey, y el dicho Capitán Soto respondió, paz por el Emperador”.

Según la carta, aquéllo fue sólo una tregua, porque habiéndole llegado más refuerzos tornó Gil a pelear, derrotando a Soto y quitándole 130 mil pesos que éste había obtenido en la incursión a Malalaca y Nequepio. Conociendo algunos soldados del grupo de Gil la intención de su capitán de regresar por sus fueros a la costa norte de Honduras, lo desertaron y siguiendo las huellas de Soto se encaminaron a León para unirse a las fuerzas de Hernández de Córdoba.

Uno de estos desertores fue Benito Dávila, quien testifica que cuando arribó a León encontró a Córdoba empeñado en levantar una fortaleza, “[...] para manparo de los christianos”; además da a entender que poco tiempo después se fundaba Granada, donde él llegó a ser uno de los primeros vecinos.²¹ Con esta segunda fundación se cumplían las órdenes de Pedrarias en el sentido de establecer una población junto a la Mar Dulce, para restar importancia a los reclamos de Gil González por haber descubierto el lago de Nicaragua.

Primeras fundaciones en suelo nicaragüense

La consolidación del poder hispánico en las tierras de Nicaragua no hubiese sido posible por el solo hecho de vencer y someter a los indígenas. Era necesario tomar posesión de la tierra y retenerla bajo control, acciones que se concretaron con la fundación de pueblos organizados y manejados a la usanza española. Tales asentamientos eran indispensables como base de permanencia donde ejercer el control y dominio de la población nativa, tanto la sometida como la rebelde. Desde tales pueblos se emprendería el adoctrinamiento religioso de los indígenas, aprovechando a cambio su mano de obra en oficios de rutina, de acarreo y subsistencia, y se realizarían “entradas” a los nuevos territorios en la incansable búsqueda del oro.

La selección de sitios para las fundaciones debería considerar la densidad de la población indígena en los alrededores, cuya servidumbre era

²¹ Malalaca, Melaca o Manalaca era la región al sur de Honduras, que comprendía los presentes departamentos de Choluteca, Valle, La Paz, Intibuca y Comayagua. Toreba es Torola, un río afluente del Lempa entre las actuales repúblicas de Honduras y El Salvador.

²² “Información sobre los méritos y servicios de Benito Dávila”, (en nota 14).

necesario asegurar; la fortificación y autodefensa en casos de rebelión; la presencia de buenas tierras y aguas que garantizaran el sustento de los españoles y, especialmente, la comunicación con otros pueblos ya organizados, de donde los nuevos colonizadores pudieran recibir apoyo y mantener relación con la madre patria.

Todas estas condiciones fueron indudablemente sopesadas por Francisco Hernández de Córdoba para poder decidir sobre la fundación de los tres primeros pueblos: León, Granada y Bruselas. Contrariamente a lo sostenido por la mayoría de los historiadores, sobre la erección de estos pueblos como simultánea al proceso de avance de la acción conquistadora, ello no era posible en el intervalo de las batallas sin mermar las fuerzas españolas para dedicarlas a las obras de poblamiento, menos en un país de espacios abiertos como Nicaragua y con una población nativa numerosa. En verdad, no es sino hasta en abril de 1525, (algo más de un año después de iniciada la conquista), cuando Hernández de Córdoba da cuenta a Pedrarias sobre la fundación de los primeros pueblos.

El historiador Carlos Meléndez —quien ha escrito una interesante relación sobre el conquistador de Nicaragua— es de la opinión que la secuencia en la fundación de los tres primeros pueblos se realizó en sentido inverso a la ruta de avance del conquistador, una vez que éste hubo sometido a los indígenas.²²

Diego López de Salcedo, quien fuera poco después gobernador de Nicaragua, escribió al rey de España desde Trujillo confirmando la secuencia:

“Francisco Fernández, Capitán de Pedrarias, diz que hizo tres pueblos en lo que llaman Nicaragua 70 leguas desta Villa: el primer pueblo llaman León, el segundo llaman Granada está a 15 leguas del que dicen León, el tercero se llama Bruxelas está 70 leguas del que llaman Granada junto a la mar del Sur”.²³

León fue fundada en la populosa provincia de Nagarando o Nagrande, junto a la población indígena de Imabite a orillas del lago Xolotán, o laguna de León como se la conoció en los documentos de la época. El lago forma ahí una bahía, teniendo en frente al volcán Momotombo que, a pesar de encontrarse en actividad en ese tiempo, no fue óbice para proceder a la erección de la ciudad.

Sobre el motivo de la fundación de León, el cronista Antonio de Herrera coincide en la versión que tal fue necesaria debido a la presencia de Gil González en Honduras:

²² Ver en Carlos Meléndez el Capítulo IV. p. 121–156.

²³ DHN. Tomo I. p. 182.

²⁴ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Herrera*. Serie Cronistas. No. 2. p. 39.

"Por no darle lugar a entrar en ella, se acercó más a él, i pobló en medio de la Provincia de Ymabite, la Ciudad de León, con Templo, i Fortaleza, así para la resistencia de Gil González, como para defensa de los Indios, porque en sus Arrabales havía quince mil Vecinos".³⁴

En la carta dirigida al soberano español, Pedrarias cuida de expresar su recelo por la presencia de Gil González y justifica la fundación diciendo que la provincia estaba muy poblada y poseía muchas y muy buenas huertas y árboles; además, "[...] hízose el mejor templo que en estas partes se ha hecho", observación dirigida para halagar seguramente el sentimiento católico de Carlos V.

Granada fue fundada en la provincia de Nequecherí, junto al poblado indígena de Xalteva. En su vecindad existían unos 8,000 habitantes y la rodeaban importantes pueblos chorotegas, a menos de cuatro leguas de distancia, como Nandaime, Mombacho, Dirιά, Diríomo, Namotivá, Monimbó y Masaya. Fue erigida a orillas del lago Cocibolca, o Mar Dulce de los españoles, del que recibe una refrescante brisa vespertina. Presenta hacia el sur al volcán extinto de Mombacho, con laderas cubiertas de densa vegetación. Los alrededores de la ciudad estaban sembrados de huertos, frutales y cacaoteros. También en ella se levantó, (según la carta de Pedrarias), "un muy suntuoso templo, el cual está bien servido y adornado". Difícilmente pudo Hernández de Córdoba haber construido templos de magnificencia en aquel tiempo breve y apurado de conquista, donde la defensa resultaba prioritaria para detener a indios rebeldes y a capitanes intrusos.

La tercera y posiblemente la última población fundada por Córdoba fue Bruselas, junto al golfo de Nicoya en territorio de los Orotinas, (cerca del actual Abangares). La carta de Pedrarias menciona la conveniencia del lugar:

"[...] tiene los llanos por una parte, y por la otra la mar, y por la otra la sierra (de Tilarán) donde están las minas que serán a tres leguas, están los indios pacíficos, y este pueblo está en medio de toda la gente de aquellas provincias, es muy buena comarca, tiene buenas aguas y aires e montería y pesquería en cantidad, es la tierra fructífera, y de buenas huertas y a propósito de pan de la tierra (el maíz) que lleva en abundancia".

En relación al espaciamento geográfico de los tres poblados españoles, cabe señalar que entre León y Granada mediaban solamente 17 leguas, mientras unas 70 separaban a esta última de Bruselas. Extrañamente, Hernández de Córdoba no pobló en este último intervalo, que correspondía a la tierra del cacique Nicaragua, desde donde se podía explorar más fácilmente la Mar Dulce. La razón que aduce Pedrarias en su carta fue: "[...] porque ella es en sí grande y está a principios de la tierra, e no hubo necesidad de poblar ahí". Quizás el verdadero motivo fue porque

en dicho territorio quedaban algunos focos de rebeldía, que desalentaron a Córdoba para fundar en ese lugar. Tampoco le convenía dividir a sus doscientos hombres en más de tres pueblos separados, teniendo en cuenta la rebelión de los indios y las pretensiones de los otros conquistadores en competencia por la tierra tan duramente sometida con su espada.

Características de las nuevas poblaciones

Una de las singularidades que ofrecían en común las tres poblaciones españolas era su localización como puertos: las dos primeras a orillas de lagos y la tercera junto al golfo de Nicoya.

León representaba la avanzada más occidental de los que habían venido de Castilla del Oro. Desde ahí se organizaron, según se dijo, partidas exploratorias para empujar la jurisdicción de Pedrarias lo más al norte posible, hacia Olancho y Choluteca, por donde venía avanzando Gil González en demanda de las tierras que había descubierto, y hacia Nequepio (en El Salvador), donde también incursionara Pedro de Alvarado, tratando de extender hacia el este las conquistas de su jefe Hernán Cortés.

La fundación de Granada estuvo ligada obviamente a la urgente necesidad de reconocer la Mar Dulce y buscar su sospechada conexión con



Figura 6.- Primera ilustración del lago de Nicaragua, con la isla de Ometepe a la izquierda y la laguna Songozama (Ñocarime) a la derecha, dibujada por el cronista Oviedo en 1529.

la Mar del Norte, en cuyo empeño se encontraba Gil González, a quien Pedrarias deseaba robarle el descubrimiento. A manera de confirmación, un testimonio posterior de Andrés de Cereceda sostiene que Pedrarias intentó en cierta ocasión abandonar Granada, para mandar a los vecinos de la ciudad a repoblar las minas del norte. Usó el pretexto que su fundación había obedecido únicamente al deseo de quitarle a Gil González el derecho de posesión que éste había adquirido sobre el territorio aledaño a la Mar Dulce, derecho que quedó sin efecto con la muerte de su rival.²⁵

Bruselas, por otra parte, era el sitio de enlace de la ruta marina que venía de Panamá y el inicio del camino por tierra hacia Nicaragua.

Los asentamientos españoles debieron ser simples villorrios en su etapa más incipiente, con casas pajizas, construidas con materiales nativos y con mano de obra indígena, a excepción de los templos y fortalezas erigidas posiblemente con materiales menos perecederos. La planta urbana de estos primeros pueblos tenía como centro una plaza cuadrangular, donde se realizaban actos públicos tales como procesiones, torneos, mercados y hasta ajusticiamientos.

Por lo general, la iglesia se levantaba al lado oriental de la plaza, con el frontispicio mirando hacia el poniente. Los otros lados estaban ocupados por el cabildo o casa del ayuntamiento, la casa del gobernador y la fortaleza, que también ejercía la función de cárcel. En León, sin embargo, el fuerte quedó construido sobre una pequeña colina que dominaba a la población por un lado y al lago por el otro. Otras adiciones a la planta urbana de la ciudad —como sucedió en León— fueron la residencia del obispo, el convento de los frailes, la casa de fundición del oro, etc., las que se levantaron en la medida en que se autorizaron a los personajes que ejercerían dichas funciones. Fue nominado como primer alcalde de la recién fundada ciudad Sebastián de Benalcázar, quien más tarde se distinguiría en la conquista del Perú, del reino de Quito y como fundador de la ciudad de Popayán.²⁶

La población española, o sean los “vecinos” autorizados para residir en los nuevos asentamientos, levantaron sus propios hogares según su rango social y capacidad económica. Cada una de las casas en León estaba circundada por un patio sembrado de árboles frutales, que daban sombra y frescura en aquel clima donde el calor reverbera sobre el suelo de arenas negras lanzadas por el volcán Momotombo. Poco tiempo des-

²⁵ Ver carta de Andrés de Cereceda. DHN. Tomo I. p. 468.

²⁶ Un interesante relato sobre la ciudad lo ofrece Alfonso Argüello en su *Historia de León Viejo*.

pués se sembraron setos vivos, con piñuelas espinosas (*Bromelia*), y cardones columnares (*Cereus*), separando lotes a manera de tapias vegetales, como las que hoy se observan en los pueblos cercanos.

“Quando yo ví aquella cibdad de León de Nagrando —escribe el cronista Oviedo, uno de sus primeros habitantes— en tiempos de los gobernadores Diego López de Salcedo é de Pedrarias, avía en ella más de doscientos vecinos, con buenas casas de madera, muchas dellas cubiertas de paja, é las demás al modo de la tierra de madera, caña e paja”.²¹

Bruselas tuvo efímera existencia. Sus vecinos fueron mandados a reconcentrar en Granada, a principios de 1526, para reforzar a Hernández de Córdoba, quien para ese entonces había proclamado desobediencia a Pedrarias y estaba a la espera, en cualquier momento, del arribo del vengativo Dómine. La desocupación definitiva de Bruselas, sin embargo, fue dispuesta poco después por López de Salcedo en represalia contra sus pobladores que habían jurado apoyo a Pedro de los Ríos, nuevo gobernador de Castilla del Oro. Al capitán Andrés de Garavito le fue encomendado el despoblamiento del lugar, cortando así toda conexión con Panamá. Como se puede ver, de la fidelidad a la traición no había más que un paso en aquellos tiempos de rivalidades y venganzas.

León, por otra parte, sobrevivió 85 años con una historia sobresaltada por el despotismo de Pedrarias y la rebelión contra la corona de los hermanos Contreras, dignos nietos del implacable gobernador. Estos jóvenes asesinaron a puñaladas al obispo Antonio Valdivieso en 1550, cuando el religioso salió en defensa de los indígenas, denunciando la rapacidad de aquella familia. A partir de la muerte del prelado —considerada por los vecinos como presagio de un castigo divino— la ciudad vino en decadencia, despoblándose en favor de Granada, para luego sufrir erupciones volcánicas y una serie de terremotos que, finalmente, la echaron por tierra en 1610.

Granada, por su lado, prosperó durante el período colonial, favorecida por su condición de puerto lacustre con salida a la Mar del Norte. Su comercio y bonanza, sin embargo, atrajeron la codicia de los bucaneros en el siglo XVII. No obstante los tres asaltos que sufrió de parte de los piratas y el incendio a que fue sometida en 1856 por las huestes del filibustero norteamericano William Walker, parece ser la más antigua ciudad eregida por europeos, de permanente ocupación *in situ*, en tierra firme americana.

²¹ Oviedo (FPCBA, p. 303).

En busca del desagadero de la Mar Dulce

Además de haber conocido el lago de Nicaragua, Hernández de Córdoba descubrió el otro lago menor, (que los indígenas llamaban Xolotlán), situado un poco más al oeste entre las provincias de Managua y Nagrando. También reconoció el río Tipitapa que conectaba ambos lagos y formaba cierto empozamiento, (el charco de Tisma), a mitad del curso. La carta de Pedrarias así lo confirma:

“El mar dulce son dos bocas, y la una tiene treinta leguas de ancho, é de la una a la otra hay un estrecho por do se sangra é en medio de estas dos bocas está una laguna pequeña, hay en ella muchas islas pobladas, por esta mar dulce se hechó al agua un bergantín que es para llevar en piezas al dicho mi Teniente para descubrir la mar dulce con que se bojó toda, fallóse una salida de un río por donde sangra por el cual no pudo ir el bergantín porque es de muchas piedras y va mui rescio y tiene dos grandes saltaderos, y fueron por él en una canoa y no se pudo saber a do va a parar, créese que sale a la mar del Norte”.

La exploración del lago de Nicaragua, descrita por Pedrarias, se realizó con el bergantín traído en piezas desde Panamá para tal objeto. Se confirmó la presencia de islas pobladas en el lago, posiblemente Zapatera, Ometepe y Solentiname; también el descubrimiento del río San Juan, que por dar salida a las aguas lacustres recibió el nombre de Desagua-



Figura 7.- Esta ilustración de Squier —que muestra un pueblo de Nicaragua en el siglo XIX— no difiere mucho del aspecto que presentaban León y Granada en los primeros años después de fundadas.

dero. Es posible que la exploración se verificó a principios de 1525, una vez fundada Granada, a cuyo primer alcalde y regidor Ruy Díaz le fue encomendada la misión.

Díaz hizo entrar el bergantín por el ancho canal que forma el San Juan en su inicio, donde la profundidad oscila entre 2 y 5 brazas, hasta llegar al primer raudal nueve leguas adelante, junto a la confluencia del río Sábalos. No pudiendo sortearlo con el barco, la exploración continuó en bote por tres leguas adicionales hasta alcanzar los tumultuosos raudales llamados por los nativos "Casa del Diablo", (hoy El Castillo). De Soto y Benalcázar bajaron por estos rápidos, pero no llevando suficientes provisiones ni estando debidamente equipados para seguir río abajo regresaron a donde Díaz los esperaba con el bergantín.

Algunos historiadores mencionan las aventuras de los dos capitanes río abajo, como realizadas en época posterior e independiente a la exploración de Díaz. Que se trató de una sola expedición lo demuestra el poco tiempo transcurrido entre las fundaciones de Granada y Bruselas, (donde Díaz jugó un papel importante), y la noticia de ambos logros, fundación y exploración, llevada a Panamá a principios de 1525 por el propio Benalcázar para conocimiento de Pedrarias.

Posteriormente, estando ya Pedrarias como gobernador de Nicaragua, envió a Martín Estete y a Gabriel Rojas con la misión de explorar el río Desaguadero hasta encontrarle fin. El primero de estos capitanes, más interesado en buscar oro que en la salida de un río, se desvió por un afluente hacia las montañas de Costa Rica, donde casi parece a manos de los indios. La exploración completa del curso del río San Juan quedó así reservada para Alonso Calero en 1539.

Rebelión de los capitanes

Siguiendo un poco el hilo de la historia, Nicaragua y Honduras representaban en 1524 las provincias más alejadas de sus respectivas gobernaciones. Por el sur había llegado Francisco Hernández de Córdoba en representación de Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro; por el norte desembarcó Cristóbal de Olid como capitán de Hernán Cortés, gobernador de la Nueva España. Estando tan alejados de sus respectivos jefes y enfrascados en la conquista y colonización de nuevos territorios, de los cuales esperaban obtener mucha riqueza, ambos capitanes cayeron en la tentación de menospreciar el poder de Pedrarias y de Cortés, e intentaron reclamar para sí mismos los territorios respectivos cuya conquista les había sido encomendada.

Lo cierto es que ninguno de ellos, ni sus gobernadores, tenían más derecho que Gil González de Avila, quien los había precedido en la exploración de los dos países. Por un error de estimación geográfica, este capitán dirigió su segunda expedición —de Santo Domingo a la costa norte de Honduras— con la idea de encontrar por ese rumbo el desagüadero de su soñado Mar Dulce. Esperaba también recibir de ese lado más apoyo de la Audiencia de la Española, para no tener que vérselas con Pedrarias en Panamá. No contaba, sin embargo, con la presencia en la región de Córdoba ni la de Olid. La historia confirmaría después uno de sus inapelables caprichos: ninguno de los tres capitanes logró ver realizadas sus ambiciones.

En efecto, sabedor Hernán Cortés de la rebeldía de Olid, envió una flota al mando de Francisco de las Casas, para someterlo. El contacto de Gil González con Olid, por otra parte, resultó en escaramuzas y en mayor desconfianza entre ambos rivales. Para la mala suerte de Olid, tanto Gil González como Las Casas cayeron en sus manos. No tardaron éstos en confabularse y abusando de su condición de prisioneros de confianza hirieron de muerte a su captor, tomándolo prisionero para luego juzgarlo y rematarlo como sedicioso. Las Casas después llevó a Gil a México; ambos fueron remitidos a España para su juzgamiento. No obstante haber sido eximido por la justicia, Gil González murió en 1526 sin haber podido retornar para tomar posesión de la gobernación de Nicaragua que le habían concedido.

Mientras aquellos trágicos sucesos se desarrollaban en Honduras, Hernán Cortés, ignorando el destino de sus enviados, resolvió marchar personalmente hacia aquella tierra. Después de varios meses de penosa travesía por las selvas de Tabasco y El Petén arribó a Honduras sólo para conocer del triste fin de Olid y el regreso por mar de Las Casas. En setiembre de 1525 Cortés continuó su viaje hasta el puerto de Trujillo, (fundado poco antes por órdenes de Las Casas), donde fue reconocido como Gobernador de la Nueva España y recibido con honores.

La rebelión de Hernández de Córdoba contra su jefe Pedrarias, por otra parte, parece haber nacido de una propuesta que desde Honduras le hiciera Pedro Moreno, enviado por la Real Audiencia de la Española a poner paz entre los capitanes contendientes y apoyar los derechos de Gil González. Moreno arribó tarde en su misión de mediador y no le quedó más opción que la de mandar a proponer a Córdoba que se desligase de Pedrarias y diese obediencia en cambio al alto tribunal de la Española. Sin esperar contestación, el auditor regresó a Santo Domingo al tiempo que Hernán Cortés llegaba a Honduras.

La respuesta de Córdoba la trajo Pedro de Garro, quien al no encontrar a Moreno recurrió a Cortés. Si bien el conquistador de México astutamente no aprobaba la sedición, no dejó de ver en Hernández de Córdoba el ideal sustituto de Olid y la posibilidad de incorporar Nicaragua a su ya extenso dominio. Como muestra de su voluntad para el conquistador de la tierra de lagos y volcanes le envió desde Trujillo un vestido de lujo y dos mulas cargadas de herraje para los caballos y ciertos implementos para sacar oro.²⁸

Pronto los rumores sobre la rebelión de Hernández de Córdoba contra la autoridad de Pedrarias se esparcieron en León. Los capitanes Soto, Garavito y Campañón, su compañeros de conquista, posiblemente más celosos de las pretensiones de Córdoba que incondicionales al gobernador de Castilla del Oro, se levantaron en su contra. Amenazaron con matar a Córdoba si se les oponía y sin ser atajados escaparon a Panamá a poner en autos a Pedrarias. Sacando fuerzas de su vejez, el iracundo gobernador emprendió viaje a Nicaragua para juzgar y condenar personalmente al lugarteniente rebelde.

Para desgracia de Córdoba, el poderoso Cortés —quien preparaba el viaje desde Trujillo para tomar posesión de Nicaragua— fue requerido de urgencia desde México, a donde tuvo que regresar en abril de 1526.

Mientras Pedrarias venía camino a Nicaragua, Hernández de Córdoba fue capturado en Granada por Martín Estete, otro de los fieles servidores del gobernador, y posteriormente trasladado a León donde el vengativo y rencoroso Pedrarias, acusándole de traidor, mandó a cortarle la cabeza, (en junio de 1526), al igual que lo había hecho varios años atrás con el también desafortunado Vasco Núñez de Balboa.

“A Francisco Hernández de Córdoba —escribe su único biógrafo, Carlos Meléndez— debe Nicaragua más de lo que la historia comúnmente ha solido reconocerle. Y la duda se proyecta tanto hacia lo bueno como hacia lo malo, aunque no maldad dolosa sino mas bien, fruto de la época y de las circunstancias... Ante el desvanecerse de unos sueños de riqueza fácil, que alentó originalmente la formación de la compañía hacia Nicaragua, y la realidad de una tierra fértil y densamente poblada, hubo que adoptar con criterio práctico y de conveniencia, la transformación de la empresa en tarea conquistadora. Este paso tan trascendental para Nicaragua fue necesariamente obra de Francisco Hernández. Con ello ganó, con legítimo título, el derecho a tenersele como el capitán de conquista que más fuertemente contribuyó a conformar en todos sus aspectos a Nicaragua”.²⁹

²⁸ Ver Pascual de Gayangos: *Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V.* (p. 474. París, 1866). También Bernal Díaz del Castillo: *Historia de la Conquista de la Nueva España.* (Editorial Porrúa, México, 1967. p. 457).

²⁹ En Carlos Meléndez, p. 190–191.

El gran costo del oro

Una información inexacta sobre la conquista de Nicaragua se refiere a la supuesta fundación de la ciudad de Segovia por parte de Hernández de Córdoba. Ciertamente este capitán había enviado a Gabriel Rojas a explorar la región montañosa situada al norte de León, de donde se tenían noticias sobre la existencia de ricas minas de oro. Sin embargo, el conquistador de Nicaragua no vivió lo suficiente para disfrutar de este descubrimiento, cuya confirmación fue revelada varios meses después de su trágica muerte.

En mayo de 1527 el escribano Rodrigo del Castillo envió carta desde Granada al rey de España, donde le comunicaba lo siguiente: “Señor, segund somos ynformados los vezinos desta cibdad dizen que puede aver dos meses que se an descubierto vnas minas quarenta leguas de aquí muy ricas, que en espacio de dos meses con muy poca gente y casy sin herramientas ninguna sean sacado diez e seys mill pesos de oro de a veynte e dos quilates...”³⁰

En efecto, poco antes de regresar a Panamá después de su viaje punitivo contra Hernández de Córdoba, Pedrarias mandó a poblar dos sitios en el norte, de donde vinieron las buenas nuevas. Uno de ellos fue Villa Hermosa, que con el nombre de Cáceres había sido fundada y luego abandonada por la gente de Cortés. Quedaba a 60 leguas de León, junto a las arenas auríferas del río Guayape en Olancho. El otro lugar fue Santa María de Buena Esperanza, a 35 leguas de distancia, cerca de la confluencia de los ríos Pantasma y Coco.³¹

El interés y dedicación de Pedrarias en la búsqueda de oro, con la consiguiente mortandad de indígenas, nunca desmayó. Dadas las dificultades que se padecían en las minas del norte, continuamente asaltadas por los Chontales, envió a otros capitanes a rastrear el precioso metal. Hernando de Soto marchó a la provincia de Juana Mostega, a 15 leguas de León, con resultados poco satisfactorios. También fue despachado Francisco Pacheco, quien encontró algún oro según parece en las cabeceras del río Choluteca. Martín Estete, que había regresado con las manos vacías de la expedición al Desaguadero igualmente falló en obtenerlo en Malalaca y Nequepio, con mucha pérdida de españoles e indios. También An-

³⁰ “Carta de Rodrigo del Castillo, a Su Majestad, calificando de injusta la muerte de Francisco Hernández, y refiriendo el descubrimiento de algunas minas, e informando de otros pormenores”. DHN. Tomo I. p. 225-226.

³¹ Las minas quedaban al pie del cerro La Zompopera, varios kilómetros aguas abajo de la confluencia del Jicaró con el río Coco. La Ciudad (Vieja) de Segovia fue fundada en 1544 por Diego de Castañeda, junto a la confluencia mencionada, según órdenes del entonces gobernador Rodrigo de Contreras, natural de Segovia, España.

drés de Garavito, guiado por el cacique Tipitapa, fue a la región de Boaco sin éxito aparente.³²

Para llegar a estas distantes regiones había que subir por empinadas mesetas, atravesar angostos valles e internarse entre espesos bosques donde acechaban los indios Chontales y Jicaques, considerados como tribus bárbaras por los mismos indígenas de Nagrando. Estos últimos acompañaban a los españoles para lavarles el oro entre las aguas frías de los ríos. Muchos indios murieron sobrecargados de trabajo en aquel ambiente hostil, donde el hambre hizo también estragos por ser los terrenos no tan aptos para las siembras, como los eran en las provincias de suelos volcánicos de donde los indígenas fueron sacados a la fuerza.

Otros factores adversos para el sostenimiento de las minas en Olancho y Segovia fueron los abusos cometidos por los conquistadores con la población nativa del lugar, en el afán de quitarle el oro, u obligarla a trabajar en el proceso de lavado de las codiciadas pepitas. Como resultado de estos abusos, los Chontales de Olancho asaltaron y quemaron Villa Hermosa; dieron muerte a 19 españoles y a 25 caballos. Ahí terminó sus días el capitán Benito Hurtado, famoso por sus felonías contra los indios de Panamá, cuyos “[...] excesos no se pagassen todos en la otra vida”, según afirmaba el cronista Oviedo. También pereció en la matanza Juan de Grijalva, el primer descubridor de las costas de México.

Las minas de Santa María igualmente tuvieron sus vicisitudes, siendo asaltadas por los indígenas, aunque los españoles estaban mejor apertrechados para rechazarlos. Pedrarias, al regresar a Nicaragua confirmado como gobernador, envió al intrépido capitán Gabriel Rojas muy conocedor de la región a repoblarlas. Este capitán las fortificó con una empalizada y tomó la precaución de cultivar los alrededores para el sostenimiento de los colonos. Posteriormente Rojas descubrió otros placeres auríferos a lo largo de los siete ríos que riegan el valle de Jalapa, a los que llamó minas del Espíritu Santo.³⁴

En el trabajo de las minas murieron muchos indígenas, como cargadores, lavadores y siervos de los españoles, además de la cuota cobrada

³² Andrés de Garavito fue un siniestro personaje de la conquista. En Cuba se lió a puñaladas con Hernán Cortés por cuestión de faldas. En Panamá delató ante Pedrarias los planes de Balboa, por lo cual aquél le perdonó la vida. En Nicaragua se opuso a la rebelión de Córdoba contra Pedrarias. Arrasó con Bruselas. Acompañó al fraile Bobadilla en la evangelización de varios pueblos. Durante el torneo en la plaza de León, el día de San Juan Bautista de 1529, cayó repentinamente muerto después de haber dirigido palabras indecorosas a unas damas y alabado a la secta de Mahoma, según lo refiere Oviedo.

³³ Oviedo (FPCBA, p. 207 y 454).

³⁴ DHN. Tomo IX, p. 58.

por las enfermedades pulmonares introducidas por los conquistadores ante las cuales los indígenas de tierras cálidas eran vulnerables.

Como corolario final, Nicaragua gozaba de una extensa población al tiempo de la conquista, que se mantenía de una tierra muy fértil, provista de abundantes recursos. Los conquistadores, deslumbrados por el brillo del oro, no supieron aprovecharla. Por el contrario, se dieron a la tarea de reñir unos con otros por la posesión de una tierra cuyo potencial verdadero no supieron evaluar. Sus propios descubridores ni siquiera la disfrutaron: Gil González de Avila, soportando un juicio en España y falleciendo poco después, y Francisco Hernández de Córdoba, perdiendo la conquista, posesiones y oro rescatado, al rodar su cabeza en la plaza de León.

La posterior entronización de Pedrarias, Salcedo, Castañeda y Contreras —fatídicos primeros gobernantes de Nicaragua— trajo con sus abusos y depredaciones mayor desolación a esa tierra que la causada por las luchas de la conquista. Se inició con ellos, en efecto, una época de tragedias para la población indígena, cuyo estigma fue el no haber podido saciar con oro la avaricia y rapacidad de aquellos hombres barbados. Ofrendaron en cambio sus propias vidas, como siervos y esclavos por derecho de conquista, sometidos a una de las explotaciones humanas más inicuas en la historia del Nuevo Mundo.

CAPITULO IV

Etno-geografía de la región conquistada

—Los pobladores nativos de la región. —Provincias indígenas. Sus orígenes, lenguas, organización, costumbres, creencias y artes. —Los recursos naturales del territorio. —Reducción de la población aborígen. —Efectos de la conquista.

Antes de proseguir con la historia de las exploraciones y descubrimientos en Nicaragua se hace necesario abrir un paréntesis para presentar y describir el escenario etno-geográfico, (la tierra y sus pobladores originales), donde irrumpieron los conquistadores españoles en forma intempestiva y considerar, además, las consecuencias inmediatas que resultaron del encuentro de dos culturas, tan distantes entre sí en el espacio y tan distintas en el tiempo.

Lo que pasó en Nicaragua durante la conquista no fue sino una repetición de lo sucedido en la isla Española y en el istmo de Panamá: la tierra fue rebuscada por el oro que podía encerrar y la población nativa sometida, como sierva o esclava, para asegurar la sobrevivencia biológica y económica de los nuevos amos.

Al desintegrar el modelo cultural de los indígenas en los aspectos social, económico y religioso, (que en Mesoamérica había avanzado hasta entonces a niveles y conceptos más sofisticados que en la isla Española o en Panamá), los conquistadores destruyeron la relación de armonía que existía entre los indígenas y sus ambientes naturales, que en el caso de Nicaragua era básica para la sobrevivencia de todos, los pobladores aborígenes y los recién llegados. Por otra parte, las fuentes de oro resulta-



Figura 8.- Estelas precolombinas de probable origen chorotega, dibujadas por el explorador Squier en la isla Zapatera a mediados del siglo pasado. En primer plano una estatua coronada con una serpiente como alter ego.

ron no muy accesibles ni tan productivas como para saciar la codicia de los conquistadores. Una vez escanciado el botín y ante la perspectiva del hambre, algunos de aquellos primeros invasores fueron desertando el país hacia lugares más promisorios, no sin antes dejar tras sus huellas una imborrable estela de muertes y despojos.

Los indígenas de la región del Pacífico de Nicaragua, por otra parte, no constituían una sociedad tan monolítica como los Aztecas, u organizada como los Incas. Aunque estaban agrupados en pequeños señoríos o cacicazgos continuos vivían políticamente desunidos y fragmentados por rivalidades y disputas. Al momento de confrontar a los españoles, algunos se sometieron a los invasores sin oposición, otros se rebelaron o dieron batalla hasta caer vencidos y unos terceros escaparon a las montañas vecinas.

No obstante la audacia y valentía con que fue emprendida la conquista, o la inspiración religiosa a la que parecía obedecer, estaba cargada de

los vicios del autoritarismo feudal con una rara mezcla de hidalguía y de ambiciones personales. Los capitanes conquistadores lucharon entre sí disputándose posesiones demasiado vastas para poder retener, o por adquirir títulos y posiciones que en España no lograrían disfrutar. En Nicaragua, los actores hicieron más cruda la tarea de la conquista. El mérito atribuido a Francisco Hernández de Córdoba por sus actos fundacionales ha hecho olvidar el filo de su espada, para no mencionar los abusos y crueldades de Pedrarias, Salcedo, Castañeda y Contreras, primeros y nefastos gobernadores del país. En sus ambiciones no siempre atendieron los mandatos de la corona, tan alejada de sus jurisdicciones; así que impusieron su propia férula y trágica impronta en la historia del país como régulos caprichosos de horca y cuchillo.

Excusados como vicios de la época, todos aquellos hechos dejaron trillado el camino de la futura Nicaragua con acciones de violencia y de dominio, que han contribuido a cambiar la imagen pintoresca de un país de apacibles lagos y dilatadas llanuras en un territorio preñado de ardores y temblores como las entrañas de sus propios volcanes.

Los pobladores prehispánicos en la región del Pacífico

Cuando los españoles entraron a Nicaragua, en 1523 y 1524, encontraron a varios grupos indígenas que se distinguían por sus lenguas y costumbres principalmente, no obstante sus semejanzas en el esquema de organización social y actividad económica. La cultura de Mesoamérica se había extendido desde México hasta la región de los lagos y el golfo de Nicoya. Fue llevada al sur por pueblos migratorios que escaparon de los grandes cambios de poder que tuvieron lugar en la meseta del Anáhuac entre los siglos VII y XII de la Era Cristiana, después del desvanecimiento de Teotihuacán y de la caída de Tula.

De acuerdo con las evidencias salidas a luz sobre el tema, fueron los Chorotegas o Mangués los primeros en arribar. Originarios de Cholula habían sido desalojados del centro de México hacia las sierras de Chiapas donde, también sojuzgados, optaron por continuar el éxodo hasta ubicarse finalmente en el territorio comprendido entre los golfos de Fonseca y Nicoya, alrededor del año 800 D.C.

Al ocupar las planicies junto a los lagos de Nicaragua, los Chorotegas expulsaron a su vez a otras tribus previamente asentadas en el lugar como los llamados Chontales, que fueron empujados hacia las mesetas centrales del país, y a los Corobicies que encontraron refugio en la cordillera volcánica de Guanacaste. La lengua de los Chorotegas era del

tronco Oto–Mangue; algunos nombres aplicados a sus localidades geográficas son similares en Chiapas y en Nicaragua.¹

Procedentes también de México arribaron, unos 400 años después, los Pipil–Nicaraos, que hablaban el náhuatl primitivo o *náhuatl*. Se establecieron en el actual istmo de Rivas luego de imponerse a los Chorotegas. Una segunda migración —de clara influencia tolteca— ocupó la planicie de Managua. Finalmente, un siglo antes de la llegada de los españoles, un tercer grupo de náhuas mexicanos, que había padecido de cuatro años de sequía, parece arribó por mar; tomó asiento en el área de Chinandega y fundó varios pueblos cuya gente fue conocida genéricamente como Nahuatlato o “intérpretes”.²

Debido a la inserción de todos estos nuevos invasores, la antigua población chorotega quedó fragmentada en cuatro partes desconectadas entre sí: los Cholutecas junto al golfo de Fonseca; los Nagrandanos en la planicie de León; los Dirianes en los alrededores de las lagunas de Masaya y Apoyo, y los Orotinas al contorno del golfo de Nicoya.

La primacía de los Nicaraos y otros grupos de idioma similar sobre los Chorotegas quedó evidenciada cuando los españoles escogieron el náhuatl como lengua franca, para poder entenderse con los indígenas y facilitar su evangelización.

Una tercera tribu, los Maribios, hizo su enclave en la vecindad de la actual ciudad de León, con poblaciones tales como Subtiava, Quezalguaque, Po:oltega, Telica. Los Maribios hablaban la lengua Tlapaneca–Yopi del oeste de México, la cual persistió hasta principios del presente siglo entre los indígenas del pueblo de Subtiava, sus descendientes actuales.

Provincias indígenas del corredor volcano–lacustre

Los grupos indígenas que habitaban la región comprendida entre los lagos y volcanes, por una parte, y la costa del Pacífico, por la otra, estaban organizados en cacicazgos que los españoles llamaron provincias. Cada una de estas unidades territoriales comprendía a su vez una serie de pueblos o comunidades nativas denominadas *galpones*, (palabra que indudablemente deriva de “calpules”, barrios o vecindarios), que los his-

¹ Una etimología frecuente en la Sierra Madre de Chiapas es el prefijo *nanda* que significa “arroyo”, que aparece en lugares como Nandalumf, Nandayujú, Nandabuá, etc. En Nicaragua figura en Nandaimé, Nandayosi, Nandarola y Nandasmo.

² Sobre las migraciones procedentes de México véase Torquemada (FPCBA, Serie 2. p. 107–110). Una interpretación más actualizada sobre el tema aparece en *Toponimias Indígenas de Nicaragua*. p. 353–382, del autor.

panos por su parte bautizaron como plazas. Las comunidades chorotegas estaban gobernadas por un consejo de ancianos, o *Huehues*; las de habla náhuatl, en cambio, por un cacique o *Teyte*. Los españoles aprobaron este último sistema porque era más fácil entenderse con una cabeza que con varias, confirmando en su posición a los caciques y estableciendo los tales entre los Chorotegas. En ambos casos se valían de la influencia de los jefes indios para garantizar la obediencia y sumisión de los respectivos pueblos y transmitirles sus órdenes.

Es posible reconstruir la división territorial de la Nicaragua prehispánica basándose en las descripciones de los cronistas, en los repartimientos o “encomiendas” con que los españoles se distribuyeron a los indígenas por derecho de conquista, así como por la delimitación de los ejidos que durante el período colonial les fueron reconocidos a las varias comunidades indianas y que actualmente conforman las más antiguas municipalidades en los modernos departamentos de la región del Pacífico.

Fernández de Oviedo se refiere a las provincias indígenas y señala que estaban contiguas las más de ellas, abarcando cada cual unas pocas leguas de extensión. Informa también que los límites eran señalados en mapas, dibujados en cueros de venado, para ser consultados al tiempo de las disputas territoriales. Mojoneros de piedra —algunos con inscripciones rupestres— servían para la demarcación sobre el terreno, hitos muy convenientes en aquellas planicies de horizontes abiertos.

Al ubicar los varios pueblos indígenas en los mapas modernos, salta a la vista que las provincias estaban dispuestas a lo largo de un corredor geográfico, de unas tres o cuatro leguas de anchura, que se extendía entre los golfos de Nicoya y Fonseca, junto a la costa de los lagos y al pie de los volcanes. El uso del agua y de buenos suelos eran vitales para mantener aquella elevada concentración de pueblos en una región donde las lluvias faltaban por seis meses y el terreno requería el abono ocasional de cenizas volcánicas. Las aguas de lagos y lagunas compensaban con creces la escasez de corrientes permanentes en aquellos suelos porosos, e influían notablemente en la densidad de la población aborigen asentada en la región.

La siguiente es una descripción sumaria de las provincias en el corredor volcánico-lacustre de la antigua Nicaragua. La poca o ninguna mención en las crónicas del siglo XVI referentes a otros pueblos situados fuera del corredor, es indicativa de una más espaciada población, con menores oportunidades en el aprovechamiento de los recursos naturales esenciales a la sobrevivencia de la economía indígena de la época, como en efecto la geografía parece indicarlo. Asumiendo setecientos mil y pi-

co como la cifra más baja de la población al momento de la conquista —según estimación del cronista Oviedo— y otras consideraciones expuestas adelante, se presentan valores tentativos para cada una de las provincias descritas a continuación:

Nicoya (70,000 habitantes). Comprendía los pueblos de habla mangue alrededor del golfo del mismo nombre, siendo los principales Chorotega, Chomes, Orotina, Chira, Pocosí, Canjen, Dirιά y Nicoya, este último residencia del cacique principal. La cerámica, textilera y la pesca eran las más importantes fuentes económicas de la provincia. Entre los pueblos de Nicoya y Nicaragua existía alguna gente dispersa de la lengua corobicí. El lapso de 35 leguas que las separaba era tierra poco fértil e inculta, de tal manera que los que viajaban del primer pueblo al segundo se aprovisionaban en Nicoya antes de seguir adelante.

Nicaragua (100,000). Era el señorío principal de los Náhuas. Se extendía a lo largo del lago Cocibolca, entre los ríos Sapoá y Ochomogo. La plaza principal era Quauhcapolca, donde residía el cacique Nicaragua. Las cenizas del volcán Omeyatecihua (Concepción), y el paso de los vientos húmedos sobre el lago favorecían una rica agricultura, siendo el cultivo del cacao especialmente atendido y monopolizado por los Nicaraos; éstos utilizaban la semilla molida para bebida, y seca como moneda.³

Nochart (50,000). La formaban varios pueblos de filiación chorotega, ubicados entre el río Ochomogo y el volcán Mombacho, siendo los principales Nandapia, Nandaime, Morati y Mombacho, éste último destruido después de la conquista por una avalancha procedente del volcán. La provincia poseía buenos suelos volcánico-aluviales, con algunos ríos de corriente permanente. La isla Xomotename (hoy Zapatera), en el lago de Nicaragua, constituía un gran centro ceremonial a juzgar por la imponente estatuaria e inscripciones rupestres que en ella se descubrieron.⁴

Nequechert (50,000). Poblada también por Chorotegas que vivían entre la laguna de Apoyo y el lago Cocibolca. Sus principales poblaciones eran Diriomo, Dirιά y Jalteva. Junto a la última se fundó Granada. Los indígenas ofrecieron siempre resistencia a la penetración española, que se originó con la oposición de Diriangen al avance de Gil González. En la angostura de La Fuente, (paso occidental del Mombacho), emboscaron

³ *Quauhcapolca* es mencionada por Torquemada. Nicaraocalli es una artificiosa invención de algunos historiadores.

⁴ El origen de la imponente estatuaria de Zapatera y Ometepe no ha sido clarificado, pero se sospecha que las estelas son anteriores a la llegada de los Nicaraos, es decir previas al siglo XII D.C.

sin resultado a la tropa de Hernández de Córdoba, según tradición recogida en Granada por el geógrafo Pablo Lévy en el siglo pasado.

Masaya (100,000). Una de las provincias chorotegas más pobladas según Oviedo, con numerosos pueblos alrededor de la laguna de Lenderí, (hoy de Masaya), única fuente de agua por varias leguas a la redonda. De ella se abastecían los indígenas, salvando los farallones que la confinan, por medio de “bajaderos” cortados en la pared rocosa, los que todavía se utilizan. Las principales poblaciones eran Nindirí, (donde residía el cacique Nacatime, informador de Oviedo), Masaya, Mombazima (Monimbó), Namotiva (Catarina), Marinalte (San Juan), Niquinohomo y Matapalete (Masatepe). El culto a la diosa del volcán Masaya, con ofrendas y sacrificios humanos, dominaba su religión.

Managua (70,000). Se extendía esta provincia a lo largo de la costa sur del lago Xolotlán, “[...] como sogas al luengo de la laguna”, según Oviedo. Su jurisdicción comprendía desde Chiltepe hasta Tipitapa, lugar éste donde residía el cacique. Se hablaba el náhuatl según el cronista Antonio de Ciudad Real y se rendía culto a Quetzalcóatl. En los alrededores existen varias lagunas-cráteres que eran consideradas como recintos sagrados por los indígenas, guardadas por lagartos introducidos en sus aguas para que no fueran profanadas. Poseía además numerosas huertas, aprovechando la humedad permanente junto a la costa del lago, de donde también se extraía buena pesca.⁵

Nagrando o Nagarando (100,000). Era otra de las provincias chorotegas muy pobladas, situada en el extremo occidental del lago Xolotlán. Sus principales-pueblos eran Matiari (Mateare), Nagarando (Nagarote), Ariat, Mabitapomo, Diriondo, Imabita, (junto a la que se fundó León), y Mahometombo (Momotombo). Esta provincia fue la primera en sufrir el gran despoblamiento que siguió a la conquista, por estar a la mano de los vecinos de León. Los indígenas de Mateare se rebelaron una vez, (durante el interinato de Martín Estete, en 1527), y amenazaron con asaltar a la población española. La provincia era fértil gracias a las cenizas arrojadas con frecuencia por el volcán Momotombo, mientras el lago proveía de excelente agua y abundante pesca.

Maribios (100,000). Comprendía la rica región al sur de los volcanes Telica, Apastepe (Casita), y Tepemesquián (San Cristóbal). Estaba habitada por una tribu especial llamada Maribios, con lengua y costumbres propias. Practicaban el rito del tlacaxipehualixtli, sacrificio por desolla-

⁵ Managua era una población náhuatl, como lo afirma el cronista Antonio de Ciudad Real, no chorotega como equivocadamente sostiene Oviedo. Así lo confirman los nombres de sus lagunas y otros accidentes geográficos que la rodean.

miento y revestidura con la piel de las víctimas. Los Maribios procedían de los Tlapanecas, (en el actual estado de Guerrero, México), y llegaron a Nicaragua siguiendo los pasos de los Chorotegas. Sus principales poblaciones eran Mazatega, Chichigalpa, Posoltega, Miaguagalpa, Cindega, Telica, Abangasca y Subtiava, que se abastecían de cortos ríos y fuentes. También eran Maribios algunos grupos dispersos en la región de Condega, Palacagüina y Telpaneca. El cronista Oviedo refiere que una parte de la gente fue a fundar la población de Maribichicoa, a 30 leguas de León, junto al río Guatahiguala, en una época de gran sequía y hambre que tuvo lugar poco antes de la llegada de los españoles.⁶

Tezoatega o Tzoatega (70,000). Era una fértil provincia náhuatl, ubicada al pie del volcán San Cristóbal, en medio de bosques y ríos. Sus más importantes plazas eran Tzoatega (El Viejo), Chinandega, Gaulteveo, Tosta, Tepustega, Ayatega, y Guazama (Sasama). El cacique Agateyte, alias “el Viejo”, sobrevivió la conquista; al tiempo que lo visitara Oviedo retenía más de 20 mil vasallos. Los Nahuatlatos de Tzoatega navegaban el Estero Real y el Golfo de Fonseca; mantenían relaciones comerciales con los Ulúas y Pipiles de El Salvador, al otro lado del golfo.⁷

Mistega (50,000). La última provincia de los nahuatlatos, muy rica y codiciada por los encomenderos españoles. Entre sus pueblos estaban los siguientes: Cozcattega, Chamologalpa, Tepegua, Escologalpa, Estanzingoa, Otagalpanega, Astaconzi, Quetzaltotot, Coalzome, etc. Por su vecindad al puerto de La Posesión (El Realejo), gran parte de su población fue embarcada como esclava para ser vendida en Panamá y Perú, al extremo de haber quedado esta provincia desolada por completo en los primeros años de la conquista.

Las provincias marginales

Extrañamente los documentos del tiempo de la conquista no hacen mención directa de las sierras de Managua y la adyacente meseta de Carazo, donde hoy prosperan las ciudades de Jinotepe y Diriamba y se encuentran varias localidades que comparten nombres náhuas y chorotegas. Es probable que la falta de corrientes de agua permanente, el clima algo templado y los espesos bosques que guardaban esas alturas fueran

⁶ Según el lingüista Walter Lehmann, el nombre correcto es Guatajiagua, localidad al noreste de El Salvador, en el antiguo territorio lenca. De acuerdo con Oviedo, sin embargo Maribichicoa estaba en la provincia de Nicaragua, en una región de minas a 30 leguas de León, posiblemente en la región de El Jicaró y el río Coca.

⁷ Tal como puede deducirse de los itinerarios que siguieron los frailes Alonso Ponce y Antonio Vázquez de Espinosa.

la causa de su población escasa. El carácter silvestre de la misma, sin embargo, fue utilizado como refugio por algunos Chorotegas que escaparon de la conquista española, según se deduce de la primera carta que el licenciado Francisco Castañeda, escribiera al rey de España en 1529:

"En unas sierras cerca desta cibdad e de la cibdad de Granada andan cantidad de yndios levantados que no quieren servir ni obedecer, el governador Pedrarias como buen servidor de vuestra magestad provee en que vayan a sojuzgarlos, tiene proveydo que vaya un capitán a ello".⁸

Otra región poco mencionada es la faja litoral que se extiende entre San Juan del Sur y la ensenada de El Tamarindo, sitio este último donde Castañeda, una vez gobernador, quiso fundar un puerto (Maniazi), que estuviera más cercano a León que el de La Posesión.

Los indios del corredor volcánico-lacustre solían hacer incursiones al litoral del Pacífico para recolectar conchas, ostiones, múrices, crustáceos, anguilas y peces comestibles, aunque el mar no ofrecía la misma seguridad a sus frágiles botes o *acales* como la brindada por las aguas interiores. No obstante, en esa franja costera persisten actualmente numerosas localidades con nombres en náhuatl que sugieren la existencia de un corredor de comunicación entre los Nahuatlats y los Nicaraos. En efecto, dicha franja deja al lado los territorios poblados por Chorotegas, considerados antes de la conquista si no enemigos al menos rivales de aquéllos.

En las serranías al norte de los lagos y volcanes, y hacia la península de Cosigüina, vivían los temidos Chontales, a quienes Chorotegas y Nicaraos calificaron como gente ruda y de idioma entrecortado (*popolucan*), y con los cuales sostuvieron continuas guerras. Una población remanente eran los Guaxinjos o Guaxenicos, (en la zona de El Sauce, Achupá y Limay); los Olomegas y Olocotones (al norte de los volcanes Mariabios) y los Tacachos de Yacacoyagua, vecinos de Subtiava y mencionados en el itinerario de fray Alonso Ponce. Estos grupos eran de filiación "chontal" según un censo practicado en 1581.⁹

Los varios asaltos realizados en las minas de Olancho y Segovia en 1527, por parte de los Chontales y Xicaques, dieron a los españoles una idea del carácter indómito de estas tribus, cuya conquista no se emprendió sino hasta finales del siglo XVI. Las incursiones de estos indígenas

⁸ DHN. Tomo I. p. 487.

⁹ En el censo de 1581 aparecen los pueblos de Olocotón, Guaxinjo, Olomega, Condega, Somoto, Teuxtepet, Boaco, Coyagalpa, Coagalpa, Xicuygalpa, Quiboga, Comana y Mayale como pertenecientes a la provincia de Chontales. Nombres chontal-matagalpas en el extremo occidental de Nicaragua son Cosigüina, Paimayca, Apacunca, Cayaniipe y Guasaule.

eran en desquite por los abusos y exacciones que los mismos sufrían de parte de los españoles radicados en las minas. A título de venganza, el gobernador López de Salcedo mandó a ahorcar a 22 caciques, colgándoles en el camino cuando viajó de Trujillo a León. No obstante las represalias, los indios continuaron por mucho tiempo rebelándose y hostigando a los pobladores de los valles de Jalapa y Olancho. En 1611 llegaron a quemar la ciudad vieja de Segovia, situada en la confluencia de los ríos Jícaro y Coco.

Llama la atención la presencia de varios lugares con nombres náhuatl, no sólo entre las poblaciones chorotegas y maribias de la región del Pacífico, sino también en el interior del territorio chontal. Posiblemente estaban relacionados con las rutas de los mercaderes aztecas —los *pochtecas*— que pasaban por los valles de Olancho, de Segovia, el actual territorio de Chontales y por el río San Juan, en busca de oro hacia las regiones de Talamanca y Veragua situadas hacia al sur.¹⁰

La imposición de tributos ejercida por los aztecas también alcanzó a los pobladores de la región del Pacífico, desde la época cuando el emperador Moctezuma mandó a sus capitanes a conquistar Nicaragua —según el cronista Antonio Vázquez de Espinosa— hecho que sucedió a los 15 años de su reinado, es decir en 1518, poco antes del desembarco de Cortés en las costas de Veracruz.¹¹ Vale aclarar, sin embargo, que a diferencia de los españoles, las “conquistas” de los aztecas se realizaron sin tomar posesión de las naciones sometidas, o imponer cambios drásticos en las costumbres y creencias de sus habitantes. Consistían principalmente en la exigencia periódica de pagos de tributos en especie.

No se han encontrado evidencias concluyentes que demuestren posibles contactos entre las tribus de la región del Pacífico y las de la costa caribe de Nicaragua, en medio de las cuales se interponían los bravos Chontales, así como también selvas impenetrables. La única salvedad era el valle del río San Juan, habitado por tribus Ramas, Botos y Suerres. Una colonia náhuatl existía en la desembocadura del río, de acuerdo con el cronista Torquemada. Se trataba posiblemente de un puesto comercial y de apoyo a las expediciones que tanto Nicaraos como Chorotegas enviaban a la costa de Talamanca y Veragua, también en busca de oro, metal

¹⁰ Al igual que en los valles de Agalta y Olancho en Honduras, algunos lugares con nombres náhuatl se encuentran bien internados en el territorio nicaragüense, tales como Teotecacinte, Jinotega, Apanás, Tomatoya, Musutepe, Sácal, Chayotepe, Coyanchigüe, Matayagual, Mechapa, Quimichapa, Tepenaguasapa, etc. Ayostepe en una pequeña colina cerca de Rama, en los confines de la Costa Atlántica.

¹¹ Antonio Vázquez de Espinosa. (FPCBA. Serie 2). Acápita 404.

que maleaban en ornamentos y dieron como tributo a los primeros conquistadores.¹²

Organización y costumbres sociales

Se han escritos varios ensayos sobre la cultura de los habitantes prehispánicos de la región del Pacífico de Nicaragua, donde se enfocan especialmente los aspectos sociales y religiosos.¹³

Tanto Nicaraos como Chorotegas reflejaban, en creencias y costumbres, una fuerte influencia de las culturas de Mesoamérica. Habiendo llegado a Nicaragua con anterioridad al surgimiento del poderío azteca, es posible que ambas tribus trajeran desde el altiplano del Anáhuac, primero, y de la región de Chiapas, después, los modelos de cultura propios de Cholula, de Tula, y aún de la más antigua Teotihuacán. Al menos los Chorotegas —cuando vivieron en la Sierra Madre de Chiapas— fueron vecinos y contemporáneos a los Mayas del período Clásico, antes del colapso de ese imperio; no obstante, eran más parecidos en sus acciones a los Pipil–Nicaraos, de los cuales apenas se distinguían por el idioma, ciertos ritos y formas de organización social.

Es casualmente a través de Gonzalo Fernández de Oviedo que se tiene noticias sobre estas tribus de Nicaragua. Muchas de sus costumbres, creencias y ritos todavía persistían cinco años después de la conquista del país, cuando el cronista las observó y registró.¹⁴ Los otros relatores no hicieron más que repetir o confirmar lo que Oviedo advirtió, agregando alguna que otra referencia novedosa. Las autoridades españolas afinadas en León pusieron poco interés, (salvo quizá Francisco Castañeda), en describir el modo de ser y de vivir de los indígenas, ya sea por el prejuicio o recelo religioso que desechaba toda forma de manifestación pagana, o por falta de curiosidad sobre los quehaceres de los sojuzgados. El envío de los relatos y las comunicaciones, por tierra y por mar, seguía una ruta incómoda: de León a Panamá, luego a Nombre de Dios, después a la isla Española y finalmente a España. Pocas cartas llegaban a su destino, especialmente aquellas escritas en los primeros años de la conquista.

¹² El puesto comercial era probablemente Talalegualé, según un testimonio que se refiere al viaje de Rodrigo de Contreras al Desaguadero. Véase DHN. Vol. IX. p. 528 y 534.

¹³ Véase en la bibliografía las obras de Anne M. Chapman, Rafael Urtecho Sáenz, Francisco Pérez Estrada, Miguel León Portilla, Samuel K. Lothrop y Paul F. Healy.

¹⁴ Fernández de Oviedo vivió en León (Viejo), desde finales de 1527 hasta mediados de 1529, durante las gobernaciones de Salcedo y de Pedrarias. Todas las citas presentadas en el capítulo se encuentran en el libro XLII (Tomo IV) de su *Historia General y Natural de Las Indias*.

A diferencia de otros lugares en el norte de América Central, donde todavía se conservan grupos indígenas con costumbres poco cambiadas, la población nativa de la región del Pacífico de Nicaragua sufrió de un exterminio casi total a consecuencia de la conquista. Los pocos sobrevivientes fueron modificados en lo genético y cultural por cuatro siglos de mestizaje y ladinización. Por otra parte, la escasa investigación arqueológica realizada en el país no permite agregar nuevas visiones sobre aquel mundo desaparecido. En lugar de tener un Bernardino Sahagún, cuya condición de fraile no le impidió rescatar valiosísima información sobre las costumbres de los aztecas, Nicaragua tuvo que sufrir la iconoclasia fanática de un Francisco Bobadilla, experto en demoler teocalis, mutilar estatuas y quemar códices en las plazas indígenas del país.

Sobre la organización política de los Chorotegas, escasamente se sabe que se regían por un consejo de *Huehues*, cuyas decisiones eran acatadas por todos. Sus órdenes, llevadas por mensajeros con báculos de autoridad, se pregonaban en plazas y pueblos. En caso de guerra confiaban la victoria a un valiente capitán, elegido para tal menester.

Los caciques nicaraos, por otro lado, comunicaban sus decisiones a los jefes de plaza, sirviéndose de los capitanes que los escoltaban y servían en la propia corte. Existía desde luego una asamblea de notables, el Monexico, cuya deliberación buscaba la aprobación del cacique para ser efectiva. El sistema político era autocrático; tenía en la cúspide al cacique, llamado en su lengua con el título de *Teyte*, o Señor. Este era elegido en forma vitalicia, no por herencia, sino en función de su inteligencia y valentía después de una rígida temporada de iniciación en las artes militares, en los ritos y creencias, en las abstinencias y otros sacrificios realizados en la seclusión de un templo. De este modo el cacique se convertía en el líder militar y espiritual de su pueblo.¹⁵

Debajo del cacique estaban las castas de los guerreros distinguidos (*tapaligiüs*), de los sacerdotes (*tamagastad*), de los jefes de plaza o caciques menores, de un anciano confesor, de los inspectores de mercado y de los orfebres, todos los cuales ostentaban rango de nobleza. De menor condición social era la gente que pagaba tributo, como los artesanos, comerciantes, soldados, agricultores, cazadores, pescadores, etc., hasta llegar a los mendigos. Los esclavos ocupaban el escalafón más bajo y lo formaban individuos que se vendían o empeñaban por necesidad, o aquellos

¹⁵ Las costumbres y ritos de los Pipiles de El Salvador, otro de los grupos náhuatl semejante a los Nicaraos, fueron descritas en 1576 por el Oidor de la Audiencia de Guatemala, Diego García de Palacio, en su interesante carta-relación a Felipe II. (Reproducida por León Fernández en DHCR. Tomo I, San José, Costa Rica, 1881).

castigados por faltas graves y entregados como compensación a los ofendidos o a sus deudos.

Tanto Chorotegas como Nicaraos tomábanse prisioneros de guerra, que sacrificaban en honor a los dioses arrancándoles el corazón, untando con la sangre la faz de los ídolos y devorando sus restos. El canibalismo tenía sentido ritual, especialmente entre los Nicaraos, pero para los Chorotegas era una práctica gastronómica muy usual, llevada a la clandestinidad cuando los españoles les impusieron fuertes castigos para erradicarla. En la primera carta que el alcalde Castañeda dirigiera al rey de España, menciona al respecto lo siguiente:

"Muchos de los chorotegas por no servir se an dexado morir e huydo porque son la más mala gente que en el mundo ay, que se comen vnos a otros e son tan viciosos de comer carne umana que no ay quien se lo pueda quitar, avnque a avido grandes castigos no basta a refrenallos de su mal vicio".

El mismo texto refiere una incursión a las sierras de Managua, comandada por el capitán Palomino, donde algunos Chorotegas estaban escondidos, asando a ciertos indígenas en barbacoas y teniendo atados y engordando a otros tantos más para la cena.

En la sociedad chorotega la mujer tenía derechos y voz sobre el marido, al contrario de los Nicaraos que mantenían a sus consortes sometidas. La monogamia era la regla, aunque algunos caciques y principales podían disponer de tantas mujeres como les placiera. En Nicoya el derecho de pernada era un privilegio del cacique.

Por lo general los hombres tenían a cargo la guerra, la religión, la agricultura, la caza y la pesca, la construcción del hogar; las mujeres los oficios de cocina, hilado y vestuario. Ellas tenían vedado entrar a los templos, los varones conducir negocios en el mercado. La prostitución era permitida. Por diez almendras de cacao se conseguían las caricias de una *guatepol*. Algunas mujeres solteras se ganaban la dote entregándose al mejor postor; de esta manera se valoraban antes de seleccionar marido entre sus numerosos pretendientes. Entre otras costumbres, apedreaban a los homosexuales o *cuylores*; enterraban vivos a los violadores, especialmente si éstos pertenecían a una casta más baja. A los ladrones los rapaban y ataban; no los soltaban hasta que pagasen lo hurtado, o lo retornasen al dueño. El homicidio, sin embargo, se reparaba dando alguna compensación a la familia de la víctima. Por la muerte de un esclavo nadie reclamaba.

Los indígenas y sus artes

Los Chorotegas y Nicaraos eran de aceptable estatura, más blancos que morenos, según Oviedo, no obstante la calina del sol tropical y la escasa o rala vestimenta que los cubría. La mayoría de los hombres usaban un lienzo de algodón retorcido y enrollado en torno a la cadera, doblado en los extremos para cubrir las partes pudendas; también lucían camisetitas o coseletes sin mangas. Las mujeres llevaban enagua, tanto más larga cuanto más alta era su posición social, con gorgueras o blusas de algodón cubriendo los pechos, a manera de *güipil*. Quizá la vestimenta era ocasional, pues los dibujos de Oviedo y de Benzoni presentan a los indios de ambos sexos casi desnudos, algo inconcebible ante la mojigatería de la época. Los varones calzaban *gutaras*, o sandalias de cuero de venado. Plumajes, collares, pulseras, narigueras, brazaletes y ligas completaban la ornamentación del vestuario. Este era fabricado con algodón, planta de cosecha anual que los indios cultivaban cerca de las chozas, con fibras teñidas de varios colores, tejidas en ropa muy fina.

Los hombres solían tatuar el cuerpo con figuras y símbolos propios de su casta o grupo. La figura del jaguar, (*nambué* en chorotega y *tecuán* en náhuatl), era el motivo favorito ejecutado por el tatuador. Pintaban la cara y partes desnudas del cuerpo con achiote, “embijado” con manteca de cacao, especialmente para las ceremonias y festividades. Colgaban de orejas y labios ciertos anillos y aretes de oro, de concha o hueso: “Los indios de Nicoya y Orosí —escribe Oviedo— traen horadados los bezos baxos, é puestos sendos huessos blancos redondos del tamaño de medio real o más, como los traen los indios en la Nueva España”.

Los cabellos eran objeto de especial cuidado; los varones rapaban la mitad delantera de la cabeza y los principales toda, salvo un moño o coronilla que en los nobles se extendía como fleco para denotar su posición. “En la provinzia de Nicaragua —continúa Oviedo— se precian los indios de andar muy bien peynados é hacen peynes de púas de huessos de venado, blancos, que parescen márfil, e otros hacen negros de madera rescia é muy gentil”.

Las mujeres trenzaban los cabellos y las de Nicoya, según el mismo cronista, eran las más hermosas vistas en aquellas partes.

Los indígenas deformaban la cabeza, siendo niños, a fin de hender el cráneo y endurecerlo parietalmente para soportar los pesos que transportaban sobre ella, ya que no conocían bestias de carga ni medios rotativos de transportación.

Entre las artes manuales practicaban la alfarería, fabricando piezas tanto de uso rutinario como aquella policroma para fines comerciales o ceremoniales, adornada con motivos estilizados y de gran esmero artístico. Los alfareros nicoyanos manipulaban la cerámica negra, de muypreciado valor, que vendían a los Güetares del centro de Costa Rica. Urnas funerarias, en forma de zapato, utilizaban a orillas del lago de Nicaragua y en sus islas para enterrar los restos exhumados de personajes principales, junto con sus adornos corporales y otras pertenencias. Ambos, Nicaraos y Chorotegas, mostraban notable habilidad en el tallado de la madera, en la elaboración de los arreos de guerra, de caza y pesca, en la construcción de canoas de un solo tronco y en la erección de viviendas de caña y paja.

Oviedo narra y dibuja con detalle la plaza donde residía el cacique de Tzoatega: sus largos y altos bohíos de encumbrada techumbre de paja y las paredes de caña bien plantadas para resistir los vientos huracanados y los temblores de tierra. También ilustra la residencia del cacique, la de sus mujeres, capitanes; el granero, la barbacoa, etc. El mobiliario escaso, sirviendo las esteras o petates para reclinarse sobre *duhos*, o almohadas de fina madera. Ollas, comales, jícaras y huacales, artísticamente labrados, eran indispensables como vasija doméstica. Otras cerámicas, como platos tripodales e incensarios, servían para ofrendas y sahumeros ante pequeñas estatuas de piedra o madera —los dioses menores— que se guardaban en las casas en nichos especiales, en medio de una atmósfera aromatizada por copales y astillas de pino ardiendo.

Los pueblos indígenas de Nicaragua no parecen haber tenido un trazado estrictamente urbano; a lo sumo una plaza para mercado, con alguno que otro templete, alrededor de la cual residía el cacique y los nobles. El resto de las chozas se distribuían hacia las afueras, entre huertos, jardines y plantaciones de árboles frutales, en tan compacta densidad que las habitaciones se perdían entre la exuberancia vegetal del trópico.

Subsistencia indígena

Nicaragua era un país especialmente dotado de recursos naturales. No obstante que la lluvia faltaba por períodos de seis meses, los suelos eran lo suficiente fértiles para utilizarlos en forma intensiva en la época húmeda; también se disponía de proteína animal a través de la caza y pesca durante todo el año.

Francisco Sánchez miembro del Consejo de Granada, escribía en 1535: “Esta tierra es la mejor y más noble y harta y avundosa de todo y

más sana de todas quantas en las yndias se an descubierto y poblado, segund lo que todos quantos a ella vienen de todas esotras partes dizen no aver visto otra tierra tal no hay quien a ella venga que no se maraville”.¹⁶

Aprovechando en efecto la feracidad de los suelos, los indígenas de la región del Pacífico de Nicaragua ponían especial cuidado en el cultivo de la tierra, rozándola, limpiándola, sembrando con espeque, regando a mano los vástagos de las plantas, desyerbando, ahuyentando los pájaros cuando los granos estaban maduros y recolectando en fin la producción al tiempo de cosecha. Las fases de la luna eran observadas durante el periodo de crecimiento de los cultivos, con ofrendas a los dioses respectivos, ayunos y abstinencias hasta el momento de la cosecha. “Y allí en Nicaragua —menciona Oviedo— hay mas cuydado en ésto de la agricultura que en partes de quantas yo he estado en las Indias”.

Los cultivos más importantes eran el maíz, tres variedades de frijoles, el ayote, la yuca (de posible introducción corobici en la región del Pacífico), el cacao, ají, algodón y henequén. El desarrollo del maíz tomaba sólo 40 días después de sembrado el grano; cada mazorca producía hasta 400 granos. De la masa del maíz molida en los metates se obtenían diversos alimentos, siendo el más común el *tascalpachon*, o tortilla como la llamaron los españoles. Tamales, elotes, atoles y hasta una bebida em-

¹⁶ DHN. Tomo III. p. 407.



*Figura 9.-
Un dibujo
del cronista
Jerónimo
Benzoni,
que visitó
Nicaragua
a mediados
del siglo
XVI, mues-
tra árboles
de cacao,
semillas
secándose
al sol y un
indígena
produciendo
fuego.*



Figura 10.-
Indias de
Nicaragua
haciendo
tortillas,
ilustradas
por
Benzoni.

briagante —la chicha— provenían de aquella planta tan virtuosa, cuyo cultivo fue descrito por Oviedo con pormenores. El ayote y la calabaza, que maduraban en seis semanas, eran también estimados como alimentos y sus cuecos aprovechados, “[...] pues los caminantes no dan un paso sin ellas por la falta de agua”, comenta Gómara.

Todos los años plantaban junto a las casas matas de algodón, cuya fibra era hilada y teñida con múrice por manos femeninas. Cultivaban el henequén, traído de las tierras mexicanas por los primeros emigrantes, del que sacaban una fibra resistente para elaborar mecates de excelente calidad. Cuidaban especialmente los árboles de níspero (*Achras sapota*) entre los Chorotegas y el *cacaguat* o *cacaotero* los Nicaraos. El primero era elogiado por su delicado sabor y el cacao se servía como chocolate ante el cacique y sus principales. No obstante ser considerada como la mercancía más cara y estimada de los indios, el cronista Benzoni dice de esta bebida que “más bien parece un brebaje para perros que para hombres”.

La semilla de cacao corría como moneda, incluso hasta bien entrada la época colonial. A manera de comparación: con una de ellas se compraban dos nísperos, con diez un conejo y con cien un esclavo. El aceite de cacao servía en la cocina y para cerrar heridas. Esta propiedad —comprobada por Oviedo con motivo de haberse inferido accidentalmente una

profunda cortadura en la planta del pie— fue reconocida en España cuando el cronista regaló una redoma de aceite a la soberana.

También los indígenas cultivaban una serie de frutas como el caimito, mamey, zapote, papaya, aguacate, pitaya y anona, citando aquéllas que Oviedo disfrutó. De los nancites y jocotes fermentados preparaban cierta especie de licor. Pascual de Andagoya se refiere a las bebidas espirituosas indígenas en el siguiente comentario: “Hacen un vino de cierta manera de ciruelas que se tiene un año, y es de tanta fortaleza como el vino de España; aunque se pasa presto la fuerza... toda su felicidad es beber del vino que hacen del maíz, que es a manera de cerveza, y con él se emborrachan como con vino de España; y todas las fiestas que hacen es beber”.¹⁷

Oviedo observó al cacique de Nicoya fumar tabaco, para lo cual usaba unos canutos que aplicaba a la nariz. En Nicaragua advirtió que utilizaban una planta que denominaban *yaat*, para combatir la sed y el cansancio. Los indios mantenían la hierba seca y estrujada en la boca, sin masticarla ni tragarla: “El efecto della es que discen los indios questa hierva les quita la sed y el cansancio... e que les quita el dolor de la cabeza e de las piernas; e estaban tan acostumbrados en este uso que por la mayor parte todos los hombres de guerra e los monteros e caminantes e los que usan andar en el campo no andan sin aquesta hierva”.¹⁸

La medicina vegetal estaba generalizada, siendo como eran los indígenas excelentes herbolarios. Según Oviedo aprovechaban las resinas del jiñocuabo (*Bursera*), guayacán (*Guaiacum*), jocote (*Spondias*), bálsamo (*Miroxylum*), madero negro (*Gliricidia*), y guapinol (*Hymanaea*), como emolientes, antiherpéticos y cicatrizantes, además de un sinnúmero de plantas que todavía siguen siendo partes indispensables en la farmacopea rural de la presente Nicaragua.

Apreciaban los árboles por su madera y fronda. Las ceibas de Nicaragua tenían el tronco tan grueso, “[...] que quince hombres cogidos de la mano no lo pueden abarcar”, según comenta López de Gómara. El madero negro, llamado por los indios *yaguaguy*, crecía a lo largo de los caminos, daba sombra a los cacaotales y su madera era imputrecible.¹⁹

¹⁷ Ver Andagoya, en *Nicaragua en los Cronistas de Las Indias*. Serie 1. p 46.

¹⁸ Oviedo menciona el cultivo de la coca en Perú y Venezuela, de donde posiblemente pasó a Colombia, Panamá, Costa Rica y sur de Nicaragua.

¹⁹ Con esta madera Oviedo construyó una caballeriza, tomándola de un viejo templo indígena que dismanteló en la plaza de Momotombo, que era parte de su encomienda. El cronista menciona que la madera estaban tan fresca como el primer día en que fue utilizada para aquel templo, de más de un siglo de edad.

Los mercados al aire libre se acogían a la sombra de frondosos guacacastes (*Enterolobium cyclocarpum*), genízaros (*Pithecolobium saman*), ceibas (*Ceiba pentandra*) y chilamates (*Ficus glabrata*), considerados como los gigantes entre los árboles del trópico seco americano. En varias plazas o *tiangués*—menciona Oviedo—bastaban tres o cuatro ceibas para dar sombra a unas mil o dos mil personas. De la meseta segoviana obtenían astillas de ocote (*Pinus oocarpa*) para alumbrarse; los españoles utilizaron después la madera y la brea procedentes de los pinares en el astillero de El Realejo.

Hacían guacales del fruto del jícaro (*Crescentia cujete*), cuyas hojas cruciformes fueron mostradas por Oviedo como gran curiosidad en la corte española; también fabricaban petates de tule, de cabuya y de juncos acuáticos, así como mecates y cuerdas de henequén, cuya calidad era mejor que los fabricados en España, según el siguiente comentario de Pascual de Andagoya: “Tienen los vecinos granjería de hacer jarcia de un nequén que hay, que es como cerro de lino; hácese muy hermosa jarcia y más fuerte que la de España, y lonas de algodón excelentes: pez y tablazón para navíos, no hay más en Vizcaya”.²⁰

La tierra era dadivosa en la producción de miel y cera, especialmente en Nicoya, donde habían unas abejas diminutas y sin ponzoña. La caza y la pesca abundaban; los nobles practicaban la primera como deporte y el pueblo ambas para subsistir.

Creencias religiosas de los indígenas

Tanto los Nicaraos como los Chorotegas compartían la cosmovisión religiosa que predominaba entre las culturas contemporáneas de Mesoamérica, si bien sus dioses y rituales variaban entre ellos. Ambas tribus se hacían la guerra para procurar cautivos que pudiesen ser ofrendados como víctimas propiciatorias en sus respectivos templos.

“Son idólatras —comentaba Oviedo— é tienen muchos ydolos de barro é de palo en unas casillas pequeñas é baxas que las hacen dentro del pueblo, allende de sus casas principales de oración, que llaman teyopa en lengua de Chorotegas, y en la de Nicaragua archilobos”.

En las casas principales, o templos, guardaban estatuas esculpidas en toba volcánica, representando a sus dioses mayores o Teotes, presididos por *Tipotani* entre los Chorotegas y *Thomaotheot* para los Nicaraos.

²⁰ Ver Andagoya, atrás citado, p. 47.

Estos últimos también veneraban a la pareja sagrada, creadora del cielo y la tierra: *Tamagastad* y *Zipattoval*, junto con otros *teotes* que les hacían compañía en el cielo, en espera de las almas de los guerreros muertos en combate.²¹

En el templo principal era un montículo de tierra en forma de cono truncado, no muy alto, provisto de pocos escalones, con un altar de piedra encima donde acostaban a la víctima los sacerdotes encargados de la ceremonia. No escapó a Oviedo advertir la semejanza entre los ritos de los Nicaraos y éstos de los Aztecas: "En los orchilobos é sacrificios, é comer carne humana e otros ritos, así como sacrificarse (sajarse) las orejas é lenguas é miembros generativos, é otras muchas cosas que acostumbran, todo es de una manera, o muy conformes".

La víctima podía ser un cautivo, o bien un muchacho mantenido, adiestrado y resignado para tal fin. A los primeros los sacrificaban para propiciar a los dioses durante la época de guerra; a los jóvenes para implorar bendición al principio y final del invierno en favor de las cosechas, aplacar las sequías o conjurar ciertos fenómenos naturales como terremotos y erupciones volcánicas.

El sacrificio, a la manera de los mexicanos, se hacía a la vista del pueblo y del cacique, sujetando al ofrendado contra la piedra y extrayéndole el corazón con un cuchillo de obsidiana. Con la sangre del inmolado se rociaba a los asistentes y a las estatuas. La carne era distribuida para ser comida como pan bendito. Un rito similar se practicaba entre los Chorotegas, según Oviedo, quien describe una de tales ceremonias entre los indígenas de Nicoya:

"[...] toman una muger u hombre (el que ya ellos tienen elegido para sacrificar), é súbenlo en el dicho montón é ábrenle por el costado é sácanle el corazón, é la primera sangre dél es sacrificada al sol. E luego descabezan aquel hombre é otros quatro o cinco sobre una piedra que está en el dicho montón en lo alto dél, é la sangre de los demás ofrescen a sus ydolos é dioses particulares, é úntanlos con aquella, é úntanse a si mesmos los bezos e rostros aquellos interceptores o sacerdotes, o mejor diciendo, ministros manigoldos o verdugos infernales; y echan los dichos cuerpos assí muertos a rodar de aquel montón abaxo, donde son recogidos, é después comidos por manjar sancto é muy preciado".

Invocaban a los dioses mayores para conseguir su favor en las guerras o en los períodos de las grandes calamidades. Un sitio de especial veneración era el cráter activo del volcán Masaya, en cuyo fondo se formaba a menudo un pozo de lava incandescente. El cronista Juan de Torquemada, citando a fray Toribio Benavente (alias Motolinía), quien estuvo en Nicaragua en 1529, escribe al respecto:

²¹ Véase el estudio sobre los Nicaraos de Miguel León Portilla.

"Alli en aquello alto de aquel Volcan estan unos Teocales, o Altares, sobre los quales llamaban a sus Dioses, y ofrecian sacrificio los Indios, de aquellas Provincias; y quando les faltaba del Agua, para los Temporales, en Tiempos de secas, en lugar, de los Sacrificios ordinarios, despeñaban por allí abajo Niños, y Muchachos, para que fuesen por Agua, y los moradores de aquella Provincia creian, que luego que allí ofreciesen aquellos Niños havia de llover, los quales, antes de llegar a bajo, iban hechos muchos pedazos".²²

Además de las deidades principales, los indígenas tenían otros dioses menores a los que recurrían para conseguir favores en un sinnúmero de actividades relacionadas con la agricultura, la caza, la pesca y otras labores de la vida cotidiana.

Tanto Gil González como Hernández de Córdoba realizaron labores de cristianización con la ayuda de los frailes que los acompañaron, atribuyéndose el mérito de haber convertido a millares de indígenas. Celoso de estos supuestos logros, Pedrarias Dávila ordenó al fraile Francisco de Bobadilla fuese de pueblo en pueblo y comprobase la sinceridad de aquellas conversiones. En efecto, Bobadilla confirmó que algunos de los indígenas habían olvidado el bautismo; otros se opusieron a ser rebautizados: "A un guegue principal, cuyo nombre propio era Cipat, le preguntó si queria ser chripstiano é dixo que no, é diósele á entender que avia parayso é infierno, é no aprovechó nada: antes dixo que no se le daba más yr á un cabo que al otro".²³

Después de varios meses de recorrer las provincias, Bobadilla logró "... rescatar" a unos cincuenta mil indígenas. Sin embargo, lo más interesante de esta cruzada fueron los diálogos que el fraile sostuvo con algunos caciques. Salieron a luz varios testimonios sobre las creencias originales de los indios, a cuyas prácticas paganas seguían aferrados, no obstante haber transcurrido cinco años de evangelización. En las propias barbas de los españoles algunos grupos clandestinos continuaban en sus antiguos credos y ritos, tal como lo confirma el alcalde Castañeda en carta que remitiera al rey de España en 1531:

"Sean dadas muchas gracias a dios en esta provincia no hosan los yndios comer carne humana ni hacer sacrificios a sus ydolos como solían, ni se sabe que lo hagan porque los he castigado tan rrezio que no lo hosan hacer a lo menos que se sepa puesto que en quanto a tener sus ydolos los tienen escondidamente, a diez días que vysintando vna plaza que dizen ymavite les hallé escondidos más de doszientos ydolos por los buñíos los quales les hize pedazos e traigo agora estos padres de san francisco y de sancto domingo por las plazas de los yndios predicándoles e tornándolos christianos é cierto se haze fruto".²⁴

²² Ver Motolinía, en *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie 1, p. 105; también Torquemada, Serie 2, p. 112.

²³ Los pueblos visitados por Bobadilla y la cifra de los indios bautizados aparecen en la crónica de Oviedo. La cita está en (FPCBA. Serie 3) p. 312.

²⁴ DHN. Tomo III. p 75-76.

La verdadera conversión de los indígenas llegó años después con el proceso de mestizaje y ladinización, con el olvido de las viejas tradiciones y la obediencia a los amos. El celo religioso de sus descendientes fue tal, que en las islas de los lagos de Nicaragua quedaron fragmentos mutilados de los antiguos dioses de piedra venerados por los antepasados. Las estatuas fueron derribadas de los altares ceremoniales por manos fanáticas, conservándose algunas escondidas en el bosque que exploradores y científicos del siglo pasado, como Squier y Bovallius, lograron descubrir o rescatar para beneficio de los entendidos.

Ritos y festividades

Chorotegas y Nicaraos, como todos los pueblos de Mesoamérica, celebraban festividades periódicas según ciertas fechas del calendario. Este consistía en 18 meses de 20 días, con cinco días adicionales.²⁵

El almanaque observado por los Nicaraos tenía una estrecha similitud—en cuanto al nombre de los meses— con el calendario adoptado posteriormente por los aztecas. Cada mes era presidido por una diferente deidad, ante cuya imagen y por cuya memoria se celebraba una festividad.

“En aquellas fiestas no trabaxamos—informaron los caciques nicaraos a Bobadilla— ni entendemos en más de emborracharnos; pero no dormimos con nuestras mugeres... e por esso ninguno lo osa hacer, porque aquellos días son dedicados a nuestros dioses”.²⁶

El inicio o el fin de ciertas cosechas eran también motivo para fiestas, durante las cuales los indígenas, pintados o disfrazados celebraban *mitotes* y *areytos*, cantando en coro o bailando cogidos de la mano, según los ilustraron los cronistas Oviedo y Benzoni. Practicaban entonces ciertos juegos y competencias como eran: “pedir cacao”, donde unos contorcionistas se ofrecían de blanco, procurando evadir los tiros que ciertos caciques les hacían con lanzas de punta de cera. Estas eran arrojadas con tal destreza y fuerza que los maromeros, resistiendo los golpes, pedían

²⁵ En el interrogatorio de Bobadilla a los caciques de Nicaragua se enumeran 21 días del calendario, (Acat y Acato repetidos), y se mencionan 10 zempuales (meses), que posiblemente anotó Bobadilla en lugar de 18. El historiador de la colonia, Fuentes y Guzmán, en su célebre Recordación Florida, (Cap. XII, Libro Segundo), refiere que fray Luis Jirón, mercedario en Nicaragua, había tenido en su poder tablas del tiempo de los Nicaraos y un calendario de piedra, donde se mostraba que el siglo era de 52 años, (modalidad azteca), y que cada año abarcaba 18 meses de 20 días, más cinco días complementarios.

²⁶ En el mismo interrogatorio citado en la nota precedente.



Figura 11.- El cronista Benzone conversa desde una hamaca con el cacique Don Gonzalo, quien está sentado en un duho, "atendido por sus siervos. Nótese el rancho y el paisaje florentinos" ilustrados por el dibujante. (Americae Pars Quinta. Theodore de Bry. 1595).



Figura 12.- Ronda ceremonial en Nicaragua —el Mitote— descrita por Benzone a mediados del siglo XVI. En ella se destacan los gestos y posturas de los robustos danzantes. (Americae Pars Quinta. Theodore de Bry. 1595).

la suspensión del juego magullados por los golpes, o se daban por vencidos después de haber ganado suficientes semillas de cacao.

Otros juegos eran el “subibaja” o comelagatoazte, especie de columpio en cuyos extremos se balanceaban dos indígenas, y el emocionante “volador”, que como el anterior fue descrito y dibujado por Oviedo, quien lo presencié en la plaza de Tzoatega. Este último juego consistía en un elevado poste de cuyo cabo superior, atados con cuerdas, se descolgaban en espirales descendentes cuatro disfrazados, imitando el vuelo de las aves, tal como lo practican los actuales Totonacas de México.

Por lo general todas estas fiestas y juegos terminaban con la libación de generosas cantidades de chicha, “[...] hasta que caen hechos cueros borrachos e tendidos por el suelo”, según testimonia Oviedo.

Los indígenas practicaban, finalmente, toda suerte de hechizos, otra prueba de su “[...] comunicación con el diablo”, según Oviedo. Temían a los texoxes, especies de brujos que según las creencias se convertían en lagartos, tigres y otros animales feroces, para inferir toda clase de maldades a los indígenas, tomarles y devorarles los hijos, al amparo de la oscuridad de la noche.

Población aborigen de Nicaragua

Determinar cuál era la población prehispánica de Nicaragua al momento de la conquista resulta un interesante ejercicio de demografía histórica, ya que no se tienen sino cifras muy fragmentarias, producto de estimaciones casuales o de los bautizos realizados por los frailes que acompañaron a los primeros conquistadores.

Fernández de Oviedo habla de “muchas multitud de gente” en Na-grando, (donde vivió cinco años después de la invasión de Córdoba), así como en las otras provincias. Ya para entonces (1529), los indígenas habían sufrido las crueldades de Pedrarias, de Estete y de López de Salcedo; el hambre y las epidemias habían mermado notablemente la población indígena. Pedrarias, mañosamente, en carta que enviara al rey de España en marzo de ese año, adelanta el siguiente comentario: “Agora diré el estado en que estaba la tierra que es que tres partes de yndios que avía en la tierra las dos an perecido hambre y se salteaban unos a otros para se comer...”

Este gobernador se cuidaba, sin embargo, de señalar que el hambre era consecuencia de la desertión de los indígenas que habían abandona-

do las sementeras en los alrededores de León para escapar de su cruel servidumbre o de ser exportados como esclavos.²⁷

El fraile Bartolomé de las Casas estimaba en dos millones de indígenas la población original de Nicaragua, cifra que puede ser exagerada teniendo en cuenta que este defensor de los indígenas quería con ello demostrar la magnitud del genocidio perpetrado por los capitanes y gobernadores españoles. Oviedo, en un comentario póstumo sobre Pedrarias, le atribuye la muerte de dos millones de indígenas en el espacio de 16 años, cuando éste fue gobernador de Castilla del Oro y de Nicaragua. El cronista da a entender que en esta última provincia la población que había muerto y la exportada como esclava sumaban unos 750,000 habitantes, sin contar los 185,000 —bautizados en tiempos de Gil González, Fernández de Córdoba y el fraile Bobadilla— que estaban sometidos a la servidumbre directa de los españoles de León, de Granada y en las minas de Segovia; lo que permite aproximar el número al millón de habitantes.

Cifras de la población de Managua y su vecindad —dadas a conocer por Oviedo— pueden dar una idea parcial de la densidad de un determinado sector a lo largo del corredor volcánico-lacustre y permiten derivar por extrapolación el monto total de la población en las provincias indígenas de Nicaragua. En efecto, el cronista menciona las poblaciones sobre la costa sur del lago Xolotlán así: Mateare, más de 12,000 almas; Matinare (Los Brasiles), 4,000; Managua, 50,000 y Tipitapa 10,300. En total 76,300 habitantes en una longitud costera de 40 Kms. Si se mantiene esa proporción a lo largo de los 400 Kms de corredor, donde estaban ubicadas las provincias, la cifra total sería de tres cuartos de millón, en coincidencia con la estimación general de Oviedo. Desde luego, habría que sumar la de los pueblos alrededor del golfo de Nicoya y otra población dispersa a uno y otro lado del corredor, con las cuales la cifra vuelve a aproximarse al millón.

El geógrafo David R. Radell, en un estudio sobre la población aborigen de Nicaragua, también estimó en un millón la cifra que tenía el país al comenzar la conquista. Esta se redujo a sólo 10,000 en los siguientes sesenta años, a consecuencia de la esclavitud, las enfermedades, el hambre y la venta de esclavos a otras partes recién conquistadas por los españoles.²⁸

²⁷ Véase DHN. Tomo I. p. 454.

²⁸ Un interesante estudio sobre la población aborigen de Nicaragua, con una estimación de los esclavos vendidos, la ofrece David R. Radell, quien dramáticamente afirma que de un millón de habitantes que contenía Nicaragua en 1523, la población se redujo a sólo diez mil, sesenta años después. Véase el Capítulo 3: "The Indian Slave Trade and Population of Nicaragua during the Sixteenth Century", en el libro editado por Denevan y citado en la Bibliografía del Capítulo. Igualmente ilustrativo es el libro de William Sherman, también citado en la misma.

“En fin, porque en ésto no nos cansemos —concluye Oviedo— digo que en tiempo quel capitán Gil González fué a aquella tierra é después dél el capitán Francisco Fernández, teniente de Pedrarias, parecía que hervía de gente aquella tierra, segund yo lo supe en ella de los que la vieron”.

Bartolomé de las Casas ofreció después un recuento más cauteloso cuando menciona que en el lapso de 14 años, a partir de la llegada de los españoles a Nicaragua, habían muerto medio millón de indígenas y otra cifra igual vendida a Panamá y Perú como esclava, quedando sólo un remanente de 4 ó 5 mil personas al término de ese lapso.

Como razones del despoblamiento indígena figuran: la muerte por los trabajos forzados y el mal trato que la población nativa recibió de parte de los vecinos de León y Granada, entre los cuales había quedado “repartida”; la desnutrición y hambre por el abandono y saqueo de las cosechas y los malos inviernos de 1528 y 1533; la muerte en el trabajo de las minas, bajo un clima templado al que los indígenas no estaban acostumbrados, sumergidos continuamente en aguas frías para lavar oro en bateas; las marchas forzadas para acompañar a la tropa española en las “entradas” y otras aventuras expedicionarias que siguieron a la conquista; las epidemias como viruelas, sarampión, influenza y disentería, las tres primeras traídas de Europa y para las cuales los indios no eran invulnerables y, sobre todo, la venta de esclavos en gran escala para suplir la mano de obra nativa ya escaseada en Panamá y Perú.

Desintegración de la población nativa

La población indígena de Nicaragua, siguiendo el triste destino de los habitantes nativos de Castilla del Oro, comenzó a disminuir desde el mismo momento de la conquista de Hernández de Córdoba. Las armas españolas (arcabuces, ballestas, espadas, espigas y lanzas) y las arremetidas con los caballos no pudieron ser contenidas por los indígenas, no obstante su superioridad numérica. Desconcertados por el uso de esas armas y las formas de batallar de los españoles, los indios pronto se desbandaban o pedían la paz, con la esperanza de mejor suerte en un próximo intento. Aquellos que se resistían o rebelaban eran hechos esclavos, como botín de “guerra justa”, un eufemismo que escondía el supuesto derecho del conquistador a poseer y vender al conquistado.

Los que pacíficamente se sometían y aceptaban los términos del “*Requerimiento*”, mediante el cual se les “invitaba” a ser vasallos del rey español y abrazar la fe cristiana, pasaban directamente a la servidumbre

de los conquistadores, entre los cuales eran repartidos y “encomendados”, so pretexto de ser instruidos en la religión. Algunos indígenas iban a trabajar sin remuneración en las casas de los vecinos de León y Granada como “naborías” o sirvientes. Otros quedaban en el campo cultivando la tierra para los nuevos amos, tributando de varias maneras. La desproporción entre conquistadores y conquistados era tal que a cada uno de los 300 hispanos, afincados en Nicaragua en 1527, le correspondía no sólo miles de indígenas sino pueblos enteros encomendados, especialmente aquellos más cercanos a las dos poblaciones españolas. De ahí resulta —como caso insólito— que disponiendo cada quien de abundante mano de obra, (hombres, mujeres y niños), hayan cometido la estupidez de abusar de ellos, al extremo de acabarlos en pocos años, sin considerar los flagelos del hambre y las enfermedades que también impusieron sus mortales cuotas entre los indígenas.

Para 1533 la despoblación alcanzaba niveles tan alarmantes que el gobernador Francisco Castañeda escribía afligido: “[...] los indios desta provincia se acaban, no hay indios para cuatro años...” En la medida que la crisis demográfica empeoraba y escaseaban los indios como artículos de producción, los españoles ya no diferenciaban entre siervos y esclavos. Recurrían a los caciques exigiéndoles más gente como tributo y los amenazaban con quemarlos vivos o echarlos a los perros bravos, según comenta Bartolomé de las Casas quien, a propósito de las exigencias de Pedrarias, escribía lo siguiente:

“Como los indios comunmente no tienen esclavos, cuando mucho un cacique tiene dos, o tres, o cuatro, iban los señores por su pueblo é tomaban lo primero todos los huérfanos, é después pedía a quien tenía dos hijos uno, é a quien tres dos; é desta manera cumplía el cacique el número que el tirano le pedía, con grandes alaridos y llantos del pueblo, porque son la gente que más parece que aman a sus hijos”.²⁹

Además de hacer todas las labores agrícolas y domésticas para los nuevos amos, los indígenas eran llevados a lejanas tierras, realizando difíciles caminatas sobre terrenos de topografía abrupta a las que no estaban acostumbrados, generalmente cargando los bártulos y otras pertenencias de los españoles. Los cargadores, hombres o mujeres, tenían que soportar sobre la espalda dos o tres arrobas de peso; la marcha se realizaba muchas veces en cadenas para evitar que escapasen. De centenares de indígenas que fueron llevados a ciertos lugares, como las minas de Segovia y Olancho, a la búsqueda del desaguadero de la Mar Dulce, o a la conquista de Chorotega y Nequepio, muy pocos regresaron, tal eran las penosas circunstancias y trabajos a los que iban condenados.

²⁹ Ver la “*Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*”, escrita por Bartolomé de Las Casas, en *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie 1. p. 93–96, para ésta y siguientes citas del mismo cronista.

Los mismos cronistas españoles no dejaron de comentar la triste desventura de los indígenas. Pascual de Andagoya escribe sobre el caso lo siguiente:

“Y después no teniendo de que se aprovechar de la tierra, comienzan a hacer esclavos de los indios que se revelaban y apremiar a los señores que les diesen esclavos; y ellos por no ser maltratados, hacían decir a su gente que lo eran no lo siendo, y éstos sacaron a vender a Panamá y al Perú muy grande cantidad, y estas dos cosas fueron causa para que aquella tierra quedase muy despoblada de los naturales”.³⁰

No menos trágico fue el destino de aquellos indígenas capturados en las “entradas”, verdaderas incursiones vandálicas realizadas por los conquistadores para tomar esclavos y someterlos a servidumbre o venta, una vez agotado el recurso humano que tenían a mano. Los pleitos entre los mismos españoles para asegurar el servicio de los indígenas “encomendados” llena muchos tomos en los archivos coloniales, donde aparecen repetidas disputas y reclamos por la posesión de los infortunados.

Abusos y crueldades con los pacificados

Terminadas las guerras de conquista y no teniendo más pretexto para conseguir esclavos, se inventó la llamada “pacificación”. Los españoles marchaban a “pacificar” (léase castigar) a los pueblos que les ofrecían resistencia. Uno de esos actos ocurrió en 1531, cuando Hernando de Soto fue enviado a “pacificar” la península de Cosigüina e islas del golfo Fonseca. En su regreso triunfal trajo a varios caciques en cadenas y a multitud de sus súbditos listos a enfrentar el hierro candente con que solían marcar el rostro de los esclavos. De su venta, el famoso conquistador y sus amigos sacaron pingües ganancias. De este aventurero, tan celebrado por sus hazañas en el Perú, comentaba después Oviedo:

“Instruido en la escuela de Pedrarias de Avila, en la disipación y asolación de los indios de Castilla del Oro, graduado en las muertes de los naturales de Nicaragua y canonizado en el Perú, segund la orden de los Pizarros; y de todos esos infernales pasos librado y ydo a España cargado de oro, ni soltero ni casado, supo ni pudo reposar sin volver a las Indias a verter sangre humana, no contento de la vertida...”

Tristemente célebre por sus crueldades fue aquel otro capitán de Pedrarias llamado Martín Estete. Cuando hacía “entradas” para engrosar las filas de sus expediciones con indios capturados, mandaba a acuchillar aquellos que se resistían y encadenar a los que podían escapar. En cierta ocasión ordenó a uno de sus subalternos decapitar a un indígena desfallecido, para no tomarse la molestia de abrir el collar de hierro que

³⁰ Ver Andagoya, en *Nicaragua y los Cronistas de Indias*. Idem. p. 47.

losujetaba a la larga cadena donde venían engastados los otros desdichados compañeros. Como favorito del gobernador, se le había confiado el hierro para marcar esclavos, el cual se guardaba en Granada en una caja bajo tres llaves, según parece para evitar que cada capitán marcara a su antojo los indígenas que necesitaba como esclavos.

Diego López de Salcedo, que se arrogó para sí la gobernación de Nicaragua en 1527, arribó con un séquito de 300 esclavos que había capturado en las inmediaciones de Trujillo para resarcirse, con la venta de los indios, de las deudas que tenía contraídas en La Española. Entró a León cargado en andas por sus esclavos, después de poner fuégo a varios pueblos que encontró a su paso, en represalia por el asalto perpetrado por los indios de los alrededores contra el pueblo minero de Villa Hermosa.

Su sucesor en la gobernación, Pedrarias, no se quedó atrás. Durante la gran sequía de 1528–1529 arrebató todo el maíz a los indígenas, “[...] por lo cual murieron de hambre más de veinte o treinta mil ánimas, e acaesció mujer matar a su hijo para comello de hambre”, afirma Bartolomé de las Casas. El mismo fraile agrega que aquel nefasto gobernador ordenaba “entradas” y encadenaba a cuantos caían en la redada para cargarlos con tres arrobas de fardos a cuestas, “[...] y acaesció vez, de muchas que ésto hizo que de cuatro mil indios no volvieron seis vivos a sus casas, que todos los dejaban muertos por los caminos”.

Muy conocida fue la venganza que tomó Pedrarias contra 18 caciques de un lugar, al otro lado de la sierra volcánica, donde unos indios habían matado a sus crueles encomenderos y, según Oviedo, hasta se los comieron con todo y caballos. Pedrarias ordenó la captura de los caciques. A manera de circo romano montado en la plaza de León, los mandó a “pe-rear”. El cronista fue testigo de la inapelable sentencia del gobernador:

“É un martes, á diez é seys dias de junio de aquel año (1528), en la plaza de León, los justizieron desta manera: que le daban al indio un palo que tuviesse en la mano, é dezíanle con la lengua ó intérprete que se defendiesse de los perros é los matasse él á palos... É quando á él le pareszia que los tenia vencidos con su palo, soltaban un perro ó dos de los lebreles é alanos diestros, que presto daban con el indio en tierra, é cargaban los demás é lo desollaban é destripaban é comían dél lo que querían. É desta manera los mataron á todos diez é ocho malhechores, los quales eran del valle de Olocoton é de su comarca”.³¹

Bajo el gobierno de Pedrarias, y en desacato a las instrucciones que recibía de España, se inició la venta de esclavos herrados a Panamá y Pe-

³¹ Oviedo y Pedrarias eran enemigos. El cronista denunció los atropellos de Pedrarias cuando éste era gobernador de Castilla del Oro y en cierto modo contribuyó a su remoción. Luego cuando Pedrarias desplazó en la gobernación de Nicaragua a López de Salcedo, y lo encarceló en León, le tocó a Oviedo negociar la libertad de López que era su pariente político, pero al no soportar la tiranía de Pedrarias, el cronista tuvo que abandonar Nicaragua poco después.

rú, en escala comercial. El puerto de La Posesión (El Realejo), se convirtió en astillero floreciente. Se construían barcos sólo para cargarlos de esclavos con destino a esos países y llenar las bolsas de los encomenderos de Nicaragua. Hasta el mismo conquistador de Guatemala, Pedro de Alvarado, se sirvió de los barcos y esclavos de La Posesión para lanzar una frustrada expedición de enriquecimiento a las promisorias tierras de los Incas. En los primeros años a partir de 1530, miles de indígenas fueron sacados de Nicaragua para nunca regresar; muchos de ellos morían por suerte a bordo, de hambre, hacinamiento o enfermedades, antes de alcanzar el Perú, donde seguramente les esperaban más crueldades, o alguna otra muerte ignominiosa que les estaba reservada.

El deceso del nonagenario Pedrarias, ocurrido en marzo de 1531, no terminó con la tragedia. Sus sucesores: primero Castañeda, y luego su yerno Rodrigo de Contreras, no resistieron la tentación de lucrarse con el negocio de la venta de los indios. Francisco Sánchez, escribano de Granada, envió al rey de España una carta donde, entre otras cosas, se lamentaba de lo siguiente:

“[...] que de todas las gentes que digo son sacadas es muy grande número asy para panamá como para el pirú, no tenemos oy aver de veynte partes de las sacadas vna biva syno muertos todos de hanbre y sed y otros grandes trabajos que pasaron fuera de su naturaleza y acontecido salir desta governación un sólo navío en que llevaba de quatrocientos yndios para arriba y antes de ser acabado el viaje no quedar los cinquenta...”²²

Para entonces, según el mismo declarante, una flota de 20 navíos viajaba sin descanso a Panamá y Perú con su carga de esclavos procedentes de Nicaragua.

A manera de epitafio

Cuenta Fernández de Oviedo que en el mes de febrero de 1529 apareció un brillante cometa en el cielo de León, apuntando al horizonte como una línea luminosa bien marcada. Conociendo el carácter supersticioso de los indígenas, el cronista los interrogó sobre el posible significado de aquella inesperada aparición:

“Decían los sabios é más ancianos dellos que se avían de morir los indios en caminos, é que aquella señal era camino, que significaba su muerte dellos caminando. Y podríanlos muy bien decir o adivinar, porque los chripstianos los cargaban e mataban, sirviéndose dellos como de bestias, acarreando e llevando a cuestras de unas partes a otras todo lo que les mandaban”.

²² Ver la carta de Francisco Sánchez al Rey de España, en DHN. Tomo III. p. 408-409.

Y no hubo que esperar mucho tiempo para que aquel fatídico pronóstico se cumpliera.

Poco después se decía —y no con mucho arrepentimiento— que si un cristiano español tuviese que ir de León o Granada hacia las minas de Segovia y Olancho, no erraría su camino, pues sólo bastaba seguir el rastro por los huesos de los indios muertos.

CAPITULO V

Crónicas sobre volcanes, erupciones y terremotos

—Las novedades geológicas de Nicaragua. —Antecedentes indígenas. —Primeros volcanes y erupciones reportados. —Crónica sobre las lagunas. —Las destrucciones de Mombacho y León Viejo.

Hay un lugar en la ribera sur del lago de Managua que los habitantes precolombinos bautizaron con el nombre de Acahualinca por los juncos que crecían en abundancia junto a la costa pantanosa. El sitio había sido poblado —desde varios milenios atrás— por grupos de cazadores y pescadores, posiblemente para aprovechar los recursos de la sabana vecina y de las aguas inmediatas, exactamente en la misma área donde hoy se asienta la capital de Nicaragua.

En un día de aquellos remotos tiempos la tranquila vida de los aborígenes de Acahualinca fue perturbada por el súbito estremecimiento de la tierra, acompañado por tremendo retumbo: un volcán en las inmediaciones despertaba vomitando fuego y humo, mientras esparcía una lluvia de cálidas cenizas en los alrededores.

Los sorprendidos pobladores que habitaban las riberas del lago corrieron espantados, buscando salvación en las aguas apacibles. En el inesperado éxodo dejaron las huellas de sus pies descalzos impresas en un lodazal tenaz, en medio del terreno cenagoso. Estas fueron cubiertas de inmediato por las cenizas del volcán en erupción y posteriormente —en el transcurso de los siglos— selladas por sucesivas correntadas de lodo y depósitos volcánicos adicionales, que acabaron por sepultar las

huellas impresas bajo unos cuatro metros de espesor, preservando así la evidencia de esa forzada y muy antigua migración.¹

Las huellas de Acahualinca fueron descubiertas en forma accidental por unos picapedreros en 1878. Su edad ha sido recién estimada entre siete y nueve mil años; por lo tanto, representan uno de los más antiguos testimonios de la presencia del hombre en el istmo centroamericano, estando también entre las evidencias más pretéritas de erupciones volcánicas experimentadas por seres humanos en el continente americano.

Estudios modernos sobre la estratigrafía de la llanura de Managua revelan que la ciudad está edificada sobre una secuencia de materiales volcánicos y aluviales, de 20 metros de espesor, depositados en los últimos 35,000 años por las erupciones sucesivas de los volcanes Apoyo, Masaya y Chiltepe. También contribuyeron con sus proyecciones algunos vórtices menores, (Asososca, Tiscapa, Motastepe, etc.), localizados junto a la ciudad, aunque hoy lucen apagados o transformados en apacibles lagunas-cráteres.²

Los procesos volcánicos han dominado, en realidad, la región del Pacífico de Nicaragua durante el último millón de años. Unas treinta estructuras, que incluyen conos volcánicos, calderas y lagunas cratéricas, forman actualmente el activo segmento que se extiende por 290 Kms. lineales desde el golfo de Fonseca hasta el centro del lago de Nicaragua como parte de la cadena volcánica de la América Central.

En el segmento nicaragüense nueve volcanes han mostrado al menos alguna actividad desde tiempos de la conquista; entre ellos se destacan: el Masaya, con el único lago de lava en el continente que surge periódicamente del fondo del cráter; el Cerro Negro, uno de los volcanes más jóvenes y activos del planeta, con 12 erupciones en sus 140 años de vida; y el Cosigüina, famoso por la gran erupción de 1835, considerada por el vulcanólogo Howel Williams como “[...] la más violenta explosión acaecida en las Américas en tiempos históricos”.³

Otro famoso vulcanólogo, Alfred Rittman, en su clásica obra sobre volcanes, afirma que “[...] Nicaragua aparece como la región más explo-

¹ Ver la obra de Matilló Villa sobre las Huellas de Acahualinca.

² Dos estudios geológicos sobre el área de Managua son: “*Geological Observations on the ancient human footprints near Managua, Nicaragua*”, por Howel Williams. Carnegie Institution. Washington, D.C. Contribution to American Anthropology and History. No. 52 (1952), y el de David C. Bice: “*Quaternary volcanic stratigraphy of Managua, Nicaragua*”. Geological Society of America Bulletin. Vol. 96. p. 553-566. April 1985.

³ Howel Williams: “*The great eruption of Cosigüina, Nicaragua in 1835*”. University of California Publications in the Geological Sciences. Vol. 29. p. 21-45 (1952).

siva del mundo". Arribó a tal conclusión interpretando las cifras obtenidas por el geólogo alemán Karl Sapper, (quien estudió los volcanes centroamericanos a finales del siglo pasado), y comparando el volumen de materiales depositados en el país por kilómetro lineal con el de otros sectores activos del planeta.⁴

Desde la época en que fuera poblada por las primeras hordas de cazadores y recolectores paleo-indios, hace varios miles de años, la región volcánico-lacustre de Nicaragua estuvo habitada por muchos pueblos, que vivían en medio del temor que seguramente infundían las montañas de fuego y humo. Estos antiguos pobladores atestiguaron el surgimiento de nuevos conos, el colapso de viejos cráteres, la salida de ríos de lava, las avalanchas de rocas por las laderas, las encumbradas nubes de gas y polvo, la agitación hidrotermal en las lagunas, los temblores, los retumbos; en fin, todos los procesos de un país en activa gestación geológica.

Desde los acontecimientos de Acahualinca hasta el presente, los habitantes de Managua han sido siempre inconstantes, huyendo de las erupciones, terremotos y aluviones. La actual capital de Nicaragua no puede ufanarse, por lo tanto, de su entorno paradisíaco —con los volcanes que la escoltan y las lagunas que la embellecen— ya que no se encuentra precisamente construida sobre un "lecho de rosas".

Los volcanes indígenas

Los pueblos aborígenes de la América Central rindieron veneración y culto a los montes de fuego, donde suponían que moraban seres legendarios, o dioses tutelares, cuyo enojo había que aplacar siempre que se producía una erupción, un terremoto, una sequía, o cualquier otra calamidad de las que con frecuencia asolaban el territorio.

Erguidos como verdaderas pirámides naturales sobre vastas planicies, los volcanes de la región fueron sitios consagrados como adoratorios y para sacrificios humanos. También se utilizaban como observatorios para determinar los ortos y ocasos del sol, la luna y otros astros, fijando las grandes fechas calendáricas que marcaban ciertas faenas agrícolas o festividades religiosas, especialmente aquéllas relacionadas con el ciclo del maíz.

Volcanes y pueblos, en realidad, han estado en contacto desde las más remotas épocas en la América Central. En 1580 el cronista Juan de

⁴Rittman, A : *Volcanoes and their Activity*. Interscience Publishers. New York, 1962. p 156.

Torquemada recogió de boca de los indígenas el relato de una antigua migración que tuvo lugar entre México y Nicaragua. Según la tradición, varios grupos que vivieron en un tiempo en el actual territorio de México, fueron oprimidos por los llamadas Olmecas xicalancas, a los cuales pagaban elevado tributo. Decididos a romper el yugo por la fuga, escaparon en gran éxodo hacia la América Central, donde fundaron varios pueblos y llegaron a ser conocidos como Chorotegas y Pipiles. Los últimos en abandonar la tierra mexicana fueron los Nicaraos, quienes emprendieron la marcha hacia el sur guiados por una profecía que los alentaba a buscar la nueva tierra en un lugar donde existía una mar dulce y —como segura señal— una isla en medio, con dos volcanes.

Después de muchos extravíos arribaron los emigrantes a las orillas del presente lago de Nicaragua y contemplaron el final de su destino: la isla de Ometepe, (“dos cerros”, en lengua náhuatl), con un par de altos volcanes en el centro: *Omeyatecihua* y *Omeyateyte*, la pareja cosmogónica tutelar, dispensadora de lluvias, hacedora de bienes. Desde entonces Ometepe ha sido una especie de isla—santuario, escondida con frecuencia tras el vaporoso velo de nubes que le tiende el lago. Arqueológicamente es todavía la más rica y atractiva ínsula del Cocibolca.⁵

Así como los Nicaraos del istmo de Rivas rendían culto a los volcanes de Ometepe, otros pueblos también veneraban a los cerros volcánicos de las inmediaciones: los Dirianes con el Masaya, los Nagrandanos con el Momotombo, los Maribios con el Telica y los Nahuatlato de Tzoatega con el actualmente llamado San Cristóbal. Este último es el más elevado de Nicaragua, (1750 metros sobre el nivel del mar), y el único que presentaba en la cumbre un bosque de pinos, de cuyas astillas u ocotes se aprovechaban los indígenas para alumbrar sus casas y encender el fuego.

El etimologista nicaragüense Alejandro Dávila Bolaños afirma que el volcán San Cristóbal estaba consagrado al sol; el Gemelo Mayor o Coatpol (la gran serpiente), una de las tantas representaciones de Quetzalcóatl, de donde deriva otro de sus nombres indígenas: Coapólcán o Cubulcan. Al finalizar el siglo mexicano, cada 52 años, los caciques de Tzoatega ascendían hasta la cúspide para “encender el fuego nuevo”, ceremonia que significaba la renovación del mundo entre los pueblos de ascendencia mexicana.⁶ El “fuego nuevo” era luego distribuido en astillas de ocote y bajado a todas las plazas del cacicazgo.

⁵ FPCB: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Torquemada*. Serie 2. p 107-110. Véase también del mismo autor: *Monarquía Indiana*, Capt. XL. Libro II.

⁶ La ceremonia de indudable sello azteca tenía lugar a medianoche, al término de cada siglo, durante el paso meridiano de la constelación *Tianquixtli*, “el Mercado”, el grupo estelar de las Siete Cabritas o Pléyades.

Confirma nuestra suposición —escribe Dávila Bolaños— el nombre católico de San Cristóbal, “el que lleva a Cristo”, “el fuego” en sentido mítico, dado después al volcán, que era precisamente lo que creían del gigantesco volcán los náhuas de Tezoatega”.⁷

El volcán Masaya también fue objeto especial de veneración indígena, debido a su permanente actividad de lava y fumarola, según se sabe por una tradición que el cacique de Nindirí le refiriera al cronista Oviedo. Los sacerdotes indios despeñaban desde el borde del ancho cráter a muchachos y doncellas en actos de propiciación, ofrendando alimentos a una diosa hechicera que supuestamente aparecía en medio de la lava. Hasta el fondo bajaban los caciques en tiempos de crisis, a buscar los consejos de la deidad. Los frailes españoles la consideraron como un ser demoníaco; el padre Francisco Bobadilla, en 1529, mandó plantar una cruz junto al cráter para exorcizarla, bautizando la oquedad como la “boca del infierno”.⁸

Una práctica muy en boga, durante los primeros años de la conquista, fue la ceremonia del bautizo de los volcanes llevada a cabo por los frailes con el objeto de desterrar las supersticiones de los indígenas. Revestidos con sus atuendos, la cruz en una mano y una calabaza de agua bendita en la otra, solían los religiosos escalar aquellos cerros cuya lava les parecía ser fuego infernal. Luego de rociarla, exorcizándola, plantaban una cruz en la cumbre humeante; cambiaban el nombre indígena del volcán por otro más apropiado, tomado del santoral cristiano. De este modo creían sustituir las creencias y ritos de los indios en relación con los volcanes y conjurar las temidas manifestaciones telúricas.

Cuando los monjes intentaron sacramentar al “coloso de Nagrando”, el volcán retumbó. Asustados los frailes bajaron tropicando por las laderas empinadas y cayeron en los precipicios, para nunca más saber de ellos. Tal parece como si el ciclópeo volcán trató de mostrar su desacuerdo. Desde entonces nadie se ha atrevido a cambiar su victorioso y onomatopéyico nombre: *Momotombo*.⁹

Primeras erupciones reportadas a su Majestad

Fue en 1524, con los volcanes de Masaya y Momotombo en erupción, cuando los españoles observaron por primera vez actividades volcánicas

⁷ Alejandro Dávila B.: “Semántica Náhuatl Nicaragüense de las Montañas, Cerros y Volcanes de Nicaragua”. Revista Conservadora. No. 81. Managua, Junio de 1967.

⁸ Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Libro XLII, Vol. IV, Capt. V. (Reproducido en FPCBA: Serie Cronistas No. 3, p 375-394).

⁹ Ephraim G. Squier: *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. p. 430. EDUCA, San José de Costa Rica, 1972.

en el Nuevo Mundo.¹⁰ No obstante las duras tareas de la conquista, Francisco Hernández de Córdoba no dejó de advertir las manifestaciones en los dos volcanes, informando sobre los fenómenos a Pedrarias Dávila, su gobernador en Panamá. Este a su vez, los reportó a Carlos V, en carta del 10 de abril de 1525. Al hecho de no existir erupciones en la península ibérica debe agregarse el insólito caso que, en el año de la conquista, Nicaragua exhibía dos sorprendentes manifestaciones volcánicas:

“De la dicha nueva Granada bajamos a la provincia de Imabite, queda en medio la provincia de Masaya, que es grande provincia y muy poblada; y la provincia de Enderi (Nindirí) y Managua, cabe esta provincia de Masaya sale una boca de fuego muy grande, que jamás cesa de arder, y de noche parece que toca en el cielo del grande fuego que es, y se ve 15 leguas como de día... cabe esta ciudad de León está otro cerro muy alto, y por encima de la corona sale el fuego, que se ve a la clara de día e de noche por cinco bocas, a la redonda de este cerro hay muy grande cantidad de azufre”.¹¹

La gran “boca de fuego” en la provincia de Masaya era el cráter del volcán homónimo. Según Oviedo, el nombre de Massaya, (tal como lo escribe), significa “sierra que arde” en la lengua de los Chorotegas, vocablo equivalente a Popogatepe, “sierra que hierve”, como llamaban al volcán los grupos de habla náhuatl, de acuerdo con el mismo cronista.

En el fondo del cráter del Masaya suele aparecer un lago o charco de lava con cierta regularidad, la que persiste por mucho tiempo, como sucedió durante los primeros quince años de la conquista. La refulgente lava brota y cubre todo el fondo, (de 350 a 450 metros de diámetro), para luego restringirse a un intracráter central, o pozo de lava de 40 a 70 metros de diámetro. Allí permanece agitándose con cierto fragor, (a manera de olas de mar batiendo la costa), antes de hundirse y desaparecer en la cámara subterránea debajo del volcán. Pero aún en esta fase postrera la actividad no cesa, siendo reemplazada por una columna de gases —la gran fumarola— tanto más espesa y turbulenta cuanto más se profundiza la lava en el conducto volcánico.

Gonzalo Fernández de Oviedo escaló el Masaya en julio de 1529 y contempló extasiado la masa de lava en movimiento desde el borde superior del cráter. Como observador curioso e ilustrado gozaba la experiencia de haber subido al Vesubio, (cuando en su adolescencia fue paje de la reina de Nápoles), y conocido también el famoso volcán Etna de Sicilia. Había oído hablar igualmente del Guaxozingo (Popocatépetl) de la Nueva España, del Honocauma (Teide) de las islas Canarias, así como de

¹⁰ En 1521 Hernán Cortés dio licencia a Diego de Ordaz para escalar el Popocatépetl en busca de azufre, pero en ese entonces el volcán no estaba activo.

¹¹ “Carta de Pedrarias Dávila al Emperador, refiriéndole el descubrimiento de Nicaragua por su lugarteniente Francisco Hernández de Córdoba”. DHN. Tomo I. p 128–133.

otros volcanes entonces conocidos de Grecia y de las lejanas Persia y Etiopía: “Pero a mí me parece que ninguna de las sussodichas es de tanta admiración ni tan notable cosa como Massaya”, afirmaba en su *Historia General y Natural de las Indias*.

Oviedo se refiere a la actividad incandescente de la lava del Masaya, en el invierno de 1524, de la siguiente manera:

“Afirman en aquella tierra los indios, e aun los españoles, que después que se ganó aquella provincia, una vez que llovió mucho aquel año, subió o creció aquel licor o metal hasta arriba, é no se sabe de que manera; é con su grand fuego quemó en una legua o más alrededor quanto halló, é que echó un rocío o vapor de sí tan caliente, que todas las hojas de los árboles é ramas é hiervas é más alrededor se cocieron en toda aquella tierra”.¹²

A propósito de una visita que hiciera al volcán en 1535, fray Bartolomé de Las Casas se refiere a la gran lumbre que por la noche salía del cráter, a causa de la lava que resplandecía en el fondo. Asegura este fraile que mientras paseaba por las calles de Nindirí, a la distancia de legua y media del volcán, observó que el brillo era suficiente para arrojar sombra como lo hace la luna en cuarto creciente.¹³ Oviedo por su parte comenta que los vecinos de Nindirí podían leer una carta a la luz del volcán y “[...] que en la mar del Sur la ven los marineros de noche, quando por allí passan, veynte é veynte é cinco leguas, é quando más oscura es la noche, más claridad parece”.¹⁴

El otro volcán en actividad —mencionado en la carta dirigida al monarca español— era Momotombo. Sus erupciones son más explosivas que las del Masaya, aunque de menor duración. De su cráter se desprendían, según se deduce de la carta, chispas a través de cinco bocas, actividad común en las erupciones estrombolianas. Los cinco vórtices candentes se abrían posiblemente en la cumbre. Quizás algunos artilleros, en busca de azufre, la escalaron y los descubrieron.¹⁵

Fernández de Oviedo dibuja al Momotombo con mucha fantasía; las laderas sumamente empinadas y rodeado de varios picos. Entre los otros volcanes ilustra a los llamados Maribios, los de Ometepe y la más acep-

¹² Oviedo (citado en Nota 8). Capt. VIII y p 407 en FPCBA.

¹³ El resplandor nocturno era visible a 15 leguas a la redonda, según la carta de Pedrarias, y obviamente se reflejaba en las nubes que pasaban encima del volcán, pues la lava que lo emitía estaba en el fondo del cráter. La afirmación de Bartolomé de Las Casas puede leerse en FPCB: *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie No.1. p 83.

¹⁴ Ver Oviedo en FPCBA. Serie Cronistas No. 3. p 405.

¹⁵ La cita es de Oviedo (FPCBA. p. 378). El celebrado vulcanólogo alemán Karl Sapper creyó en realidad que se trataba de cinco cráteres adventicios, confundido por el dibujo del Momotombo que Oviedo presenta en su libro. Las erupciones del volcán han sido centrales, lanzadas desde el único pico; su forma cónica se ha mantenido casi perfecta desde la conquista.



Figura 13.- Tres conos humeantes forman parte de una sierra volcánica entre León Viejo y El Realejo —llamada Los Maribios— descritos e ilustrados por Oviedo.

table figura del Masaya. La visión de Momotombo desde León (Viejo), al otro lado de la bahía de Imabite—tal como la contempló el cronista— con su mole cónica casi perfecta, conforma uno de los paisajes más espectaculares de Nicaragua. Sobre este volcán, (que los Chorotegas llamaban *Mamea*, “altivo”, por brevedad), Oviedo dejó la siguiente descripción:

“Legua y media de la cibdad de León está un cerro muy alto de la otra parte de la laguna, el qual es de la manera que le pinté aquí, é la cumbre más alta tiene muchos agujeros, por donde, sin cessar un momento sale humo. Bien creo yo que hasta la cabeza é parte superior del monte, é desde León hay más de tres leguas, porque de más de diez y ocho o veynte leguas se parece este humo, el qual de día ni de noche no echa llama”.¹⁶

Indudablemente, a cinco años de la primera observación, la actividad explosiva del volcán había terminado, persistiendo únicamente una extensa columna de gases en la cumbre que el viento proyectaba por varias leguas, según se deduce de la descripción de Oviedo. En los alrededores y pie del volcán, (donde el cronista tenía indios en encomienda), observó numerosas fuentes termales, yacimientos de azufre y agujeros por donde salían con violencia vahos calientes en forma intermitente, produciendo un ruido como “[...] innumerables fuelles de fraguas de herreros... de espantable armonía”.

Juan de Torquemada —citando una observación de fray Toribio Benavente (Motolinía), —quien estuvo en León Viejo en 1529, y no en 1544 como aquél sostiene— informa que a un tercio de la cumbre de Momotombo salía siempre un humo con olor a azufre y que en las laderas se cogía

¹⁶ Ver Oviedo en FPCB. Serie Cronistas No. 3. p 378–379.

acige (alumbre), con el que se fabricaba una tinta muy buena para escribir: “Yo, estando allá —cuenta fray Toribio— tomé y heché de ella en un Tintero, y escribía lo que había menester”.¹⁷

La novedad de aquella tierra de extraña geografía continúa reflejándose en la carta de Pedrarias al rey español, cuando le describe los fenómenos hidrotermales descubiertos por los conquistadores en sus primeras andanzas por Nicaragua: “[...] algunos de estos ríos están muy calientes que apenas los pueden pasar por el calor del agua, é hay una fuente que a la continua yerbe tanto que en metiendo un ave o otra cosa cruda sale cocida incontinentemente, y si la quieren asar a la calor del agua se asa prestamente”.¹⁸

Es también Oviedo, con su ojo abierto a las curiosidades de la tierra, quien confirma la presencia de aguas termales cercanas al volcán Momotombo. Menciona, en efecto, cierto lugar cercano llamado Totoa, donde

¹⁷ Ver Torquemada en FPCB. Serie Cronistas. No.2. p 100.

¹⁸ Carta de Pedrarias, citada en Nota 11.



Figura 14.- El Momotombo rodeado de varios hipotéticos conos, según la imaginación del cronista Oviedo. Esta y otras ilustraciones que datan de 1529 fueron las primeras que mostraron volcanes en el Nuevo Mundo.

los indígenas aprovechaban una fuente termal para cocer carne, pescados y elotes, en tan breve tiempo como el transcurrido “[...] en decir dos veces el Credo é los huevos antes que se diga la mitad del Ave María se cuescen”, una devota forma de medir el curso del tiempo en aquella época.¹⁹

Los Maribios y los volcanes de Ometepe

Limitando por el norte las planicies, desde Nagrando hasta Tezoatega, corre una fila de volcanes casi en forma continua conocida con el nombre nativo de Maribios.²⁰

En un trecho no mayor de 40 Kms. estaban dispuestos al menos tres conos activos que proyectaban con cierta periodicidad nubes de tumultuosos gases en medio de retumbos, para luego dar paso a una lluvia de arenas y cenizas. El material pulverizado caía sobre el flanco occidental de la sierra volcánica y en las planicies adyacentes, empujado por los vientos alisios que en los trópicos soplan normalmente desde el este. Al respecto, Oviedo hace la siguiente observación:

“Hay una cordillera de una sierra continuada, yendo de la cibdad de León al puerto de la Posesion y en esta sierra se alzan tres montes, uno delante del otro continuados, é las cumbres dellos distintas, como aquí los pinté: a la parte del Norte son de tierra áspera, é á la parte del Sur tienen sus vertientes tendidas igualmente hasta los llanos. Y es tierra muy fértil, é como allí es muy continuo el viento oriental, siempre pende un humo continuo é muy ancho é luengo hazia la parte del Poniente, que sale de los tres montes más altos de toda la cordillera: é quassi una grand legua continuada va aquel humo, é turan esos montes assi en aquel cuchillo de sierras seys ó siete leguas, y el más cercano monte deste humo a la cibdad de León estará quatro ó cinco leguas della”.

El dibujo de los Maribios presentado por Oviedo es un tanto inexacto, pues aunque el cronista se refiere a los volcanes de cumbres distintas, los ilustra como tres conos de forma y altura similares, dispuestos en “una sierra continuada” de 6 a 7 leguas de longitud, estando el más cercano a unas 4 ó 5 leguas de León (Viejo). Los únicos volcanes —históri-

¹⁹Totoa era el nombre de un riachuelo de agua caliente que corre al norte de León Viejo y desemboca en el extremo occidental del lago de Managua. Los indígenas del lugar estaban obligados a suplir con alimentos a los españoles que tenía a su cargo la fortaleza. La cita de Oviedo está tomada de FPCBA. Serie Cronistas No. 3. p. 379.

²⁰“Maribios” es la forma correcta, tal como aparece el nombre por primera vez en Oviedo. Desde que Squier escribió “Marabios”, se ha difundido incorrectamente el nombre también equivocado de “Marra-bios”. “*Pasemos á los montes que se llaman los Maribios, que tambien son cosa notable*”, escribió Oviedo. (PCBA. Serie No. 3. p. 379).

camente activos— en ese trecho son San Cristóbal, Telica y Pilas. El Cerro Negro no existía en ese tiempo.²¹

La lluvia de cenizas que caía al poniente de la sierra volcánica contribuía a la refertilización de los ricos suelos en las llanuras adyacentes, tal como la sigue haciendo en la actualidad.²² Los gases, por otra parte, se difundían en las alturas o eran llevados al océano Pacífico por los vientos predominantes. Sin embargo, cuando éstos cambiaban de dirección, (por lo general en época de vendaval), o simplemente dejaban de soplar, la emisión gaseosa se proyectaba directamente hacia el sur, arremolinándose en torno a la sierra volcánica. Cargada de humedad caía como lluvia ácida sobre las tierras cultivadas, produciendo la marchitez de las sementeras. Oviedo hace referencia a este fenómeno cuando anota, a continuación del párrafo anterior, lo siguiente:

“Acasce algunos años, ventando rescios Nortes, dexar el humo, que ordinariamente suele llevar su camino á Poniente, é yr hazia el Sur, é baxar por aquellas vertientes á los llanos, é quemar é abrasar los mahizales é las otras labores del campo, é hazer grandísimo daño en tres ó quatro ó más leguas y en los pueblos, que hay muchos por allí, y no poder tomar la tierra en sí en esos quatro ó cinco años, por la aver dexado quemada é destruyda el fuego”.²³

Además del efecto de los gases, había que tomar en cuenta el daño permanente de las coladas o corrientes de lava que arrasaban los cultivos y sepultaban pueblos. Tal parece confirmarlo la presencia de coladas históricas al pie de los volcanes Concepción, Masaya, Momotombo, Pilas, Telica y San Cristóbal, algunas de las cuales se extendieron por los llanos hasta varias leguas del volcán que las emitió. Aún más peligrosas eran las súbitas avalanchas de lodo, rocas o suelos que se desprendían laderas abajo de los empinados conos en la época lluviosa, o como resultado de algún terremoto en las entrañas del volcán, tal como sucedió en el Mombacho en 1570.

La actividad de los Maribios ha sido tan continuada y el volumen de materiales arrojados tan enorme, que los suelos en el occidente de Nicaragua forman un profundo colchón de partículas finas, no consolidadas,

²¹ Véase Oviedo en FPCBA. p. 380. La longitud de la legua terrestre se medía entonces por la distancia que un caballo podía recorrer en una hora a paso normal. Por tanto, una legua sobre la planicie de Nagrando era una distancia más larga que la misma legua recorrida en la región central del país, de topografía más accidentada. Aún así, el concepto de legua dependía, en el siglo pasado, del buen estado de las mulas de los arrieros —según un comentario de Squier— y era diferente en terreno plano que en el montañoso, excediendo rara vez a dos millas (3,300 metros). Ver Squier: *The States of Central America*. (1858). p. XIV.

²² A manera de ilustración: durante la erupción del Cerro Negro en 1971, el volcán arrojó en 12 días unos 45 millones de metros cúbicos de ceniza, que cayeron en una área de 5,000 Kms².

²³ Hablando de la simetría del volcán Concepción, Squier afirmaba que sin lugar a dudas era su cono, como figura geométrica, el más perfecto del continente, si no del mundo.

y sumamente porosas, originado espesas tolveneras en la época de vientos fuertes. Esto lo confirma Oviedo, quien observó que la tierra era “muy polvorosa”, a tal extremo que en ciertas partes “[...] los caballos por donde hombre va, meten el pie o la mano un palmo é atollan donde no se piensa”. El cronista también menciona que en los alrededores de León habían “[...] más indios tuertos que en toda la tierra é gobernación restante de Nicaragua”, a causa de la fina arena volcánica que los vientos acarreaban en torbellino sobre las poblaciones. En efecto, León quedó asentada sobre menudas partículas negras arrojadas por el cercano volcán Momotombo en sus repetidas erupciones.

Otro volcán de figura impresionante por la simetría de su cono —tanto que parece surgir paulatinamente de las aguas del lago de Nicaragua— es el Concepción, bautizado así por los frailes. Junto con el gemelo cono Maderas, de cúspide truncada, dio origen a la isla de Ometepe. Concepción es activo, lanzando gases, cenizas y lava con frecuencia; el otro parece extinto y está cubierto por espesos bosques que llegan hasta la cumbre.

El primer explorador español en Nicaragua, Gil González, ciertamente advirtió la presencia de Ometepe cuando fue a tomar posesión de la Mar Dulce: “[...] y quanto nuestros ojos pudieron ver todo es agua, salvo una ysla que está dos leguas de la costa que dizen que está poblada”. La bruma del lago en aquel caliginoso mes de abril seguramente le impidió la visión clara de los dos volcanes legendarios.²⁴

Los volcanes de Ometepe estaban muy distantes de León para ser visibles desde aquella localidad; aún observados desde Granada su visión requiere de un día diáfano. El inquieto *Cronista de las Indias*, sin embargo, pudo contemplarlos y dibujarlos desde la laguna de Songozama (Ñocarime), cuando camino a Nicoya pernoctó en la estancia de Diego de Morán, junto al lago. En esa época el Concepción estaba inactivo, la cumbre casi siempre envuelta por una curiosa “capucha” de niebla. Para suerte de Oviedo, el volcán se despejó y la cúspide quedó a plena vista: “[...] de ventura estuvo clara ciertas horas é la ví muy a mi placer”. Su anfitrión le señaló “que avía más de dos años que estaba allí, é que sola otra vez avía visto clara la cumbre de la dicha isla, a causa que siempre está coronada é cubierta de nublados o niebla lo alto desta sierra”.²⁵

El ojo perspicaz de Oviedo pudo distinguir, a la distancia de cinco leguas que se encontraba, que la punta del cono estaba partida, “[...] assí

²⁴ “*Carta del Capitán Gil González de Avila a su Majestad*”, en DHN. Tomo I. p. 89–104.

²⁵ Esta y la cita siguiente aparecen en Oviedo (FPCBA. p. 368–369).

quel un pico es al Sur y el otro al Norte, y entre ambos se hace aquel valle, que los divide como en esta figura se vé". La concavidad que formaba el cráter terminal seguramente alojaba una laguna, cuyas aguas se nutrían de la condensación de las neblinas a 1,600 metros de altura, hasta donde alcanza la cumbre. Así permaneció por tres siglos y medio, hasta 1883, cuando el volcán despertó de su prolongado letargo, evaporando la laguna con el calor de la lava ascendente.²⁶

No obstante ser ésta la primera erupción históricamente registrada del volcán de Ometepe, existe la sospecha que retumbó y se estremeció en 1772 cuando fray José Fernández, párroco de la isla, decidió serenarlo. Subió a la cumbre para plantar una cruz, rociarlo con agua bendita y darle el nombre de Cerro de La Concepción, con que actualmente se le conoce.²⁷

A pesar del esfuerzo de los religiosos para desterrar el pagano temor que los indígenas manifestaban ante las erupciones volcánicas —que atribuían al enojo de los dioses que vivían en el interior de las altivas moles— las creencias ancestrales persistieron en Ometepe, aún hasta finales del siglo pasado, según una anécdota referida por el arqueólogo Charles C. Nutting, curador del U.S. National Museum. El científico escaló el Concepción en compañía de varios nativos de la isla. A mitad de la ladera los expedicionarios se separaron y Nutting, perdido, comenzó a llamar a los guías con grandes voces. Los ometepinos, que estaban por ahí cerca, le confesaron después al "doctor", que no se atrevieron a contestar sus llamados por temor "a despertar al volcán", cuya furia el inocente científico podía desatar con sus desesperados gritos.²⁸

Las lagunas volcánicas como recintos sacros

Además de los conos volcánicos que se yerguen sobre la llanura del Pacífico, existen algunas depresiones más o menos circulares colmadas por lo general de agua dulce. Ocupan el fondo de cráteres apagados, o bien de grandes circos o calderas que se formaron por colapso, tras las explosiones demolidoras de ciertos volcanes que antiguamente se alzaban en el mismo lugar.

²⁶ La cumbre del Concepción permaneció sin cambio por más de tres siglos, según se deduce de las observaciones de Enmanuel Friedrichsthal y de Pablo Levy, quienes escalaron el volcán en 1841 y 1869 respectivamente. "En el vértice del cerro Ometepe —escribe Levy— hay dos puntas de la misma altura y entre ellas un pequeño cráter lleno de agua de lluvia, cristalina y helada". (Revista "América", Julio 1924. p. 290. Managua).

²⁷ Matilló Villa, Joaquín: *Ometepe, Isla de Círculos y de Espirales*. p. 44. Editorial UCA, Managua, 1975

²⁸ Charles C. Nutting: "Antigüedades de Ometepe", traducido por el autor para el Boletín Nicaragüense de Bibliotecología y Documentación. No. 35-36. Biblioteca del Banco Central de Nicaragua, Managua, 1980.

Algunas de las depresiones están dispuestas sobre fallas geológicas preexistentes. Su formación estuvo ligada a hundimientos en serie a lo largo de tales fallas, sin que mediaran procesos eruptivos previos. En otros casos la causa es del tipo llamado freato-magmático, cuando el agua se infiltró en profundidad hasta ponerse en contacto con el crisol candente de algún volcán vecino, produciéndose una explosión, seguida por hundimiento del terreno suprayacente. No todas las oquedades, sin embargo, contienen agua en su interior; algunas están vacías y reciben el nombre popular de “hoyadas”. Quizás la más conocida es la de Ticomo, aunque alrededor de los volcanes Maribios y al pie del Mombacho existen otras.

Para los antiguos indígenas las lagunas-cráteres eran recintos sagrados donde suponían habitaban seres fabulosos, listos a engullir a quien osara bañarse en sus aguas. Las que estaban alrededor de Managua eran guardadas por lagartos echados en ellas para desalentar posiblemente cualquier acto de profanación al respecto. En los paredones de basalto que las circundan existen figuras o símbolos, esculpidos o pintados, que han resistido por varios siglos la pátina del sol y de la lluvia tropicales, tal como se observan en las lagunas de Asososca, Masaya y Apoyo. Los indígenas también levantaron monumentos ceremoniales junto a sus orillas; ciertas ruinas aún persisten al borde de la laguna de Zapatera. La fantasía popular ha imaginado tesoros escondidos en lo profundo de las aguas, basándose en algunos hallazgos de cerámica que a menudo se encuentran en sus orillas y contornos.²⁹

Los indígenas bautizaron las lagunas con nombres nahuatlecas, algunas con significado romántico y melodiosa pronunciación: *Asososca*, “donde el agua es azul”; *Xilolá*, “agua del maíz tierno”; *Tiscapa*, “en el espejo”; *Apoyo* y *Apoyeque*, “de aguas salobres”; *Nejapa*, “como lejía”; *Ajusco*, “lugar de flores”; *Tecuacinabia*, “lugar cercano para los jaguares”; *Moyotepe*, “poblada de mosquitos”; *Acahualinca*, “donde tiembla el gamalote”; *Xixtleotl*, “donde orinan los dioses”; etc.³⁰

El cronista Oviedo visitó cinco de esas lagunas, cuyos alrededores estaban muy poblados, especialmente por las tribus que vivían a cierta dis-

²⁹ Sobre las leyendas de las lagunas vecinas a Managua, véase el libro de Heliodoro Cuadra: *Historia de la Leal Villa de Santiago de Managua*. En ella se relata que en 1869 el duque Lisignano, cónsul de Italia en Centroamérica, organizó una exploración a Asososca para buscar tesoros indígenas, supuestamente echados a la laguna en tiempos de la conquista. Ninguno de los vecinos de Managua, sin embargo, quiso asistirlo, alegando que Asososca “estaba embrujada”, temor que también confirmó Squier cuando la visitó en 1850. Otra historia —sobre el origen de Tiscapa— fue recogida en el lugar por el capitán Bedford Pim, y presentada en su libro *Dotting on the Roadside*. p. 104.

³⁰ *Xixtleotl* es la laguna de Charco Verde en la isla de Ometepe. Un islote cercano, Ciste, es mencionado por el científico sueco Carl Bovallius, quien visitó Ometepe en 1883.

Figuras 15 y 16.- La laguna sagrada de Asososca, visitada y dibujada por Squier (abajo). En uno de sus farallones los indios precolombinos pintaron el símbolo de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada. (derecha)



tancia de los dos grandes lagos y no disponían de otras fuentes de abastecimiento más que las aguas almacenadas en ellas. Menciona que las más cercanas a León eran Teguacinabie (El Tigre) y Tecuñavete (Monte Galán), a dos y cuatro leguas respectivamente, teniendo cada cual unas dos leguas de circuito. En su viaje de León a Nicoya tuvo la oportunidad de visitar Tiscapa, Lenderí (Masaya) y Diriá (Apoyo). A la primera describe del siguiente modo:

"A un tiro de ballesta o poco más de Managua, está otra laguna muy hermosa é quadrada que parece alberca, y está de montes bien altos e de peña tajada en partes é muy hermosamente cercada; é assí los montes naturalmente puestos en quadra de diez é quince é veynte estados de alto aquellas cumbres alrededor hasta el agua; é tiene solamente una entrada allá, ques la del camino; e tiene mucho pescado e bueno; y en los quatro ángulos o rincones hay de uno a otro hasta trescientos pasos, poco más o menos. E llámase la laguna de Managua".³¹

Sobre la extensa laguna de Apoyo—por cierto la de mayor diámetro y profundidad—afirmaba Oviedo que sus aguas eran salobres como las del mar, con abundante pesca, "[...] que hace ventaja en el gusto e bondad a todos los otros pescados de todas las otras lagunas dulces..." Pero de todas ellas, la que más despertó su admiración fue la laguna de Lenderí, situada en el extremo oriental de la gran caldera volcánica del Masaya. Los indígenas habían esculpido gradas muy empinadas en el farallón rocoso que la contiene por ese lado, por donde bajaban para recoger agua. Cada población, en efecto, tenía su "bajadero", por donde "subían" las indígenas en grácil equilibrio con sus cántaros colmados de agua. El comentario del cronista deja escapar asombro:

"En verdad yo me ví arrepentido más de una vez en aver comenzado a baxar por tan peligrosa senda, sino que de una parte la vergüenza, é de la otra ver que otros lo hacían, é también que subían cargadas muchas indias con cántaros de una arroba é más de agua, tan sueltas como si fueran por un camino muy llano, ésto me hizo proseguir lo comenzado. En lo baxo, tocando el agua con la mano, está tan caliente que de mala gana o con mucha sed se beberá; pero subida en lo alto fuera de aquella sierra é profundo, luego en el instante se torna templada é fría, y es de las mejores aguas que pueda aver en el mundo".³²

Las indígenas informaron a Oviedo que aquella agua era muy saludable, que no provocaba indigestión; la usaban como bebida y como baño. También supo el cronista de una escalera hecha enteramente de bejucos, que colgaba del farallón, (de unos 300 pies), como el único artificio que utilizaban en uno de los pueblos para bajar hasta la profunda laguna en busca del líquido vital.

³¹ Sobre las referencias y citas relativas a las lagunas volcánicas de Nicaragua, ver a Oviedo en FPCBA, p. 371–375.

³² La observación de las indígenas, cargando cántaros desde el fondo de la laguna de Masaya, llamó siempre la atención de algunos viajeros del siglo pasado, que la describieron e ilustraron en sus libros. En la actualidad, los "bajaderos" siguen siendo utilizados por las lavanderas de los pueblos vecinos, que visitan la laguna con pesados fardos de ropa.



Figura 17.- Aguadoras "subiendo" por el Bajadero de Nindirí, uno de los más antiguos y perdurables senderos de Nicaragua descrito por casi todos los viajeros que pasaron por la laguna de Masaya que yace al fondo. (Squier).

La laguna de Lenderí tiene mucha hondura. Sus aguas cambiaban con tanta frecuencia de temperatura y color que los peces morían al poco tiempo de haber sido trasplantados desde las otras lagunas, según informaron los indígenas al cronista, salvo una especie diminuta, “[...] tan pequeña como cabo de agujetas, que no se pueden comer por ser tan menudos mejor que en tortillas de huevo”.³³

Juan López de Velasco, en su *Geografía y Descripción de las Indias*, (escrita entre 1574 y 1596), también se refiere a la azarosa bajada a la laguna de Masaya y añade una nota insólita: “[...] quieren decir los naturales que hubo allí un volcán que se hundió y quedó hecha aquella la-

³³ Con frecuencia las emisiones hidrotermales que escapan del fondo de las lagunas volcánicas cambian la composición, el color y la temperatura de las aguas, produciendo el fenómeno de eutroficación, con desarrollo excesivo de algas y mortandad de peces. La gente dice entonces que la laguna “está enferma”.

guna".³⁴ En realidad, toda la caldera del volcán Masaya fue originada por el gigantesco colapso de un volcán primitivo, antes que resurgieran de su fondo los presentes conos gemelos de Masaya y Nindirí, que hoy dominan el complejo, de acuerdo a las más recientes investigaciones geológicas.³⁵ De ser cierta la observación de los indígenas, este cataclismo debió haber persistido en la memoria de los pueblos que vivieron en Nicaragua en los últimos cinco mil años, tiempo en que según parece sucedió el colapso de la gran caldera.

Otro fenómeno de más reciente recordación —por los indígenas de Nagrando— fue la anegación de un pueblo por las aguas del lago de Managua. La bahía que forma el extremo occidental del lago, en cuyas orillas estaban Imabite y León, parece ser parte de una antigua caldera sumergida en el lago, posiblemente durante una inundación, o por subsidencia de la bahía. Esta vez es el cronista Torquemada quien compara la destrucción de la vieja Imabite, (cuyo nombre chorotega significa precisamente "tragado por las aguas"), con la tragedia bíblica de Sodoma y Gomorra:

"Hacia la mano derecha de la ciudad de esta Laguna (León), hace un Ancón de más de una legua, que todo fue muy poblado de Indios Naturales, y súbitamente en una Noche se anegó, donde perecieron muchas Animas, porque ésto era de lo más poblado de toda la tierra. Dícese haberse así anegado, y perecido, porque tomaban muchas Mujeres más de las que sus Antecesores Acostumbraban, y por otros graves pecados, que allí se cometían; porque como los Moradores abundaban de mantenimientos (que la tierra era muy fértil, como otra Sodoma), los Habitantes de ella diéronse a ociosidad, y hay vicios, y perecieron como otra Gomorra y Sodoma. Hoy día, los Indios Naturales, en sus cantares, lo lloran y cuentan como perecieron por sus pecados".³⁶

Tlatl-Ulín: cuando la tierra se estremece

Además de las erupciones volcánicas la región del Pacífico de Nicaragua estaba expuesta, con mayor frecuencia, al súbito estremecimiento de la tierra. El suelo trepidaba echando abajo las endeble chozas de los indios y las cercas plantadas en torno a las milpas. La vibración terráquea agrietaba el terreno, provocaba derrumbes en los cerros y agitaba la superficie de los lagos; venía generalmente acompañada de ruidos subterráneos. El fenómeno eran tan familiar entre los indígenas que se dio el nombre *Ullin*, al mes del calendario cuando más se hacían sentir los temblores de la tierra. Esa época del año parecía coincidir con el

³⁴ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: López de Velasco*. Serie No. 1. p. 182.

³⁵ Sobre el origen y evolución del complejo volcánico del Masaya, véase la tesis de Stanley N. Williams: "*Geology and eruptive mechanisms of Masaya Caldera complex, Nicaragua*". (Ph.D Thesis, Dartmouth College, New Hampshire).

³⁶ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Juan de Torquemada*. Serie No. 2. p. 101.

inicio de la estación lluviosa, a juzgar por la siguiente observación del cronista Oviedo:

“En el tiempo que truena ó llueve, ó en aquel tiempo en que las aguas se continúan (aunque á la verdad muy pocas veces llueve en aquella tierra); pero lloviendo ó sin llover, ningún año passa sin temblar muchas veces la tierra. É no es temblor assi sumario ni presto sino muy rescio é largo; é yo he estado en aquella cibdad, é ví temblar de manera aquellas casas, que nos saliamos, huyendo dellas, á las calles y á la plaza, porque no se hundiesen sobre la gente: é conté en un solo dia é noche sessenta é tantas veces essos temblores, é aquestas ó más muchos dias, é á veces tan continuos é uno tras otros, que es cosa de mucho temor. É a veces caen rayos é matan gente é queman casas”.²⁷

Fue durante ese fuerte temblor cuando el cronista vio bajar grandes rocas de la cumbre del Momotombo. La causa de las erupciones volcánicas y de los movimientos sísmicos la atribuía al soplo de ciertos vientos en las cavernas subterráneas que supuestamente existían debajo de los volcanes, según se deduce del siguiente pasaje: “Todos estos terremotos é tempestades se causan de las concavides é cavernas que las tales montañas tienen en sus interiores, é porque son mineros de azufre ó de alumbre, é los vientos reinclusos en aquellos vaquos, quando espiran, revientan é hacen essos daños”.

También el erudito fray Bartolomé de Las Casas compartía la idea que la fragua debajo de los volcanes se atizaba con el soplo de vientos subterráneos, que aparentemente se desplazaban debajo de aquel carcomido territorio. En el caso del Masaya, en cuyo cráter “ardía un fuego” permanente, suponía el fraile que los mismos vientos que impulsaban las olas de la Mar Dulce penetraban por conductos subterráneos hasta el propio fogón del volcán, para atizar la lumbre que despedía de su interior. A propósito de una visita que realizara a la cumbre del volcán, fray Bartolomé describe la secuencia del fenómeno de la siguiente manera:

“[...] el huego se engendra de los volcanes, creo que aqueste se causa de los grandes movimientos que hacen las aguas de las dos lagunas que dejimos ser grandes, (Lago Cobilca y Xolotlán), porque desde medio día abajo, y algunas veces antes, hay en ellas ordinarios vientos grandes, tanto que se levantan tantas y tan altas ondas como si fuese la mar. Estos golpes y movimientos, como estén dos y tres leguas del volcán, deben por algunas cavernas entrar, y aquellas engendrar viento, y el viento encender la piedra azufre, y haber allí mucho del bitumen, y así sustentarse aquel huego, y tener también por materia cierta especie de metal que luego se dirá”.²⁸

Como consecuencia —concluye Fernández de Oviedo— “[...] debían los fundadores de nuevas poblaciones apartarse de tales vecindades é asientos peligrosos”... porque tarde o temprano vendrá la destrucción... “e desolación de hombres y provincias, donde tales tormentas intervienen”.

²⁷ Esta y la siguiente cita son de Oviedo. (FPCB. Serie 3. p. 379 y 301).

²⁸ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Bartolomé de Las Casas*. Serie 1. p. 83–84.

Confirmando la predicción, un terremoto destruyó la ciudad de León ochenta años después que el *Cronista de las Indias* experimentara aquellos sesenta y tantos temblores en la provincia de Nagrando.

La noche que reventó Mombacho

A unas cuatro leguas al sur de la ciudad de Granada se levanta el volcán Mombacho, nombre chorotega que significa “cerro echado”. En realidad, su enorme mole, rebajada por alguna violenta y antiquísima erupción, carece de la enhiesta cúspide que le correspondería si se extrapolase el perfil de las laderas hacia arriba, dando al volcán —en consecuencia— la figura de una gran esfinge decapitada.

Actualmente Mombacho se eleva hasta alcanzar unos 1,400 metros sobre el nivel del lago de Nicaragua, en cuya orilla occidental se encuentra. El borde superior del volcán aparece truncado, con aristas aserradas. Es todo lo que quedó tras aquella tremenda explosión inmemorial, cuando la antigua cumbre voló por los aires descabezando el cono original. Catastrófica debió haber sido esa explosión que lanzó a los cielos el tercio superior de la montaña y dejó como cicatriz un cráter de dos mil metros de anchura y seiscientos de profundidad.

Pasaron los siglos, obviamente en milenios, sin que el volcán mostrase el menor signo de resurrección. Por el contrario, la vegetación fue escalando las rocosas laderas, cubriéndolas de denso verdor. En el fondo del ensanchado cráter se infiltró agua, formando una bella y profunda laguna.³⁹ Así lo conocieron los indígenas de la época prehispánica, quienes aprovecharon la humedad que envolvía la montaña, la frescura y sombra de los bosques, para cultivar la valiosa planta del cacao. Así también lo conoció Oviedo, sin sospechar que se trataba de un volcán dormido, cuando una noche pernoctó en el pueblo indígena de Mombacho, directamente al pie del volcán.

El pueblo estaba encomendado a Juan de Caravallo, vecino de la ciudad de Granada, quien disfrutaba además de extensas encomiendas en la planicie de Nandaime. La importancia de aquel poblado puede juzgarse por el número de habitantes (3,241 almas), bautizadas por Bobadilla en 1528, cifra solamente superada en la región por la catequesis en el vecino pueblo de Diriá. Juan de Torquemada menciona, a propósito, que entre los pueblos más importantes de la jurisdicción de Granada estaban

³⁹ Remanente de esta laguna era el pequeño charco que todavía existía en el fondo del cráter cuando lo visitaron Squier y Stout a mediados del siglo pasado.



Figura 18.- Cráter derrumbado del volcán Mombacho, explorado por Squier en su segunda visita al país, en 1853.

Nandaimé y Mombacho. Hacia 1570, sin embargo, la población se había reducido notablemente a unos 400 habitantes, como consecuencia de los abusos ejercidos por los conquistadores sobre los naturales y por el predominio de la nueva ciudad de Granada como establecimiento hispánico de gran hegemonía sobre las provincias chorotegas de Nocharí, Nequecherí y Masaya. Fue en ese año cuando sobrevino otra catástrofe, que borró para siempre del mapa el pueblo de Mombacho.

Cuando el misionero franciscano Alonso Ponce vino a Granada, cabalgando desde Guatemala en compañía del cronista Antonio de Ciudad Real, los viajeros fueron sorprendidos por un fuerte sismo. En efecto, el 13 de junio de 1586, “[...] al amanecer hubo un temblor de tierra tan grande —escribe Ciudad Real— que a todos los hizo salir muy aprisa de los aposentos, cayéronse muchos palos y tierra de las paredes y techos y los encalados, de suerte que todos quedaron llenos de miedo y temor”.⁴⁰

⁴⁰ Esta cita y las que siguen son de Ciudad Real. FPCBA. Serie No. 1. p 158-159.

Fue en esa circunstancia y durante tal estadía que los religiosos supieron de la tragedia de Mombacho. Les contaron los vecinos de Granada que en esa región solía temblar a menudo y que una noche sobrevino un terremoto que botó muchas casas y paredes en la ciudad, dejando al resto de las edificaciones sin tejas. Las sabanas y prados de los alrededores se agitaban “[...] como se menea el agua en el mar antes que venga la calma”, según contaban los testigos del suceso a los dos franciscanos.

Es de suponer que el terremoto tuvo su epicentro en el volcán Mombacho y, como consecuencia, se rajó la pared sur del cráter. Esto permitió a la laguna interior filtrar sus aguas entre las hendiduras. De pronto, toda la pared cedió y se vino al suelo. Una gigantesca cascada, como río desbordado, se abalanzó torrenciosamente laderas abajo, arrastrando grandes peñascos de basalto en medio de una correntada de lodo y cenizas volcánicas. El ímpetu fue tal que el torrente desenraizó enormes árboles y en su desbocada furia arrasó con todo lo que encontró a su paso. Minutos después la avalancha llegó hasta el poblado de Mombacho, arrollándolo y sepultándolo en forma total y para siempre. La destrucción del poblado la describe Cibdad Real con las siguientes palabras:

“Una legua de Granada a la banda Sur está el volcán tan nombrado de Mombacho, el cual los años pasados reventó por la pared del mar del Sur, y echó tantos montes de piedra que asoló un pueblo de cuatrocientos vecinos indios, sin que se escapase más de solo uno, que habiendo visto los grandes temblores de la tierra que precedieron, temiendo lo que era, fue a dar aviso a los españoles de Granada, y en el ínterin sucedió la reventazón; si esto se hiciera por la parte de la laguna que es a la banda del Norte quedará destruida y asolada Granada”.

En esta última frase el cronista sugiere que igual suerte esperaba a la ciudad si el derrumbe hubiera sucedido por la ladera norte. De ese lado también se observa una gran trinchera, abierta sobre la pendiente, como producto de una más antigua avalancha.

Otro cronista que hace mención de la tragedia, aunque nunca estuvo en Nicaragua, fue Juan López de Velasco:

“Cuatro leguas de esta ciudad estaba un pueblo de indios que se llamaba *Mombacho*, junto a un volcán pequeño que el año 70, con una tormenta muy grande de viento y agua que hizo, una noche reventó, y un lado dél cayó todo encima del pueblo, de manera, que de toda la gente que había en él no escapó sino un solo vecino de la ciudad de Granada que se llamaba Caravallo, y dos indias viejas; quedando seis ó siete españoles con todos los demás indios enterrados. Por el otro lado salió tan gran tempestad de agua y piedra que en más de seis leguas por aquella parte hizo grande daño en los cacaotales y estancias de ganados”.⁴¹

⁴¹ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: López de Velasco*. Serie No 1. p. 183.

La versión de López de Velasco varía un tanto del testimonio recogido en Granada directamente por Cibdad Real, en lo que a la causa del desastre se refiere. El último deja claramente entrever que el derrumbe del Mombacho fue provocado por un sismo, mientras el primero parece indicar que fue un aluvión que se desató durante una intensa época de lluvias, si bien una causa no excluye necesariamente la otra. Algo parecido había sucedido en la primera ciudad de Guatemala, tres décadas antes, con la “reventazón” del volcán de Agua. En dicho suceso pereció la desventurada viuda del conquistador Pedro de Alvarado, (primera mujer gobernadora en América), arrollada por la corriente que bajó por las empinadas laderas del volcán.

Un tercer testimonio sobre el derrumbe del Mombacho fue ligeramente mencionado por Diego García de Palacio, oidor de la Real Audiencia de Guatemala, en un informe oficial que escribiera en 1576 sobre las provincias de El Salvador y Honduras. Mencionando en efecto algunas erupciones que tuvieron lugar en aquellos años, y aunque no cita al Mombacho con su nombre, el oidor se refiere a este volcán claramente cuando señala: “[...] y otro de Nicaragua que reventó y subvertió unas tierras sobre un valle, e hundió ciertos lugares de indios en que murieron hartos”.⁴²

En la actualidad es posible contemplar sobre la ladera sur del volcán el gran revenimiento de suelo provocado por aquel estremecimiento geológico. Un alud de rocas se explaya al pie del volcán en dirección a Mecatepe, donde quedaron depositados grandes bloques de piedras cortadas. Sorprende considerar cómo estos peñascos, de bordes angulosos y varias toneladas de peso, pudieron ser arrastrados por la avalancha de lodo que descendió del cerro, hasta reposar a la distancia de cinco kilómetros del cráter.

No se han realizado excavaciones arqueológicas en busca del desaparecido pueblo indígena de Mombacho. La inmensa mole del volcán sacudida por un terremoto provocó aquel derrumbe ciclópeo, sellando con la losa de los siglos la historia del pueblo que una vez floreciera al pie de sus fértiles pero tambaleantes laderas.

⁴²Ver la Carta de García de Palacio a Felipe II, en DHCR. (Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica). Tomo I. p. 19. Un cuarto testimonio aparece en la “Derrota General de la Navegación del Mar del Sur por D. Fernando Mehedano de Saavedra y Córdova, año 1684”, donde se lee el siguiente párrafo: “El volcán Bombacho que reventó y quedó abierto de alto abajo en forma de una sierra”. (Colección Documentos para la Historia de Costa Rica. Tomo VIII, p. 467).

Las observaciones volcano–infernales de un carmelita

No podía pasar inadvertida al ojo escudriñador de Antonio Vázquez de Espinosa, fraile carmelita que visitó Nicaragua a principios del siglo XVII, la presencia de los volcanes que como centinelas se yerguen en el horizonte jalonando con su conos el camino entre El Viejo y Granada:

“Porque en esta provincia de Nicaragua y en muchas de las Indias, hay muchos volcanes, que de continuo están arrojando fuego de sí, como son el de Mombacho 6 leguas de la ciudad de Granada, el de Masaya que siempre echa grandes llamaradas de fuego y cantidad de humo muy espeso y denso, el de León el Viejo (Momotombo), que en fuego y grandeza es notable; el de Telica que siempre arde, el de el Viejo (San Cristóbal), alto y descollado, que está humeando, y por su altura es conocido de los navegantes del mar del Sur, y otros muchos que hay en la provincia de Nicaragua”.⁴³

El único reparo a esta enumeración se refiere al Mombacho que el fraile señala como activo y “arrojando fuego de sí”; quizás fue mal informado por los vecinos de Granada, fresca como estaba la memoria del gran derrumbe del cráter cuarenta años antes. El mismo cronista afirma que en las laderas y contornos crecían muchos árboles frutales entre grandes florestas de recreo y huertas de cacao, todo lo cual sería imposible encontrar en las faldas de un volcán “[...] que ha echado y echa mucho fuego y ceniza”, como fray Antonio sostiene.

En cuanto al volcán Masaya, anota el carmelita que es de menor tamaño que los demás, pero a todos excedía en lanzar fuego y humo; que cuando hace viento, “[...] lleva el humo tras sí tan espeso, que parece una grande y densa nube”. Obviamente cuando realizó la observación, en 1613, el volcán estaba en franca actividad solfatárica. Describe al Telica como una sierra pequeña, echando grandes llamaradas de fuego “[...] que parece un campo cuando se quema”, para usar su propia descripción. La continuada actividad de este volcán es por cierto la responsable de los buenos suelos en el área de Telica y Quetzalagua que hacia donde los vientos alisios arrojan las cenizas.

Cierta actividad estaba presente en la cumbre del volcán del Viejo cuando fray Antonio pasó por ahí, comentando de su altura y forma como las de un pilón de azúcar, echando “[...] humo y algún fuego”. Según parece, las erupciones del San Cristóbal son bastante tardías y una vez desatadas dejan una estela de gases que se desprende de la cumbre durante varios años.

Fray Antonio Vázquez especula sobre las causas de las erupciones. Le intrigaba sobremanera aquel fuego que ardía en los volcanes, repi-

⁴³ Ver Vázquez de Espinosa. Numerales 758–766.

tiéndose con frecuencia, ardiendo por siglos y edades, sin cesar ni acabarse debido —según su criterio— al azufre que le servía de combustible. Veía en los volcanes los respiraderos de la tierra, por donde escapaba “el fuego del infierno”. Este espantoso lugar se encontraba, a juzgar por los teólogos de la época, en el centro de la tierra y, según los cosmógrafos, exactamente a 1,030 leguas con tres cuartos y media debajo de donde vivían los mortales.

La discusión sobre los volcanes de Nicaragua es aprovechada por Vázquez de Espinosa para referirse desde luego a las terribles características del infierno y las penas que atormentan a las desdichadas almas de los condenados, castigo que ha de sufrirse lo más lejos del cielo empíreo, donde “[...] los bienaventurados ven la divina esencia, pues, cuál es más que el centro de la tierra, donde está el infierno?”.

Un curioso dato apuntado por fray Antonio es el que se refiere a la gran erupción del volcán de las Ubinas, cerca de Arequipa, que tuvo lugar en el año de 1600. Fue de tal magnitud que las cenizas arrojadas oscurecieron el cielo y ocultaron el sol por varios días; se esparcieron destruyendo pastos por más de 150 leguas a la redonda, matando a ocho mil cabezas de ganado. La corriente de lava llegó hasta el Pacífico, produciendo gran mortandad de peces junto a la costa. La proyección de las cenizas en la alta atmósfera, transportada luego por los vientos, alcanzó Nicaragua según lo refiere el fraile. En esa época parecía que este país compartía con el lejano Perú no solamente aventureros y obispos, barcos y mercancías, sino también volcanes y erupciones.

Los últimos días de León

La historia de León Viejo estuvo siempre consternada por trágicos sucesos: ahí fue decapitado su fundador Hernández de Córdoba y se turnaron para esclavizar o exterminar a los indios los primeros gobernadores. Los hijos de Contreras dieron muerte a puñaladas al obispo Antonio de Valdivieso y se embarcaron para Panamá y Perú en franca rebelión contra la corona española. El asesinato del prelado, acaecido en 1550, fue interpretado como nefando, una desgracia de tal magnitud que atraería la ira y el castigo divino sobre la ciudad, “[...] creencia lógica de comprender —escribe Alfonso Argüello— en una sociedad medioeval, profundamente católica y fatalista”.⁴⁴

Fray Antonio Vázquez de Espinosa, el último cronista español que visitó Nicaragua a principios del siglo XVII, comentaba que la ciudad ha-

⁴⁴ Argüello, Alfonso: *Historia de León Viejo*. p.164.

bía venido en aumento y opulencia a partir de su fundación, pero después que aconteció el gran sacrilegio, comenzó a sentirse el castigo del cielo, “[...] con grandes plagas y desastradas muertes: las mujeres no parían a luz sus hijos, y los que nacían, no se lograban”.⁴⁵

El volcán Momotombo, que se había calmado después de la conquista, volvió a encenderse; se reanudaron los temblores. El tesorero de la provincia, Álvarez de Toledo, después de quejarse de una plaga pestilente que asoló la región, escribía —en febrero de 1578— el siguiente texto al rey de España:

“[...] que después que faltó la dicha enfermedad nos regala el Señor con excesivos ayres y temblores de tierra, con los cuales despide este bolcán de la laguna de León ynfinitud de ceniza, y de la que el ayre trae se cubren los tejados y calles que no ay quien pueda andar por ellas, sírvase el Señor con todo”.⁴⁶

Vázquez de Espinosa afirma que el volcán estuvo retumbando en los años de 1605 y 1606, haciendo temblar la tierra y emitiendo corrientes de lava. Pero la verdadera causa de la destrucción y subsecuente abandono de la primera ciudad española en Nicaragua fue ciertamente sísmica. En efecto, desde 1594 se habían producido fuertes temblores en León, con colapso de casas, algunas de las cuales jamás volvieron a ser levantadas. El obispo había trasladado su residencia a Granada, dando lugar al éxodo de algunos pobladores de León que vieron en aquel movimiento telúrico y en la partida de Su Señoría una manifestación anticipada del tan esperado castigo divino.

No es difícil imaginar que las erupciones del Momotombo, que vinieron después de los sismos, contribuyeron a acrecentar la sospecha que el fin de la ciudad era inminente. Cuando por fin llegó el aciago día —11 de enero de 1610— con el terremoto que echó por tierra lo que quedaba de la ciudad, la “venganza divina” se había consumado. El sismo fue tan violento que estremeció los montes vecinos, incluyendo la altiva mole del Momotombo, con derrumbes en sus laderas. La tierra se movía como en oleaje y las aguas del lago invadieron la población. Los atemorizados moradores no podían sostenerse en pie; caían de rodillas implorando clemencia, “[...] teniendo al Santísimo Sacramento sacado en medio de la plaza, pidiendo a Dios misericordia y que aplacase su justa ira”, según la versión textual del cronista Vázquez.

Vale decir que durante el terremoto no resultaron víctimas. El movimiento sísmico había sido precedido pocos días antes por otros temblo-

⁴⁵ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Vázquez de Espinosa*. Serie No.2. p 189–190.

⁴⁶ Archivo General de Indias. Documentos Civiles sobre León Viejo: “*Carta del Tesorero de la provincia de Nicaragua Juan Moreno Alvarez de Toledo, fechada en León, a 24 de Febrero de 1578*”. (Manuscrito mecanografiado, Biblioteca del Banco Central de Nicaragua).

res. Estos fueron incrementándose en violencia, dando tiempo a los afligidos vecinos de León para alertarse y tomar precauciones, buscando refugio entre los patios y huertos de la población, resignados a esperar el desenlace final.

Las crónicas de la época, en especial el expediente levantado por los mismos vecinos en cabildo abierto, hablan de la decisión unánime de trasladar la ciudad a un paraje situado a nueve leguas de distancia hacia el occidente, junto al poblado indígena de Subtiava, donde hoy se levanta en efecto la segunda ciudad de León. Tres años después del suceso, el cronista Antonio Vázquez fue a visitar el lugar abandonado:

“Cuando estuve en aquellas provincias, la primera vez el año 613, fui a ver las ruinas de la ciudad y la casa del Obispo, que decían estaba la sangre fresca, y es cierto que había manchas en ella en la pared ruinada, en el lugar donde lo mataron, que así ésto, como ver las ruinas de la ciudad y sus templos derribados, que habían sido muy buenos, y entonces andaban llevando materiales para la nueva ciudad, me movió a compasión”.

El relato desvanece la creencia difundida por algunos historiadores locales que el Momotombo había entrado en erupción simultáneamente con el terremoto y que de inmediato sus cenizas habían cubierto la ciudad destruida. La capa de tefras, de unos 20 centímetros de espesor, que cubría uniforme y directamente los cimientos, (cuando éstos fueron excavados en la década de 1960), procedían seguramente del volcán, pero de erupciones posteriores. También se encontró una capa de arena y limo que recubría las ruinas como sudario mortuario, posible aporte de posteriores inundaciones lacustres, aluviones y depósitos eólicos acumulados a lo largo de trescientos cincuenta años de abandono y olvido.

Sea como fuere la estratigrafía que sepultaba a León Viejo, el lugar fue ignorado por los que después poblaron los alrededores. Su exacta localización se mantuvo ignorada, hasta la época de las recientes excavaciones. El aluvión de 1982 volvió a cubrir parcialmente los cimientos, como si la naturaleza insistiese en quitarlos de la vista de las generaciones actuales.

La sombra matutina del Momotombo pasa revista sobre las ruinas y a manera de mudo centinela el volcán guarda los vetustos muros de esta Pompeya de América.

CAPITULO VI

La subida y la bajada al infierno

—*Exploración del volcán Masaya por el cronista Fernández de Oviedo. —La pitonisa del volcán. —El insólito descenso de fray Blas del Castillo al fondo del cráter en busca de oro.*

Situado en medio de una región muy poblada, con sus laderas tendidas al extremo de invitar a una rápida ascensión, se encuentra el volcán Masaya. Su máxima altura apenas sobrepasa los 600 metros sobre el nivel del mar, que corresponden a sólo 400 en relación al terreno que lo circunda. Contemplado desde la llanura resulta difícil imaginar que se trata de un volcán; más bien da la impresión de estar formado por dos abultadas lomas yuxtapuestas, revestidas por escasa vegetación, que se reduce a zacatales cerca de la cúspide.

A medida que se escudriña aquella serranía, (tal como la calificaron los primeros cronistas, incluyendo a López de Gómara quien la describe como “serrijón raso y redondo”), el ojo descubre un perfil de aristas recortadas y, en ocasiones, la espesa columna de gases que se levanta de la cumbre occidental.

Se comienza a sospechar el carácter volcánico cuando, ascendiendo por las laderas, el visitante encuentra rocas escoriáceas en forma de alargados camellones —el *malpats*, así llamado por los españoles— que descienden por las faldas como negros ríos petrificados.¹

¹ El *malpats* al pie del volcán Masaya es conocido localmente como “piedra quemada”.

Las últimas dudas sobre la naturaleza de esta “serranía” se disipan, finalmente, una vez alcanzada la parte plana situada entre ambas lomas. En su centro se abre de pronto un gigantesco y profundo cráter, como un pozo de dimensiones descomunales y en el fondo aparece de vez en cuando un charco de lava incandescente o, en su defecto, una costra negra —el magma petrificado— que sella el piso de la oquedad.

“Bien se comprende —escribía el geólogo Karl Sapper, padre de la vulcanología centroamericana— que algunos españoles creyeran ver en aquel pozo lleno de lava fluida la entrada del infierno, mientras otros pensaban que aquella masa fundida consistiera de oro y plata y que pudiera ofrecer posibilidades económicas sumamente favorables”.²

Venero de oro o crisol del infierno

El inquietante y a la vez fascinante espectáculo observado en el fondo del volcán Masaya atrajo desde luego la curiosidad, despertó la superstición y aumentó la codicia de los conquistadores, siempre atentos a

² Sapper, Karl: *El Infierno de Masaya*. p. 1. En esta pequeña obra Sapper reunió todas las crónicas españolas concernientes a la historia del volcán.



Figura 19. El volcán Masaya, escalado e ilustrado por Oviedo en 1529. La cruz de Bobadilla aparece junto a la “boca del Infierno”.



Figura 20.- Vista a sotavento del volcán Masaya, captada por Squier. En primer término la colada de lava de 1772, “un mar de tinta petrificado”, como la llamó el explorador norteamericano.

todo lo que brillara como oro. Una vez que lo escaló y exorcizó el fanático fraile Francisco Bobadilla, a principios de 1529, plantando una cruz en el borde del cráter —al que tomó como la boca del infierno— subió a verlo, (seis meses después), el cronista Fernández de Oviedo, quien se ufanaba diciendo: “Aunque dicen muchos que han visto a Massaya, es desde lexos; pero pocos los que se atreven a subir allá arriba”.

También visitó el volcán el Adelantado Pascual de Andagoya, (posiblemente en la época de Pedrarias), y tuvo en sus manos las escorias lanzadas fuera del cráter. En varias ocasiones subieron los frailes para dictaminar si el “fuego” que brillaba en el fondo era de algún material terrestre o, como algunos creían, llamas del infierno; ello dio origen a las más encendidas polémicas teológicas al respecto.

Entre los religiosos visitantes figuraron Bartolomé de Las Casas, quien pasó una noche de vigilia en la cumbre y pudo leer maitines al resplandor de la lava. Según su docta opinión, lo que se veía en el fondo era una especie de metal derretido, como el hierro o cobre fundido con que se hacían los tiros de artillería y las campanas. El material encendido estaba en permanente movimiento y de vez en cuando, “[...] como si lo atizasen —continúa de Las Casas— o pusiesen más fuego debajo, levanta

unas olas y echa de sí parte de aquel metal, o lo que es, como chispas que se apegan por las paredes en alto dos o tres estados, las cuales luego se apagan”.³

Fray Toribio Benavente (Motolinía), viajó de la Nueva España a Nicaragua, atraído por la novedad del Masaya, “[...] el más espantoso entre los volcanes que hay por toda esta gran tierra”. Escuchó el fragor de la lava que se agitaba abajo, como dando bramidos, y observó que “cuanto más llueve más se embravece y más sube”. Su veredicto sobre la naturaleza de aquel “fuego” resultó sin embargo más comedido: “[...] es como de mucha cantidad de metal muy derretido, y hierve muy espantosamente, y de cuando en cuando da un gran bramido y levántase en alto aquel fuego, al parecer de arriba en altor de un estado, y vierte por todas partes”.⁴

Otro fraile que especuló sobre el origen infernal del “fuego” del Masaya fue el cronista Juan de Torquemada, aunque nunca estuvo a visitar el volcán. Hizo notar que el “fuego” del Masaya era permanente y que a diferencia del de otros volcanes, (que según las teorías del siglo XVI se cebaban con alumbre y azufre, apagándose una vez consumidos estos materiales), el de Masaya era tan bravo y persistente que hacía sospechar alguna conexión del volcán con el infierno: “Muchos que vieron el Fuego de este Volcán de Masaya ignorando la causa de su continuación, creieron ser boca de Infierno, y el fuego, que en sus entrañas tenía, ser Fuego de los condenados”.⁵

Finalmente subió a examinarlo fray Blas del Castillo, quien se hizo descender hasta el fondo del cráter pensando que la substancia incandescente que abajo estaba era oro derretido, según se narra más adelante.

Otros cronistas como López de Gómara, Jerónimo Benzoni, Antonio de Cibdad Real, Juan López de Velasco y Antonio de Herrera, aunque no escalaron el volcán, (y algunos nunca estuvieron en el país), hacen mención en sus escritos sobre el enigmático cráter, repitiendo y comentando los fenómenos atestiguados por los cronistas precedentes. Escribieron sobre el Masaya con la misma admiración y estupor que la actividad volcánica de fuego y humo despertara en las dos primeras décadas de la conquista.

Es nuevamente Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés quien ofrece la mejor versión sobre el volcán. Durante su interesante inspección

³ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Bartolomé de las Casas*. p. 83.

⁴ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Motolinía*. p. 102.

⁵ FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Torquemada*. p. 122.

personal al cráter, que realizó en julio de 1529, se hizo acompañar por Nacatime, cacique del pueblo de Nindirí, el cual le refirió algunas supersticiones indígenas en relación a la boca de fuego. En la famosa *Historia General y Natural de Las Indias*, Oviedo incorpora además una detallada relación de la aventura de Blas del Castillo, quien bajó a explorar el cráter pensando sacar muestras de oro. En verdad, ningún paisaje geográfico del Nuevo Mundo que el Cronista de las Indias visitara, atrajo tanto su curiosidad e interés como el volcán Masaya, al que dedicó seis capítulos de su grandiosa obra.⁶

Ascenso a la cumbre del volcán

Estando de camino hacia Nicoya, Fernández de Oviedo se detuvo en el pueblo de Nindirí, donde fue huésped de Diego de Machuca, encomendador del pueblo. Este tenía su casa arriba del acantilado junto a la laguna de Masaya, quedando el volcán a plena vista. Interesado en conocer el misterioso “fuego” que el cráter encerraba, decidió Oviedo realizar el ascenso al volcán. Para gozar mejor del espectáculo, acompañado de Nacatime, un sirviente negro y dos indígenas más, partió aquella noche de Santiago, 25 de Julio.⁷

El cronista cabalgó primero entre ásperas rocas que dejaron al paso antiguas coladas de lava. El camino estaba iluminado por el resplandor que salía de “la boca del Infierno”. Bien diría después Oviedo:

“Verdad es que á personas de crédito he oydo decir que quando hace muy oscura noche é llueve, resplandesce más aquella llama é luz que deste monte sale, é que se vé á leer una carta á media legua ó más apartado del monte: lo qual ni dubdo ni afirmo, porque en Granada de Salteba, que está tres leguas de allí, todas las noches que no hace luna, parece en la claridad que la hay por la lumbre que redunda del resplandor de Massaya en toda aquella comarca, é aun algo más adelante de donde es dicho”.

A cierta altura sobre la ladera del volcán desmotó el cronista. Dejando atrás aquellos pedregales que le parecieron como “escorias de herreros”, continuó a pie hasta la cumbre. Allí existía una especie de meseta, en medio de la cual se abría el gran cráter de paredes verticales. El cacique Nacatime, un poco receloso de la visión, apuntó hacia el resplandor: “E así como la guía llegó cerca de la boca, donde está aquel fuego, asentóse de ellas quince a veynte pasos e señalómela con el dedo adonde estaba aquel temeroso espectáculo”.

⁶Los Capítulos del V al X inclusive, (del Libro XLII de la *Historia General y Natural de las Indias*), son dedicados por Oviedo enteramente al volcán Masaya. Las citas presentadas a continuación en esta obra fueron tomadas de FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. p. 375-428.

⁷En verdad, el ascenso se verificó en la madrugada del 26 (Día de Santa Ana), pero como en aquel tiempo el día comenzaba a partir de la salida del sol, Oviedo afirma que fue en el Día de Santiago.

Juzgaba Oviedo tan grande el diámetro del cráter, que ningún tiro de escopeta podía atravesarlo. Estimó en 130 brazas (250 metros) su profundidad. La forma de aquella oquedad no era exactamente cónica, mas bien parecía la copa invertida de un sombrero o de una campana. Las paredes eran de sólida roca, tallada y pendiente por todo el circuito, “[...] como si fuese hecho a mano”, salvo por el borde oriental donde parece había una cornisa que servía de mirador, debajo de la cual Oviedo pensaba que existía alguna caverna.⁸

El fondo del cráter era más plano que cóncavo, formando una especie de plaza redonda, tan grande que “[...] podían jugar a las cañas (especie de torneo) más de ciento de a caballo, é mirarlos más de mil personas”. Lava en estado ígneo iluminaba la oquedad como si fuera de día. El material incandescente estaba dentro de un pozo o intracráter, (de cuarenta brazas de profundidad adicionales), que se abría en el fondo y un poco desplazado del centro.

La candente lava había bajado un tanto cuando la contempló el cronista, quien comenta que su anfitrión Machuca observó antes la superficie de lava a ras con el brocal del pozo. Desde que la vio Bobadilla, seis meses antes, había descendido solamente cuatro palmos, una estimación difícil de acertar por cierto desde la altura donde Oviedo se encontraba. El material refulgente se movía como onda de mar, su color parecido al de brasas encendidas: “Y en aquellas partes, donde aquel hervor no avía (ó cessaba), luego se cubría de una tela o tez o nata encima, como horruira o resquebardura, é mostraba por aquellas quebraduras de aquella tela o nata ser todo fuego líquido como agua lo de debaxo”.

De vez en cuando la lava parecía un líquido en efervescencia; escapaba chispas encendidas fuera del pozo, las cuales permanecían prendidas por más tiempo “[...] de lo que se tardaría en decir seys veces el Credo, sin acabarse de morir poco a poco, como lo hace una escoria de una fragua de un herrero”.⁹

Especulaba Oviedo sobre la naturaleza de aquel material ígneo que a la vista parecía como fuego líquido. Juzgaba sin embargo, que no podía ser tal cosa, porque abrasaría la vegetación que crecía verde y lozana en

⁸ Diez años después de su ascensión al Masaya, Oviedo escribió al rey de España desde Santo Domingo, informándole de la sospecha que los indios ocultaron cierto oro en esa concavidad, debajo del mirador donde tuvo su puesto de observación. Véase al respecto la “*Carta de Gonzalo Fernández de Oviedo a su Majestad, hablando del volcán Masaya*”, Julio 1539, en DHN. Tomo VI. p. 20. El cráter inspeccionado por Oviedo es el actualmente llamado Nindirí, que se rellenó de lava en 1670; su borde oriental se hundió cuando se formó el anexo cráter Santiago, en 1852, en el plan de la cima del volcán.

⁹ Aproximadamente cada 20 a 30 años, lava en estado fundido emerge del fondo del cráter, donde permanece por algunos años antes de volver a subsidir en la chimenea del volcán. En el presente siglo el fenómeno se ha repetido en 1902, 1919, 1946 y 1965, dentro del nuevo cráter Santiago.

las laderas del volcán, hasta muy cerca del borde del cráter. Antes bien, le pareció similar en su consistencia al vidrio fundido o al bronce derretido.

Gran rato estuvo el cronista contemplando la lava en el fondo del cráter, hasta que amaneció sobre la cumbre del volcán. El espectáculo era digno de admirarse y no cansaba, antes bien, “[...] no se hartan los ojos humanos de verlo, aunque mill veces lo hayan visto, porque alegra mucho la vista aquel licor que allá baxo anda hirviendo y encendido”.

Dicho sea de paso, que además del agobiante esfuerzo de subir hasta la cumbre del volcán, los frailes de la conquista impusieron a los españoles pecadores la penitencia de observar el “fuego” desde la propia “boca del infierno”. De ahí la contradicción de Oviedo quien, olvidándose del éxtasis que la contemplación de aquello le produjo, pasa de cronista a moralista cuando sentencia: “No creo yo que hay hombre chripstiano que, acordándose que hay infierno, aquello vea que no tema é se arrepienta de sus culpas, en especial trayendo a comparación en este venereo de azufre (que tal pienso qués) la infinita grandeza del otro fuego o ardor infernal, que esperan los ingratos a Dios”.

La salida del sol fue aprovechada por el cronista para hacer un dibujo del cráter. Por suerte el viento matinal llevaba los humos sulfurosos del volcán en dirección contraria a donde estaba mirando el cronista. Una bandada de bulliciosos loros *xaxabes* dejaba los nidos, unos agujeros entre los paredones del cráter, y revoloteaba en medio de los gases sin ninguna molestia.¹⁰

Antes de iniciar el descenso, el cacique condujo a Oviedo a un segundo cráter, situado un poco más al oriente. Parecía un gigantesco embudo, con cenizas humeantes en el fondo. El indio recordó que esta otra sima había estado en actividad en tiempos de sus antepasados y que el “fuego” que antiguamente contenía se había trasladado al cráter que acababan de reconocer. Cuando fray Bartolomé visitó el segundo cráter, pocos años después, ya no presentaba ningún signo de actividad; antes bien, el derrumbe de las paredes había cegado su fondo.¹¹

¹⁰ Aunque el término *xaxabe* bien puede ser de origen chorotega, (teniendo en cuenta que el cacique informador de Oviedo era de Nindiri), la voz también acepta una etimología náhuatl: *xaxauaca*, “de voz áspera, chillona”, como la que emiten los loros del volcán cuando revolotean con gran algarabía dentro del cráter, donde las paredes incrementan sus ecos.

¹¹ Este segundo cráter es el llamado San Fernando actualmente, o Masaya propiamente dicho, la oquedad más oriental del complejo de cráteres que ocupan la cumbre del volcán. Aunque no ha presentado actividad en los últimos siglos, una colada de lava se produjo en su flanco norte en 1772.

El oráculo del volcán

Durante la visita a la cumbre del Masaya, Fernández de Oviedo observó ciertos fragmentos de cerámica, en especial ollas, comales y cántaros, “[...] e algunos sanos e de muy buen vidriado o loza de tierra, que solían llevar los indios quando allí yban, llenos de manjares é diversos potajes”. Eran ofrendas para la diosa hechicera que, según creencia de los indígenas, vivía en el fondo del cráter, la que aparecía de vez en cuando como un espectro en medio del “fuego”:

“Oy decir á aquel cacique de Lenderi que avia él entrado algunas veces en aquella plaza donde está el pozo de Massaya con otros caciques, é que de aquel pozo salía una muger muy vieja, desnuda, con la qual ellos hacian su monexico (que quiere decir concejo secreto) é consultaban si harian guerra ó la excusarian ó si otorgarian treguas á sus enemigos; é que ninguna cosa de importancia hacian ni obraban sin su parescer é mandado; é aquella les decia si avian de vencer ó ser vencidos, é si avia de llover é cogerse mucho mahiz, é qué tales avian de ser los temporales é subcessos del tiempo que estaba por venir, é que asi acaescia como la vieja lo pronosticaba”.

El cacique Nacatime, guía de Oviedo, describió a la pitonisa del volcán como una anciana, de tetas colgantes hasta el ombligo, cabello hirsuto, ojos muy hundidos y encendidos, mostrando además largos y agudos colmillos. El cronista quedó convencido que aquella mujer era el mismísimo diablo, pues según el cacique se negaba a salir hasta tanto que los indios no expulsasen de la tierra a los cristianos.

En retribución por aquel oráculo —añade Oviedo— los caciques lanzaban hombres, mujeres y muchachos en el cráter encendido, los cuales se prestaban voluntariamente al sacrificio. Motolinía observó algunos *teocallis* levantados en la cumbre del volcán, donde los indios realizaban ceremonias y ofrecían sacrificios a sus dioses. En épocas de gran sequía despeñaban desde lo alto a niños y adolescentes “para que fuesen por agua”, con la confianza que una vez consumado el rito habría de llover.¹²

A manera de conclusión, afirma Oviedo:

“Tienen los indios por su dios a este infierno, é solían allí sacrificar muchos indios é indias é niños chicos é grandes, é los echaban dentro de la plaza por aquellas peñas abajo... Y es de notar que si no eran ciertos viejos que allí tenían cuidado de los sacrificios, como sacerdotes, los demás, por grand reverencia é temor, no osaban, ni aún agora osan, llegar a verlo”.

¹² Posiblemente la diosa hechicera del volcán era Chalchiutlicue, (mejor conocida por los nicaragüenses como Chalchithuehue), deidad del agua en el panteón mexicano. Véase artículo de Cruz Suárez: “La Ceremonia propiciatoria del Popocatepetl (Volcán Santiago) de Nicaragua”. Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación. Septiembre–Octubre 1978. p. 10–19. Biblioteca del Banco Central de Nicaragua.

Mare Tranquilitatis Masayensis

El domingo 20 de julio de 1969 un astronauta norteamericano caminó por primera vez en la luna. “Es un corto paso para el hombre —transmitió Neil Armstrong desde la base lunar— mas un gran salto para la humanidad”. El explorador se desplazó sin inconveniencias sobre el terreno de ripios volcánicos y meteóricos que cubren la planicie de basalto llamada por los astrónomos, desde los tiempos de Galileo, “Mar de la Tranquilidad”. Caminaba sobre el suelo lunar confiado en la seguridad que le brindaba toda una costosa, sofisticada e infalible tecnología que respaldaba sus pasos y le garantizaba el regreso sano y salvo a la Tierra.

Cuatro siglos antes, el Sábado de Ramos, 13 de abril de 1538, un fraile caminó dentro del cráter del volcán Masaya en Nicaragua, sin apoyo publicitario ni técnico desde luego. “*Non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam*”, (“No a mí Señor, sino a tu nombre sea dada la gloria”), musitó el asustado fraile Blas del Castillo mientras avanzaba temeroso sobre las cenizas y las rocas, también de basalto, que cubrían el fondo del cráter. Portaba en una mano una cruz de palo, para conjurar cualquier diabólico maleficio, sosteniendo en la otra un martillo, para cascar la veta de aquel metal amarillo que desde arriba parecía brillar como oro.¹³

La vida del religioso explorador dependía en aquel momento de la asistencia que le brindaban tres compañeros desde lo alto del cráter. Estos lo habían perdido de vista y hasta lo juzgaban muerto. En aquel tiempo se creía que la persona que intentase el audaz descenso al interior del volcán perecería irremediablemente por cualquiera de las siguientes razones: porque siendo difícil la bajada, imposible sería la subida; en el fondo había ceniza caliente en la cual se hundiría quien osase caminar sobre ella; el fuego que salía del crisol del volcán era calcinante, el humo y calor suficientes para sofocar al instante a quien se aventurase en tan profunda sima. También se decía que solamente a un suicida, o condenado a muerte, debería consentírsele tan arriesgada exploración.

El descendimiento a la fragua del volcán fue realizado con el mayor sigilo, tomando parte en el proyecto solamente el fraile y tres españoles más, auxiliados por algunos indígenas de entera confianza. Habían concertado previamente que la operación se haría en secreto, porque no deseaban compartir el oro, (que esperaban encontrar dentro del cráter),

¹³ Las referencias y citas relativas a las hazañas de Blas del Castillo son las que Oviedo reproduce en su libro. El fraile se dio la libertad de citar a Oviedo como testigo de la presencia de oro en el volcán, afirmando que el cronista había pedido al rey la figura del volcán como su Escudo de Armas. Oviedo objetó ambas aseveraciones y menciona que fueron las cuatro estrellas de la Cruz del Sur las que figuran en su escudo.

más que entre los pocos escogidos para financiar la empresa. “Callad que por ventura Dios no quiere que lo descubran ni personas ricas sino pobres y humillados”, sermoneó fray Blas a sus socios.

Iniciaron en efecto los preparativos secretos para la exploración del volcán en el pueblo de Mombazima (Monimbó), donde adquirieron unos gruesos mecates de cabuya y fabricaron un canasto tan grande como los que usaban en las islas Canarias para coleccionar la *orchilla*.¹⁴

El plan era bajar en el cesto al osado fraile, bien amarrado y apertrechado, hasta alcanzar el fondo del cráter. Varios meses pasaron estudiando el sitio donde montarían la operación, midiendo con mecates la profundidad del hoyo, transportando los materiales a la cumbre del volcán sin despertar sospechas y, finalmente, armando allá arriba todo un tinglado de soleras, tornos, mecates, cadenas y recipientes necesarios para asegurar el descenso y la extracción del supuesto oro que yacía en el fondo.

Llegado el momento del descenso, fray Blas lucía un extravagante atavío: metido en el canasto con los hábitos recogidos y sujetos al cíngulo, la estola cruzada y anudada sobre el pecho, un martillo ceñido a la cintura y un casco de hierro para proteger la cabeza, escondido a su vez bajo un sombrero de palma bien atado. No olvidó por cierto su cruz de palo, por si fuese necesario ahuyentar algún demonio, como también el infaltable calabazo de vino, que llevaba atado al brazo izquierdo, para calmar la sed e infundirse valor si el caso lo requiriese.¹⁵

Descenso a la Boca del Infierno

Fernández de Oviedo comenta con ironía la bajada del extravagante fraile a la profundidad del volcán. Metido en el endeble canasto se hizo descender siguiendo el tiro de un micate tensado por un gran tronco, que había sido bajado con anticipación para alisar las asperezas del acantilado. Una viga tendida y salida sobre el borde del cráter servía de apoyo a la arriesgada operación. Manos indígenas fueron corriendo el micate por más de 200 metros guindo abajo. El rozamiento provocaba la caída de piedras, una de las cuales acertó dar en la cabeza del fraile “[...] con tanta furia que le hizo meter el pescuezo en el cuerpo é temblar todas las carnes”, según comentario de Oviedo, quien agrega después:

¹⁴ Especie de líquen comestible que crece en los acantilados volcánicos de las islas Canarias.

¹⁵ La escena del descenso fue la última obra pintada (en 1979), por el afamado artista nicaragüense Don Rodrigo Peñalba.

"Parésceme quel atrevimiento é osadia deste frayle es el más temerario caso que he cydo, porque como he visto este infierno de Massaya é me acuerdo de su profundidad, me maravillo más de lo que este padre emprendió: é yo le tengo por más osado é cobdicioso que sabio, pues muchas veces en su relación quiere dar a entender que aquella materia que hierve, es oro ó plata".

El canasto con todo y fraile aterrizó sobre un barranco de piedras. Desatándose como pudo, el fraile prosiguió el camino guindo abajo, después de haber besado tierra y dado gracias a Dios. Cuando llegó a la plaza que formaba el cráter en el fondo, la hondura era tal que le perdieron de vista los que arriba estaban ansiosos siguiéndole los pasos.

Más de tres horas anduvo el fraile martillando y reconociendo las rocas agrestes en la profundidad. No había sumideros de cenizas calientes y la temperatura era tan tolerable como allá arriba, aunque de vez en cuando salían entre las grietas unos vahos calientes y sulfurosos. Con el martillo golpeaba, aquí y allá, las costras brillantes de los sublimados cristalizados que le parecieron ser plata derretida. El pozo de lava donde estaba "el oro" se abría en el centro, más grande y profundo que lo estimado desde lo alto. La extracción del codiciado metal iba a requerir el concurso de varias manos.

Desde arriba los compañeros hacían señales con un gran paño blanco, urgiendo al fraile que fuera al balso y subiese porque los indios, supersticiosos como eran por aquello de la hechicera del volcán, creyeron que el explorador había perecido y escapaban dejando solos a los tres españoles. Una vez izado y rescatado, fray Blas respondió a todas las preguntas que sus intrigados socios le hicieron, disipando las dudas que sobre los peligros de allá abajo se tenían, afirmándoles ser plata derretida la que estaba encerrada en aquella caldera.

Otras bajadas hasta tocar el infierno

Esa misma noche regresó fray Blas y compañía a Granada, donde decidieron enganchar a otros más en el negocio, concertando con ellos una nueva cita secreta en la cumbre del volcán para unos tantos días después. Pero esta vez los rumores se esparcieron por toda la población, de modo que en el día convenido para el segundo descenso se aparecieron en el volcán más testigos y se ofrecieron más voluntarios de los que el enojado fraile deseaba involucrar.

En efecto, el Martes Santo, 16 de abril, después de haber oído misa y confesado, los socios se disputaban la honra de quién bajaría primero. Echaron suertes y el descenso quedó organizado en el siguiente orden:

Pedro Ruíz, Benito Dávila, Juan Sánchez Portero y, por último, fray Blas. A continuación se redactó la capitulación de aquella extraña compañía. Una vez firmada la misma se hicieron tres copias que el fraile llevó, “[...] para las poner abaxo en la plaza a manera de posesión que tomaban de aquella caldera de metal que allí hierve, en nombre de Su Magstad é de ellos”.

Descendieron los expedicionarios, cada uno provisto con agua y comida, uno tras otro en el orden acordado. Los dos últimos llevaban unos recipientes de barro cocido para ser colocados dentro de una esfera de hierro, que esperaban bajar con cadenas hasta donde estaba el “oro”.

Una vez en el fondo trabajaron los aventureros arduamente por el resto del día y de la noche, aprovechando la claridad que la lava despedía. Montaron a la orilla del pozo otros artificios y aparejos para la extracción del metal. Bajaron con cadena el perol de hierro que recogería las muestras. Al tercer intento el recipiente tocó la superficie ígnea y se adhirió a la lava en forma tan tenaz que costó mucho esfuerzo despegarlo. Lograron al fin izarlo, con la muestra semifundida, trayendo consigo muchas escorias prendidas.

Estando en la boca de aquel horno, atormentados por la sed y agotados por el esfuerzo, convinieron los cuatro exploradores en abandonar el cráter, convencidos que necesitarían de más cadena y manos para completar la operación. Pero antes, acordaron decir a los que arriba aguardaban que habían encontrado mucha riqueza, cuidándose sin embargo, de enseñarles las muestras obtenidas hasta el momento.

El astuto fraile, una vez arriba, ocultó en efecto las escorias en un baúl, rehusando enseñarlas a los ávidos mirones. Estos se desbandaron enojados, protestando y prometiendo dar cuenta de los hechos a Rodrigo de Contreras, a la sazón gobernador de Nicaragua, que tenía su sede en León. Al fraile no le quedó otra opción que la de comunicar sus hallazgos al gobernador, dándole a entender en una carta “[...] que no se debía ya llamar infierno Massaya, sino parayso”.

Sospechando Contreras que aquel negocio podría serle de mucho provecho, ordenó a fray Blas alistase los aparejos para efectuar un tercer descenso al volcán, pero esta vez a verificarse en su presencia y aceptando como ayudantes a gente de la confianza del gobernador.

Llegado el día, 30 de abril del mismo año, descendió nuevamente el fraile al fondo del cráter, con siete personas más. Puestas manos a la obra, bajaron un perol de hierro dándole suficiente cadena hasta sumer-

girlo en el líquido candente. Después de dos intentos fallidos lograron izarlo con mucho esfuerzo, pues venía relleno con gran masa de escorias, siendo éstas las únicas muestras que lograron extraer porque al cuarto intento la olla se quedó adherida a la masa fundida, rescatando sólo la cadena, cuya parte extrema emergió semifundida.

Sacados los expedicionarios del cráter, llevadas las muestras ante Contreras, se comprobó que no eran de oro ni de plata, sino vulgares escorias o piedras azufrosas. Como el fraile porfiaba, el gobernador las llevó a León para analizarlas en la casa de fundición, con resultados igualmente negativos.

Enfadado Rodrigo de Contreras —y quizás decepcionado por aquel fiasco— prohibió a Blas del Castillo realizar nuevas prospecciones en el volcán. El fraile, sin desanimarse, marchó a España para obtener licencia directa del rey y proseguir en su descabellada intención. De regreso a Nicaragua portando la aprobación real, murió el religioso al desembarcar en El Realejo, frustrándose así su dorada fantasía.

La aventura de Blas del Castillo, sin embargo, no cayó del todo en el olvido. Juan Sánchez Portero, su compañero en la segunda bajada, acudió nuevamente en busca del favor real. Escribió una carta al monarca español donde solicitaba permiso para que él y otros compañeros entrasen de nuevo al volcán: “[...] que se tiene entendido que es la cosa más rica y próspera que ay en todas las indias y la cosa más admirable de ver en el mundo”. No obstante, la Real Cédula expedida en su favor en octubre de 1539, los seguidores del fraile no lograron vencer la oposición y disgusto de Contreras para poder seguir adelante con sus ambiciones.¹⁶

Ultimos intentos

El volcán Masaya se reactivó de nuevo a mediados del siglo XVI, reapareciendo el lago de lava en el fondo del cráter. En 1551, otro religioso, Juan Alvarez, deán del capítulo de León, solicitó al rey doscientos esclavos para perforar con un túnel las paredes del cráter y vaciar todo el oro derretido que contuviese, a lo que el monarca le respondió —según refiere el cronista Benzoni— “[...] que la abriese a sus expensas pues no tenía esclavos que mandar, y así quedó la cosa”.¹⁷

¹⁶ La petición al rey es reproducida en FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Sánchez Portero*, p. 57-65. La Real Cédula concediéndole el permiso fue expedida en Madrid en octubre de 1539. (DHN. Tomo VI. p. 58). Al ver anuladas sus disposiciones el gobernador Contreras, en lugar de acatar la Cédula, intentó encarcelar a Juan Sánchez Portero, quien se refugió en un convento sin hacer más intentos. (DHN. Tomo VII. p. 373).

¹⁷ PCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Benzoni*, p. 137.

Una nueva fase de reactivación volcánica parece tuvo lugar alrededor de 1573. Sólo así se explica que en ese año otro fraile, el carmelita Alonso de Molina, pidiese de nuevo la explotación del Masaya, “[...] y se le concedió con ciertas condiciones de lo que había de quintar de las riquezas que dél sacase”.¹⁸

Más adelante, en 1586 —medio siglo después de la aventura de Blas del Castillo— se autorizaba a Benito Morales por el lapso de diez años para “[...] buscar el secreto del volcán”; demasiado tarde, porque según la crónica de Cibdad Real, (quien visitó Nicaragua en ese mismo año), para entonces el Masaya sólo echaba humo.

“A pesar de tantos años pasados y de tantos esfuerzos frustrados —comenta el historiador nicaragüense Sofonías Salvatierra— no querían convencerse en la Corte que el oro del volcán era pura ilusión”.¹⁹

Fantasiado y codicioso como pudo haber sido aquel fraile que entró por vez primera, solo, al cráter del Masaya, hay que reconocer en él la audacia y valor que demostró en esa proeza quijotesca, cuando se hizo bajar suspendido y amarrado en un canasto hasta la boca de lo que entonces se creía era el mismo infierno.

El gran sabio naturalista Alexander Humboldt hizo memoria de la hazaña de fray Blas del Castillo, trescientos años después de sucedida, cuando escribió lo siguiente: “Debemos convenir que en nuestros días ningún naturalista viajero se ha empeñado, por grande que haya sido su celo por las ciencias, en empresas tan peligrosas como las que se acometieron a principios del siglo XVI, para sacar azufre, u oro, de la boca de los volcanes inflamados”.²⁰

¹⁸ Colección de Documentos Inéditos de Ultramar. Tomo XVII. p 249. Madrid, 1925.

¹⁹ Salvatierra, Sofonías: *Contribución a la Historia de Centroamérica*. Tomo I. p. 292. Managua, 1939.

²⁰ Humboldt, Alejandro: *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. Editorial Porrúa, S.A. p 457. México, 1973.

CAPITULO VII

El país de la zoología fantástica

—Las primeras descripciones de la fauna del país por cronistas españoles y aventureros ingleses y holandeses, con descripciones y anécdotas sobre los seres exóticos que poblaban los mares, lagos, ríos y bosques del país.

La fauna silvestre en la región del Pacífico de Nicaragua es aquella que corresponde a la de las sabanas y bosques secos y semihúmedos del trópico americano, cuya abundancia ha estado siempre en función inversa al grado de alteración ecológica producida por el hombre. No obstante que la región estaba bastante poblada y cultivada al tiempo de la conquista, parece que los indígenas conservaban en buena salud las especies de animales que eran básicas a las necesidades de subsistencia, tal como se deduce leyendo las crónicas de aquel tiempo.

Por otra parte, la fauna que alcanza su mayor variedad en la región del Caribe, donde existen selvas tropicales, ríos caudalosos, pantanos y lagunas costeras, no llegó a conocerse sino hasta el siglo siguiente, a través de la descripción de corsarios y aventureros que entraron en contacto con los indígenas de la región. Estos, a diferencia de los nativos del Pacífico que practicaban con eficacia la agricultura, dependían más estrechamente de los productos que podían cazar y pescar en tan ricos ambientes.

Algunos, entre los ejemplares que más llamaron la atención a los españoles en particular, y a los europeos en general, estaban bien representados en Nicaragua con especies entonces consideradas como exóticas,

como la *iguana* de las tierras secas del Pacífico, el *tapir* de los bosques tropicales y el *manatí* en los esteros y lagunas caribeñas.

Como suele suceder en las culturas primitivas, la fauna del lugar no sólo jugaba rol importante en la dieta de los pobladores, sino además en los mitos y ritos de las mismas. Tenía también su expresión en los motivos y artes de la cerámica y estatuaria de las tribus que poblaron el Pacífico y en los adornos corporales y amuletos que cargaban los supersticiosos indígenas de la región caribeña.

Primeras observaciones de la montería

El istmo centroamericano fue de las primeras regiones en la tierra firme del Nuevo Mundo donde los europeos observaron la rica y exótica



Figura 21.- La fauna del país estaba bien representada en la estatuaria precolombina. Las estelas, que simbolizan al dios-coyote y al dios-jaguar, fueron dibujadas por Squier en la isla Zapatera.

fauna del trópico. Contrastando con las Antillas, ecológicamente más pobres en variedad y número, las formas naturales se presentaba en el istmo en su más llamativa exuberancia.

En el viaje descubridor de Colón por la costa caribe se mencionan algunos especies observadas a lo largo de la ruta, como los grandes caimanes y tortugas marinas junto a la costa de Nicaragua y los animales de selva como los saínos y felinos de los montes de Cariay.

Fue la experiencia de Fernández de Oviedo en las costas del Darién la que dio origen a los primeros relatos sobre los animales tropicales del istmo centroamericano, tal como los describiera el cronista en el *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, publicado en 1526 después de su segunda estadía en el Darién. Posteriormente la enriqueció con observaciones de la fauna nicaragüense, observada entre 1527 y 1529, con las que complementó el tema para la *Historia General y Natural de las Indias*, su obra monumental.

Otros viajeros que pasaron por Nicaragua registraron en forma ocasional, aunque no menos curiosa, la presencia de ciertos animales. La diferencia entre una descripción real y otra fabulosa no parecía exigir mayores explicaciones en aquellos tiempos. Los primeros cronistas aceptaron la versión de viajeros, marineros o exploradores que habían visitado la tierra y sus costas, sorprendidos de admirar una fauna que les era exótica. Hicieron mención exagerada, algunas veces hasta fantástica, tratando de impresionar a los lectores con las novedades que observaron por esas latitudes del Nuevo Mundo.

Es también el cronista Oviedo quien aportó las primeras descripciones sobre la fauna de Nicaragua:

"De la montería también que se ha dicho, además de los animales nocivos, como tigres negros é de los pintados, é leones é lobos, hay otros assí como zorras, é de las zorri-llas que hieden, é hardas e otros. Pero de los que son de buen pasto hay muchos ciervos é gamos é vacas, que llaman los españoles dantas, é muchos puercos, é muchos encubertados, é osos hormigueros é otros animales muchos, é muchos conexos é liebres, ni más ni menos que los de España, pero menores".¹

En otras palabras, Oviedo se refería a los jaguares, las panteras, (una variedad melanística de los anteriores), los pumas, coyotes, ostoches, zorros meones, comadreas, varios tipos de cérvidos, dantos, sahí- nos, cusucos y pericos reales, varios de los cuales son raros o se han extinguido desde entonces en la región del Pacífico. La antigua presencia

¹ Ver Oviedo en FPCBA. p. 452.

de grandes felinos, del tapir y osos hormigueros, parece indicar la existencia anterior de amplios biotopos con densa cobertura vegetal en la región, posiblemente en las sierras de Managua y al pie de los volcanes.

Referencias sobre algunas especies en el siglo XVI

Las panteras existían en el volcán Mombacho y solían hacer incursiones desde Jalteva, en las afueras de Granada, hasta la laguna costera de Songozama (Ñocarime), cerca de la desembocadura del río Ochomo, donde un español de apellido Avilés tenía crianza de cerdos que atraía a los felinos, según refiere Oviedo.

El jaguar o tecuán, (*Panthera onca*), temido y venerado por los indígenas, era objeto de cacería por parte de los ballesteros españoles, que lo acorralaban en los árboles con la ayuda de perros. El cuero y cráneo de la fiera eran exhibidos por los indios como trofeos, colocados sobre unas cañas a la entrada de las chozas. Conservaban además los dientes de las fieras para collares y como amuletos.

La abundancia de felinos era consecuencia de la multitud de venados (*Odocoileus virginiana*) que rondaban por los claros del bosque y junto a las sementeras. Menciona Oviedo que los ciervos de Nicaragua no eran tan ariscos porque los indígenas no los acosaban ni los espantaban; simplemente ponían un cerco de cañas alrededor de los huertos para mantenerlos fuera. El venado abundaba en las islas del lago de Nicaragua y del golfo de Nicoya. Era llamado *mazatl* por los indígenas; su cráneo engastado como emblema en el extremo de altos postes a la entrada de los palenques para propiciar al dios de la caza. En su captura se utilizaban lanzas, flechas y cepos. Los españoles aprovecharon la piel del venado para zapatos, zurrones y monturas, a falta de cuero de res.

Los coyotes (*Canis latrans*) solían ser numerosos en las planicies secas y asustaban a los españoles que los tenían por lobos, “[...] é toda la noche andan, dando muchos ahullidos que ponen terror grande á quien no ha acostumbrado á los oyr”, comentaba Oviedo. Según Andagoya, se alimentaban de los venados con preferencia. También abundaba el saíno o coyametl, (*Tayassu tajacu*), que viaja en manadas; su carne era apreciada por españoles e indios. Gómara menciona al respecto: “Hay unos puercos con el ombligo en el espinazo, que después huelen mal al matarlos, si no se lo cortan”, refiriéndose a la glándula lumbar almizclada cuyo penetrante olor sirve para mantener unida a la manada.²

² Ver Gómara en FPCBA. p 119. Los nombres entre paréntesis son del autor.

La carne de estos animales montaraces, al igual que la de conejos y venados, era cortada en tasajos, salada y conservada durante el tiempo de cacería y también preparada para los viajes. La más exquisita vianda, sin embargo, fue el *xulo*, el famoso perrito mudo comestible —hoy extinto— criado por los indios como un plato especial para la clase noble. Oviedo escribió al respecto:

“En aquella provincia de Nicaragua hablan la misma lengua que en la Nueva España, é al perro llaman xulo y destos xulos crían muchos; y quando alguna fiesta principal se hace entre indios, comen estos perros por el más prezioso e mejor manjar de todos, é ninguno come la cabeza, si no es calachuni o teyte, id est rey o persona la más principal del convite: la cual traen guisada sin quitar della ni desechar sino solamente los pelos, porque el cuero e los huesos y todo lo demás está fecho de manera, en un cierto potaje, que paresze mazamorra o de poleadas o un almidón. Y si el cazique o aquel señor no la quiere, después que él ha comido alguna cosa de la cabeza (assí guisada), él la da de su mano al que quiere más honrar de los convidados”.³

Oviedo menciona que el *xulo* era de muy buen sabor y su comida un delicioso manjar que sabía “[...] no menos bien que cabritos”. También afirma que abundaban los conejos, cuya carne los indios salaban y conservaban en cecina cuando les faltaba carne fresca.

La descripción del *Cozumtle* dada por el mismo cronista parece corresponder a la del pizote (*Nasua narica*), mamífero del hocico alargado y cola larga bandeada. Menciona que el animal es muy manso pero puede morder con sus agudos dientes cuando le disputan la comida.

Pocas referencias ofrecen los cronistas sobre las aves del país. Por otras fuentes se sabe que los indígenas las cazaban y domesticaban, aprovechando en algunas el colorido plumaje como objeto de adorno y trueque, especial las bellas plumas de las psitácidas y las del *motmot* y *quetzal-popó*, los llamados “guardabarrancos”, (*Eumomota superciliosa* y *Momotus lessoni*), por la costumbre del pájaro de anidar en los agujeros de los guindos.

Entre las aves de caza comían perdices, codornices, (muy comunes en los llanos de Nicoya), pavas y chachalacas. Los pavos o “chompipes” no eran naturales del país sino del sur de México. Fueron traídos por los Chorotegas, quienes los domesticaron y reprodujeron en gran número, a juzgar por el regalo cuantioso que de ellos hiciera Diriangén a Gil González.

Los “chocoyos” o periquitos eran una plaga en los cultivos; obligaban a los indígenas a situar vigías, (niños o viejas feas), para espantarlos, o

³ Ver Oviedo en FPCBA. p. 102–103.

a montar muñecos y espantapájaros sobre bancos de madera con el mismo objeto. En el cráter del volcán Masaya, admiró Oviedo ciertos loros verdes, o *xaxabes*, que anidaban en los empinados farallones y volaban indiferentes en medio de los irritantes gases del volcán.⁴

Sobre las iguanas y los lagartos

La iguana era una vianda exquisita, cazada con flechas cuando dormía en las ramas de los árboles, cerca de las corrientes, Representaba el animal más extraño para los recién llegados españoles: una rara mezcla de lagartija y de culebra, de vida terrestre y acuática. Experta saltadora cuando acosada en los árboles, buscaba su salvación en las aguas, donde se comporta como diestra zambullidora. No obstante su aspecto poco atractivo, con piel verrucosa cubierta de papilas y otras excrescencias, lengua bifida y mirada desconfiada, su carne era apreciada por los indígenas como deliciosa y posteriormente por los españoles que también aprendieron a saborear los huevos de este reptil.

Una interesante anécdota sobre la iguana la ofrece Antonio de Ciudad Real, quien en 1586 acompañó de México a Nicaragua al padre comisario fray Alonso Ponce.

Cuenta el cronista que estando los frailes embarcados en el Estero Real, arrimaron a unos manglares en espera de marea favorable para cruzar el golfo de Fonseca. Allí sorprendieron a una enorme iguana, encaramada en una rama que pendía sobre el agua. No pudiendo acertarla con las flechas, uno de los remeros indígenas decidió trepar al árbol para asegurarla, acción que motivó al saurio a saltar, justo a tiempo para ser asida de la cola por otro de los indígenas. A continuación le cosieron la boca y ataron las patas para que no mordiese ni escapase; la mantuvieron así hasta desayunarla en la siguiente mañana. Ciudad Real comenta al respecto:

“[...] era disforme de grande aquella iguana, tenía vara y media de largo, y pesaba así viva grande media arroba, era macho, y según la cuenta de los indios tenía quince años de edad, cuéntanlos por unos botoncillos o berrugas que les hallan en las piernas... aquella noche cocieron los indios la iguana, y a la mañana se la almorzaron, y con dar un buen plato della al padre Comisario hubo para todos, con ser más de treinta personas, y estaba tierna y buena de comer”.⁵

⁴Corresponde a la especie *Aratinga holochroa*, var. *strenua*, que hoy anida en el volcán Masaya, entre los paredones del moderno cráter Santiago.

⁵En Ciudad Real de FPCBA no se incluye esta parte del viaje de fray Alonso Ponce por el Estero Real. Por tanto ésta y la siguiente cita fueron tomadas de la versión española. (Ver *Colección de Documentos Inéditos* en Bibliografía).

Comentaba el mismo cronista que las iguanas se criaban en tierra caliente, siendo de color pardo como la tierra, y algunas verdes. Señala también que las hembras son lisas (sin excrescencias), más pequeñas, tiernas y sabrosas que los machos, los que se distinguen por las papilas dorsales. Cuando las hembras están gordas tienen “[...] tanta enjundia como una muy gorda gallina... y los huevos son maravillosos”. Era costumbre en aquella tierra comerlas en viernes y en cuaresma, como los pescados, aduciendo que también las iguanas nadan en el agua. Para cazarlas los indígenas usaban lazos o flechas. El cronista Antonio de Cibdad Real termina elogiándolas con la siguiente observación:

“Tiene la iguana una maravillosa propiedad, y es que se sustenta sin comer cosa ninguna dos meses y más, lo cual se ha visto por experiencia que de las que los indios ofrecen a los religiosos; acontece estar en un aposento muchas veces el tiempo referido, unas cosidas las bocas con un punto, y otras por coser, y las unas y las otras no comen sino viento, y por esto dicen algunos que son especies de camaleones, tampoco beben en todo este tiempo ni cuando andan libres por el monte; mudan el cuero como las culebras, y quedan de color verde, y después vuelven al suyo pardo, sotieran los huevos debajo de la tierra, y allí se empollan y dellos salen los hijos”.

Enormes y feroces lagartos frecuentaban las costas de los lagos, algunos tan osados que salían a sestear en la playa de León (Viejo). Otro lugar favorito de los saurios era la costa de Songozama donde el lago de Nicaragua forma una especie de estero, reconocido por el Cronista de las Indias:

“Y en aquel tiempo que la playa é camino de la costa tiene aquella corriente, entran de la laguna en el dicho lago innumerables pescados é grandes lagartos, o mejor dicho cocatrics: e cessadas las lluvias é venido el tiempo seco, sécase aquel desagadero de la playa é queda enxuto el camino, é yo pasé por él en seco. E quando assí está seco el pantano o charco, matan a palos los indios innumerables lagartos y pescados”.⁶

Otro cronista, Antonio Vázquez de Espinosa —hablando sobre los peligrosos reptiles— fue testigo en 1621 de un suceso trágico en el pueblo de Mateare, en la costa suroeste del lago de Managua: un lagarto sorprendió a una indígena del pueblo que había bajado al lago para recoger agua, arrastrándola y devorándola en compañía de otros saurios. El afligido marido, junto con los vecinos, decidió vengarse; se las arreglaron para capturar a las fieras que infestaban los alrededores, matándolas una tras otra y abriéndoles la panza para sacar en pedazos los despojos de la desventurada, cuyo cadáver, así rescatado, fue cristianamente sepultado. “He puesto este caso por ser raro y peregrino —escribe Vázquez— para que se considere la fiera de estas bestias y la facilidad con que los cogen y matan los indios”.⁷

⁶ Ver Oriado en FPCBA. p. 369.

⁷ Ver Vázquez de Espinosa en FPCBA. p. 192-193.

Entre las alimañas y otras sabandijas se mencionan las serpientes venenosas; los indígenas las cogían agarrándolas directamente de la cabeza. Los indios de Nicoya ofrecieron a Oviedo un plato de sapos y alacranes asados, que comieron a placer, a despecho de la sorpresa y repugnancia mostradas por el célebre *Cronista de las Indias*.

Fauna de los lagos y mares

Sigue siendo el incansable Fernández de Oviedo la fuente de información principal sobre la abundante ictiofauna de Nicaragua. Pululaba en ambos lagos gran variedad de peces según su relato. Los “guapotes” de Mateare, (*Cichlasoma dovii* y *Cichlasoma managuense*), eran reputados por grandes y sabrosos. En la laguna de Lenderí (Masaya) cogían en cierta época unos peces diminutos —los llamados ñundos— que los españoles comían en omeletes.

La piscicultura era practicada en las lagunas volcánicas. Cuando las aguas de los grandes lagos se retraían en verano, acudían los indios a la playa y con palos mataban gran cantidad de “gaspares”, (*Lepisosteus tropicus*) —tal como se practica la captura hoy en día— cuya carne salaban y comían.

Quizás la más importante observación sobre la fauna lacustre fue la aportada por Oviedo cuando descubrió el “cacaste” de un pez sierra en la playa del lago de Nicaragua. Fue la primera confirmación histórica sobre la presencia insólita de fauna marina en agua dulce:

“[...] yo hallé en la costa desta laguna, en la playa, en la provincia de Nicaragua, un pescado muerto que la mesma agua debiera aver echado fuera: el qual nunca hombre visto ni es muerto sino en la mar, e llámanle *pexe viguela*, ques aquel que trae por hocico alto en el extremo de la mandíbula superior aquella ferocíssima espada llena de colmillos muy agudos (en ambos filos) puestos a trechos. E son grandíssimos pescados, y yo le he visto tan grande, que un par de bueyes con una carreta tienen assaz carga en tal pescado”.⁹

La existencia del pez sierra, tiburones y lagartos en las aguas del gran lago de Nicaragua hizo sospechar a Oviedo sobre la comunicación del lago con la Mar del Norte a través del río San Juan: “[...] y éste que digo hallé muerto fuera de la laguna no podía ser sino que entró por el di-

⁹El tiburón *Carcharhinus leucas*, dos pejesierras, *Pristis perotteti* y *P. pectinatus*, y el sábalo real, *Tarpon atlanticus*, son las cuatro formas marinas que han invadido el lago de Nicaragua por la vía del río San Juan. El *pexe viguela* del que habla Oviedo (FPCBA, p. 367) es un pejesierra. El más completo estudio de este insólito caso se encuentra en la obra editada por Thomas B. Thorson: *Investigations of the Ichthyofauna of Nicaraguan Lakes*. School of Life Sciences, University of Nebraska, Lincoln, Nebraska, 1976.

cho desaguadero". Presentó el hallazgo como una prueba más del destino final de las aguas del gran sistema lacustre de Nicaragua.⁹

Otro pez de origen marino que acostumbra remontar el río San Juan para incursionar en el Gran Lago es el Sábalo Real (*Tarpon atlanticus*), mencionado la vez primera por el cronista Juan de Torquemada, que lo comparaba en tamaño a las toninas o atunes; tenía las escamas tan grandes como un pequeño plato.¹⁰

Tanto Oviedo como Gómara se refirieron a los curiosos peces que viven en ambientes semisalobres: "Hay unos peces con escamas, no mayores que las bogas —escribe López de Gómara— los cuales gruñen como puercos en la sartén, y roncan en el mar, y por eso los llaman roncados".¹¹

En las costas de las provincias de Nicaragua y Nicoya se colectaban los carnosos moluscos, que los españoles llamaron "cascos de burro", las conchas negras o chuchecas, los ostiones en cuyo interior se encontraban perlas imperfectas, las Ostras de valva escamosa y traslúcida que servía como "coba" para hacer surcos en la tierra, y las múrices (*Murexiella*) que soltaban una tinta púrpura con que los indígenas teñían fibras de algodón. Todas estas especies litorales no pasaron inadvertidas a los ojos curiosos de Oviedo.

El arqueólogo Paul Healy encontró varios especímenes en los sitios que excavó en la isla de Ometepe y cercanías de Rivas alrededor de 1960. Descubrió abundante concha de la tortuga del lago (*Chrysemis*) y del pantano (*Kynosternon*), junto con huesos de venado y en menor número de armadillos y guatusas. También era común encontrar en las excavaciones restos cortados o aserrados de la concha marina *Spondylus princeps*. Posiblemente los aborígenes fabricaban con ella anzuelos, cuentas y otros ornamentos. Lo curioso es que este molusco se da en aguas profundas, de modo que su extracción dependía de la habilidad de los indios de sumergirse en el mar para obtenerlo.¹²

Las aguas templadas junto a la bahía de Salinas arrojaban a la playa con frecuencia multitud de serpientes marinas, (*Pelamis platurus*), para sorpresa de los españoles que acostumbraban pasar de Rivas a Nicoya utilizando la vía costera. En esas aguas nadaban los juguetones bufeos o delfines, comunes en ese privilegiado rincón del Pacífico, y ocasio-

⁹ Idem.

¹⁰ Ver Torquemada en FPCBA. p. 103-104.

¹¹ Ver Gómara en FPCBA. p. 120.

¹² Ver Paul Healy. Capítulo 7.

nalmente se observaba el paso de alguna ballena. La única versión sobre los cetáceos que pasaban por las aguas del Pacífico la ofrece el cronista López de Gómara:

[...] por la costa de Nicaragua suelen haber ballenas y unos monstruosos peces, que cuando sacan medio cuerpo fuera del agua sobrepujan a los mástiles de las naos: tan grandes son. Tienen la cabeza como un tonel, y los brazos como vigas de veinticinco pies, con los que patea y escarba. Hace tanto estruendo y hoyo en el agua, que espanta a los navegantes, y no hay quien no tema su fuerza, pensando que va hundir o volcar el navío”.¹³

La pintoresca zoología de un holandés

Poco conocida es la narración de un viajero holandés, Jan Huygen van Linschoten, que recorrió las posesiones portuguesas y españoles de Asia, Africa y América en el último cuarto del siglo XVI, y cuya obra fue traducida y publicada en Londres en 1598 con el título de *Discours of Voyages into the East & West Indies*, (“Discurso sobre Viajes a las Indias Orientales y Occidentales”).¹⁴

La parte que corresponde a la América Central se limita a presentar por regiones y con estilo desaliñado una serie inconexa de datos variados, que parecen salir de una pluma improvisada para satisfacer el interés versátil que sobre el Nuevo Mundo se tenía en la Europa de aquel tiempo.

Entre las curiosidades que Huygen conoció, llamó su atención el manatí, mamífero acuático muy abundante en las desembocaduras de los ríos y lagunas costeras del Caribe en los siglos pasados. Es de sospechar que Huygen anduvo navegando por el litoral caribe del istmo, posiblemente como pirata, al tiempo que hacía sus correrías por esas latitudes el famoso corsario Drake. El holandés equivocadamente ubica al manatí en el lago de Nicaragua, no en las aguas del delta del río San Juan donde existió hasta el presente siglo. La descripción del sirénido, presentada por Huygen ochenta años antes que la ofrecida por el pirata Dampier, contiene algunas observaciones incorrectas sobre la vida y movimientos del animal, a todas luces descrito como si fuera un pez y no un mamífero:

“El lago de Nicaragua tiene grandes peces y entre ellos una cierta clase que los Españoles llaman Manatí que tiene aletas firmes por la cabeza, como dos manos. Este pescado es como una nutria de 35 pies de largo y doce pies de ancho, la cabeza y la cola como buey, piel gruesa y vellosa, de color ligeramente azulado con dos patas como de elefante;

¹³ Véase Gómara, en FPCBA. p. 119-120.

¹⁴ Ver Huygen en la Bibliografía. Los nombres entre paréntesis son del autor.

las aletas hacia afuera como remos, alimentando a sus críos con sus mamas. Su alimentación la encuentra tanto en tierra como en el agua y se familiariza con el hombre”.

Huygen se refiere a una historia improbable sucedida en un país difícil de identificar, donde un tal rey Caratamayus crió y domesticó a un manatí por espacio de 26 años, alimentándolo con pan en un lago llamado Guainabo que estaba junto a su casa. Con el tiempo el animal llegó a ser tan doméstico que salía manso del agua “para comer la carne que le daban en las manos, y se metía dentro de la casa en busca de carne y a jugar con los niños, quienes lo montaban en el lomo para navegar en el lago”. Lo inverosímil del cuento es que el manatí no sale del agua más allá de medio cuerpo; tampoco come carne, pues se sustenta con plantas acuáticas en la ribera de los ríos y lagunas costeras que existen en el mar Caribe y golfo de México.

Termina Huygen con su historieta afirmando que los indios mantuvieron al animal por mucho tiempo; pero un español, queriendo probar si la piel era tan dura como se decía, le lanzó una flecha o dardo. Desde entonces, a la vista de los hombres barbados, rehusó el manatí responder a los llamados que le hacían para que saliera del agua. Un día cuando el río Taribunicus se desbordó, el manatí siguió la corriente y nadó hasta el mar, de donde nunca regresó.

Volviendo a Nicaragua, Huygen afirma que “[...] esta clase de pescado se ve mucho y es cogido en el país, pues su carne tiene buen sabor como la del cerdo, y salada es llevada a Nombre de Dios y otros lugares”. Vale recordar al respecto que para fines del siglo XVI existía un activo comercio entre Granada y Nombre de Dios usando las aguas del lago y del río San Juan.

Además de mencionar a otros animales del país, entre los que cita tigres, leones y osos (?), Huygen se refiere a uno que parece corresponder a la danta o tapir, que junto con el manatí son los mamíferos más grandes de la tierra y costa centroamericana; “[...] hay otra clase de bestia llamada Cascui, a la manera de un gran cerdo, veloso con una piel dura, ojos pequeños, orejas sueltas como las del elefante, pero no tanto, ni colgantes, patas cerradas y una pequeña trompa, armada como la del elefante y con una vocerrona que vuelve sordo al hombre, de buena carne y sabrosa”.

Una “maravillosa y extraña bestia”, que Huygen consideraba como especie de mono primitivo, era la zarigüeya, tacuacín, o zorra de cola pelada, (*Didelphis marsupialis*), la cual tiene “[...] una barriga encima de otra donde esconde a sus crías cuando va de un lado a otro y los cría en-

cima de ella. Esta bestia tiene cuerpo y miembros; los brazos como la mano de un hombre, o como las gatas de agua (nutrias?) y las orejas de murciélago; alimentan a sus críos hasta que llegan a grandes, cuando pueden valerse por sí mismos”.

La descripción que hace el holandés de la iguana no podía faltar, agregando desde luego algunas curiosas virtudes o desventajas que su comida ofrecía:

“También hay otra clase de bestia llamada *Iguanna* o *Iuanna*, no muy distinta a nuestras lagartijas, que tiene una cosa que cuelga de la garganta como barba y en su cabeza una cresta como de gallo; sobre su espalda hay ciertas agudas quillas que se engruesan desde la base como espinas, y algunas con dientes como colmillos; la cola aguda se estira y mueve como víbora. Esta bestia es considerada culebra inofensiva; pone en cierto tiempo de 40 a 50 huevos, redondos y tan grandes como una nuez; la yema está separada del albúmen como en el huevo de las gallinas. Estos animales son buenos para comer, de carne sabrosa, la cual no debe asarse en aceite ni en manteca, solamente cocida en agua. Se alimenta tanto en la tierra como en el agua; trepa a los árboles y es peligroso sujetarla, especialmente por aquellos que no conocen su naturaleza, aunque es tan mansa y quieta que no hace ruido. Puede permanecer atada al menos por diez a doce días sin probar alimento. La carne tiene propiedades contra el asma, especialmente para las mujeres, pero si alguien que ha sufrido de viruela la prueba, la enfermedad reaparece”.

Quizá en esa época se originó la firme creencia que la sopa de garrobo, reptil de hábitos similares a la iguana, es excelente para combatir las afecciones pulmonares, idea que todavía persiste en la farmacopea popular de Nicaragua.

Primeras crónicas sobre la fauna de la Costa Atlántica

Interesante como era la fauna para la sobrevivencia y culto de las tribus en la región del Pacífico, su importancia queda aminorada frente al rol que ésta representaba para los moradores de la costa Caribe de Nicaragua, tribus que dependían mayormente de la pesca y la cacería para subsistir, que de la recolección y cultivo de frutos o tubérculos. No podía ser de otro modo entre los Misquitos, que vivían a la orilla del mar, junto a lagunas costeras, entre suelos arenosos o fangosos, o para las tribus del interior como los Sumus y Ramas, metidos en la selva, de la cual obtenían abundantísima proteína animal para su alimentación.

Existe un curioso relato de M.W, aventurero inglés que escondió bajo esas siglas su verdadera identidad, pero que legó a la posteridad lo que podía ser considerada como la primera *Geografía de la Costa Atlántica*, escrita a finales del siglo XVII.¹⁵

¹⁵ Ver M.W. en la Bibliografía. Los nombres vernaculares y científicos que van entre paréntesis son del autor.

Una buena parte de su crónica se dedica a presentar la variada fauna en la región comprendida entre Brangman Bluff, (hoy Puerto Cabezas), Cabo Gracias y el curso superior del río Wanks (Coco), lugares que limitan la gran Sabana Misquita, poblada de pinares esparcidos y surcada por ríos en cuyas vegas, como una excepción, crecen árboles de hoja ancha.

Los Misquitos —según el incógnito M.W— no tenían ganado, ni razón para preocuparse de su crianza, ya que obtenían abundantes proteínas de la pesca en los ríos, en las lagunas y en el mar, además de la proporcionada por la cacería de animales silvestres en los bosques vecinos.

Una pieza favorita era el pequeño gamo rojo (*Mazama americana*), que se escondía tímidamente entre los bosques de vega y constituía un bocado preferido de los numerosos felinos de la Mosquitia. Entre estos últimos M.W menciona uno grande de color negro, (posiblemente la pantera), y otro rojizo más pequeño, que debe ser obviamente el puma. También se refiere al “tigre”, (léase jaguar), y al “leopardo”, (más propiamente el tigrillo u ocelote, *Felis pardalis*), siendo el primero muy temido por los indios, que lo cazaban en grupos con el auxilio de perros. La fiera era según M.W. “[...]de fuerza irrefrenable y furia, capaz de arrastrar a un tapir que es de mayor tamaño que él, desde la selva por unas 40 millas al interior de la Savanna, antes de comérselo”.

El tapir, (*Tapirus bairdii*), danta, “vaca de monte”, o Tilba como lo llaman los Misquitos, es descrito por M.W. de tamaño tan grande como un ternero inglés; la trompa parecida a la del elefante y sin cuernos. Durante el día se esconde en las pozas para escapar de los “tigres”, pero en la noche se le ve nadando y atravesando los ríos en busca de comida. Su carne es muy buena, comenta el mismo autor, aunque escasa o difícil de obtener.

También hace referencia a los “mandriles” y monos de cola larga. De los primeros, (posiblemente congo o aullador, *Alouatta villosa*), no se encontraban muchos, pero los otros micos (monos—araña, *Ateles geoffroyi*) abundaban; su carne era muy estimada pues sabía a carnero muflón según la crónica. Los Misquitos consideran la carne de mono como una verdadera *delicatessen* y la comen con predilección.

El *warre* y el *pickaree*, (jabalí, *Tayassu pecari*; y saíno, *Tayassu tajacu*), son descritos como “especies de cerdos salvajes indígenas”, abundantes, en grandes manadas. Ambos tienen el “ombliigo”, (la glándula almizclera), en el lomo, siendo el primero de mejor carne. M.W. observó el comportamiento de estos cerdos y anota que cuando se sienten amena-

zados por un felino forman un círculo, con las cabezas hacia afuera mostrando sus agudos colmillos en desafío.

Los llamados *indian coneys* y *musquashes*, (guatusas, *Dasyprocta punctata* y guardatinajas, *Agouti paca*), son carnosos en las ancas y la comida tan rica como de cervato. Abundaban también las “zorras”, (léase mapaches, *Procyon lotor*), que al igual que las nutrias se alimentan de pescado, siendo sus carnes blancas y sabrosas. La nutria o “perro de agua” (*Lutra annectens*) es muy común en los ríos de la Mosquitia.

También menciona M.W. a los lagartos (*Crocodylus acutus*) y los caimanes (*Cayman fuscus*), que acechaban en el agua y entre los montes, sin que el autor pudiera decidir cuál de ambas carnes era la mejor. Reconocía, sin embargo, que estos saurios no son “tan fieros como los pintan”, ya que preferían la carne descompuesta a las personas que acudían a bañarse en aguas donde los reptiles merodeaban.

La infaltable iguana (*Iguana iguana*) es descrita por M.W en forma pintoresca:

“Otra criatura que el Inglés llama *guana* es también anfibia e igualmente abundante. Se entierra en la arena, trepa a los árboles y se zambulle en el agua. Parece una serpiente gorda, con cuatro patas, cada una de cinco dedos con garras. Su cuerpo muestra varios colores brillantes y tiene escamas como la culebra. Una cresta de papilas largas y planas recorre el dorso y la cola. El tamaño es como de gato y se reputa su carne por sabrosa, que sabe a conejito, aunque algo escasa debajo de la piel y considerada muy buena para la tisis”.

La avifauna estaba bien representada en este mundo de ríos, pantanos, marjales, lagunas y mar. Por el río Wanks volaban grandes bandadas de patos reales (*Cairina moschata*), mientras los fríos vientos del norte empujaban hacia las lagunas diversos tipos de zarcetas. Palomas monteras se posaban sobre los árboles, mientras otras más pequeñas descendían al terreno. Lapas y loras, “[...] lo más gloriosamente pintadas”, abundaban en la región, así como chocoyos “que vuelan en bandadas como los pardales”, aunque su carne sabía mal.

Entre los platanares se observaban a menudo unas grandes gallináceas que los nativos llamaban *quawmoes* y los ingleses *curasaoes*, (los pavones, *Crax rubra*), semejantes a un pavo pequeño con una elegante corona de plumas. Son tímidos y de corto vuelo. Viajan en grupos de 10 ó 12, resultando una pieza apetecida para el hambriento cazador. Su carne, en efecto, es excelente y muy parecida a la de otra especie de gallina silvestre, como la de Guinea. Probablemente M.W. se refería a la gran perdiz o tinamú, *suhar* para los Misquitos.

M.W. afirma haber observado una gran rapaz, sin poder distinguir si se trataba de un águila o un buitре, la cual era considerada como el terror de los monos que, “[...] apenas la descubren abatiéndose sobre la copa de los árboles, bajan a esconderse en el sotobosque, o en el suelo, donde se exponen a la rapiña de las otras bestias”. El ave es seguramente el Águila Harpía (*Harpia harpyja*), la rapaz más grande—casi extinta—de las selvas centroamericanas.

Entre las aves zancudas que habitan junto al mar, M.W. menciona los flamings, “[...] cuyo parecido es entre garza y ganso, que se alimenta de conchas, y que de largo semejan como llamas de fuego”. En tiempos pasados bandadas de flamings bajaban en migración a las lagunas costeras del caribe nicaragüense.

Ríos y lagunas también contribuían con sus variadas formas acuáticas a la riqueza zoológica de la Costa Mosquitia. Abundaba la tortuga *cushwaw* (cuscuás, jicotea o *Chrysemys*). En el mar se capturaba la carey (*Eretmochelys*) por su concha, la tortuga verde (*Chelonia*) por su carne, y la caguama cabezona (*Caretta*) por el sebo. Sábalos o tarpones y robalos pasaban del agua salada a la dulce. El primero es descrito por M.W. como del tamaño de un salmón y el otro semejante a una carpa de alargado hocico, ambos de buena carne. Entre las formas enteramente marinas el inglés cita a las lisas, plateados, bagres, cavallas, pargos, gruñones, tiburones, rayas, mantas, peces—diablos y focas. Pero el mejor “pescado”, según su parecer, es el manatí (*Trichechus manatus*), o “vaca de mar”, que también llamó la atención de otros viajeros que navegaron por esas playas en el siglo XVII: “[...] al cual considero como el mejor pescado, por no decir carne, en el mundo... es muy blanca y de sabor placentero y tan saludable que comúnmente se dice limpia la sangre, así como las viruelas, el escorbuto y cosas parecidas, y muchos marineros que han experimentado sus virtudes también recobraron la salud”.

Concluye M.W. afirmando que el manatí proporciona a sus captores no poca diversión, ya que arponeado y con numerosas heridas se revuelve en el agua; en algunos casos logra volcar la canoa en su lucha por sobrevivir.

La fauna en la selva de los indios Ulwas

Una narración muy similar a la anterior, sobre la fauna de la selva del Caribe, es la ofrecida por otro marinero inglés, John Roach, quien alrededor de 1770 cayó prisionero de los indios *Woolaways* (*Ulwas* o *Wool-*

was), un importante grupo de la extensa tribu Sumu que vivía en los alrededores de la actual laguna de Bluefields.¹⁶

Durante varios meses Roach participó en la diaria cacería de este grupo de nómadas selváticos, cargando sobre sus espaldas las piezas cobradas por los diestros flecheros indígenas. Siendo la narración en inglés poco conocida —por no decir velada a los lectores de habla española— se inserta a continuación, en forma íntegra y textual, la traducción que corresponde a la parte donde se refiere a los animales de cacería que deambulan en el ambiente selvático de Nicaragua:

“Las clases de criaturas que normalmente les sirven de presa son el león (*puma*), tigre (*jaguar*), mono, *baboon* (congo), venado, *wari* (jabalí), *pecary* (saíno), *Indian coney* (guatusa), *tenaha* (guardatinaja), *guana* (iguana), tortuga de tierra, armadillo, *quam* (pava) y el *curassoe* (pavón), con peces de toda suerte y una especie de culebra llamada *bevra* (*boa*).

“Cazan generalmente a los leones sin mucha dificultad, que se mantienen siempre en terrenos abiertos y no escapan con precipitación a la vista de la tribu, a como lo hacen muchos otros animales.

“Tan pronto como el tigre percibe a la compañía, si una flecha no para de inmediato su curso, corre por corta distancia y se encarama en el árbol más elevado que encuentra; trepa hasta la última rama que pueda soportar su peso, pero esta posición encubierta sólo sirve para acelerar su fin, pues bastan unas pocas flechas de cinco pies de largo para hacerlo caer al terreno.

“Los monos y *baboons* prefieren a menudo los árboles altos y son comparativamente los animales más difíciles de matar según los indios. He visto alguno saltar con frecuencia de rama en rama con dos o tres flechas hundidas en su carne y todos los críos a la espalda tratando de extraérselas, pero la cuarta flecha rara vez falla en traer a la madre y su camada al suelo.

“El *venado* corre con frecuencia al agua cuando se ve acosado y busca la fuga nadando. Pero este método más bien le es fatal, porque los indios puedan nadar ventajosamente más rápido que el animal y llegando cerca de él se enderezan en el agua y le lanzan las flechas tan certeramente como si estuviesen parados en terreno seco.

“Los *waris* son una especie de bestias muy parecidas a los cerdos, de unas dieciocho pulgadas de porte. Los *pecarys* parecen de menor tamaño. Ambos viajan en hordas por lo general. Tan pronto como los indios los descubren, proceden los arqueros a separarse y los rodean a conveniente distancia. Disparan a los bestias desde varias direcciones, con tal agilidad que pocos son los animales que logran escapar; de suerte que cuando los indios logran topar una manada consideran el día como muy feliz.

“Las *Indian conies* son un poco más grandes que los conejos de Inglaterra, de diferente color y viajan en manada. Los indios tienen unos pequeños pitos de madera para imitar su sonido y con frecuencia las llaman y atraen en gran número, para hacer llover flechas sobre ellas, quedando con vida muy pocas de las pobres engañadas.

¹⁶ La aventura de Roach es referida en capítulo posterior. Su obra se cita en la Bibliografía. Los nombres entre paréntesis han sido incluidos por el autor para aclaración.

"Las *iguanas* presentan la forma y proporción de las lagartijas, pero son mucho más grandes. Comúnmente ponen sus huevos y fijan su morada junto a un río, de modo que cuando un enemigo se aproxima buscan su seguridad saltando al agua. Sin embargo, esta política rara vez las esconde de los indios, que se zambullen en pos, persiguiéndolas hasta el fondo y atrapándolas con las manos.

"Las bestias que los indios llaman *Tenahas* (*guardatinaja* o *tepesquintle*) son del tamaño de un gato corriente. Se refugian en el terreno, en agujeros que miden unas dos yardas de profundidad. Cuando los indios descubren uno de estos hoyos, algunos excavan el suelo para obligar al animal a dejar la cueva, mientras otros se aprestan para agarrarlo tan pronto salga del escondite, pues son animales muy rápidos y conviene estar alerta con ellos.

"Las tortugas y los armadillos andan tan fuertemente armados que las flechas no les pueden entrar, no obstante los indios los capturan vivos a menudo. Las primeras se cogen sin dificultad en arroyos y zanjas; los últimos se esconden bajo la tierra en agujeros tan profundos que los indios rara vez se molestan en sacarlos; cuando los ven en el terreno los persiguen y logran cogerlos antes que los animales alcancen el agujero.

"Durante los viajes los indios observan lagartos en abundancia, pero nunca ví que los perturbasen, posiblemente saben que la piel escamosa es a prueba de las más agudas flechas y que los animales no pueden domeñarse si tomados vivos. Algunas veces capturan *bevers*, (castores, o más bien zorros de agua), y *pole-cats*, (mofetas o zorrillos), pero su olor nauseabundo impide comerlos.

"Los indígenas disparan contra una especie de bestia que llaman *adanty* (danta o tapir) cada vez que encuentran una, pero no comen su carne por no sé que motivo. El *adanty* es, me imagino, la misma bestia llamada también vaca de montaña, aunque su descripción difiere de las varias ofrecidas por nuestros escritores. Tiene casi el tamaño de un asno, pero se parece a una vaca, de cabeza más grande; no lleva cuernos y el labio superior cuelga sobre la boca de modo que puede imitar el silbido del hombre; la cola es apenas de cuatro pulgadas de largo; la piel de una de gruesa. Cuando perseguida corre hacia agua profunda por lo general y camina en el fondo del río como si anduviera en tierra seca.

"Lo que los Indios llaman *quams* y *curassoos* son unas aves que considero de la misma especie pero de diferente sexo. En el tamaño se parecen a un ganso, pero varían en el color. Aunque el bosque es rico en variedad de pájaros, solamente estos dos atraen la atención de la tribu. Los muchachos se divierten y ejercitan sus armas flechando gran variedad de aves; los hombres les permiten comer de las piezas cobradas como premio a la destreza.

"La tribu dispara contra varias clases de peces grandes, siendo el más destacado el *mannaty* (manatí). Es de gran tamaño y su forma como de vaca. En lugar de aletas presenta dos protuberancias como tetas, con las que a menudo se arrastra a la costa para dormir y pastar.

"La *Bevra* mide unas tres yardas de largo y cinco pulgadas de grosor. Es la única clase de culebra que los Indios aprueban como alimento, de modo que matan varias. La serpiente más peligrosa del bosque es la cascabel. El piquete de esta criatura destructiva es preámbulo de la muerte si no se aplica un remedio al momento. Yo fui testigo de un caso: la mordedura a un perro de la tribu. El pobre animal se inflamó hasta alcanzar un tamaño prodigioso; la sangre le brotaba de la boca, nariz y orejas y expiró a los pocos minutos en la más grande agonía imaginable. El piquete, sin embargo, no parece acarrear la muerte tan rápidamente al hombre, dando tiempo para que actúe un remedio. Es curioso observar la agilidad con que los Indios lo contrarrestan. En efecto, si alguien es mordido, se hace un fuego al instante y la tribu entera se apresura a recoger hojas parecidas

a las que usan en sus ceremonias matutinas, con las que forman unas bolitas que exponen al fuego. El jefe restriega con ellas el cuerpo del paciente, en especial alrededor de la parte herida, musitando al mismo tiempo un sonido desarticulado. Continúa frotando y susurrando sin parar hasta que la inflamación se abate y la herida queda curada en efecto".

CAPITULO VIII

El amargo Desaguadero de la Mar Dulce

*—Descubrimiento y exploración de los lagos de Nicaragua.
—Intentos para buscar el desaguadero. —La azarosa expedición de Calero y Machuca bajando por el río San Juan. —La relación geográfica comentada y su importancia etnológica.*

Rasgo singular en la geografía de Nicaragua lo constituye la presencia de dos masas lacustres que en conjunto cubren el 7.5% de la superficie actual del país, rivalizando —al menos el lago de Nicaragua— con el Titicaca andino por la distinción de ser la mayor extensión de agua dulce en la América Latina.

Ambos lagos nicaragüenses ocupan el fondo de un ancho y alargado valle, o depresión tectónica, hundido poco a poco a través de sucesivos terremotos en el lapso del último millón de años. Es posible que en su etapa inicial formaron una sola masa lacustre. Algunos geólogos creen que pudieron haber desaguado hacia el golfo Fonseca por medio de un río, antes que los volcanes Maribios cegaran con sus lavas y cenizas la salida por tal rumbo. Otros invocan un desagüe hacia el mar Caribe, por el valle del río San Juan, tal como actualmente sucede. No se han realizado estudios concluyentes que confirmen cualquiera de las dos hipótesis.

El levantamiento paulatino de la llanura Tipitapa–Malacatoya debió haber contribuido a la fragmentación desigual del antiguo lecho lacustre y forzado la salida del lago de Nicaragua por el río San Juan. Por otro lado, la teoría muy en boga hasta hace pocas décadas que sostenía que el lago de Nicaragua fue antiguamente un golfo del Pacífico, (teoría que se sustentaba en la presencia actual de tiburones dentro del lago), ha quedado definitivamente descartada al comprobarse que estas espe-

cies marinas han invadido sus aguas remontando el río San Juan, procedentes del Caribe. Aún más: los terrenos del istmo de Rivas, que hoy se interponen entre el lago y el Pacífico, emergieron del océano mucho tiempo antes que se formara la depresión lacustre y han permanecido como tierra firme desde entonces, separando ambas masas acuáticas.

Características de los lagos de Nicaragua

El presente *Lago de Managua* —llamado *Xolotlán* por los aborígenes— y el lago de Nicaragua, Cocibolca o Ayagualo en lenguaje nativo, elevan sus superficies a 39 y 31 metros sobre el nivel del mar respectivamente. El primero tiene una extensión que varía entre 950 y 1060 Kms², pues siendo de poca profundidad, (28 metros como máximo), el nivel de sus aguas fluctúa sensiblemente de una estación a otra, según la cantidad de lluvia recogida en su cuenca cerrada. Como caso excepcional, cada 25 a 30 años dicho nivel sobrepasa los 40 metros, a consecuencia de una intensa estación lluviosa y la superficie del lago se explaya hasta cubrir unos 1,300 Kms². En tal circunstancia las aguas rebasan las riberas y se derraman por el lecho del “río” *Tipitapa*, estableciéndose una comunicación virtual con el lago de Nicaragua.

Este lago, por su parte, es más extenso y profundo, con unos 8,300 Kms² de superficie y 70 metros de hondura máxima. Presenta fluctuaciones estacionales en el orden de los 50 cm. Su forma es oblonga, midiendo el eje mayor unos 160 Kms y 65 Kms el menor. La línea costera totaliza unos 450 Kms, en partes peñascosa, arenosa o pantanosa. Encierra dos islas grandes: Ometepe y Zapatera; algunos archipiélagos (Isletas, Cacaguapa, Nancital y Solentiname), e islas menores.

Llama la atención el paralelismo que existe entre el eje principal de la depresión lacustre, la línea de los volcanes, el rumbo de la costa del Pacífico y la dirección de la fosa submarina, todos rasgos orientados de noroeste a sureste a consecuencia de un mismo proceso, a saber: el empuje perpendicular de la placa submarina *Cocos* sobre el zócalo occidental del istmo centroamericano.

El gran lago de Nicaragua descarga sus aguas en el mar Caribe por intermedio del río San Juan, con un volumen promedio de 430 m³ por segundo, cantidad suficiente para asegurar el caudal del río en forma permanente y bastante constante. El San Juan capta además el aporte de los afluentes y del agua que cae sobre su propia cuenca, la cual está ubicada en una de las áreas más lluviosas del continente. El desnivel del río es de sólo 30 metros, en un recorrido de 190 Kms. Más que un “río” en el

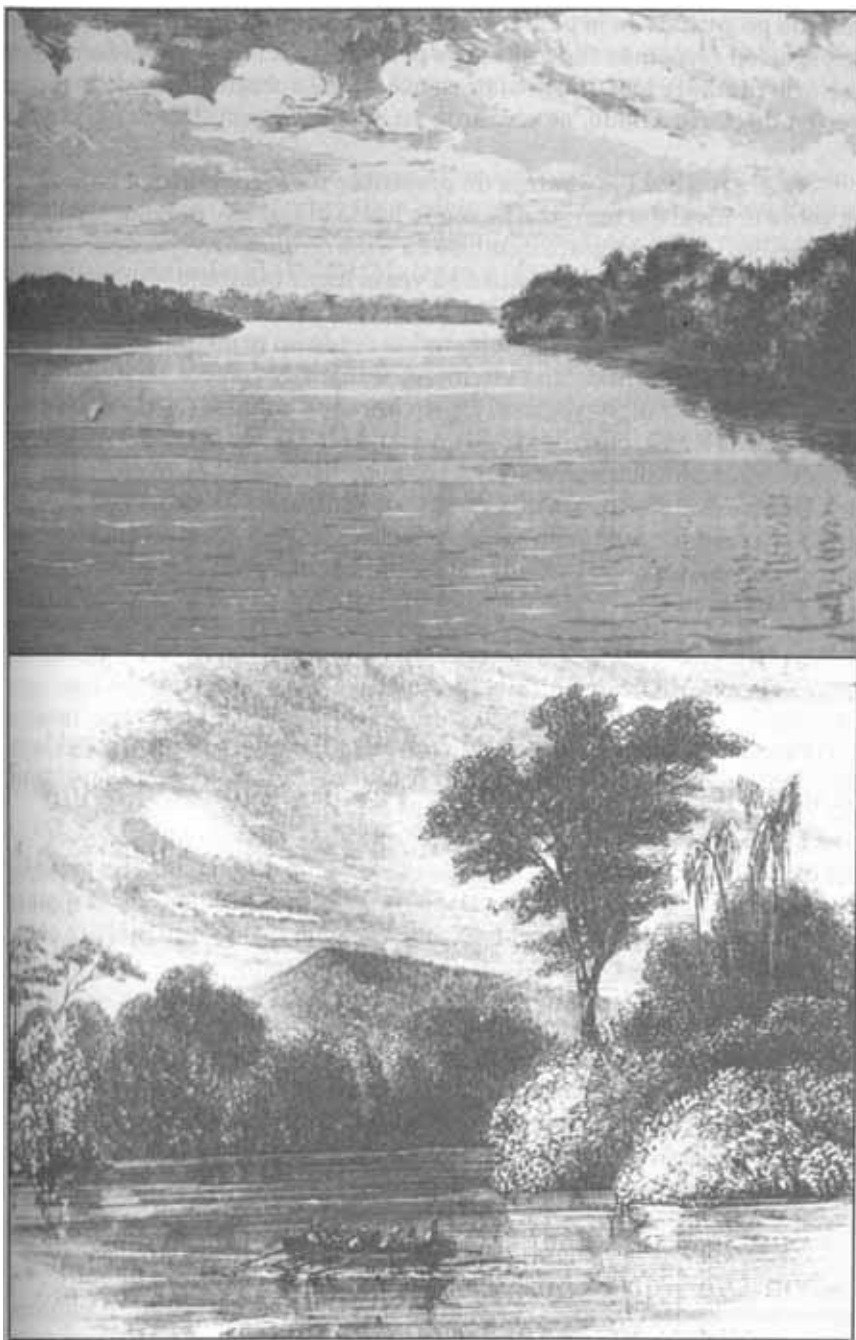


Figura 22 y 23.- Dos aspectos del río San Juan, a la salida del lago de Nicaragua (arriba) y más allá de los raudales (abajo). (Menocal-Comisión Canalera, y Squier respectivamente).

sentido geográfico de la palabra, el San Juan es un canal de desagüe; su navegación sería más expedita si no presentara a mitad de su curso una serie de raudales que, hasta el presente, siguen obstaculizando la navegación de cierto calado, no obstante su apreciable caudal.¹

Nicaragua goza la ventaja de presentar un amplio lago a baja altura sobre el nivel del mar, con desagüe hacia el Caribe, apenas separado del Pacífico por un angosto istmo de 18 Kms de anchura en su parte más estrecha. Este istmo representa a su vez el lugar más bajo —40 metros— de la divisoria continental, desde Alaska hasta Patagonia. Estas circunstancias geográficas fueron consideradas desde un principio como favorables para la apertura de una vía interoceánica. En efecto, bastaba subir por el río San Juan, navegar el lago y abrir un canal a través del estrecho istmo de Rivas, para pasar de un mar a otro. Tal posibilidad tuvo una gran trascendencia histórica y geopolítica, (al menos antes que los Estados Unidos decidieran abrir el canal por Panamá), y en cierto modo dominó el escenario histórico de la América Central desde el mismo momento en que los conquistadores españoles exploraron el lago de Nicaragua y buscaron una salida hacia la Mar del Norte por el río San Juan.

Primeras referencias sobre los lagos

Fue la gente de Gil González de Avila la primera en avistar el lago de Nicaragua, en abril de 1523, del cual tomara formal posesión el propio capitán de la expedición.²

A Gil González le llamó la atención la magnitud de aquella masa líquida, los cambios de nivel en su espejo de agua y el sabor de las aguas, pero más que todo, la sospechada conexión que podía existir entre el lago y la Mar del Norte.

Cupo a Francisco Hernández de Córdoba el descubrimiento del lago de Managua, en el siguiente año, y averiguar su comunicación con el lago de Nicaragua. Córdoba echó un bergantín en las aguas de este último e hizo que Ruy Díaz, Hernando de Soto y Sebastián de Benalcázar lo explorasen a partir de Granada, hasta encontrarle desagüe en la ribera opuesta por medio del río San Juan, por cuyas aguas estos capitanes bajaron hasta los primeros raudales.

Parece que en aquellos tiempos los indígenas no aprovechaban los lagos como vías de navegación. Los fuertes vientos que los agitan, capaces

¹ Sobre las características geográficas del lago de Nicaragua y del río San Juan, véase la obra del autor *Nueva Geografía de Nicaragua*. p 220–222, 233–239, 342–347. Editorial Pinsa. Managua, 1970.

² Ver Capítulo II de esta misma obra.

de hacer zozobrar a las endebls canoas, así como la ausencia de importantes poblaciones en las riberas opuestas, explican quizás la falta de tráfico en sus aguas salvo, desde luego, aquella circunscrita a las costas con fines de pesca.³

Tampoco se sabe sobre la navegación lacustre por parte de los españoles, salvo por un comentario que adelantara el cronista Cibdad Real a finales del siglo XVI, quien menciona que cierto transporte de mercancías existía entre León (Viejo), Mateare y Managua por el lago, y luego en carretas desde este último pueblo hasta Granada.

El cronista Pedro Mártir de Anglería se refiere al descubrimiento del lago de Nicaragua por parte de Gil González de la siguiente manera: “[...] halló un lago de agua dulce tan largo que no pudieron explorar su fin, y cuentan que sus aguas experimentan flujo y reflujo, por lo cual opina que debe llamarse mar de agua dulce, y dice que está lleno de islas”.⁴

La sospecha que el lago desaguaba en la Mar del Norte, no obstante distar pocas leguas de la Mar del Sur, aún persistía diez años después, según un testimonio de fray Bartolomé de Las Casas, quien escribía a un personaje de la corte española: “También sepa vuestra merced que esta aquí una laguna que tiene ciento y tantas leguas en hoja. Créese que va a parar a la mar del Norte... Yo he mucho inducido a los vecinos que vayan a descubrir el Desaguadero desta laguna, y todos lo desean, y creo que lo harán”.⁵

Pocos años antes, en 1529, Pedrarias Dávila había enviado una expedición de reconocimiento al río Desaguadero, la cual estuvo a cargo de Martín Estete y Gabriel Rojas. El primero de estos capitanes bajó por el río y sus raudales, remontó uno de los afluentes, pero no logró llegar hasta la verdadera desembocadura del río a causa de la feroz resistencia que opusieron a su avance los bravos indígenas de la región.

En el tiempo cuando Estete y Rojas exploraron el río, vivía en León el Cronista de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, a quien se debe la más completa relación sobre las características de los lagos, aunque con muchas imperfecciones dado los limitados conocimientos que se tenían entonces sobre las dos masas lacustres y sus conexiones.

³Tanto la costa norte del lago de Managua como la del lago de Nicaragua son pantanosas y están sometidas a variaciones estacionales por cambios en el nivel de las aguas, que es máximo en noviembre y mínimo en mayo. Los suelos inmediatos son arcillas negras de baja fertilidad, (a diferencia de los suelos volcánicos y aluviales junto a la ribera sur), circunstancias que posiblemente desalentaron el asentamiento de poblaciones indígenas en sus orillas.

⁴*Nicaragua en los Cronistas de Indias: Pedro Mártir de Anglería*. FPCBA. Serie I. p. 37. Managua, 1975.

⁵*Nicaragua en los Cronistas de Indias: Bartolomé de Las Casas*. FPCBA. Serie I. p. 76-77. Managua, 1975.

En efecto, se sabía que el lago de Managua, (o laguna de León, como se le llamaba entonces), desaguaba por medio del “río” Tipitapa en el *lago de Nicaragua*, (laguna de Granada según los españoles), el cual a su vez lo hacía por el río Desaguadero hacia la Mar del Norte. También se sospechaba que el Desaguadero salía a la dicha mar en un lugar llamado Cartago (actual Caratasca, Honduras), posiblemente influidos por aquella creencia de Gil González que en esa dirección se verificaba la descarga de las aguas en el océano. Oviedo escribe al respecto: “Otra laguna hay mayor que la que he dicho, (se refería al lago de Managua), en quien descarga la primera, é noticia hay de otra tercera más hacia el Norte, é así ha parecido ser la verdad...é de poco tiempo acá se sabe é se tiene por cierto que sale a la mar del Norte, que llaman Cartago...”⁶

La “tercera Laguna” creyó verla Estete desde las brumosas alturas de la cordillera volcánica de Costa Rica, sin sospechar que se trataba en verdad del mar Caribe. La fábula de un tercer lago se desvaneció cuando diez años más tarde la expedición de Alonso Calero, que bajó por el río San Juan hasta el mar, descubrió en lontananza una embarcación de vela, señal que vino a confirmar a los expedicionarios que se hallaban en el mar y no en un lago interior como suponían.⁷

El cronista Oviedo concluye afirmando que las “lagunas” no son dos o tres, sino una sola, por el hecho de encontrarse comunicadas entre sí. La conexión entre las dos primeras la describe como estrecha y de tan poca profundidad que un hombre podía atravesarla en la época de verano, llegando el agua a no mayor altura que el pecho, “e aquel passo o el cacique se llama Itipitapa”.

Además de la angostura del río Tipitapa en su salida del lago de Managua, obstaculizaba la navegación un conjunto de rocas que obligaban a las aguas saltar, tal como lo comenta Juan López de Velasco a finales del siglo XVI: “Desagua esta laguna en la de Granada por un salto muy grande, por el cual no se puede pasar de la una a la otra, aunque entrambas se navegan con canoas”.⁸

El mencionado “salto” de Tipitapa es en realidad una falla de rocas que se alza del lecho del río, cerca de una fuente termal, donde las aguas

⁶ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. FPCBA. Serie III. p. 303. Managua, 1976.

⁷ El concepto, aparentemente obvio, que el mar es salado y los lagos son de agua dulce, no estaba tan arraigado en la península ibérica en el siglo XVI. De ahí que los españoles hayan bautizado al ventoso lago de Nicaragua como Mar Dulce y considerado, al revés, que el mar Caribe era otro lago; en este último caso también se engañaron por la escasa marea y laxitud de las ondas que sus aguas despliegan frente el litoral nicaragüense.

⁸ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: López de Velasco*. FPCBA. Serie I. p. 177. Managua, 1975.

corren torrentosas en época de llenas, observación que después constataron algunos viajeros del siglo pasado como Squier y Fröebel.

Del “salto” para arriba, el “río” Tipitapa forma como un estero del lago de Managua. Aguas abajo, se ensancha en el charco de Tisma y se continúa con el estero de Panaloya, que son prolongaciones en sentido opuesto del lago de Nicaragua. El “salto” ha impedido que los tiburones y pesierras del lago de Nicaragua invadan las aguas del lago de Managua.

De las islas lacustres

El lago de Managua presenta solamente una isla de importancia que es Momotombito, llamada Cocobolo por los indígenas debido a la abundancia del árbol de ñámbar, (*Dalbergia retusa*), que en ella existe. Se trata de un pequeño cerro volcánico extinto, en forma de bonete, que se eleva 400 metros sobre el nivel del lago. Su cumbre está erosionada al extremo de no reconocerse cráter terminal. Una densa vegetación reviste las laderas, cubriendo con verdor las rocas basálticas que conforman la isla. En la actualidad ésta se encuentra deshabitada, salvo por las visitas ocasionales de pescadores que aprovechan la rica fauna ictiológica que merodea en contorno.

El cronista Torquemada menciona a Momotombito como un “[...] islón gracioso, con un peñol, casi a la vista de la ciudad”. No obstante que la isla era perfectamente visible desde León Viejo, pues dista no más de quince kilómetros, parece no recibió mayores comentarios de los españoles que habitaron aquel pueblo. Tampoco se sabe que fuera explorada posteriormente, sino hasta mediados del siglo pasado cuando el diplomático norteamericano Ephraim G. Squier arrimó a su costa y descubrió en ella un santuario aborigen, con varias estatuas precolombinas escondidas entre el bosque.

El lago de Nicaragua, por otra parte, contiene numerosas islas, siendo las más notables Ometepe y Zapatera, de 276 y 55 Kms² respectivamente. Ambas son de origen volcánico, sobresaliendo en la primera los elevados conos Concepción (1610 m sobre el nivel del mar) y Maderas (1345 m), siendo el primero el único activo de los dos. Zapatera es una antigua caldera volcánica muy erosionada. Su origen posiblemente es anterior al del lago, ya que se encuentra rodeada por varios cráteres adventicios que forman islotes semihundidos en las aguas lacustres.

En el extremo suroriental del lago está ubicado el archipiélago de Solentiname. Lo forman 36 islas, la mayor de las cuales apenas se eleva

unos 200 metros sobre el nivel de las aguas. Las rocas son vulcanitas antiguas del periodo Terciario. De igual conformación geológica son las islas de Nancital, unos 20 islotes bajos junto a la costa de Chontales.

Próximas a Granada se localizan Las Isletas, un archipiélago de 300 islotes rocosos, antiguamente llamados Los Corrales. Están regadas en torno a una arqueada península, resto sobresaliente de una antiquísima caldera volcánica (Asese) sumergida en el lago. En medio de los enormes bloques de basalto que se amontonan para formar los islotes se destaca una lujuriente vegetación tropical bañada por las brisas lacustres. Estas islas paradisíacas, con sus cocoteros, frondosos árboles, rica avifauna y abundante pesca alrededor, constituyen uno de los sitios de mayor atracción turística en el país.

Otras islas menores se encuentran junto a la costa de Chontales. El cronista Oviedo, refiriéndose a las ínsulas del gran lago, escribe textualmente:

"Hay dentro muchas islas de muy buenas maderas é para ganados é otros servicios. Hay otros islotes e peñones dentro desta agua dulce; pero la principal isla que en ella hay es de más de ocho leguas de circunferencia y está poblada de indios, é otros tiempos lo estuvo más, é avía en ella nueve o diez pueblos, y es muy fértil, de muchos venados é conejos, é llámase esta isla Ometepet, que quiere decir dos sierras: Ome quiere decir dos, e tepet quiere decir sierra. La una é otra sierra están continuadas, é la que está a la parte del Leste (volcán Maderas) es más baxa que la que está hacia el Poniente (volcán Concepción), é aquella más alta es tan alta, que muy pocas veces se puede ver la cumbre della".⁹

Indudablemente Ometepe, formada por la entabladura de los dos volcanes, poseía suelos muy fértiles para sostener a los pueblos que menciona Oviedo, además de los recursos de fauna y pesca. La isla es célebre por su gran riqueza arqueológica, tanto en estatuaria como en alfarería, sobresaliendo entre esta última varios tipos de cerámica policroma, famosos por sus delicados diseños, decoración y acabado, que corresponden a las postreras artes de los Nicaraos en la víspera de la llegada de los españoles.¹⁰

La región oriental de la isla, que corresponde al volcán Maderas, estaba revestida por exuberantes bosques; de ahí deriva el nombre del volcán y de esa parte de la isla. En realidad, en algunos documentos coloniales se habla de la "isla de la Madera" como separada del resto de Ometepe. Así debió de ocurrir durante las llenas del lago, cuando el angosto

⁹ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. FPCBA. Serie III. p 368. Managua, 1976.

¹⁰ En lo concerniente a la arqueología de la isla de Ometepe véase Lothrop, S.K.: *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*. Museum of American Indian, Heye Foundation. 1926. También ver Paul H. Healy: *Archaeology of the Rivas Region, Nicaragua*. Wilfrid Laurier University Press, Ontario. 1980.

istmo de Istian, que separa actualmente a los dos volcanes, quedaba anegado por las aguas invasoras.¹¹

El cronista Torquemada reconoció el carácter volcánico de Ometepe al comparar sus “dos sierras” con la de Tenerife (volcán Teide), en las islas Canarias, y agrega además:

“Boja esta isla veinte leguas. Está a vista de Nicaragua (istmo de Rivas). Para pasar a ella han de atravesar dos leguas de agua. Cógese en esta Isla Centli (maíz), Axi (chile), Algodón, Frijoles, Calabazas y muchas frutas de las que ai en Tierra caliente. Ai también en ella muchos venados de los pequeños, y Monas pequeñas, de las de Cabeza blanca. La segunda isla se llama Solentiname. Boja ocho leguas. La tercera isla poblada se llama Coatenametl. Esta es pequeña, que no boja más de dos leguas. La quarta se dice Taca-Xolotepec, tiene de boj cinco Leguas; también en ella ai de los venados pequeños. La quinta Isla poblada se llama Chomitl-Tenamitl: Los españoles la pusieron Nombre, la isla del Zapatero. La sexta y última Isla poblada, se dice Comaltenamitl.”¹²

Torquemada también menciona que el lago de Nicaragua, al que llama Laguna de Granada, tiene de largo treinta leguas como mínimo y de ancho veinte, lo cual se aproxima bastante a la longitud de sus dos ejes. Hace notar además que el lago recibe la afluencia de numerosos ríos y arroyos, siendo sus peces muy abundantes, así como también los temibles caimanes.

El río San Juan y su entorno

El *San Juan* discurre en una amplia planicie aluvial, en el extremo oriental de la depresión lacustre de Nicaragua, llevando las aguas del lago mayor al mar Caribe después de un recorrido de 190 Kms. Su cuenca norte recoge las corrientes que bajan de las últimas serranías de Chontales. Estas forman un conjunto de cerros bajos y lomas que declinan en altura hasta morir junto al río, dejando su lecho sembrado de rocas que sobresalen como raudales en la parte media. Por el sur se extienden las amplias llanuras de Los Guatusos, San Carlos y Tortuguero, que llegan hasta el pie de la cordillera volcánica de Costa Rica, donde tienen sus cabeceras los dos afluentes más caudalosos: San Carlos y Sarapiquí.

De la salida del lago hasta El Castillo, el río es un amplio canal de desfogue, con anchura promedio de 300 metros, formando amplias cur-

¹¹ En el mapa de Stephen Kemble, uno de los ingleses que comandó la incursión al río San Juan en 1780, aparecen las islas de Ometepe y La Madera como separadas (*Collections of The New York Historical Society for 1884. Vol. XVII. N.Y.*). En el siguiente siglo los viajeros Thomas Belt y Carl Bovallius se refirieron a Ometepe como si estuviera formada por dos islas.

¹² Los perímetros dados por Torquemada para algunas de las islas parecen ser estimaciones aproximadas. Solentiname es Mancarrón, la isla mayor del archipiélago; Taca-Xolotepec, Mancarroncito posiblemente. La isla hoy llamada La Venada puede ser Coatenametl, y Comaltenamitl la isla Fernanda. Ver en la obra original de Juan de Torquemada el Libro Tercero. Cap. XXXIX.

vas y bifurcándose en algunos trechos para dejar alargados islotes en medio. Las aguas serpentean entre terrenos bajos, sujetos a inundación, sin velocidad aparente. Más adelante se presentan los raudales, (*El Toro, El Castillo, Las Balas, San Pablo, Diamante, Machuca y Campana*), siendo los segundos los más difíciles de salvar —pues se extienden a lo ancho de la corriente, proyectando algunas rocas en ciertos puntos— excepto por livianas canoas conducidas por boteros diestros que conocen bien la corriente.

A continuación el río se desliza entre cuellos rocosos, profundizando su lecho y adquiriendo las aguas mayor velocidad, para explayarse luego en el sector llamado “aguas muertas”, antes de llegar a la confluencia del San Carlos. Una vez pasada la desembocadura, el río duplica su anchura inicial y continúa su curso rectilíneo por algunos trechos, o “tablazos”, dejando en medio largos islotes y bancos de arena anclados por la vegetación emergente.

Finalmente, en su curso inferior la corriente se bifurca en varios ramales originando un delta con amplias áreas pantanosas y lagunetas atrapadas. Antes de 1860 el ramal principal conducía el mayor volumen de agua hacia la hermosa laguna litoral de San Juan del Norte, (*Greytown Harbor*, según los ingleses), que está separada del mar por una barrera arenosa en arco, salvo donde se verifica la desembocadura. Un segundo ramal era Taura, que se mantuvo abierto a la navegación durante gran parte del período colonial. En la actualidad, sin embargo, el mayor caudal se dirige hacia Colorado, donde el río sale al mar Caribe pasando sobre una barra sumergida. Los cambios en la desembocadura del San Juan han sido notables, según se puede constatar en los mapas del puerto de San Juan del Norte en los últimos dos siglos.

Quizás la característica más impresionante de la cuenca del San Juan es la enorme pluviosidad a que está sometida. En efecto, en la distancia lineal de 120 Kms que separa el lago del mar —a lo largo de la cual serpentea el río— la precipitación se incrementa vertiginosamente en dirección al Caribe, pasando de los 2,000 a los 6,000 mm de lluvia anual, lo que equivale a decir que a lo largo del río llueve de ocho a doce meses en el año.¹³

Las altas temperaturas que prevalecen en el valle del San Juan, más la tremenda precipitación que recibe, han propiciado el desarrollo de una exuberante selva tropical, con alta densidad de especies animales y ve-

¹³Sobre la climatología y geomorfología del área del río San Juan, véase la tesis de Jeffrey Radley: *The Physical Geography of the East Coast of Nicaragua*. University of California, 1960. Cap. II y IV.

getales por unidad de superficie. Muchos nichos ecológicos son llenados por las formas vivientes, habiendo sido también aprovechados por los primitivos habitantes de la región. Ello, en cierto modo, contradice la creencia generalizada que las selvas tropicales son ambientes inhóspitos, prejuicio típico del hombre blanco, que desconociéndolas se mostraba incapaz de soportar sus rigores. Solamente así se explica cómo los primeros españoles que se aventuraron por el río San Juan padecieron —e incluso murieron de hambre— en medio de aquel paraíso natural. Así lo confirma la relación de Alonso Calero, que junto con Diego de Machuca organizó una expedición con el objeto de llegar hasta la desembocadura del río. Menciona Calero al respecto los numerosos pueblos indígenas esparcidos entre la selva, los cuales cultivaban maíz, chile, yuca y otros tubérculos, (además del nutritivo pijibay), sin contar con la abundantísima caza y pesca que suplían a los indígenas con las proteínas requeridas en su dieta. La gente de la partida de Machuca —que se internó por el río Sábalo hasta las cabeceras del Punta Gorda— tuvo que comerse los caballos que llevaban para no perecer de hambre, una vez agotadas las provisiones que llevaron de Granada.

Pero antes de iniciar la narración sobre las primeras exploraciones por el río San Juan, conviene abrir un paréntesis para presentar a los pobladores originales que vivían a uno y otro lado del río.

Primitivos habitantes del Desaguadero

Al tiempo de las expediciones de Martín Estete en 1529 y de Calero y Machuca, diez años después, la cuenca selvática del río San Juan estaba poblada por varias tribus que hablaban distintas lenguas. Para suerte de los españoles que se aventuraron la primera vez por el río, lograron capturar a un indígena de las islas de Solentiname, “[...] el qual trató de ser tan bueno que sabía muy bien el río y tres o cuatro lenguas que en él se platycan”, escribía Calero.¹⁴

Las tribus que originalmente habitaban el río eran: los Guatusos, habitantes del río Frío, (que desagua en el lago de Nicaragua muy cerca de donde éste descarga por el río San Juan), así como pobladores de las islas de Solentiname; su lengua era idéntica a la de los Corobicies según Lothrop, de los cuales posiblemente descendían; los Melchora que vivían en el río Sábalo, principal afluente del San Juan por la ribera norte; formaban parte de la gran tribu de los Ramas, cuyos dominios se extendían

¹⁴ DHN. Tomo VI. p. 78.

hasta el río Punta Gorda.¹⁵ También estaban los Botos, ubicados en la parte sur del río, a lo largo de los afluentes San Carlos y Sarapiquí, hasta las laderas de los volcanes Poás, Irazú y Turrialba, emparentados lingüísticamente con los Güetares de la meseta central de Costa Rica; y finalmente los Suerres, que se extendían entre el delta del San Juan y la desembocadura del río Pacuare; su lengua debió ser afín con la de los Talamancas.¹⁶

No obstante compartir el mismo ambiente fluvial y selvático, estos grupos se hacían la guerra con frecuencia, según lo supo Calero. El capitán indica en su *Relación* que las tribus se encontraban esparcidas entre la selva y a orilla de los ríos, constituyendo numerosos pueblos que vivían de la pesca, la caza y de cierta agricultura. Llama la atención que después de cuatro siglos toda esa cultura selvática se haya perdido. Los bosques pluviales que aún quedan en pie en la parte norte del río San Juan están totalmente desprovistos de población indígena.

Otra de las lenguas utilizadas en el río era la náhuatl, ya que según Torquemada existía en su desembocadura una colonia de habla mexicana la cual fue bautizada como “*Desaguaderos*” por Lothrop, a falta de mejor referencia. Su presencia en la salida del río tenía posiblemente relación con el comercio del oro procedente de Veragua y Talamanca, el cual era conducido aguas arriba del río San Juan hacia Chontales, Segovia y Olancho, a lo largo de una de las rutas que establecieron los comerciantes aztecas o *pochtecas* entre México y las regiones auríferas del istmo, conocimiento que suscitó después el interés de la corona española por la exploración del río.

En efecto, un grupo de gente de habla náhuatl que había arribado con propósitos comerciales a la bahía de Cerebaró, (hoy Almirante, junto a la frontera actual de Costa Rica y Panamá), decidió quedarse en ese lugar cuando supieron de la caída del imperio de Moctezuma. Uno de sus descendientes, el cacique Iztolin, conversó en náhuatl con Juan Vázquez de Coronado en 1564. Otro explorador, Juan Estrada de Rávago, confirmó la presencia de aztecas en la región caribe de Costa Rica, cuando escribía lo siguiente: “El gran rey Montezuma, que envió sus exercitos... en

¹⁵ Algunas familias remanentes de este grupo todavía habitaban en las orillas del río a mediados del siglo XVIII, manteniendo ciertas relaciones con la guarnición de la fortaleza de El Castillo, aunque nunca quisieron ser cristianos.

¹⁶ Ver la obra de Lothrop, citada en Nota 10. También Carlos Gagini: *Los Abortgenes de Costa Rica*. San José, 1917.

Linda A. Newson en su reciente obra, *Indian Survival in Colonial Nicaragua*, (University of Oklahoma Press, 1987. p. 37), afirma que los Rama eran más bien un subgrupo de los Botos. Aparentemente todas las tribus que vivían en la cuenca del San Juan pertenecían a la misma familia lingüística de los Chibchas.

demanda de la dicha provincia de la cual tuvo muy especiales piezas de oro en su poder... y he visto reliquias de sus soldados y exércitos que se llaman Nauatatos".¹⁷

La colonia de los Desaguaderos, en la desembocadura del San Juan o cerca de ella, correspondía posiblemente a un pueblo llamado Talalegual, localizado por una partida enviada por el gobernador Contreras cuando en 1540 salió en busca de Calero. En dicho pueblo se hablaba el náhuatl y su cacique "[...] como hera lengua de nycaragua descubrió todos los secretos de la tierra al señor governador".¹⁸

El río San Juan era por consiguiente una importante ruta de relación entre las culturas de Mesoamérica y los grupos selváticos del Caribe, los que a semejanza de los Chibchas maleaban oro en figurillas. El arte de evidente sello suramericano avanzó por el Darién, Veragua, Talamanca y llegó más al norte del San Juan, hasta Chontales, donde se han encontrado amuletos de oro. La comunicación fluvial fue mantenida aparentemente en secreto por varios años, después de la llegada de los primeros españoles al país; explica a su vez por qué el gran cacique Nicaragua fingió ignorar si la Mar Dulce tenía algún desagüe, ante las preguntas de Gil González.

Primeros intentos en la exploración del Desaguadero

Navegando por la costa de Honduras el piloto Andrés Niño no pudo encontrar, en 1524, la sospechada desembocadura de la Mar Dulce que su capitán Gil González le había pedido reconocer para consolidar el descubrimiento realizado en la tierra del cacique Nicaragua el año anterior.

Casi en la misma época, el capitán Ruy Díaz navegaba en las aguas del lago de Nicaragua hasta descubrir su salida por el río Desaguadero. Pero no pudo avanzar más allá y alcanzar el océano debido a los difíciles raudales que se interponían en medio del río.

A finales de 1528 Pedrarias Dávila, siendo ya gobernador de la provincia de Nicaragua, destacó a Martín Estete y a Gabriel Rojas para que fuesen a explorar el río Desaguadero, en cuyo intento estos nuevos expedicionarios gastaron seis o siete meses, sin haber logrado llegar hasta donde el río desembocaba en la Mar del Norte. León y Granada habían

¹⁷ El episodio de Vázquez de Coronado y la cita de Estrada de Rávago son presentadas en la obra de Lothrop. Vol I. p. 10 y 28, citada atrás.

¹⁸ DHN. Vol IX. p 528 y 534. Talalegual es posiblemente vocablo azteca, *tlatlí-xalli-cuali*, "suelo arenoso bueno", la playa de San Juan del Norte.

quedado casi vacías, pues además de la gente que andaba en busca de oro en el norte, la expedición al río Desaguadero la formaban unos 140 españoles, apoyados por numeroso contingente indígena. En el trayecto, Rojas expedicionaría por tierra y Estete por agua, con la instrucción de fundar un pueblo en la propia desembocadura del río, que sería llamado *Gante* en homenaje a Carlos V, que había nacido en esa ciudad flamenca.

La expedición, en efecto, resultó en un verdadero fracaso, perdiendo la vida varios españoles y muchos indígenas acompañantes. Estete, más interesado en el rescate del oro que en encontrar la salida de un río, cambió de rumbo, ascendiendo por uno de los principales afluentes del San Juan, (el Pocosol, hoy río San Carlos), hasta el país de los Botos en las faldas del volcán Poás, tratando de someter por la fuerza a los indígenas. Luego pasó rompiendo selvas hasta acercarse al delta del Desaguadero, padeciendo de penurias, para finalmente encontrar tenaz resistencia por parte de los indios Suerres, que lo empantanaron y cortaron el paso hacia la costa. Muy mal la hubiese pasado de no intervenir Gabriel Rojas, quien con su gente acudió en el momento oportuno en ayuda de Estete, rescatándole de perecer a manos de los bravos indígenas. El episodio es descrito por Oviedo de la siguiente manera:

“Siguióse quel año de mill é quinientos é veynte y nueve Martín de Estete fue por mandato de Pedrarias a una provincia que se dice Votto con cierta gente, para ver el fin destas lagunas é si yban a vaciar en la mar del Norte, pues que la primera llevaba su curso a vaciar en la segunda. E como este capitán sabía más de amotinarse é revolver que no de la guerra ni exercitarla, como debía, dióse mal recabdo é volvió huyendo é desbaratado, é le mataron algunos chripstianos é indios de los de servicio, que llevaban: é si no fuera por el buen ánimo y esfuerzo del capitán Gabriel Roxas, no quedara español con vida. El qual hizo cara a los enemigos é peleó como muy valiente soldado y experto capitán en cierto passo, de tal manera que resistió los contrarios é se pudieron recoger los chripstianos é salir de ciertos trampales é ciénagas e donde estaban quassi perdidos, si por este capitán no fuera... En aquel viage que Estete hizo a Votto, se ovo noticia de otra tercera laguna, e desde ciertas cumbres algunos soldados españoles la vieron muy lexos, tanto que unos decían que era agua é otros lo ponían en dubda”.¹⁹

No obstante el poco provecho que resultó de la expedición, la cual estuvo de regreso en León en abril o mayo de 1529, alguna información sobre la riqueza potencial del área debió haberse filtrado para estimular a otros aventureros en la prosecución de la búsqueda del fin del río. Para entonces la apertura del puerto de La Posesión (El Realejo) en el Pacífico —que desde el año anterior permitía el atraque de barcos procedentes de Panamá y su retorno cargados de esclavos indígenas— pospuso por un tiempo el deseo de reconocer el entero curso del Desaguadero.

¹⁹ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. PCBA. Serie III. p. 363–364. Managua, 1976.

El interés por renovar la exploración del río resurgió a mediados de 1535 cuando Francisco Sánchez, escribano de la ciudad de Granada, envió a la reina de España el siguiente recado:

"...junto a esta cibdad de Granada de que bevemos está una laguna de agua dulce que boja ciento y treynta leguas, sale della un desaguadero que va a la mar del Norte ques a la despaña ques un río que della sale como el de Sevilla, ay aquí a la mar del norte que digo muy grand noticia de mucha gente y muy rica en oro y della se llevó lo de Montezuma y Yucatán, tierra muy poblada y segund los indios dizen de aquí no muy lejos".²⁰

La carta del escribano indudablemente intrigó a la reina Juana, así como la posibilidad de localizar aquella ruta por donde pasó oro rumbo a las arcas de Moctezuma. La contestación de la soberana, fechada en Valladolid un año después, ordenaba lo siguiente:

"[...] nuestro governador que es o fuere de la provinzia de nycaragua yo soy ynformada que junto a la cibdad de granada ques en esa tierra ay una laguna de agua dulce que boja ciento é treynta leguas y sale della un desaguadero que va a la mar del norte ques un río muy grande como guadalquivir que pasa por sevilla y que desde el dicho desaguadero a la dicha mar del norte ay noticia de mucha jente e muy rica de oro que tenya montezuma e porque a vuestro servicio convyene saber el secreto del dicho río yo vos mando que luego hays aderezar los vergantines que vos pareciere de jente y bastimento y otras cosas necesarias y envieys con ella una persona de recabdo e confianza que descubra la dicha tierra e sepa los secretos della".²¹

Ya para entonces la iniciativa de explorar nuevamente el desaguadero estaba en marcha. Diego Machuca de Suazo y Alonso Calero, vecinos de Granada con repartimientos en Nindirí, Tisma y Tipitapa, se habían asociado con el nuevo gobernador Rodrigo de Contreras, (yerno del entonces difunto Pedrarias), para llevar a cabo la empresa descubridora.

La triste experiencia anterior de Estete y el reclutamiento forzado que éste hiciera con los indígenas de aquellos pueblos, hacía temer nefastos resultados de la expedición en la mente de fray Bartolomé de Las Casas, quien se oponía al viaje y predicaba en contra desde el púlpito de Granada. Sin embargo, desafiando todos los pronósticos, Machuca y Calero se fueron al río San Juan por tierra. La experiencia debió haberles resultado dura, pues 16 de los acompañantes se amotinaron y regresaron a León, y aunque Contreras afirma que avanzaron más de 100 leguas, es posible que los dos capitanes no pasaran más allá de la entrada del río, regresando a Granada con las manos vacías a finales de 1536.²²

La carta de la reina motivó a Contreras a realizar un segundo intento, dando esta vez la jefatura a Calero. La misión incluía la construcción

²⁰ DHN. Tomo III. p. 406-409.

²¹ DHN. Tomo III. p. 458. También ver Tomo IX. p. 385.

²² Eduardo Pérez Valle: *"El Desaguadero de la Mar Dulce"*. p. 77-81. FPCBA. Managua, 1977.

de barcos para cruzar el lago, ahorrando el camino por tierra, y poner proa directa hacia el Desaguadero. Los preparativos tomaron más de un año en alistarse, pero en abril de 1539 Calero y Machuca estaban nuevamente dispuestos a la conquista del río.

Navegando por la costa de Chontales

La Relación sobre la exploración del río San Juan realizada por los capitanes Alonso Calero y Diego de Machuca fue escrita por el propio Calero y aunque no indica lugar ni fecha se asume que fue hecha a finales de 1539, o principios del año siguiente, en Nombre de Dios, (costa norte de Panamá), a donde arribó este capitán después de la azarosa aventura.²³

Además de su valor como testimonio histórico, la Relación resultó también ser la primera descripción detallada de una exploración al interior del territorio nicaragüense.

Calero y Machuca obtuvieron “el favor” de Rodrigo de Contreras, a la sazón gobernador de la provincia de Nicaragua, para financiar y alistar con sus propios medios una segunda expedición al Desaguadero, usando esta vez la vía acuática. Con tal motivo dieron a construir en el astillero de Las Isletas, cerca de Granada, una fusta, un bergantín, (llamado San Juan), y una barca grande sin velamen. Alistaron, además, cuatro canoas auxiliares. La expedición se componía de unos 130 españoles y un conjunto no determinado de indígenas. El equipaje consistía de 35 caballos, muchos cerdos y aves de corral, carne salada, maíz, vino, etc., con la idea de conquistar y poblar la región donde suponían existía mucho oro. Con tal intención llevaban carpinteros, herreros, fundidores y hasta un cura, cuya misión resultó al fin y al cabo no en bautizar a indígenas conversos sino más bien absolver a españoles moribundos.

El 7 de abril de 1539 partió la expedición de Las Isletas. Temiendo los vientos del lago y el peso del cargamento, se realizaron dos viajes hasta la isla de la Ceiba, (hoy Isla Grande, frente a Puerto Díaz), situada a unos 30 Kms al este, junto a la costa de Chontales, puesto que “[...] sería peligroso atravesar el golfo de la laguna tan cargados”, labor que consumió todo aquel día.

²³ La Relación se encuentra en el Tomo VI, p 75-88 de DHN (*Documentos para la Historia de Nicaragua*). La misma fue reproducida en la Revista del Pensamiento Centroamericano Nos. 188-189, p. 7-13, (Julio-Diciembre 1965), acompañada con notas del autor. También aparece transcrita en Manuel M. Peralta: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el Siglo XVI*. Librería Murillo. Madrid, 1883.

En la siguiente mañana continuaron las embarcaciones costeano rumbo al sureste, hasta alcanzar una punta que posiblemente correspondía a la desembocadura del actual río Mayales. La navegación se hacía principalmente a vela por la mañana aprovechando la brisa terral, pero después de mediodía cuando el viento del lago arreciaba por la proa se recurría a los remos, dispuestos en dos filas de 15 y 12 bancos en la fusta mayor y el bergantín respectivamente. La primera remolcaba la barcaza donde viajaban los animales.

El tercer día de navegación fue tiempo perdido, pues soplando vientos contrarios por la tarde y cundiendo la alarma que la barca hacía agua, el capitán mandó costear, siendo en el acto empujados hacia el punto de partida, de tal manera que “[...] no se pudo tornar tan presto que no tornasen para atrás todo lo que aquel día se avía andado”.

En vista del poco progreso y de la mucha carga, decidió Calero que Machuca y alguna gente tomasen los caballos y fuesen por tierra siguiendo la costa, conviniendo en encontrarse en diferentes puntos a lo largo de la playa. Al quinto día pasaron por la desembocadura de un río, (el estero de Polanco), donde el capitán desembarcó para toparse con Machuca y ayudarle a pasar los caballos, en canoas, por todo el ancho de la desembocadura —12 brazas según la relación— proveyéndole del bastimento necesario para que prosiguiese adelante con la cabalgata por cuatro días adicionales.

En la mañana del séptimo día izaron velas, con poco avance por los vientos contrarios. Un día después anclaron frente a las islas de Mayalí, (archipiélago de Nancital), situadas junto a la costa, descansando por el resto del día. Como la costa chontaleña es de bajo fondo, se despachó una canoa en busca de Machuca. Este fue localizado e insinuó un tercer encuentro unas tres leguas adelante. Un día más empleó Calero explorando las islas de Mayalí, que eran seis o siete, sin encontrar más que dos chozas deshabitadas en un islote que llamaban Quiamegalpa, (Quimigalpa, hoy Redonda). “Más adelante topó con otra isla, (Terrón ?), donde estaba una mezquita (templo) muy ruyn (en ruinas) y muchos enterramientos donde se enterraban los indios”.²⁴

Esa tarde fueron a surgir al puerto de Mayalí, (posiblemente la ensenada hoy conocida como Catarina), que “[...] está en la costa de tierra firme, que son dos buhíos harto ruynes, y estuvimos aquel día y aquella noche”.

²⁴ Estas sepulturas llamadas “calpules” son montículos de tierra rodeados o cubiertos de guijarros; en ellas se han excavado urnas funerarias y otras vasijas usadas como ofrendas por los aborígenes.

El día 23 de abril envió Calero nuevamente a seguir el rastro de Machuca. Este había cruzado el río Oyate y envió a decir a su capitán que le esperaba frente a unas islas despobladas que estaban a unas dos leguas de donde se encontraba, (obviamente los islotes de San Bernardo, entre los actuales puertos lacustres de Morrito y San Miguelito). Hasta ese punto Machuca y su cabalgata recorrieron unos 70 Kms., distancia entre los ríos Mayales y Oyate, habiendo cruzado por las secas llanerías de Chontales de suelos negros arcillosos (sonsocuite), que en esa época estaban cuarteados por la falta de lluvia, tornando más inseguro el paso de las cabalgaduras. Estos llanos se encuentran cubiertos por una enmarañada vegetación sarmentosa con predominio de jícaros, cachitos, caraños y guiscoyoles, en medio de bejuco espinosos, que indudablemente obligaron a los expedicionarios a echar a mano de espadas y machetes con frecuencia, para poder abrirse paso entre la maraña vegetal.

Más allá del Oyate se llega al lugar de transición entre el bosque seco tropical y el monte húmedo; los ríos se tornan más difíciles de vadear. Es posible también que ya para entonces las primeras lluvias de la estación precipitasen algunos chaparrones, tornando el terreno arcilloso en verdadero fangal. El cambio de circunstancias fue obvia razón para que Calero decidiera, una vez encontrando a Machuca frente a las islas convenidas, reembarcar a jinetes y cabalgaduras y proseguir juntos el viaje por el lago. Así que “[...] mandó embarcar todos los cavallos y que no fuesen más por tierra porque llevaban mucho trabajo de ciénagas y de ríos y se hizo ansy”.

Un par de días más necesitaron para alcanzar otras dos islas que estaban a la izquierda de Solentiname, (islas del Zapote), junto a las que echaron anclas. Allí Calero ordenó a Machuca que tomase 20 hombres y fuese con el bergantín a una de las islas para conseguir un guía. En consecuencia, capturaron a un indígena que estaba en una canoa, el cual resultó poliglota y conocedor del río Desaguadero.

De nuevo reunidos, los expedicionarios enderezaron proa hasta alcanzar el extremo oriental del lago, donde inicia su curso el río San Juan, al cual arribaron a finales de abril, unas tres semanas después de la partida. La inconstancia de la navegación lacustre fue resumida por el capitán, justificando la lentitud del avance, de la siguiente manera:

“Y en toda esta costa todo lo más es baxíos, que no tyene syno una braza y media braza, a do nos era forzado desviarnos de la costa dos leguas y legua y media. El tiempo que hallábamos era que desde medio día hasta la media noche corría del Norte hasta Levante y desde media noche hasta el medio día tornaba hazia atrás hasta el Norte; de manera que mientras teníamos el tiempo por el Norte podíamos navegar hasta tanto aquel vien-

to se ponía al mediodía, que entonces nos convenía surgir porque nos daba por las proas, y aguardando el tiempo desta manera, navegábamos la costa de la dicha laguna”.

Calero monta su Real en Boca de Sábalos

En mayo se inicia la estación húmeda en la entrada del río. Las lluvias se acrecientan en forma continuada por los siguientes tres meses y en la dirección que los españoles intentaban proseguir. Este condición favorecería desde luego la navegación, en especial el paso sobre los raudales, pero por otro lado dificultaría las incursiones a pie por las selvas de los alrededores, eternamente mojadas, sometidas a un sofocante calor y pobladas de innumerables mosquitos.

La exposición continua a estas adversas condiciones provocó enfermedades y muertes entre los expedicionarios, (especialmente en casos de extenuación y desnutrición), acostumbrados como estaban al clima seco de la región del Pacífico y a los alimentos cotidianos que para ellos cultivaban y elaboraban sus siervos indígenas. Por otro lado, los habitantes nativos de estas selvas, que cultivaban en las orillas de los ríos, solían quemar sus viviendas y destruir sus cosechas, escapando al interior del bosque, por miedo a los intrusos o para desalentar su avance, tal como lo da a entender Calero en su relato.

El día primero de Mayo se inició la exploración del río. El propio capitán Calero tomó una canoa de avanzada para ir calando la profundidad y marcando el derrotero a las fustas y barcaza que le seguían. La estación seca acababa de concluir dejando al lago y al río en su más bajo nivel, pero las dos brazas de profundidad (3.6 metros), que tenía la corriente a la entrada del río daban suficiente fondo para permitir el avance de las embarcaciones. Las riberas eran bajas y cenagosas, totalmente cubiertas por vegetación emergente, entre la que anidaban numerosas aves acuáticas. Allí donde el terreno era un poco más alto, o más firme, arrancaba la muralla de árboles de la montaña cerrada.

Pasaron luego junto a tres islotes alargados que sobresalían en medio de la corriente; el mayor “tenía un tiro de arcabuz de largo”, (isla del Caño, de 1.5 Kms. de largo). Botaron anclas al atardecer, posiblemente una vez pasada la desembocadura del afluente llamado Melchora.

Al siguiente día reconocieron la boca de otro tributario (Medio Que-so) y dos islas más. Viendo que la corriente arreciaba más adelante, la flotella se detuvo por orden del capitán y él prosiguió en la canoa río abajo para luego descubrir, en una vuelta del río, a cuatro indígenas pescan-

do. Cayeron sobre ellos de sorpresa, escapando solamente uno, y les tomaron seis pescados de dos arrobas de peso cada uno. Eran estas piezas obviamente sábalos, (*Tarpon atlanticus*, especie grande que suele incurionar entre el mar Caribe y el lago de Nicaragua), los que se congregan en el raudal de El Toro. Resultaron ser el plato favorito por dos días.²⁶

En la mañana siguiente se alcanzó la amplia desembocadura del hermoso río Sábalos, donde el capitán decidió montar su real o campamento. Los indios capturados dijeron ser de Abito, un pueblo situado aguas arriba de ese importante afluente.²⁶

También supo Calero de los raudales que encontraría bajando por el río principal, teniendo a la vista el primero, (El Toro), y siendo el más difícil el segundo (El Castillo), al que los indígenas llamaban “la Casa del Diablo”.

Desde la boca del Sábalos despachó el capitán dos expediciones exploratorias; una en dirección a Abito, al mando de Damián Rodríguez y la otra, hacia los raudales, a cargo de Machuca. El primero regresó después de cuatro días sin haber dado con el pueblo. Machuca, en cambio, logró bajar el peligroso raudal del Diablo y alcanzar el penúltimo rápido —igualmente difícil— el cual lleva el nombre de este intrépido capitán desde entonces.

Una vez de regreso las dos partidas de reconocimiento decidió el propio Calero realizar una inspección a los raudales, tratando de averiguar si podían ser bajados por las embarcaciones grandes. Tomando cuarenta hombres, incluyendo al cura Morales, pasaron en cuatro canoas por todos los obstáculos, y en cuestión de dos días alcanzaron la desembocadura del gran río Pocosol, (actualmente llamado San Carlos), que baja de la cordillera volcánica de Costa Rica.²⁷

En una isla arenosa frente a la confluencia capturaron a otros indígenas y con ellos subieron por el afluente hasta alcanzar el pueblo de Pocosol, al que encontraron destruido.

²⁶ El cronista Torquemada menciona los sábalos como muy abundantes en el lago de Nicaragua y en el río San Juan, comparándolos en tamaño con las “toninas” o atunes. En la actualidad se siguen pescando hermosos especímenes entre los raudales de El Castillo y El Toro.

²⁶ Abito es vocablo rama, posiblemente corrupción de *abut*, “toboba”, la serpiente venenosa *Bothrox a-trox*, llamada por los españoles “barba amarilla”. En la margen derecha del río Sábalos se encuentra una comarca aún nombrada La Toboba.

²⁷ El río Pocosol original, fue rebautizado como río San Carlos por una guarnición que, en tiempos del rey Carlos II, se construyó en su desembocadura para impedir el avance de los piratas. Actualmente se llama Pocosol a otro afluente de menor caudal que desemboca aguas arriba de El Castillo. El nombre Pocosol es de origen Boto-Guatuso y significa “dos saltos”.

El cacique, un sobreviviente, le refirió la tragedia:

"[...] abría diez lunas que bino a mi Boto, que está el río arriba, yendo cuatro días por él y uno por sierra, (ladera de la cordillera volcánica), el qual vino con quatro canoas y mucha jente en ellas y me mató muchos yndios de los míos y me llevó muchas yndias y muchachos; abrá una luna que vino Tori, que está el río abaxo dos días, el qual me mató y llevó toda la jente, que no quedó más que yo que me escondí y estas quatro viejas que aquí veys".

El cacique de Pocosol señaló a Calero que el río continuaba sin obstáculo hasta Torí, (posiblemente donde se inicia el delta), y que desde ahí hasta Suerre, (barra del Colorado), la corriente iba muy recia y retornaban las piedras.

Recabada la información resolvió el capitán volver al real, empleando cuatro días para superar los cinco raudales, que resultaron muy trabajosos de subir para las canoas. Una vez en la boca de Sábalo tomó la decisión de no avanzar hasta tanto encontrar el pueblo de Abito en cuya búsqueda Damián Rodríguez había fallado. Para entonces las provisiones traídas de Granada se estaban agotando y urgía localizar el poblado y sus sementeras. Despachó con tal objeto a Machuca en una canoa con la gente necesaria. Este remontó el Sábalo por dos días hasta avistar los maizales del pueblo. Luego regresó al campamento donde tomó 60 hombres, algunos a caballo, para el asalto final de Abito. Calero, mientras tanto, le aguardaría en el real con el resto de la gente por dos semanas.

Pasados once días envió Machuca mensajeros, cargados de maíz, escribiéndole a Calero sobre las nuevas de la región conquistada: "[...] la tierra toda estaba poblada é visto que la población no estaba toda junta, sino cada buhío por sy, que era tierra muy sobrada de quebradas; y seys jornadas de allí está Yari, que hera pueblo grande y que la tierra era muy harta de maíz é de yuca y axí..."

Ante las buenas noticias, resolvió entonces Calero proponer a Machuca que avanzara por su lado en busca de Yari, mientras él proseguiría bajando por el Desaguadero para reunirse más adelante. Escribiendo en tercera persona el capitán dice en su relación: "plega a Dios de encaminarlos el uno por el río e al otro por syerra", con la esperanza de volver a juntarse posiblemente en la costa del Mar del Norte.

Tomada la resolución levantó el campamento, el 8 de junio, para continuar río abajo con el resto de la gente.

El Achemar del Río y su nombre

Con enorme esfuerzo lograron los expedicionarios pasar las fustas y la barca sobre los temidos raudales de la Casa del Diablo. El mismo Calero escapó de perecer ahogado cuando la canoa en que viajaba se volcó tras dar contra las rocas “[...] y el capitán se quedara allí si Dios no lo socorriera y un yndio que le asió e le ayudó a poner sobre una peña”.

Después de bajar el resto de los raudales, no sin poco trabajo, la flotta echó anclas junto a la boca de Pocosol, donde estuvo diez días esperando noticias de Machuca. Las provisiones se había agotado y al no encontrar comida en los alrededores decidió Calero continuar hasta Torí, adonde arribó día y medio después. Yendo sobre la ruta, pasaron por la desembocadura de otro gran río, Caquiribí (Sarapiquí), donde fue destacado Hernán Márquez con veinte españoles en dos canoas para sorprender al pueblo, al cual encontraron quemado y abandonado por sus mismos habitantes. Mejor suerte tuvo Márquez en Torí, al que asaltó, (en la madrugada del 21 de junio), rescatando oro por valor de setenta castellanos y capturando a un indígena mercader, “[...] que sabía bien aquella tierra, el qual nos dixo y nos dió muy gran relación de la tierra toda y contó muchos pueblos”.

No obstante el éxito de la operación en Torí, el pueblo era de pescadores. Estaba situado posiblemente en el vértice deltico del Desaguadero, donde los suelos son fangosos y están cubiertos principalmente por palmeras de pantano. En consecuencia, la agricultura era imposible en el lugar, la comida escasa y el hambre de los españoles más apremiante. La caza, aunque abundante en el lugar, no podía obtenerse con la pólvora continuamente mojada.

Continuó Calero con su flota hasta Suerre, siguiendo el ramal principal del delta, para llegar finalmente a una hermosa laguna costera: “Y partidos de Tori con este medio (el mercader-guía), llegó a la mar del Norte, donde des que el capitán se vió allí creyó que estaba en alguna laguna (lago) como los yndios de Nicaragua dezían, porque la mar faze allí un gran ancón. A la salida del río se halló una barra algo trabajosa”.

Ese día, probablemente el 24 de junio de 1539, fiesta de San Juan Bautista, Calero debió haber tomado posesión de la laguna descubierta, en nombre de los reyes de España, dando cumplimiento a la Cédula Real que mandaba a explorar el curso del río Desaguadero hasta encontrarle el fin, acto que debió haber sido de singular importancia y motivo de orgullo para su descubridor.

Dicho sea de paso que el descubrimiento de la laguna de San Juan del Norte, como sucedida el día del santo precursor, se infiere siguiendo el itinerario de Calero, a partir del 8 de junio cuando salió de la boca del Sábalo. Luego refiere que necesitó dos días para pasar las embarcaciones por los raudales; ocupó diez más esperando en Pocosol; día y medio para llegar a Torí, (incluyendo los asaltos en Sarapiquí y Torí), y finalmente dos días adicionales para llegar a la laguna.

Evidentemente el nombre de río San Juan, con que después se conoció al Desaguadero, no se debe a la fusta menor que llevaba Calero —como generalmente se cree— ni al “puerto” de San Juan de la Cruz, que posteriormente dejara Contreras establecido junto a la laguna descubierta por el capitán. Los acontecimientos más bien parecen indicar que el nombre estuvo en relación con la fecha del descubrimiento y toma de posesión, cuando Calero llegó a la desembocadura del río propiamente.²⁸

La laguna de San Juan del Norte, al tiempo de su descubrimiento, debió haber sido muy amplia, “[...] porque el mar faze allí un gran ancón”, como menciona Calero. Se encuentra en el término del delta; la barra que la cierra está formada de arenas negras que los afluentes San Carlos y Sarapiquí arrastran de los volcanes activos de Costa Rica. Estos sedimentos son los responsables de la rápida progresión del delta y de la presencia dentro del mismo de varias lagunetas entrampadas y meandros abandonados por el antiguo circuito de las aguas.

A partir del siglo pasado, a consecuencia del gran temporal de 1859, el mayor caudal del río se desvió hacia el sur por el ramal del Colorado, menguando la corriente en el ramal de San Juan del Norte. Esto ha provocado una acumulación de sedimentos en la laguna, al extremo de impedir desde entonces el atraque de embarcaciones de cierto calado en su interior. En la actualidad, la mayor longitud de la laguna es de tres kilómetros, pero los documentos coloniales indican que la salida principal del río se verificaba principalmente por la boca de Taure, (actualmente cerrada), y que la máxima longitud de la laguna era entonces de casi nueve kilómetros. Drásticos han sido en consecuencia los cambios que en cuatro siglos y medio ha experimentado el río en su delta y salida, sometido a la incesante influencia de torrenciales aguaceros tropicales y al continuo aporte de sedimentos acarreados desde la cordillera volcánica de Costa Rica.

²⁸ Cuando el gobernador Contreras marchó posteriormente al Desaguadero en busca de Calero, (y lo encontró en el río cuando éste venía de regreso de Nombre de Dios), el capitán había dejado sus barcos “en el puerto de San Juan, que es en el dicho río, e él subía el desaguadero arriba a la provincia de Nicaragua para traer más gente para poblar é descubrir la dicha tierra”. (DHN. Vol. VII. p. 421). Al momento del encuentro entre Calero y Contreras, el gobernador no había llegado al final del río, ni mucho menos fundado o bautizado el puerto de San Juan de la Cruz.

Al encuentro imposible de Machuca

Yari o Yeri es un vocablo muy generalizado entre las tribus autóctonas de la Costa Atlántica de Nicaragua; su significado literal es “largo”, un apelativo común que se aplica a todos los ríos de extenso curso en la región, equivalente en español a “río grande”. Así como en la geografía de la América hispánica hay muchos Ríos Grandes, también en aquella costa hay muchos Yaris.

El río Punta Gorda, así llamado por desembocar cerca del promontorio del mismo nombre, (llamado después por los ingleses Monkey Point), era conocido como Yari entre los indios Rama, en cuyas riberas éstos tenían originalmente sus más importantes establecimientos. En los antiguos mapas el Yari aparece como Río de los Rama, antes que el nombre fuese aplicado, más recientemente, a uno de los afluentes del río Escondido, cuyas cabeceras colindan con las del Punta Gorda.

El imperfecto conocimiento que en el siglo XVI se tenía sobre la geografía del litoral caribe de Nicaragua, más la creencia que el Desaguadero desembocaba en la costa norte de Guaymura (Honduras), así como el nombre de Yare aplicado también al río Coco en su cabecera, confundieron a los exploradores españoles, así como también a los modernos historiadores. Sospechaban los primeros que entre el Desaguadero y el río Coco no mediaba gran distancia y afirmaban los segundos que el Yari, (por donde venía avanzando Machuca por órdenes de Calero), era el río Coco mismo. Una ojeada al mapa moderno de Nicaragua, más el estudio cuidadoso de la Relación del capitán Calero, indican que el río Yari, explorado en 1539, no era el río Coco sino el Punta Gorda, o antiguo río Rama.²⁹

Hecha esta aclaración, conviene saber que cuando Calero alcanzó la boca del San Juan, donde montó su nuevo real, tenía dos tareas por delante: obtener comida para su famélica gente e ir en busca de Machuca que supuestamente bajaba por el río Yari. En la fusta menor, (el bergantín San Juan), mandó a Márquez costear a la mano izquierda (al norte), “[...] que era de la parte donde venía el capitán Machuca, para que si obiese salido a la costa le vieses e le hiziesen señales por donde se conociesen... porque de las guías que el capitán tenía estaba informado que había en aquella costa un río que se dezía Yari”.

Después de tomar rumbo en sentido contrario al ordenado, arrastrados por la corriente, los expedicionarios al mando de Márquez pusieron

²⁹ Ver Eduardo Pérez Valle: *El Desaguadero de la Mar Dulce*. Cap. XXIII. p 143–147.

proa hacia el norte. Anclaron en la boca del Yari y lo remontaron en una canoa por tres días, hasta un lugar donde encontraron a un indígena de la partida de Machuca, quien les informó que este capitán se encontraba a tres días de camino tierra adentro. El anuncio fue suficiente para que siete de los once hombres que llevaba Márquez lo desertaran y escaparan hacia donde supuestamente estaba Machuca, pensando seguramente encontrar alimentos. Márquez se volvió donde Calero, quien también venía en su búsqueda. Juntos decidieron explorar el Yari, remontándolo con toda la flota por cinco días, hasta donde el calado de las embarcaciones o de las canoas lo permitiera.³⁰ De ahí en adelante Calero destacó nuevamente a Márquez a seguir el rastro de Machuca por la selva, dejándole una canoa en el río, mientras él regresaba a la costa en busca de comida.

Por su lado Machuca, una vez partido del río Sábalo, se internó en la selva en busca de nuevas poblaciones, que le aseguraron existían más allá de Abito. Caminando y cabalgando entre aquellos tupidos bosques, con la lluvia calándole los huesos, los exploradores debieron haber recorrido unos 50 Kms desde las cabeceras del Sábalo hasta las del Punta Gorda. La naturaleza no sólo les era hostil, sino también los indígenas de aquellos salvajes territorios. Con la tropa perdida, hambrienta y emboscada, algunos de los compañeros a punto de amotinarse, decidió Machuca abandonar la travesía y regresar a Granada, esta vez sin embarcaciones y sin cabalgaduras, según se deduce de la relación de Calero: "Lo que se a sabido fasta agora del capitán Machuca es que volvió a Nicaragua muy fatigado y se le murió syete hombres de los que llevaba, y tuvieron tanta hambre que se comieron todos los cavallos que llevaban".

Igual suerte cupo a Hernán Márquez y su partida de rastreadores. Uno de los hombres falleció, otros tres fueron muertos por los indígenas, de modo que aquél con el resto de los sobrevivientes decidió seguir el camino de Machuca e imitando su ejemplo retornó a Granada con la gente que le quedaba.

Sin brazos que remen ni pies que caminen

Llegó Calero a la desembocadura del Yari y dejando a los débiles y enfermos en las dos fustas con el padre Morales, tomó diez españoles y doce indígenas para ir en la barca, (convertida en fragata durante la estadía en San Juan), por la costa vecina en busca de comida.

³⁰ Las fustas de Calero no hubiesen podido avanzar más allá del sitio hoy conocido como Atlanta, en la confluencia del río Chiquito; y las canoas no más arriba del Salto del León.

El primer día de navegación pasaron por unos islotes, (cayos Palmeta y Silk Grass, junto a la península de Monkey Point). En la mañana siguiente el mar se embraveció y las olas volcaron la fragata; los naufragos se aferraron a la quilla del barco. Felizmente distaban una media legua de la costa y montando al capitán —que no sabía nadar— sobre una balsa improvisada lo llevaron a la playa sano y salvo.

Harapientos y descalzos, pero sin descorazonarse, se encaminaron hacia la desembocadura del Yari, donde había quedado el resto de la gente en las dos fustas. Después de circunvalar los rocosos promontorios de Monkey Point, descubrieron en la playa las huellas de los indígenas que escapando los abandonaban. Más adelante encontraron la fragata encallada, con algunos sobrevivientes, de aquellos que no osaron arrojar al agua. Entre todos enderezaron la embarcación, recogieron los remos esparcidos y la abordaron de nuevo, regresando con vida a la boca del Yari, aunque con las manos y el estómago vacíos.

Al regreso hicieron un descubrimiento convincente: “Y yendo de esta manera, en el camino vimos una vela de alta mar donde conocimos que estábamos en la mar del Norte, porque hasta allí no pensábamos syno en una laguna é ansy lo trayamos por relación desde Nicaragua”.

Una vez reunidos los sobrevivientes, Calero decidió hacer el último intento en la búsqueda de alimentos, “[...] porque ya no comíamos syno yerbas y palmitos y cangrejos y otras chucherías que se hallaban”. Juntó diez hombres, entre los que mejor se podían sostener en pie y volvió a recorrer la costa, remontando varios ríos en busca de maíz, y “[...] si Dios no socorriera con una yslla donde se tomaron dos lobos marinos y muchos páxaros, el Capitán con los que con el yban perescieran de hambre”.³¹

A principios de septiembre, Calero tomó la decisión de navegar la costa hacia el sur, con la esperanza de alcanzar el puerto de Nombre de Dios en el istmo de Panamá, en vista que los que habían salido en busca de Machuca 40 días antes no regresaron, que la comida faltaba y que poco a poco se le moría la gente. Para ello escogió la mejor de las fustas, desmantelando el bergantín. Antes de levar anclas arengó a la poca gente que le quedaba de esta manera:

“Hermanos, yo sé que estamos en la mar del Norte y donde nosotros mejor podremos yr para nos salvar; yrnos hemos al Nombre de Dios porque yo hallo que no estamos ochen-

³¹ Los lobos marinos correspondían a la especie *Monachus tropicalis*, la foca-monja del Caribe, que llegó a ser muy explotada en los siglos XVIII y XIX. Actualmente se la considera como una especie rara, si no extinta. Los pájaros con que se alimentaron los expedicionarios eran posiblemente gaviotas bobas, *Sula leucogaster*, que suelen anidar en grandes bandadas en los islotes cercanos a Monkey Point.

ta leguas dél, porque para volver por el río de Nicaragua (San Juan) no ay brazos que remen; para yr por tierra no ay pies que anden. Encomendémonos a Dios que nos lleve con sus vientos, que de otra manera a ninguna parte podremos arribar?.

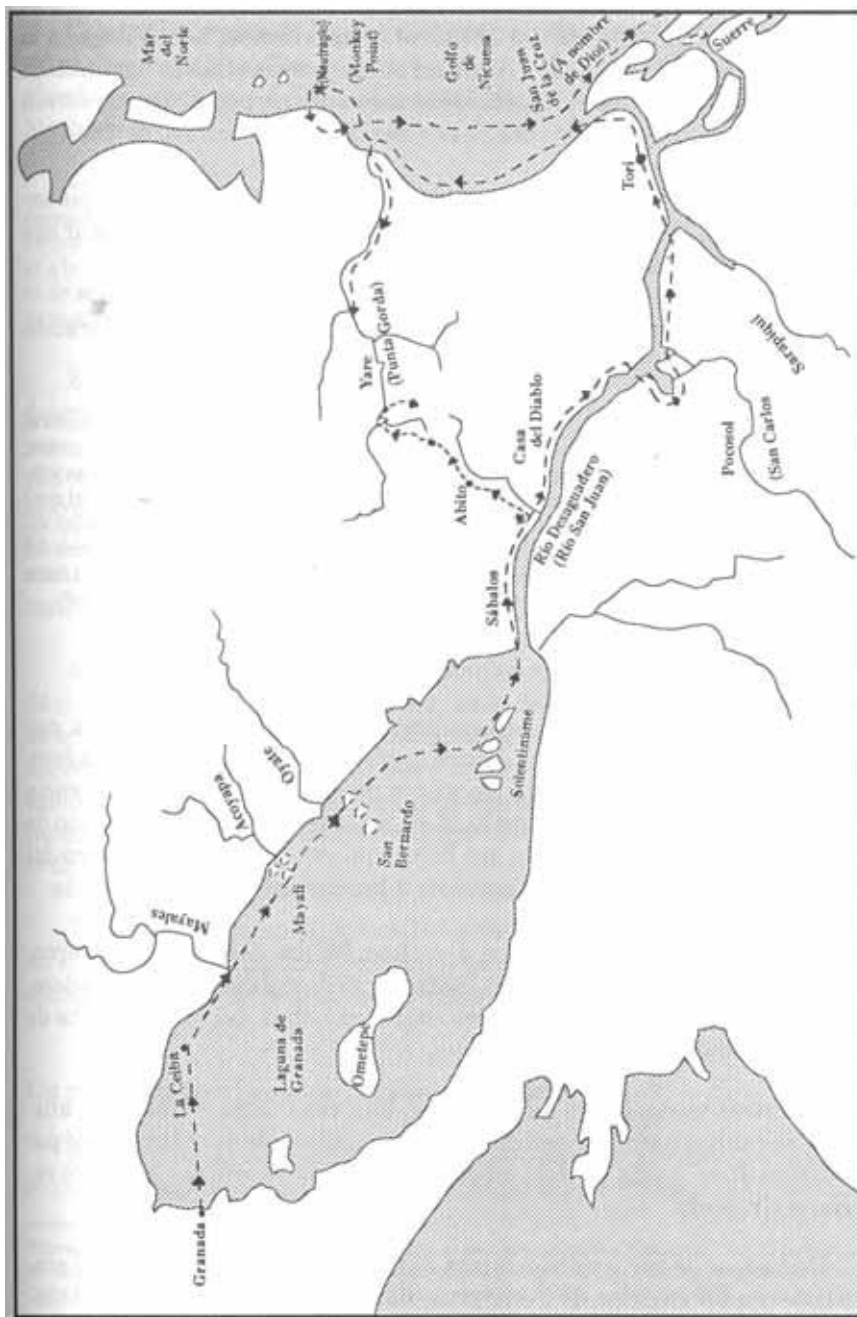


Figura 24.- Exploración del Desaguadero por Calero y Machuca en 1539.

Dejaron, pues, la boca del Yari; en día y medio llegaron a las del San Juan donde bajaron a tomar agua porque no tenían en la fusta tonel donde almacenarla. Tomó el timón el propio capitán e “[...] yba con la carta en la mano diziendo las señas que avíamos de hallar en la costa”. Dos días más emplearon, siguiendo por el litoral costarricense, hasta llegar a la bahía de Cerebaró (Bocas del Toro), en una de cuyas islas se hartaron de pájaros y caracoles y con anzuelo levantaron buena pesca. Reconocieron la isla del Escudo y finalmente desembarcaron en Nombre de Dios.

Alonso Calero, con sólo nueve españoles, (de los sesenta y pico que bajaron con él por el río San Juan), y 25 ó 30 indígenas, lograron salir con vida de aquella amarga experiencia.

Concluye el capitán Calero su *Relación*, resumiendo la exploración efectuada de la siguiente manera:

“La laguna de Nicaragua terná treynta leguas de travesía desde Granada hasta el Desaguadero. El río terná desde la laguna hasta la mar treynta leguas poco mas o menos; avía en él tres raudales, el primero y postrero se pueden pasar botando con palancas y remando; el de en medio, que llaman la Casa del Diablo, es un peñón todo y corto, el qual terná obra de quinientos pasos y se debe subir con una guindaleza a la sirga. Pueden subir o baxar todo el río barcos que tengan de carga quatrocientas arrobas; sale la boca del río obra de noventa leguas del Nombre de Dios, la vía del agua y tierra; ay cabo el dicho río un puerto muy bueno, donde pueden entrar y salir navíos y estar muy seguros”.

El río codiciado

La llegada de Calero y demás sobrevivientes a Nombre de Dios, con el objeto de reconstruir su flota para regresar a poblar el Desaguadero, encontró más bien la enconada oposición del presidente de la Audiencia de Panamá, Francisco Pérez de Robles, quien no ocultó la pretensión de extender su jurisdicción hasta las bocas del río, acusando a Calero del fracaso de la expedición y obligándole a buscar asilo en un convento.

Queriendo validar supuestos derechos, Robles despachó a su yerno, Juan Sánchez de Badajoz, con la instrucción de poblar el Desaguadero, pero éste se distrajo rescatando oro entre las tribus del litoral caribe de Costa Rica.

Mientras tanto, Diego de Machuca, una vez vuelto a Granada, alisó varias canoas para ir al rescate de su compañero de aventura. Bajó por el río San Juan hasta su desembocadura y al no encontrar a Calero retornó a Granada.

Una segunda incursión en busca de Calero fue organizada por el propio gobernador Rodrigo de Contreras, llevando consigo al experimenta-

do Machuca. En noviembre de 1540 encontraron a Calero remontando el río, de regreso a Nicaragua. Había logrado burlar la autoridad de Robles y dejado sus barcos anclados en la laguna de San Juan.

Celoso Contreras de los derechos adquiridos por el intrépido capitán sobre el río recién explorado, entró en reyerta con él y lo “recompensó” enviándole prisionero a León. Sobre este episodio injusto escribiría después Machuca:

“Contreras se alzó con todo aquello, adjudicando para sí nuestros trabajos e gastos, negando los contratos que con nosotros había hecho; y contra todos ellos, y para mejor efectuar su mal propósito, buscó color para prender al dicho capitán Calero, y lo envió preso a la dicha provincia de Nicaragua; y así lo tuvo preso más de tres años, sin darle causa de su prisión, y sin causa ni razón que legítima fuese, procurándole diversos géneros de molestias”.²²

El inescrupuloso gobernador de Nicaragua prosiguió luego hasta la desembocadura del río y bajó por el litoral de Costa Rica a disputarle el paso a Sánchez de Badajoz, a quien sitió, derrotó, tomó prisionero, enjuició, condenó y remitió a España, no sin antes haberle despojado de todo el oro que éste había logrado extorsionar de los indígenas de Talamanca. De los quinientos indios que llevó Contreras como cargadores solamente unos 150 volvieron a León, los demás murieron de hambre y de maltrato.

Antes de regresar a su gobernación, en abril de 1541, Contreras fundó el puerto de San Juan de la Cruz, en la desembocadura del río, dejando en señal de posesión una guarnición al mando de Diego de Castañeda. Abandonada en aquel lluvioso y solitario paraje, pronto la tropa desamparó el efímero puerto. Castañeda subió por el río y al llegar al lago fundó Nueva Jaén, en 1542, en el lugar donde hoy se encuentra el puerto de San Carlos.

Tanto Calero como Machuca llevaron después su caso ante la Corte, en contra del usurpador Contreras, pero nunca sus demandas fueron atendidas, ni sus derechos reconocidos.

Un río abierto al comercio y a la historia

Entre tanto, la ruta del San Juan quedó abierta a la navegación y poco tiempo después embarcaciones procedentes de Portobelo, (que había

²²Ver en DHN el Tomo XIII, p. 15. Otros documentos que aparecen en los Tomos VI, VII y XIII de la misma Colección hacen referencias a las andanzas de Contreras por el Desaguadero y el litoral caribe de Costa Rica.

reemplazado como puerto a Nombre de Dios), la recorrían trayendo provisiones a Granada en beneficio de los colonos de Nicaragua. Los raudales, sin embargo, obligaban a aligerar las fragatas de sus mercancías, descargándolas y volviéndolas a cargar en medio del río, tal como lo describe Torquemada:

“Para subir por allí las fragatas, descargan toda la ropa, y aligeradas la suben con cabestrante, y la ropa llévanla por tierra, obra de dos tiros de ballesta; y al bajar, también descargan las fragatas; ya vienen sabido como han de echar la fragata, y por donde, y en cayendo abajo, están diestros en volver a gobernarlo, y así por aquel desaguadero va a salir a la Mar del Norte”.²³

Este comercio se vio embarazado posteriormente por la presencia de bucaneros holandeses, franceses e ingleses, que merodeaban por la boca del río. Llegó a obstaculizarse a mediados del siglo XVII, cuando una serie de terremotos levantó aún más los raudales, haciendo imposible que embarcaciones de cierto calado, procedentes del Caribe, pudiesen atracar frente a Granada, surtiendo en cambio en la bahía de San Juan del Norte.

Como corolario, la expedición de Calero y Machuca, con el sacrificio de los que en ella sucumbieron, condujo al descubrimiento de un río que vino a ser la puerta de salida de Nicaragua hacia los importantes centros coloniales de Portobelo, Cartagena, Santo Domingo, Veracruz y La Habana, donde paraba la flota mercantil española. Obvió por más de doscientas leguas la vuelta por Panamá y el azaroso cruce del istmo. También sirvió para comprobar la viabilidad de la comunicación fluvio-lacustre, con perspectivas de ruta interoceánica, modelando por los siguientes tres siglos y medio el destino del país. En cierto modo, abrió las puertas de Nicaragua hacia el Caribe y al mundo, y cerró para siempre las del fabuloso Estrecho Dudosos, tan buscado desde los tiempos de Colón.

²³ *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Torquemada*. Serie II. p. 104. Managua, 1975.